



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

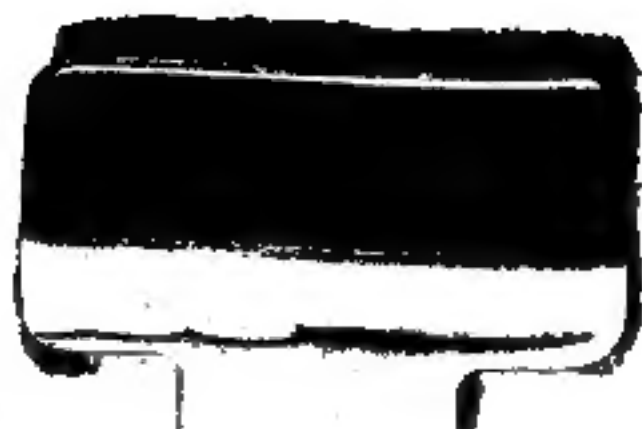
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



23623



29623



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5319386697

D 23623

OBRA DE DOVELLANOS.

Biblioteca popular.

T. IV. 737

Digitized by Google

8
187

OBRA

DE

DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

NUOVA EDICION.

TOMO IV.

MADRID 1846:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO.

DE D. F. DE P. MELLADO.—Editor.



INDUSTRIA Y COMERCIO.



DICTAMEN

Dado por el ante en la Junta de Comercio y Moneda, sobre embarque de paños extranjeros para nuestras colonias.

Don Gaspar de Jovellanos, después de haber meditado muy despacio el contenido de las reales órdenes de 44 de julio de 1786 y 20 de agosto de 1788, y teniendo presentes las justas y sabias reflexiones que acerca de una y otra hacen los señores fiscales, cree que la junta está en la obligación de representar á S. M. los enormes perjuicios que pueden causar aquellas providencias á la industria nacional, y de suplicarle humildemente se digne revocarlas del todo.

Dos puntos de grave consideración deben formar el objeto de esta súplica: el primero la prohibición de embarcar á indias paños extranjeros declarada, aunque con la calidad de por ahora, en la real orden de 20 de agosto del año pasado; y el segundo la necesidad de contramarka, impuesta por la de 44 de julio de 1786, y las formalidades añadidas en la última citada, respecto de los paños nacionales destinados al mismo continente. Ambos puntos son dignos de examinarse separa-

damente, y de que se resuelvan por sus verdaderos principios.

El primero aparece desde luego perjudicial á los vasallos de S. M. que viven en el continente de España; porque siendo cierto que los paños nacionales no alcanzan al sortimiento de nuestro consumo interior, resultará que si se estracen á América, tendrán los Españoles que vestirse de paños extranjeros, siempre mas caros; quedarán por consiguiente defraudados del derecho de consumir los nacionales, y todo el beneficio de este consumo recaerá sobre los moradores de América, con perjuicio de los de la Península.

Es verdad que la real orden no prohibe á los Españoles comprar con preferencia sus paños; pero pues prohibe que los extranjeros pasen á América, es claro que necesitándose allá todos cuantos se trabajaban en España, y no permitiéndose embarcar otros, los precios de nuestros paños subirán en aquel continente en proporcion de la necesidad que tiene de ellos su consumo; y entonces los cargadores los arrebatarán de las manos de nuestros fabricantes para trasportarlos á donde tengan mas valor. Resultará pues que los vasallos de España no tendrán mas arbitrio que consumir los paños extranjeros. No hay medio: si la providencia dirigida á animar á nuestros comerciantes á que embarquen paños nacionales produce su efecto, los vasallos de acá se quedarán sin ellos; y si no le produce, porque los Españoles los consuman, la América quedará sin paños algunos, privada de los nuestros, porque se los arrebata el consumo interior y de los estranos por la prohibición.

Para descubrir los perjuicios de semejante sistema es indispensable subir á los principios de la materia á que corresponde.

Las colonias en tanto son útiles, en cuanto ofrecen un seguro consumo al sobrante de la industria de la metrópoli, y este sobrante no es otra cosa que lo que resta del consumo interior. Si se supone una nación cuya industria esté al nivel de sus necesidades, y no tenga sobrante alguno, ciertamente que esta nación no necesitará colonias, á lo menos para este primer objeto. Podrá sacar de ellas otras utilidades que indicaremos despues; pero de nada le servirá estender los puntos de su consumo, mientras tenga dentro de sí el necesario para todos los productos de su propia industria. Y contrayéndonos á España, de nada la servirán las Américas para fomentar las manufacturas de paños, mientras los productos de este ramo de industria no suban sobre la cantidad necesaria para su consumo interior. Tales son los principios por que debe regularse esta materia.

En efecto, el primer objeto de la industria de una nación es surtir á sí misma; el segundo formar sobrantes para surtir á sus colonias ultramarinas; y el tercero multiplicar estos sobrantes, buscando su consumo en cualquiera parte del mundo. Pero dejar desproveida la metrópoli de los productos de la industria nacional, para proveer con ellos á las colonias, será lo mismo que socorrer la necesidad de afuera, y dejar el hambre dentro de casa.

Tal vez podría defenderse este sistema, si de él pudiesen resultar ventajas conocidas á la indus-

tría nacional; pero en este caso debe suceder lo contrario: porque si el objeto del gobierno es otro que hacer una guerra honrada á la industria extranjera, el medio mas seguro no será acortarla, sino alejarle los puntos de su consumo. Cuando los paños del extranjero se hayan asegurado entre nosotros, como sucederá si los de España pasasen á las colonias, entonces nuestra necesidad, como mas conocida y cercana á él, hará sus especulaciones mas seguras, y le proporcionará mas bien seguir sus progresos, y acomodarse á ellos. Entonces el extranjero espíara nuestro gusto, nuestros caprichos; entonces introducirá nuevas modas, nuevas necesidades, y entonces acobardará con seguridad nuestra industria, teniéndola en un perpetuo desaliento, pues como imitadora y mas atrasada, jamás podrá seguir la rápida vicisitud de sus inventos. Entonces, atendida del todo la industria nacional al gusto de los consumidores de América, tanto mas difícil de adivinar, cuanto mas distante, se hallará espuesta á que sus productos sean despreciados; y si, como es verosímil, el gusto y las modas de aquel continente siguiesen la vicisitud de las de la metrópoli, la ruina de nuestras manufacturas de paños será infalible, porque en España, acostumbrada á los paños extranjeros, querrá consumir los suyos, ni América los admitirá, por no conformarse con el capricho y las modas que hubiere tomado de la metrópoli.

Es pues claro, que cuando una metrópoli se tiene en la industria nacional ó en algun ramo de ella sobrantes con que abastecer las colonias, la buena economía quiere que las abastezca con pro-

de los extranjeros, para asegurarse de su comercio exclusivo. En este caso la metrópoli debe contentarse con un comercio de economía, que aunque no sea preciso, es siempre para ella de considerable utilidad, porque sobre los derechos que adonde el género extranjero á la entrada, sobre las comisiones, almacenajes y conducciones que paga hasta los puertos de salida, contribuye á S. M. los derechos de esta y los de entrada en los puertos de las colonias; y estas son propiamente ganancias nacionales, que fomentan el comercio y la marina mercantil, y mantienen una multitud de manos intermedias, instrumentos indispensables en esta especie de comercio.

Por eso indican muy bien los señores fiscales, que los productos de la industria extranjera, una vez admitidos entre nosotros, deberían repelarse como nacionales, no solo porque están ya en mano española, sobre las cuales, y no sobre las del extranjero, recaen los ulteriores gravámenes que se les impongan, mas porque representan aquel déficit del sobrante de nuestra industria que necesitamos para completar el suministro de las colonias. La materia de este suministro es absolutamente necesaria; pues queriendo nosotros, como debemos, hacer solos el comercio de nuestras colonias; esto es, proveer esclusivamente á sus necesidades, es preciso que suplamos con los productos de la extraña aquello á que no alcanzan los de nuestra propia industria; y entonces los que hubiéremos adoptado para este objeto, deben ser tratados como nuestros. Y á la verdad, ya que en ellos no lo ganamos todo, ¿por qué á lo menos no ganáramos alguna parte? Abandonemos enton-

rabuena al extranjero las primeras ganancias industriales; pero sean para nosotros todas las ganancias mercantiles que debe producir desde que el género entró en nuestras manos hasta que llega á las del último consumidor.

Ni se crea que este sistema puede favorecer la concurrencia de los paños extranjeros con los nuestros; porque siempre estará en nuestra mano gravar á aquellos hasta hallar un nivel favorable á estos. Pero, como advierten muy bien los señores fiscales, este nivel no se debía buscar al tiempo de la salida de los paños á América, sino al de su entrada en el reino. Este y no otro es el oficio de las aduanas, las cuales aunque se han mirado siempre en otro tiempo como un objeto de contribucion, ya reconocen hoy todas las naciones que solo deben servir para asegurar una favorable concurrencia á la industria doméstica, respecto de la que viene de otra parte. En este sentido son utilísimas, porque gravan la industria extranjera hasta el punto de encarecer sus productos sobre los de la propia, y facilitan así el preferente consumo de estos. Pero cuando las aduanas han llenado este objeto; cuando solo con el de enriquecer el erario cobran mas derechos de los que el nivel exige: entonces el exceso es un gravámen impuesto sobre el consumidor nacional, que le oprime sin utilidad, y sin que haya título alguno que pueda justificarle.

De ahies que Jovellanos se persuade á que los géneros extranjeros en su salida y entrada á América, deberían ser tan libres como los españoles, pues llevan ya consigo el gravámen que deben tener respecto de estos, y si no le llevasen debe-

tan recibirle, no en el puerto de salida de España, ni en el de entrada en América, sino en las aduanas que los reciben cuando vienen a España; puntos donde se debe hacer la nivelacion de una y otra industria.

Esta doctrina es tanto mas aplicable al presente, cuanto la contraria fomentara infaliblemente el comercio ilícito de los paños estrangeros, aumentando el interés del defraudador.

En efecto, si se calculan los derechos que pagan estos paños á su entrada é internacion en España, y á su nueva salida de ella y entrada en América, se hallará que llévan un 30 ó 40 por ciento de mas gravámen que el paño nacional. ¿Y cómo será posible que un interés tan enorme no determine al estrangero al comercio ilícito? Por mas que sacrifique una gran parte de este interés á la recompensa de sus cómplices, ¿no le quedará siempre bastante ganancia para cebo de su codicia? No se crea que le aterraran los riesgos; por que no hay especulacion que no se emprenda cuando los cálculos de la esperanza son superiores á los del temor: fuera de que la experiencia, que perfecciona todas las artes, ha perfeccionado tambien la del contrabando hasta el punto de sujetar sus contingencias á una póliza de seguro. La experiencia enseña cuales son los lugares y los tiempos mas oportunos para hacerle; descubre á los defraudadores nuevos cómplices; reúne y fija sus reciprocos intereses; abre nuevas sendas y nuevos puntos al fraude; facilita con el conocimiento de los riesgos el de las precauciones; y en una palabra, da á las empresas ilícitas; favorecidas siempre por el interés y la liber-

dad de quien las emprende, el mismo grado de seguridad que pueden tener las legítimas, siempre sujetas á la ley y á sus duras formalidades.

Por esto vocela con mucho fundamento Jovellanos que la superabundancia de paños extranjeros que se notó en América, y sirvió de supuesto á la última orden, no proviniere tanto de la causa que allí se expresa, cuanto de la facilidad con que han pasado á aquel continente por medio del comercio ilícito. Desde luego se supone, que estos paños fueron á América con título de españoles, y no pudiendo verificarse esto sin complicidad de nuestros fabricantes, ¿cómo será creíble que estos concuerden á un fraude que hubiera frustrado el consumo de sus propios paños? Si la misma real orden supone esta falta de consumo como una consecuencia de aquel fraude, ¿quién se perderá á qué un fabricante español aventurase el consumo de los productos de su industria para facilitar el de la extranjera? Y si acaso los cómplices no fueran fabricantes, sino comerciantes, ¿cuál es la causa que los impulsó á trazar por medio de un fraude los géneros extranjeros, caros y arriesgados, y dejar los nacionales, baratos, licitos, y favorecidos con tantas exenciones y franquicias?

Así que, parece indispensable, no solo que se restituya la prohibición de embarcar á América los paños extranjeros, restituyendo este utilísimo ramo de comercio, de economía á su antigua libertad, sino que lo será tambien destruir, ó quitar del todo los gravámenes impuestos sobre los géneros extranjeros en su paso á América, para destruir el comercio ilícito que se hace con ellos

mientras dure la enorme desigualdad que sufre en el público y legítimo.

No seran menores las perjuicios que resulten de la contramarka y demás formalidades exigidas en el embarque de paños-españoles por las dos citadas reales órdenes. La industria, que solo puede prosperar en medio de la libertad, debe desfilacer á vista de tantas sujeciones y estorvos como se le oponen. El primer perjuicio de estas providencias está sin duda en exigir estas formalidades del fabricante, el cual jamás extrae paños por su cuenta, ni esto pertenece á su profesion. Los fabricantes se pueden dividir en dos clases: una que trabaja de cuenta del comerciante, y esta se arruina por cualquiera gravamen dispuesto que se le imponga, pues disminuyendo sus utilidades, que de ordinario se reducen á un jornal, ya no podrá subsistir; y otra que trabaja de cuenta propia, y esta, aspirando solo á las ganancias inmediatas, trabaja para vender al por de fabrica; si hay comerciante que venga á ella, ó envia sus productos al mercado mas inmediato, para ponerlos al comerciante que viene allí á comprar. Ni uno ni otro fabricante sabe el destino que el comerciante debe dar á sus paños, y por lo mismo toda formalidad que exija de él, será injusta y opresiva.

Si aun tan rigurosamente al comerciante le observancia de estas formalidades, porque compra de ordinario sin cierto destino; va á las fábricas, á las ferias ó mercados, y compra allí para surtir su almacén, ó loja cerrada. Dado este surto, ya al comerciante que debe surtir en territorio lejano, ya al tender que compra

para embarcar á América, ó á otros puntos. De ahí es, que las formalidades nuevamente exigidas, en caso de ser convenientes, solo se deberian exigir del cargador á América. Prescindiendo, pues, de que los paños puestos en su mano, ya no podrian recibirlas, es preciso reconocer que aun le serian gravosas, pues todavia podria arrepentirse y cambiar el destino de sus paños. ¿Cuántas veces las noticias recibidas de América, la proporcion de una venta mas pronta y útil, la falta ó tardanza de buque le obligará á mudar de intencion, y á enviar sus paños á otra parte? Resulta, pues, que las nuevas formalidades, á ser necesarias, solo se deberán exigir en las últimas aduanas, y al tiempo mismo del embarque de nuestros paños.

Pero Jovellanos cree que nunca lo son: por que si su objeto es evitar la colusion del fabricante ó comerciante español con el extranjero, pudiendo esta colusion verificarse respecto de una, tambien podrá verificarse respecto de dos marcas; y ni la exigencia de la relacion jurada, ni la certificacion del administrado, ni el visto bueno del intendente, ni el atestado de los escribanos, estarán jamás libres de las suplantaciones que puede amañar el interés.

Reflexiónese por otra parte, la distraccion, el gasto y la perdida de tiempo á que estará espuesto un fabricante obligado á observar estas formalidades. Formada la relacion jurada, primero irá á recibir la contramarca, la cual puede estar situada, no solo fuera de su casa, sino muchas veces fuera de su pueblo y en alguno distante; y allí tendrá que pagar el porte de sus paños y los

después del tallo: después buscará al administrador que ha de dar la certificación, y tal vez solo exigirá otro viage y otros portes, pues no siempre vivirá en una misma casa ó pueblo el administrador y el que ha de poner la contramarka: en seguida buscará el subdelegado ó intendente para que ponga el visto bueno, y con eso otro viage: solicitará el atestado de escribanos, que tal vez deberá duplicarse ó triplicarse; pues no estando en un mismo pueblo, sino en distintos, las firmas de la relación jurada, de la certificación y del visto bueno, será necesario dos escribanos para la atestacion de cada una; otro ú otros viajes y otros derechos. Pasarán finalmente los papeles al punto de extraccion; sufriran allí nuevo reconocimiento, y aun entonces, sea cual fuere la mano en que se hallasen, no estará el fabricante libre todavía de presentarse á responder de la legitimidad del genero y marcas, á probarlas, y á desvanecer las dudas que hubiesen resultado: nuevos viajes, nuevas molestias y detenciones.

Ahora bien: como es el fabricante no solo el dinero es dinero, sino la pérdida de tiempo, las molestias, los disgustos, y todo cuanto puede menguar su aplicacion y gana de trabajar, se puede reducir á dinero, ¿cuán gravoso no deberá considerarse este cúmulo de prolijas é inpartimentes formalidades, tanto mas duras para él, cuanto mas distan de su profesion y conocimientos?

Es verdad que la obligacion de observarlas recaerá por la mayor parte sobre los comerciantes; ¿pero acaso es menos preciosa y necesaria para ellos la libertad que para los fabricantes? Acaso

¿Cuán digno seria de la proteccion del gobierno? Pues este fabricante estaria mas expuesto que otro al comiso de sus paños, aunque autorizados con las contramarcas y certificaciones. El reconocimiento de la aduana debe prescindir de ellas, y recaer sobre la calidad del género. La destreza pues del fabricante en la imitacion se volverá contra él; los peritos dirán que fué fabricado en Elbeuf, y la pena de la ley recaerá sobre la mano diestra y laboriosa que no se acomodó á trabajar mal para evitarla.

Otro tanto sucederia con cualquiera que usando de la libertad concedida por las últimas órdenes, inventase algun nuevo género de paño; porque siendo todavia desconocido en España los peritos, le declararían extranjero. ¿Quién pues podrá calcular los perjuicios de semejante inconveniente?

Jovellanos no puede dejar de llamar la atencion de la Junta hácia este punto; pues prescindiendo de la falibilidad de los juicios de peritos, de las dudas y detenciones que deben causar, de las denuncias, juicios y gastos á que esponen, creo que su efecto infalible seria alejar de la invencion é imitacion á nuestros aplicados fabricantes, tejedores y tintoreros de paños, y que esto solo causaria un increíble perjuicio á la industria española, que solo puede asegurar su concurrencia con la estrangera sobrepujándola, ó al menos imitándola y acercándose á ella en el gusto y perfeccion.

Por último, estos medios indirectos de fomentar un ramo de industria, lejos de lograr su objeto, obran en contra de ella, la desalientan y arruinan. El camino derecho de animarla está muy bien indicado en el papel que el señor Iriarte

tuvo la bondad de confirmarlo. Allí se pueden ver los medios directos y seguros de fomentar esta importante manufactura que por tantos títulos debiera ser exclusivamente nuestra. Yo me reduzco á mi principio, que jamás me cansaré de inculcar:

La industria, sea la que fuere, solo puede esperar del gobierno, libertad, luces y auxilios. Si en vez de ellos se le oprime con sujeciones y gravámenes, dentro de un siglo tendremos tan pocos y tan malos paños como ahora.

BOLETIN SUELTO.

—*—*—*—*—*—

VOTO PARTICULAR

Del autor sobre permitir la introduccion y el uso de muselinas, al cual unieron el suyo otros miembros de la Junta de Comercio y Moneda.

Don N., don Bernardo Iriarte, don Gaspar de Jovellanos y don José Guell opinaron por la libertad, tanto del uso, como de la introduccion de las muselinas, y dijeron: que mientras subsistiese la tolerancia del uno, tenían por muy estraña y perjudicial la prohibicion de su entrada: que esta tolerancia se hallaba ya autorizada por V. M. en la real orden de 18 de julio de 1772, puesto que en ella se habia servido mandar, que hasta que

el consejo pleno le propusiese el medio y modo de que convenia usar para obligar á la observancia de la real pragmática, escusando á los vasallos, especialmente á los pobres, el perjuicio posible, se suspendiese toda exaccion; que por esta orden se reserva al consejo de Castilla el exámen y proposicion de los medios mas convenientes al destierro de un uso tan pernicioso; pero que pues la Junta se hallaba excitada á tratar esta importante cuestion, no podia dejar de esponer á V. M. libremente su dictámen acerca de ella. Que el de los votantes era, que ninguno de los medios imaginados hasta aquí, ni aun de los que ocurrían á su idea, bastaria á conseguir el destierro de las muselinas. Que en este punto era preciso haberse á las manos con las mugeres; esto es, con la clase mas apogada á sus usos, mas caprichosa, mas mal avenida y difícil de ser gobernada. Que todos los estímulos que mueven al hombre al cumplimiento de las leyes, la razon, el interés, el crédito, el temor de las penas, eran de ningun momento para las mugeres, especialmente en las cortes y grandes poblaciones, donde la enorme distincion de las clases autoriza todos los caprichos, y donde segun el dictámen de un célebre político, no permitiéndolas su flaqueza ser orgullosas, y obligándolas su condicion á ser vanas, hacen que el lujo viva y reine siempre en ellas.

Que de esto ofrecia una prueba irrefragable el mismo expediente de cuya resolucion se trataba. Que la contravencion de las leyes puestas en él, era de las mas escandalosas que podia ofrecer la historia, pues ni las repetidas prohibiciones, ni

la gravedad de las penas, ni las condescendencias del gobierno, ni las ventajas ofrecidas en el uso de otros géneros habian bastado para desterrar el de las muselinas. Que todo se habia despreciado, todo habia sido inútil, y todo habia demostrado con un ejemplo tristísimo, que los remedios adoptados hasta aquí eran insuficientes para la curacion de un mal originado de la opinion y del capricho, siempre mas poderoso que las leyes, cuando eran combatidos cara á cara.

Que casi siempre habia sido igual la suerte de otras leyes suntuarias, de que ofrecian ejemplos á centenares nuestros códigos. Que de nada habian servido las promulgadas en materia de trages por los reyes Católicos y sus cuatro sucesores. Pero que sobre todo habian sido claramente despreciadas las que hablaban con las mugeres. Que la célebre ley de los mantos, conocida por la pragmática de las tapadas, hecha y muchas veces renovada por Felipe IV, no habia producido efecto alguno: que otro tanto habia sucedido con la prohibicion de los guarda-infantes, hecha por el mismo príncipe, y con la de los escotados, que con tanto escándalo habian empezado en su tiempo.

Que no era nuevo el querer traer á la razon las mugeres por el camino del honor, pero que siempre se habia tentado sin fruto. Que el honor y el lujo nacian de la opinion y se alimentaban con la vanidad: que podria convenir alguna vez combatir la opinion, pero que esta debia ser una guerra de astucia, y no de fuerza, porque de otro modo, siendo la opinion que alimenta el honor solamente habitual, y la que fomenta la moda

actual y presente, resultará que la segunda, como mas fuerte quedará triunfante, siempre que atacase de lleno la primera.

Que tambien de esto nos ofrecia muchos ejemplos la historia. Que Alfonso XI para desterrar el uso de las tocas *azafranadas*, que era la moda favorita de su tiempo, mandó que sirviesen de único distintivo para las *barraganas*, y que sin embargo se usaron tan generalmente que fué preciso revocar aquella ley, como se hizo por otra nueva promulgada por don Juan el I, que autorizó el uso de las tocas *azafranadas*, señalando otro distintivo a las *barraganas*, de lo cual existen algunos vestigios en las tocas que usan todavia muchas de nuestras monjas.

Que otro tanto sucedió en tiempos mas recientes cuando Felipe IV prohibió por un auto acordado de 1639 el uso de los guarda-infantes, pues entonces los permitió expresamente á las mugeres públicas; y á pesar de este arbitrio, antes que pasasen muchos años, eran los guarda-infantes la principal gala de las damas, y aun de las princesas de la corte del mismo monarca, y su uso casi solo se conserva en palacio en nuestros dias.

Que tambien en la prohibicion de los escotados se habia permitido su uso á las rameras, y sin embargo se habian usado generalmente, hasta que muy entrado este siglo los desterraron otras modas, habiendo podido estas mas que la religion, la razon y la política aunadas para destruir los escotados.

Que no debian atribuirse estos ejemplos á la liviandad de las mugeres, puesto que ofrecian otros iguales los hombres, aunque por su mas

fuerte constitucion debian estar libres de esta especie de caprichos. Que las golillas, prohibidas y quemadas por mano de verdugo en la plaza de Madrid de orden del consejo de Castilla en 1623 honraron dentro de pocos años todos los cielos españoles, y hoy sirven de distintivo á la misma clase que se anticipó á proscribir las é infamarlas; y que los copetes y guedejas condenados por otro auto acordado de aquellos tiempos, á no poder tocar los umbrales del consejo, ni del real palacio, cundieron despues por todas las cabezas, y permanecieron en ellas hasta que vinieron á desterrarlas las pelucas del otro lado de los Pirineos.

Que si esto sucedió con las leyes suntuarias, que hablaban derechamente con los hombres, ¿cuánto mas sucedera con aquellas que se dirigen á las mugeres, aun cuando el gobierno quisiese entenderse para su ejecucion con los padres y maridos, puesto que su condescendencia para las transgresiones tendria tantas disculpas cuantos caprichos y liviandades autoriza la moda y la debilidad del otro sexo? Que de todo esto concluyen que no convenia atacar en manera alguna el uso de las muselinas: que el intentarlo produciria graves inconvenientes, y que así era indispensable buscar otro remedio á los males que causaba la prohibicion de su entrada en el reino.

Que desde luego por virtud de esta prohibicion sufría el erario un desfalte de 44 millones de reales, en que se podrian calcular los derechos de la lícita introduccion de las muselinas, segun los cómputos de don Juan Manuel de Hoxar-vido: que este ministro regulaba el consumo de muselinas en mantillas, en dos millones de varas

en cada un año, á las cuales podria añadirse seguramente otro millon y medio de varas, consumidas en otros usos, puesto que este género no solo se gasta en vueltas, pañuelos, manteletas y delantales, sino tambien en deshabilles, poleras, batas y baqueros: que estos tres millones y medio de varas, legitimamente introducidas, y pagando 136 mrs. en vara por razon de derechos segun el cómputo del mismo ministro, harian subir la renta de las aduanas 14 millones de reales mas de lo que producian al presente.

Que de esta suma habria que rebajar muy corta cantidad por razon del consumo de las telas de algodón que labran los catalanes, puesto que la mayor parte de ella es tan ordinaria, que no llega á merecer el nombre de muselina, ó se consume en estampados que se dedican á usos diferentes.

Que ademas de esto causaba la prohibicion otros males, entre los cuales era de mayor consideracion el contrabando, que fomentaba y causaba muchos y muy varios perjuicios: 1.º el de trasladar al extranjero, ademas del valor del género prohibido, el sobre-precio correspondiente al riesgo que corria hasta dejarle asegurado en manos del primer comprador: 2.º el de inducir al vasallo, primero á ser el principal instrumento de la infraccion de la ley, y hacer una vil grangeria del menos precio de ella y de la utilidad pública, y luego á que buscasse una recompensa de su mismo delito, y á que fundase en la experiencia de su impunidad la esperanza de nuevas transgresiones: 3.º que envilecia la profesion del comerciante, con ruina del estado, haciendo que buscasse

las ganancias, no como una justa paga de su industria, si no como un fruto ilegítimo de su irreverencia á las leyes, y de su destreza en eludir-las: 4.º que triplicaba el precio de los géneros, perjudicando al consumidor, y beneficiando con excesivas ganancias á los defraudadores: 5.º que esponia lastimosamente muchas familias á la desolacion y á la miseria, haciendo subsistir otras por medios reprobados, con mengua de la autoridad pública y relajacion de las buenas costumbres.

Que tampoco se podia apartar la consideracion de otro mal, derivado de la contradiccion que se halla entre las leyes que prohiben, y tolerancia que consiente. Que esta contradiccion desautorizaba al gobierno, y hacia que se atribuyese á falta de vigor ó falta de luces un sistema tan poco conveniente á la razon y á la utilidad.

Que por otra parte no era cierto ni seguro el perjuicio que quiere atribuirse á la introduccion de las muselinas, puesto que no teniendo nosotros manufacturas de la misma especie, ni aun esperanza de establecerlas, no aparecia que pudiesen infloir en la mengua de nuestra industria. Que hablando particularmente de las mantillas, era constante que las de franela que habian desterrado los antiguos mantos y precedido á las de muselinas, eran de fabrica extranjera, y que nadie podia asegurar si desterradas estas, se llevaran mantillas de fábrica nacional ó si se introducirán las de gasa, de velillo, de crespon, de cambray, de cristal ó de otros géneros extranjeros. Que atendido el estado de prosperidad en que estaban las manufacturas estrañas, y el atraso que padecen .

las nuestras, era mas de esperar que el suplemento que hubiese de subrogarse á las mantillas labradas en España, se tropezaria en nuevos y mayores inconvenientes, y al cabo nada se lograría.

Que aunque no faltaba quien creyese que los catalanes tendrán luego buenas muselinas, y á su imitacion las demas provincias, los votantes eran de otro dictámen: que los catalanes solo labran algunas telas bastas de algodón para aprovechar en sus pintados; pero no muselinas capaces de consumirse en blanco: que hace muchos años que otras naciones industriosas hacian los mayores esfuerzos para trasplantar á su país estas manufacturas del Asia, pero con poco ó ningun fruto; en cuyo desengaño debíamos ballar nosotros un escarmiento. Que la España tenia indicadas en sus proporciones naturales las industrias que debia fomentar con preferencia, sin dividir su atencion en tanto número de objetos, ni distraerla de los que son de un éxito y utilidad dudosa, como las muselinas. Y finalmente, que si no se ha creido necesario prohibir la introduccion ni el uso de las manufacturas de lana y seda extranjeras, para promover las nacionales, tampoco será un medio de fomentar las de muselina el prohibir su introduccion.

Que no se debe temer que la libre introduccion de las muselinas aumente su consumo en el reino, porque el consumo de este género nunca á creido en razon de la comodidad de sus precios, sino en razon de la conveniencia de su uso, y que está observado que nunca ha crecido tanto el consumo como despues de la prohibicion. Que este

prueba que ademas de las conveniencias que ofrece este género por sus buenas cualidades, ha contribuido mucho el capricho á hacerle estimable, y que la prohibicion lejos de disminuirlo debe aumentar mas y mas este capricho, porque el lujo busca siempre lo mas raro y precioso, y ya se observa de poco tiempo á esta parte que las principales damas de Madrid llevan batas y baqueros de muselina en las concurrencias mas distinguidas, lo que prueba que ya la moda ha de contar este género entre los preciosos y exquisitos.

Que á todas estas razones se agrega una que nace del actual estado de las cosas, á saber: las ideas del Gobierno, relativas al establecimiento de una compañía de Filipinas, la cual apenas podrá subsistir mientras no se levante la prohibicion del uso y la entrada de muselinas, efecto el mas importante de este comercio: que desde luego debe preferir España, el consumo de estos géneros asiaticos al del cambray, holan, batistas y otros de industria europea, pues el precio que se dé por los primeros siempre será pago del trabajo de unos pueblos distantes, con quienes no tenemos otras relaciones políticas; y el de los segundos, representando la industria de las potencias vecinas, aumentara forzosamente su poder y su riqueza, y hará menos ventajosa nuestra balanza mercantil: que por todo esto juzgan los volantes que se debe permitir la libre introduccion de las muselinas, con ciertas limitaciones que eviten los perjuicios que pudieran resultar de la misma; y así reducen su dictamen á los siguientes puntos.

1.º Que por ahora se permita libremente el uso de la introducción de las muselinas, con tal que sean fabricadas en el oriente.

2.º Que igualmente se permita la entrada de todos los géneros de algodón en blanco traídos del oriente, especialmente aquellos que puedan servir para nuestras fábricas de indianas; subsistiendo la prohibición en los mismos géneros de fábrica europea, y la de las indianas y pintados ora vengan del Asia, ora de cualquiera parte de Europa.

3.º Que en los derechos que se señalaren sobre las muselinas y géneros de algodón en blanco, se tenga consideración á la calidad de ellas atendiendo á su valor para proporcionar el derecho.

4.º Que en este señalamiento se encarguen con algun cuidado los géneros de algodón en blanco de inferior calidad, para que su introducción no desaliente el progreso de la industria nacional ocupada en ellos; pero que no se recarguen tanto que se dé nueva materia al contrabando.

5.º Que cuando se verifique que una nueva compañía de Filipinas, ó algun otro establecimiento relativo al comercio del Asia, se halle en estado de surtirnos directamente de muselinas, se prohíba toda introducción de este género por mar y tierra, dejando solamente la entrada al que se traiga directamente del Asia por nuestros buques.

INFORME

De la Junta de Comercio y Moneda sobre fomento de la marina mercante (1).

SEÑOR:

Con real orden de 29 de mayo último comunicada á los individuos de esta Junta por el baillo Fr. D. Antonio Valdés, vuestro Secretario de Estado y del despacho de Marina, se sirvió V. M. remitir á manos de don Joaquín de Llaguno un expediente que pendia en la secretaría de aquel despacho, á instancia de los patrones del puerto de Málaga y otros interesados, sobre que se les conservase el privilegio que pretenden tener de ser preferidos en los fletamentos de aquel puerto á todos los demas patrones extranjeros y aun nacionales: previniendo á esta Junta, que despues de haber examinado el expediente, y tomado noticias muy circunstanciadas de lo que rige en otros puertos en razon de dicha preferencia, consultase á V. M. con la brevedad posible, cuanto se la ofreciese, teniendo presentes las leyes y pragmáticas de los señores reyes católicos, las provisiones y órdenes que cite el gremio, las ordenanzas de Marina y las consecuencias de una recíproca, que pudieran solicitar con razon los demas puertos.

(1) Extendió el autor este informe, siendo individuo de dicha junta en 1764.

Deseosa la Junta de corresponder á la honrosa confianza con que V. M. la distingue, ha examinado cuidadosamente este expediente, teniendo presente en él cuanto previene la real orden: ha tomado noticias muy exactas por medio de los intendentes de Marina, de la práctica de casi todos los puertos de los departamentos de Cádiz, Cartagena y Ferrol en cuanto á preferencia de fletes: ha recogido y meditado otros muchos documentos y noticias relativas á la materia; y despues de haber hecho sobre ella en varias sesiones y conferencias la deliberacion mas detenida, va á decir á V. M. su dictámen sobre un punto que creo ser de la mayor importancia, por estar intimamente unido con el bien y felicidad del Estado.

Llena de esta idea, y del deseo de dar el posible grado de claridad á sus principios, la Junta subirá hasta el origen del que se llama privilegio de preferencia; examinará su esencia, su objeto, su estension y sus relaciones políticas; probará la necesidad de asegurarle á todos los puertos del reino; indicará los límites que se le deben señalar, propondrá los medios de desvanecer los inconvenientes que se le pueden oponer, y finalmente, para llenar del todo las benéficas miras de V. M. y de su mismo celo, indicará los demas medios, de cuya simultánea concurrencia penden en su opinion el aumento y felicidad de la marina mercantil.

Por esto plan conocerá V. M. que la Junta ha examinado este punto mas bien con relacion al bien general de la navegacion y del comercio, que con respecto á la utilidad particular del puerto de Málaga. Sin embargo, en el progreso mismo de la

mensalia verá V. M. que aquellos patrones no tienen derecho alguno á pretender en la materia otras gracias que las que la paternal vigilancia de V. M. se dignare conceder á los demás puertos de sus dominios.

Finalmente, Señor, es posible que las reflexiones necesarias para llenar este plan den á la presente consulta mayor estension de la que la Junta quisiere; pero como por una parte se le presenta la importancia de la materia, y por otra la incertidumbre y vacilacion de las ideas con que se ha gobernado hasta ahora, creo absolutamente necesario fijar para lo sucesivo las máximas que tienen relacion con ella, y espero que esto deee la dispensará ante V. M. de la molestia que puedan causarle mis detenidas investigaciones.

La historia de los antiguos imperios acredita con un muchedumbre de testimonios que las fuerzas navales de un estado fueron siempre el principal instrumento de sus triunfos, y su marina mercantil el mas abundante manantial de su prosperidad. Sin traer á ejemplo los fenicios, que desde un pais corto y estéril se hicieron dueños del Mediterraneo, pasaron el Estrecho, y plantaron colonias en Africa y España, y penetraron hasta los mares del Norte. Sin hablar de los cartagineses, cuyo poder marítimo detuvo por mucho tiempo el progreso de las armas romanas, haciendo vacilar la suerte de aquella formidable república. bastará observar que Alejandro debió á la navegacion el conocimiento y conquista del Oriente; que sin ella nueva Roma se hubiera llamado señora del mundo, y que ella sola hubiera podido detener ó retardar la ruina de un imperio.

Dividido este en tanto por los bárbaros del Norte, y desterrados de él con la libertad las artes y la industria; el comercio concentrado en la capital del imperio de Oriente, y la navegación casi reducida á las costas del Mediterráneo, dejaron de contribuir por algunos siglos á la ilustración y al consuelo de los pueblos de Europa. En esta triste época los griegos fueron casi los últimos depositarios de aquellos conocimientos y noticias que siempre han animado y dirigido el espíritu mercantil, para que los hombres les debiesen también con el tiempo el restablecimiento y los principios de estas profesiones, así como les habían debido alguna día los de tantas artes y ciencias provechosas.

Después de ellos fueron los italianos los restauradores de la navegación y el comercio. El espíritu republicano, habiendo desterrado de algunos pueblos literales de Italia la esclavitud feudal, empezó á proteger á la sombra de la libertad las artes y la industria: florecieron con ellas la navegación y el comercio, y las ciudades de Venecia, Génova, Pisa y Florencia repitieron al mundo el ejemplo que antes le habían dado Sidon, Tiro y Cartago, y le enseñaron que solo en aquellas profesiones podía librar un estado la esperanza de su prosperidad.

No tardó España mucho tiempo en conocer esta importante verdad. Los catalanes, sacudido el yugo de los árabes, empezaron á costear el Mediterráneo bajo la protección de sus condes. Después bajo de los reyes de Aragón, la libertad que les aseguraba el gobierno municipal, las artes y la industria que renacieron con la libertad, y la na-

vegacion y el comercio animados por ella, alimentados por la industria y las artes, y libres ya de las piraterías de los árabes baleares, los llenaron de riquezas, y propagaron por toda nuestra costa oriental el espíritu mercantil, haciéndole buscar nuevos rumbos y escalas desconocidas hasta entonces.

No contribuyeron poco al fomento de esta prosperidad las franquicias y privilegios concedidos á la navegacion por los monarcas aragoneses, que ya veian en ella el principal apoyo de su poder. Tomaron bajo su proteccion todas las naves que de cualquiera parte viniesen á los puertos de sus dominios: hicieron libre y franco á los catalanas el comercio y tráfico de todos ellos; prohibieron á los extranjeros establecerse con lonjas, tiendas ó factorías en sus ciudades marítimas; y finalmente libraron del todo, ó en gran parte, á los naturales de muchas contribuciones y gabelas antes establecidas; en cuyas gracias se advierte mayor liberalidad hácia los comerciantes barceloneses, porque de su marina habian recibido aquellos príncipes mayores y mas señalados servicios. Pero entre estos privilegios ninguno fue mas estimable, ni mas provechoso á Barcelona, que el de preferencia en los fletes que le concedió el señor don Jaime el I, por su real cédula en Monzon á 12 de octubre de 1227. Por ella prohibió á todos los buques estráños que pudiesen hacer en aquel puerto cargamento alguno de frutos y mercaderías para Alejandría ni para otras partes ultramarinas, mientras hubiese buque barcelonés que quisiese fletarlos; y esta es la primera y mas antigua memoria que ha encontrado la Jen:

ta de un privilegio que dió despues ocasioná tantos decretos y tantas disensiones.

Mas este privilegio (que era sin duda muy ventajoso á la marina de Barcelona), envolvía dos grandes perjuicios contra el comercio en general: uno el de retrasar á los navegantes que pudieran venir allí á cargar géneros por su cuenta, y otro el de circunscribir la gracia á los patrones barceloneses, desalentando por este medio la marina de otros puertos del mismo continente.

El primero de estos perjuicios fué remediado por el mismo monarca en otra real cédula dada en Lérida á 14 de junio de 1268, por la cual, renovando el privilegio de preferencia á los barceloneses, esceptuó espresamente el caso en que los patrones estráños cargasen algunos géneros por su cuenta.

Como quiera que sea, á esta preferencia se debe atribuir el prodigioso aumento que fué tomando por aquellos tiempos el comercio de Barcelona, llevado desde entonces á nuevos y mas remotos puntos, hasta competir con las repúblicas de Italia, en toda la costa de Berbería, en la de Egipto y Siria, en Constantinopla y en otras célebres escalas de Levante, y aun fuera del Estrecho.

Pero ó bien fuese que esta misma prosperidad hiciese menos necesaria la preferencia á las naves de un puerto, que en la estension de su comercio activo tenia bien afianzada la esperanza de sus utilidades, ó bien que concedida solo á Barcelona, obligasen á revocarla los clamores de otros puertos del mismo continente, excluidos por ella de la facultad de fletar; la Junta halla que en los

siglos posteriores fué revocado, ó á lo menos suspendido el privilegio que le concedia, puesto que don Alfonso el V de Aragon tuvo que renovarlo por un edicto que á instancia del magistrado de Barcelona espidió hacia la mitad del siglo XV.

Aunque en esta renovacion se extendió el privilegio de preferencia á todas las naves y puertos de la dominacion aragonesa, y su uso solo tomaba lugar respecto á los extranjeros, no por eso dejó de ser reclamado con repeticion por los valencianos é ibicencos. Alegaban estos que la escasez de naves de sus puertos lo hacia muy perjudicial, pues por una parte disminuia las proporciones de extraer los frutos y mercaderias de su continente, y por otra encarecia el precio de los fletes estacionados en un corto número de cargadores.

No puede dispensarse la Junta de insertar aquí una parte de la representacion que en 7 de junio de 1454 dirigió el magistrado de Barcelona, al señor don Alfonso V, para retracto de la revocacion de este privilegio, tan ardientemente solicitada por los valencianos é ibicencos; sus razones son demasiado luminosas para que no tengan digno lugar en una consulta en que se trata de propósito esta materia.

El magistrado de Barcelona, despues de ponderar el aumento que iba tomando su marina al favor de la preferencia, y de referir el número de naves construidas despues de su concesion: «Ciertamente es, dice, muy victorioso saber, que no hay empresa en el mundo que pueda ser desde el principio acalada y perfecta. Lo es tambien que si el citado edicto se observase, en breve tiempo

tendrían vuestros vasallos tantas navos, que cruzaran el mar en mayor número aun del que necesita el tráfico actual de vuestros dominios, pues cuando las gentes vean la proporción de adquirir los beneficios que ofrece, no habrá quien no quiera disfrutarlos, y V. R. M. podrá considerar cómo de su servicio será que los mares se vean llenos de buques propios de sus vasallos, y cuánta utilidad resultará de ello á sus reinos y señorías. Nosotros creemos firmemente que ningún beneficio es comparable á este. Ni los que lo contradicen tienen razón alguna para asegurar que producirá carestía en los fletes; porque si los mercaderes y patrones no se conviniere en el precio de ellos, se deberá estar, segun el mismo edicto, á la determinacion de los cónsules de mar, establecidos en los lugares donde las mercaderías se cargaran ó descargaren, ó en su falta al de los mercaderes nombrados por las partes; pues en este punto está de tal modo proveido en el edicto, que nadie debe quedar descontento. Además que esta beneficio no solo será para esta ciudad, sino tambien para todos los puertos de los dominios de V. M., pues los valencianos acaban de comprar una nave de setecientas botas; y si empiezan á saborear este interés, conocerán que es mucho mejor para ellos disfrutar la utilidad de los fletes, que abandonarla como hasta aquí á los extranjeros.» Estas sólidas razones detuvieron la revocacion del privilegio y conservaron las utilidades de la preferencia á la marina de Aragón, hasta que reunidos aquellos reinos á los de Castilla por el matrimonio de Isabel y Fernando, se gobernó la navegacion de todo el continente

español por las sabias leyes que estos dignos monarcas promulgaron. Pero mientras la navegacion de los catalanes prosperaba en la forma que ya indicada, la de los puertos sometidos a la dominacion de Castilla, aunque tambien favorecida por sus monarcas, habia hallado obstaculos insuperables a su prosperidad. San Fernando y su hijo don Alfonso hicieron de ella un especial objeto de su proteccion, despues que sus conquistas estendieron el continente de su dominio. El primero creó el empleo de grande almirante para vincular en él el gobierno de la marina real y la proteccion de la mercantil. El segundo edificó las célebres atarazanas de Sevilla, el mas famoso de todos los astilleros de aquel tiempo, y ambos distinguieron con señalados privilegios el comercio y la navegacion de sus puertos. Esta proteccion continuada en alguno de los reinados sucesivos, y la necesidad de armar y mantener escuadras para ocurrir á las diferentes expediciones marítimas emprendidas en el siguiente siglo, contra los moros de la costa; fomentaron por algun tiempo la marina real, bien que con poca utilidad de la navegacion mercantil, á la cual por otra parte desfavorecian las circunstancias contemporáneas.

En efecto, los italianos y aragoneses tenian preocupado el comercio del Mediterráneo y Levante, y las piraterias de los moros de Fez cerraban casi del todo el Estrecho á las naves del continente occidental de España. Estos mismos pueblos primero, y despues los que se habian congregado en la célebre Ansa Teutónica ó Compañía austriaca, fueron ocupando desde el siglo XIII todo el comercio del Norte, y le hacian con tantas

ventajas, que nadie podía sufrir su concurrencia. Cadix y Sevilla tuvieron que agregarse á la lista anseática para evitar la ruina de su comercio; pero no pudieron remover otros obstáculos que el vicio interno de la legislación oponia á su prosperidad.

Las aduanas ofrecian el principal de estos obstáculos. Miradas por el gobierno mas como un arbitrio para fomentar la navegacion y el comercio de los súbditos, se habian establecido sobre principios duros y desiguales, en que andaban casi á un nivel la suerte del vasallo y la del extranjero, y en que la importacion y esportacion eran indistintamente desalentadas, no dictaba las tarifas la buena economia, apenas conocida en la media edad, sino el espiritu rentista, cuya codicia crecia á cada paso en razon de la pobreza del erario y del valimiento de los asentistas y arrendadores, que la mayor parte eran judíos. Los antiguos aranceles del Almojarifazgo mayor de Sevilla presentan la prueba mas irrefragable de este error político, que fué tan funesto á la prosperidad del comercio activo y exterior, como de la industria y trafico interior del reino.

Los mismos aranceles convencen que era libre por aquellos tiempos á los buques extranjeros cargaren nuestros puertos; y esta igualdad con los buques nacionales debe contarse tambien entre las causas de la decadencia de la marina mercantil de Castilla. Como quiera que sea, á los principios del siglo XV era ya esta decadencia muy visible. Mientras los portugueses iban franqueando los límites que la ignorancia habia señalado á la navegacion fuera del Oceano Atlántico, la corte de

Castilla se hallaba sin buques para sus expediciones marítimas, y sus costas estaban infestadas de piratas y corsarios, que embarrumbaban la navegación y obstruían el comercio.

El reino junto en las cortes de Ocaña de 1492 clamó por el remedio de estos males, y el señor don Juan el II. expidió entonces una real cédula; por la cual mandó que en todos sus reinos se construyesen navios y galeras; que se reparasen los que ya había; que se reanpuisiesen las alasmannas destinadas a la construcción y carenas, y finalmente, que se estableciesen guarda-costas para que los navegantes tuviesen una protección continua y permanente. Remedios saludables sin duda, pero poco proporcionados al tamaño del mal que los había dictado.

Entretanto se acercaba aquel feliz instante que la Providencia tenía señalado para el engrandecimiento de la monarquía española, bajo los gloriosos reyes Católicos. Arrojados los muros del reino y costa de Granada; unidos los continentes de Aragón y Castilla en un solo gobierno, y abicatos en el nuevo Mundo una muchedumbre de rumbos y de estímulos á la navegación y al comercio, empeñaron á ser estas preferencias el principal objeto de la industria de los españoles. Las leyes y providencias públicas, con el saludable fin de fomentarla fueron desde entonces uniformes. La Junta no puede empeñarse en recordarlas todas; pero seguirá rápidamente el curso de aquellas que tienen mas íntima relacion con el objeto de este expediente. La navegación de los puertos de Castilla, reducida casi á sus costas ó puertos poco distantes de ella, se habia hecho en navios

pequeño puerto. Los nuevos descubrimientos dieron á conocer la necesidad de buques mayores. Así, el primer objeto de los reyes Católicos fué animar la construcción de estos buques, á fin de que con ellos se pudiesen emprender navegaciones mas largas y difíciles, y para que la corte pudiese servirse de ellos en sus empresas marítimas. Para esto tomaron dos excelentes providencias en su real pragmática publicada en Alázar á 10 de setiembre de 1495, y renovada en Alcalá á 20 de marzo de 1498.

Por la primera concedieron 40 mrs. de acostamiento por cada 100 toneladas á todos los dueños constructores de buques de cabida de 600, y de ahí para arriba: de forma que el dueño de un navio de 600 toneladas pague de acostamiento 60 mrs.; el de 700, 70; el de 1.000, 100; y así progresivamente, debiéndose pagar esta renta anualmente en el puerto en que residiese el navio, y por todo el tiempo que el dueño le mantuviese corriente y aparejado. Pero no se pagaba acostamiento alguno al dueño del navio, cuyo porte no llegase á las dadas 600 toneladas. Por otra providencia concedieron preferencia en los fletes y cargamento á los buques mayores de 600 toneladas, respecto de todos los extranjeros, aunque fuesen de mayor porte y respecto de los de menor buques de naturales de menor porte, dándose siempre la preferencia al de mayor cabida en caso de pasar de las dadas 600 toneladas. Flóreció con estas providencias la construcción de grandes buques, pero se conoció muy luego que no era menos necesario fomentar la de buques menores. Con esta mira se promulgó en Granada la célebre pragmática.

tica de 3 de setiembre de 1500, por la cual se mandó que nadie pudiese cargar frutos ni mercaderías para los puertos del reino ni para fuera de él en navíos extranjeros, so pena del perdimiento del buque y carga; aplicados por mitad á la real cámara y al acusador juez: que no habiendo buque nacional pudiese cargar el extranjero: que si los buques nacionales solo pudiesen llevar una parte de la carga, se les diese, y solo llevase el residuo el extranjero; y finalmente que si hubiese diferencia en el precio de los fletos entre el patron y cargador, se arreglasen y tasasen por la justicia.

Estas providencias coetáneas á los nuevos descubrimientos, aceleraron aquella crisis política que convirtió en favor de España todo el comercio de Occidente. Empezó á hacerle desde entonces en sus naves con frutos y manufacturas propias; y por medio de factores establecidos en todas las escalas; y de este modo vino á ser por muy largo tiempo el centro de la riqueza del mundo.

La nacion era en aquel tiempo muy celosa de la conservacion de unos privilegios que le producian tan conocidas ventajas, y de ello dió una buena prueba en 1523, pues aunque estaba en observancia la preferencia, se quejó de las gracias particulares que la corte concedia á algunos extranjeros en perjuicio de ella, y tambien de que no se pagaban los acostamientos establecidos por los reyes Católicos; y esta instancia producida en las cortes de Valladolid de aquel año, obtuvo la real cédula del señor don Carlos I, en que se revocaron todas las gracias concedidas, y se renovó el pago de los acostamientos.

Continuó esta observancia en el reinado del señor don Felipe II ; pero con el abuso de haberse abierto la mano á la concesion de cartas nuevas de naturaleza , á cuya sombra gozaban de la preferencia muchos flamencos é ingleses. Las cortes congregadas en Toledo en 1560 clamaron contra este abuso , y lograron no solo la revocacion de todas las naturalezas , sino tambien que se declarase que ningun extranjero aunque la tuviese , pudiese cargar sus naves en nuestros puertos. No será fácil reducir á cálculo el aumento que habia tomado nuestra marina mercantil al favor de estas y otras providencias dirigidas á fomentarla ; pero se podrá formar de él alguna idea por lo que en su tratado de construccion asegura Tomé-Cano , autor coetáneo , diciendo : que en el año de 1586 habia solo en Vizcaya mas de 200 navíos que navegaban á Terranova por ballena y bacalao , y tambien á Flandes por lanas : en Galicia , Asturias y Montaña mas de 200 pataches que navegaban á Flandes , Francia , Inglaterra y Andalucía : en Portugal mas de 400 navíos de alto bordo , y mas de 1590 carabelas y carabelones : en Andalucía mas de 400 navíos que navegaban á la Nueva España , Tierra-firme , Honduras , Islas de Barlovento , Canarias y otras partes, cargadas de frutos y mercaderías de este reino.

Tal era el estado de nuestra marina mercantil , aun sin contar la de Aragon , Valencia y Cataluña hácia los fines del reinado del señor don Felipe II ; esto es , un tiempo en que ya habia empezado á sentirse la decadencia de nuestra navegacion y comercio, Muchas fueron las causas

que concurrían á esta decadencia; pero la Junta debe mirarla como una consecuencia de las malas máximas económicas con que se gobernó nuestro comercio exterior. El de América, concedido desde 1529 á todas las provincias de la dominación de Castilla, se había vuelto á establecer en Andalucía por un efecto de la necesidad de volver al único puerto de Sevilla: estanco que debilitó notablemente la marina de otros puertos.

Los comerciantes andaluces, desahucados de poseer oro y plata, descuidaron de traer otros retornos, y solo conducían dinero ó algún fruto precioso para el consumo de nuestras fábricas y de las estrañas. Con este dinero abarcaban todas las manufacturas, las compraban con cuatro ó seis años de anticipación, y las pagaban á cualquier precio.

De estos excesos se quejaron al señor don Carlos I las cortes congregadas en Valladolid en 1545, ponderando la enorme carestía á que habían subido nuestros géneros, y esta carestía era la precursora de la ruina de nuestras fábricas, ya conocida y alentada á los fines del reinado del señor don Felipe II.

A los principios del siguiente reinado se calculaba la mengua del consumo de solo las fábricas de Toledo en medio millón anual de libras de seda, según el testimonio de Damian Olivares. ¡Cosa enorme sea la mengua del consumo general!

De aquí previno en gran parte la ruina de nuestro comercio activo, y por consiguiente la de nuestra marina mercantil, de que ya se lamenta amargamente el mismo Tomás-Cano en la obra

que hemos citado, publicada en Sevilla en 1644.

No contribuyeron poco á este mal las guerras exteriores en que comprometieron á la naci6n los numerosos derechos que le habian transmitido las casas de Austria y Borgoña. Un siglo entero estuvo mencionando en paños distantes ejércitos y escuadras, que se vestían, se armaban y sortían á nuestra costa de géneros extraños. Entonces, como dice un célebre político, no era España mas que un canal que derramaba en toda Europa el producto de sus minas y riquezas. De aquí nació su pobreza; de aquí su desolacion; de aquí sus empobrecidos; y de aquí finalmente la ruina de aquella floriente marina que fué algun dia asombro de la Europa. En efecto, antes de mediar el siglo pasado, ya no podia España mantener una escuadra de sesenta galeras, y se servía de las de particulares genoveses para guardar su costa. Posteriormente se tomaron á sueldo escuadras inglesas para hacer el corso sobre los mares: última y triste prueba de la decadencia de nuestra marina.

En esta situación, reducida la naci6n á un comercio corto y casi pasivo, no se defendió del privilegio de preferencia, que nada podia servirle, careciendo de buques cargadores que lo disfrutasen. La Junta no halla vestigios de él en los reinados de Felipe III y IV, y presume, no sin fundamento, que en aquellas épocas tuvo muy poco ó ningun uso su observancia. En tiempo de Carlos II quisieron renovar los patrones de Málaga, á cuya vista se habian levantado los cargadores extranjeros con los flotes de aquel puerto. Acudieron los naturales á su gobernador; y sin

fundarse en las leyes , ya del todo olvidadas, pidieron que se les concediese la preferencia en los fletes, con arreglo á la costumbre que citaron de algunos puertos de poniente y levante. El gobernador creyó necesario que justificasen esta costumbre. Hiciéronlo así por medio de una informacion de testigos , y en su vista, con fecha de 8 de febrero de 1698 , publicó el gobernador un bando, mandando que los buques de los vecinos de Málaga fuesen preferidos en los cargamentos que allí se ofreciesen á todos los demás forasteros, por el tanto ; cuyo contenido fué confirmado y mandado cumplir por provision del consejo de Castilla de 22 de diciembre del siguiente año , ganada á instancia de los mismos patrones.

La Junta tiene motivo para inferir de este expediente, que á pesar del bando citado y su auxilioria, no se observó la preferencia en Málaga hasta muchos años despues; lo que atribuye á una de tres causas, ó á todas juntas: 1.ª Que el bando no solo excluía de los fletes á los extranjeros, sino tambien á los naturales forasteros, contra el tenor de las leyes. 2.ª Que siendo muy reducido el número de buques de aquel puerto, era imposible escluir de él á todos los forasteros, sin arruinar enteramente su propio comercio. 3.ª Que concedida la preferencia solo por el tanto , seria muy raro el caso en que el cargador natural pudiese fletar al mismo precio que los forasteros.

La guerra de sucesion, que empezó con el presente siglo, ofreció tambien un nuevo y mas grande obstáculo á la deseada preferencia, y retardó por largo tiempo su entero restablecimiento.

El augusto padre de V. M. manifestó repetidas veces cuan convencido estaba de su importancia y necesidad; pero las circunstancias de su reinado no le permitieron verificarle. Por real orden de 29 de agosto de 1734 mandó que en todos los cargamentos que se hiciesen de cuenta de la real hacienda para la provision de sus tropas, se prefiriesen los buques naturales á los extranjeros, y concedió á los de la costa de levante una quinta parte mas de fletes para subsanar el dispendio á que les obliga en su armamento y tripulacion el temor de los corsarios berberiscos. En 1737 recomendó este importante objeto al señor infante don Felipe, en el artículo 9.º de la real instruccion, que como á almirante de la mar le dió en 1.º de noviembre de aquel año, y mas espresamente aun en la real cédula de 14 de enero de 1740, dirigida al mismo fin: cuyos documentos cita la Junta como el mejor testimonio de que tampoco este objeto se ocultó á la paternal vigilancia con que aquel gran monarca promovía la felicidad de sus vasallos.

Pero repite que las circunstancias eran poco favorables á sus benéficos designios. Precisado el gobierno á promover el aumento de la marina real, lo hubo de hacer en perjuicio de la mercantil. Los marineros ocupados en la armada y corso, hacian falta en los buques mercantes. La guerra por otra parte interrumpia la industria doméstica y obstruía el comercio exterior de la nacion, al mismo tiempo que la iba enriqueciendo y derramando en ella las semillas de su futura prosperidad. La misma causa habia influido en aquella famosa operacion que redujo en 1720 to-

de el comercio de Indias al provecho del palmo; y este proyecto, que desalentó la construcción de buques menores, y las fábricas de generos buetos, dió un golpe terrible y funesto a la industria y comercio nacional, y todas estas causas retardaron el aumento de la marina mercantil y la observancia del privilegio de preferencia, que no podia subsistir sin ella.

Los mismos términos á que se habia reducido este privilegio por la inobservancia de las leyes, le hacian tambien impracticable. El derecho de tanteo en los fletes destruia enteramente su objeto, porque el temor de los piratas, el costoso aparejo y tripulacion de nuestras naves de Levante, y el método general de navegar con mucha gente y poca economia en uno y otro mar, dieron siempre á nuestros fletes un precio exorbitante. ¿Cómo, pues, podrian nuestros buques de primera salida competir en el precio de los fletes con los extranjeros, que navegaban y cargaban en nuestros puertos de retorno?

Estos fueron, señor, en dictámen de la Junta los obstáculos que estorbaron hasta ahora la observancia del antiguo y tantas veces renovado privilegio de preferencia, y los que le harán inútil en adelante si el poderoso brazo de V. M. no los remueve.

No se ocultan á la Junta los esfuerzos que V. M. mismo ha hecho á este fin desde su elevación al trono. Las reales órdenes de 12 de julio de 1763, 12 de setiembre de 66, 13 de julio de 67, 23 de setiembre de 74, y otras que constan del presente expediente, dirigidas á establecer en todos los puertos de nuestro continente la prefe-

RA

MOVIE LANDS.

INDUSTRIA Y COMERCIO.

87

Pera suponiendo formado este reglamento, siempre resultaria de él uno de dos inconvenientes: esto es, la necesidad de irle aumentando en proporcion de lo que creciesen las invenciones de la moda y el capricho, ó la de escluir a las personas para quones se formase de la facultad de trabajar en las manufacturas nuevamente inventadas, y no contenidas en el catálogo; dos cosas que ciertamente serian contrarias á los fines con que se propone el reglamento.

La Junta no ignora con cuanta vicisitud se cambian de un dia á otro los objetos de la industria. La moda produce a cada instante nuevos inventos, crea nuevas manufacturas, desfigura las antiguas, altera sus formas, muda sus nombres y tiene en continuo ejercicio no solo las manos, sino tambien el ingenio de las personas industriales. ¿Quién será capaz de detener esta tendencia del gusto de los consumidores hácia la novedad? Quién lo será de fijar por medio de un reglamento los objetos de sus caprichos?

Acaso por esto en las dos reales cédulas de 1779 y 1784 no se han señalado específicamente á las mugeres manufacturas determinadas en que pudiesen ocuparse. Deseoso el gobierno de restituirles á la libertad de trabajar que les habia dado la naturaleza, las habilitó en la de 12 de onso de 1779 para todos los trabajos propios de su sexo, pero sin señalar alguno; y cortó así de un golpe la cadena que habia puesto á sus manos la legislación gremial.

La de 2 de setiembre de 84, expedida á consulta de esta Junta, conspira al parecer á fijar la generalidad con que estaba concebida la cédula

anterior, y esplicó que debian estenderse permitidos á las mugeres todos aquellos trabajos que no teniendo repugnancia ni con su delicadeza, ni con su decoro, debian creerse propios de su SEXO.

Esto supuesto, no habrá necesidad de examinar cuales son los trabajos que les están permitidos, sino cuales les son vedados. Las reales cédulas establecen una regla general, y permiten á las mugeres todos los trabajos que no están comprendidos en la escepcion. Con que si algo resta que averiguar será solamente cuales son los trabajos que repugnan á la decencia y fuerzas mugeriles.

Yo haré sobre este punto algunas observaciones; pero todas vendrán á parar, ó en que no se debe hacer novedad en el presente estado de las cosas, ó si alguna, debe ser ampliar á las mugeres una libre facultad de ocuparse en cualquier trabajo que les acomodase.

Observemos primero la disposicion de este sexo para el trabajo con respecto á sus fuerzas, y despues la examinaremos con relacion á lo que llamamos decencia ó decoro del mismo sexo.

El Criador formó las mugeres para compañeras del hombre en todas las ocupaciones de la vida; y aunque las dotó de menos vigor y fortaleza, para que nunca desconociesen la sujecion que les imponia, ciertamente que no las hizo inútiles para el trabajo. Nosotros fuimos los que contra el designio de la Providencia las hicimos débiles y delicadas. Acostumbrados á mirarlas como nacidas solamente para nuestro placer, las hemos separado con estudio de las profesiones activas, las

hemos encerrado, las hemos hecho ociosas, y al cabo hemos unido á la idea de su existencia una idea de debilidad y flaqueza que la educacion y la costumbre han arraigado mas y mas cada dia en nuestro espíritu.

Pero volvamos por un instante la vista á las sociedades primitivas; observemos aquellos pueblos donde la naturaleza conserva sin menoscabo sus derechos, y donde ninguna distincion, ninguna prerogativa desiguala los sexos, solo distinguidos por las funciones relativas al grande objeto de su creacion. Allí veremos á la muger, compañera inseparable del hombre, no solo en su casa, mas tambien en el bosque, en la playa, en el campo, cazando, pescando, pastoreando, cultivando la tierra y siguiéndole en los demas ejercicios de la vida.

Ni creamos que este fué un privilegio de las edades que llamamos de oro, solo existentes en la imaginacion de los poetas. A pesar de la alteracion que la literatura y el comercio han causado en nuestras ideas y costumbres, tenemos en el dia muchos ejemplos con que confirmar esta verdad. Yo conozco, y todos conocemos paises; no situados bajo los distantes polos, sino en nuestra Peninsula, donde las mugeres se ocupan en las labores mas duras y penosas: donde aran, cavan, siegan y rozan, donde son panaderas, horneras, tejedoras de paños y sayales, donde conducen á los mercados distantes sobre sus cabezas efectos de comercio; y en una palabra, donde trabajan á la par del hombre en todas sus ocupaciones y ejercicios.

Aun hay algunos, en que nuestras mugeres

:

didas, ni á probar vestidos á casa de los hombres; tendrá para esto un oficial esperto, como sucede en muchos gremios que permiten á las viudas la conservacion de las tiendas y oficinas de sus maridos. Para esto no será necesario la intervencion de la ley, porque cada sexo sabe lo que conviene á su decencia.

Este mismo ejercicio de coser es mas conveniente á las mugeres que á los hombres: ¿pues para qué las defraudaremos de un trabajo en que pueden ganar la vida sin menoscabo de su honestedad?

De todo esto concluyo, que la única excepcion opuesta á la libertad de las mugeres, debe suprimirse como inútil, y que lejos de fijarla ó declararla por medio de un reglamento, es mas conveniente abolirla del todo.

¿Y qué haremos, se me dirá, con los hombres? Formaremos un reglamento para ellos solos, ó les daremos la absoluta libertad de trabajar en cualquier arte sin sujecion á gremio? En esta duda ¿quién no responderá por la libertad? Si hay muchas razones para persuadir que se les debe á las mugeres, hay muchas mas que la reclaman en favor de los hombres. Esta parte de la humanidad será siempre la que mas trabaje. La superioridad de sus fuerzas de cuerpo y espíritu; su mayor constancia, destreza y prevision; la diferente esencia de las obligaciones que le imponen la naturaleza, la religion y la sociedad, todo le debe dar una decidida preferencia. Por otra parte, la procreacion, la crianza de los hijos, la asistencia al consorte, las obligaciones domésticas absorven á una muger la mayor parte del

tiempo que pudiera dedicar al trabajo. Así que, sería monstruoso franquearles una absoluta libertad de trabajar, y sujetar á los hombres á gremios y exclusivas. No es pues conveniente reducir esta libertad por medio de un reglamento.

Esta reflexion me conduce naturalmente á examinar la gran cuestion sobre la libertad de las artes. Bien conozco que este punto no se comprende espresamente en el encargo de la Junta; pero tiene tanta relacion con el expediente que está á la vista y con la idea suscitada por el señor fiscal, que no puedo desentenderme de él, ni la Junta puede dejar de fijar sus máximas acerca de esta materia. Cada dia se trata de autorizar un nuevo gremio, de aprobar una nueva ordenanza, y es preciso que las resoluciones sean uniformes y consiguientes. Si conviene redimir las artes de su antigua esclavitud, hagase de una vez; y si no, fíjense los límites á donde puede llegar su libertad, y los principios que deben protegerla.

Por otra parte, esta cuestion se examina acutualmente en el consojo de Castilla, en la sociedad patriótica de Madrid, en otras varias sociedades y academias del reino, y sobre ella se habla, se escribe y se declama cada dia. No debe pues la Junta guardar silencio en medio de un rumor tan general. Su voz será la mas autorizada en el asunto. Creada para promover la industria y el comercio; ¿qué otro cuerpo tendrá mas derecho á decidir una controversia de que pende tal vez la suerte de estos grandes objetos?

« Sobre todo, yo espondré en este punto mis ideas no para decidirlo, sino para empuñar en él el cetro de los individuos de la Junta, cuya ilustra-

ción reúne todas las luces y todas las experiencias que pueden ser necesarias para descubrir la importante verdad.

Voy, pues, á examinar primero los perjuicios que producen los gremios, y despues haré ver que no se pueden tomar iguales de parte de la libertad; y últimamente prescribiré las reglas y precauciones que se deben tomar, para que la misma libertad no se oponga ni al buen orden civil, ni al fomento de la industria, ni á la seguridad del público.

Pero antes de esponer los perjuicios que han causado los gremios, volvamos por un instante la vista hacia su origen y el de las leyes que los autorizaron.

Hubo entre nosotros un tiempo en que todos los brazos del estado debian estar prontos para su defensa. El glorioso empeño de reconquistar un reino envilecido bajo el yugo de los árabes, y de arrojar de nuestro continente estos enemigos bárbaros y opresores, armó contra ellos todas las clases, sin que hubiese alguna que se creyese libre de la honrada pensión de restaurar la libertad de su patria. El rico-hombre, el prelado, el caballero, el solariego, seguian el primer toque del tambor que los convocaba á la guerra, y marchaban en auxilio del estandarte real, á lidiar por la conservación de un estado, de que eran miembros y defensores.

Entre tanto, las pocas artes que conocia una nacion sóbria, guerrera y enemiga del lujo, quedaban á cargo de los brazos mas débiles. Las mugeres trabajaban en el reposo de sus hogares cuando era necesario para el sustiniento y vestido

mirarlos como un pueblo enteramente suyo, y libre del señorío particular en que gemian los miserables solariegos.

La clasificacion de los artistas, útil sin duda para establecer la policia y el buen orden, se convirtió muy luego en un principio de destruccion para las mismas artes. Reunidos sus profesores en gremios, tardaron poco en promover su interes particular con menoscabo del interés común. Con pretexto de fijar la enseñanza, establecieron las clases de aprendices y oficiales: con el de testificar al público la suficiencia de los que le servian, erigieron las maestrias; y para asegurarle de engaños, inventaron preceptos técnicos, prescribieron reconocimientos y visitas, dictaron leyes económicas y penales, fijaron demarcaciones; y en una palabra, redujeron las artes á esclavitud, estancaron su ejercicio en pocas manos; separaron de él á un pueblo codicioso que las buscaba con ansia por participar de sus utilidades.

Tal es la historia de los gremios. Yo repasaré brevemente sus principales perjuicios, empezando por el mas digno de atencion y remedio de parte de cualquiera gobierno, donde la libertad industrial, y amor al público tengan alguna estima.

El hombre debe vivir de los productos de su trabajo. Esta es una pena de la primera culpa, una pension de la naturaleza humana, un decreto de la boca de su mismo Hacedor.

De este principio se deriva el derecho que tiene todo hombre á trabajar para vivir: derecho absoluto, que abraza todas las ocupaciones útiles, y tiene tanta estension como el de vivir y con-

Per consiguiente, poner límites á este derecho es defraudar la propiedad mas sagrada del hombre, la mas inherente á su ser, la mas necesaria para su conservacion.

Aun suponiendo al hombre en sociedad, se debe respetar este derecho. Ninguno ha renunciado de su libertad natural sino aquella parte que es absolutamente necesaria para conservar el estado sin menoscabo de la propia conservacion. Sobre este principio se apoya y debe fundarse la santidad de toda ley.

De aquí es, que las leyes gremiales en cuanto circunscriben al hombre la facultad de trabajar, no solo vulneran su propiedad natural, sino tambien su libertad civil.

Pero esta ofensa no se causa solo al artista, se estiende tambien á los demas individuos que consumen los productos de la industria. Todo ciudadano tiene derecho de emplear en su favor el trabajo de otro ciudadano, mediante una recompensa establecida entre los dos. Los gremios destruyen este recíproco derecho, pues obligan al consumidor á servirse solamente de aquellos maestros que tienen la facultad esclusiva de trabajar.

La injusticia de esta exclusion se hace mas palpable quando se considera que ha defraudado la libertad de trabajar á la mitad de los pueblos que la adoptaron: que se ha separado casi enteramente á las mugeres del ejercicio de las artes, y que ha reducido á la sociedad unas manos que la naturaleza habia criado diestras y flexibles para perfeccionar el trabajo. Las artes faciles y sedentarias, aunque mas convenientes á este sexo que

al nuestro, no por eso se han exceptuado de la regla general.

Pero tan monstruosa exclusion no ha comprendido solo á las mujeres, sino tambien á todos los hombres á quienes su estado y profesion separaban forzosamente de los gremios. Labradores, soldados, artistas, aunque hábiles para el ejercicio de muchas artes, no pudiendo incorporarse en los gremios, debieron renunciar al derecho de trabajar en ellos.

Tenemos de esto un ejemplar palpable en nuestro expediente. Gabriel Mareto, de ejercicio herrero, quiso establecer en Valladolid una manufactura de cintas caseras. ¡Cuánto no tuvo que sufrir del gremio de pasamaneros este infeliz artista! Y qué sería de él si la ilustracion de la Junta no le hubiera sostenido contra las opresiones de aquel gremio! Aun con esta proteccion apenas está seguro de sus persecuciones.

La primera consecuencia de tan funesto estanco fué impedir la union de la industria con la labranza. Mientras los campos de Alemania están cubiertos de nieve, se ocupa el labrador germano en trabajar la infinita variedad de obras curiosas de madera, piedra y metales conque sus paisanos surten las tiendas de nuestras ciudades populosas, y acumulan ganancias insumables. En los mercados de Beetana, del Anjou, de Flandes, Holanda y los Cantones, venden tambien los labradores los lienzos que trabajaron sus familias en el tiempo que las faenas rústicas los dejaron libres. Estos bienes se deben principalmente á la libertad, y son inasequibles sin ella.

Por una consecuencia de este sistema gremial

la industria se ha reconcentrado en las capitales; esto es, en los lugares menos á propósito para su ejercicio y perfeccion. El alto precio de los comestibles y habitaciones, el aumento de las necesidades que arrastra consigo el lujo, los regocijos y distracciones frecuentes, la licencia y corrupcion de las costumbres, y otros inconvenientes propio de las grandes poblaciones, ofrecen otros tantos obstaculos al aumento y prosperidad de la industria, y hacen desear la libertad como único medio de destruirlos.

De aquí se sigue, que los gremios sean un estorbo para el aumento de la poblacion, no solo en cuanto impiden la reunion de la industria con otros ejercicios, sino tambien en cuanto resisten la entrada en ella á las manos sobrantes de la labranza y otras profesiones.

Este daño es harto mayor de lo que se cree de ordinario. La agricultura puede solo aumentar la poblacion de un pais hasta cierto punto, por que el terreno cultivable, y aun la perfeccion del cultivo tienen sus limites señalados por la naturaleza. Tienele por lo mismo la cantidad y el valor de los productos de la tierra, y el número de familias que pueden vivir de ellos. Casi sucede otro tanto con las demas profesiones, fuera de los oficios. Pero la esfera de la industria es de inmensa estension. Quanto consumen España y la América, las provincias vecinas y las mas distantes, puede ser fruto de sus tareas, y concurrir al sustento de las familias que la ejercen. ¡Cuántas veces el morador de los confines del Asia habrá pagado su jornal á los artistas europeos! Así es, que el aumento de la poblacion y la riqueza

nacional, estará siempre en razon de los progresos de la industria, y por consiguiente, de la libertad de las artes. Veamos ahora por que medios las asociaciones gremiales se oponen á esta libertad y estos progresos.

Establecidas las maestrias se estanca el trabajo en pocas manos; esto es, en aquellos solos individuos que han alcanzado el título de maestros y con él el derecho esclusivo de trabajar.

Este estanco se estrecha tanto mas, cuanto para pasar al magisterio es menester haber corrido por las clases de aprendiz y oficial, sufrir un examen, pagar los gastos y propinas de esta funcion, tener tienda ó taller en cierta y determinada demarcacion, y muchas veces afanar para abrirla.

Establecido ya el maestro, se le tasa el número de aprendices y oficiales que puede tener, y alguna vez el de telares y artefactos en que ha de trabajar: se le obliga á partir con sus compañeros las materias que acopiase, ó bien á surtirse del almacén del gremio si le tiene, ó en fin, se le reparten por el mismo, aunque no las pida: debe trabajar de cuenta propia, y no de la del mercader ó comerciante, aunque no tenga fondos: debe arreglar su trabajo á la ley de la ordenanza, y sacrificar á ella sus manos y su ingenio: debe pagar impuestos y derramas para los objetos de su comunidad: debe sufrir denuncias, visitas, penas, comisos y otra infinidad de vejaciones. Véase ahora si es posible que bajo de este sistema de opresion y esclusivas se multiplique el número de los artistas, ni los productos de la industria,

Para que este mal fuese mas general y mas funesto, el espíritu gremial contagiando la indus-

Ídiles amedrentan continuamente el ingenio , y le retraen de estas útiles , pero peligrosas tentativas.

De ellas sin duda hubiera sacado la libertad la division de las artes. No hay una , á lo menos entre las principales , que no se forme del conjunto de otras muchas artes subalternas. Donde florece la industria , cada una de estas artes se ejerce separadamente , y ocupa una oficina. De aquí resulta , primero la perfeccion de las artes, que siempre es hija del hábito y de la aplicacion, y despues la baratura de las obras, que es un efecto necesario de la mayor brevedad y facilidad con que se ejecutan por partes. Este bien es casi incompatible con los gremios que prescriben á sus individuos , no solo las cosas que deben trabajar, sino tambien la forma en que deben ejecutarlas. La libertad sola le puede producir, y le producirá seguramente en todas las artes que emplee á fomentar el consumo.

La necesidad de un aprendizaje determinando produce iguales inconvenientes : acobarda el ingenio de los jóvenes , hace igual la suerte del rudo y del despierto , y sin servir de estímulo al perezoso , sirve de embarazo y de retraimiento al aplicado. No hay que esperar que el ingenio desenvuelva sus fuerzas donde no tenga á la vista recompensa y estímulo.

Otro tanto puede decirse de los oficiales ó laborantes. La necesidad de estar en estas clases cierto número de años sin poder trabajar de cuenta propia , defrauda á los particulares del servicio de muchos buenos artistas , somete unos y otros á la codicia de los maestros , retarda el

establecimiento de los jóvenes, los acostumbra á vivir del trabajo del día, libres, baldíos, sin sujecion y sin familia, y lo que es harto peor, los aleja del matrimonio, único freno contra los impetus de su edad y los riesgos de su situacion. De ahí es que en una larga serie de años, y aun de siglos, ni los aprendizajes, ni las oficialías, ni las maestrias han bastado á perfeccionar las obras de nuestros artistas. Algunos jóvenes aplicados, buidos á países extraños en busca de nuevos maestros y nuevos gustos, han sido los únicos autores de los progresos que hemos hecho en varias artes, por ejemplo en el de platero, de maestro de coches, de zapatero, de encuadernador y otros semejantes. Aun esto se ha verificado á despecho de los gremios, y al favor de un rayo de libertad con que el gobierno ha querido distinguir á los autores de este beneficio. Sin esta libertad, Martinez, Gara, Venneus, Arochena, Gomez y algunos otros, no habrían sido conocidos en la corte, y lo que es peor, sus artes estarían todavía en su rudeza original.

Del mismo sistema gremial nació el absurdo empeño de perpetuar los oficios, á que conspiran todas sus leyes. El infeliz que ha consumido su juventud y su caudal en habilitarse para el ejercicio de un arte, y ve cerradas todas las puertas para pasar á otro, se obstina por conservarle como la única hipoteca de su existencia. Pero el gusto pasa, los consumos menguan, el arte deseca, y al fin acaba, sin que los años del miserable artista puedan detener su ruina.

Muchos ejemplos de esto nos ofrece la historia fabril. El uso de las sembradoras de un gol-

pe en el siglo pasado con los boneteros y gorro-
ros, y el del zapato llano con los borceguineros
y chapineros, ¿Qué se ha hecho de los guarda-
macileros, los sargueros, los toqueros y otros
oficios sin numero, tan conocidos y tan celebra-
dos en los siglos precedentes? Todos han pereci-
do ya, sin que nos quede mas rastro de ellos que
sus nombres y viejas ordenanzas.

Figurémonos por un instante la suerte de es-
tos miserables artistas en medio de la opresion
gremial. ¿Qué refugio les quedaba en su desem-
paro? ¿Aprender otro oficio? Pero era tarde para
ponerse a nuevo aprendizaje. ¿Incorporarse en
otro gremio? Pero no habian sido aprendices ni
oficiales, no se hallaban en estado de obtener la
maestria, no tenian tienda ni taller; y nada de
esto se podia suplir ni con fondos propios, ni con
los auxilios de la amistad. Pues, ¿qué harian? La
respuesta es obvia; se echarian a mendigos, y
sus manos que la libertad hubiera empleado útil-
mente, serian perdidas del todo para el estado.

Este mal es consecuencia de otro causado tam-
bien por los gremios, cuyo sistema destruye ne-
cesariamente la proporcion que debe haber entre
las producciones de la industria y sus consumos.
Estos crecen y menguan en razon de la celeridad
con que caminan las modas, entretanto que la
legislacion gremial conspira á fijar las artes, y el
numero de individuos que deben trabajar en cada
una. Un nuevo gusto exige de repente una mu-
chedumbre de manos para abastecerle. El interés
y la libertad las hallarian; pero las ordenanzas
del arte respectivo, permitiendo solo a los
maestros trabajar en aquellos objetos, atan las

manos de todos los demas. Entónces crece con desproporcion el precio de las obras, acude el extranjero con las suyas, nos arrebatan las ganancias, y la industria nacional se destruye por los mismos medios que debian hacerla crecer y prosperar.

Por último, la legislacion gremial parece que ha buscado casi siempre la ruina de la industria con las mismas providencias que dirigia á su fomento. Empeñada en estender sus exclusivas alejó de una vez á todos los empresarios, ya prohibiendo á los maestros hacer acopios de materias, ú obligándolos á repartirlas con los demas gremiales, ya concediendo á estos tanteos y preferencias perniciosas, ya vedando á los artistas que trabajasen de cuenta ajena, y ya en fin lijando en ellos solos la facultad de vender de primera mano. Por este medio estorba la union de la industria con el comercio, disminuye la libertad del tráfico, y destruyendo la concurrencia, no deja entrada á la baratura, ni al equilibrio y nivelacion de los precios, de donde naturalmente se deriva.

Tamaños perjuicios bastarian por si solos para convencer la necesidad de mudar nuestro sistema industrial; pero no hay parte alguna de él que no conspire al mismo intento.

En efecto, ¿qué diremos del ejercicio de la jurisdiccion fabril, cometido á personas imperitas, del todo ineptas para el mando, y siempre interesadas en la transgresion de sus leyes? ¿Qué de las visitas de casas, tiendas y talleres, tan contrarias á la libertad civil y doméstica del ciudadano, y al espíritu de toda buena legislacion?

¿Qué de las justas gremiales, regularmente tumultuosas, y productivas de parcialidades, enconos y desórdenes? Tales abusos son tan frecuentes y notorios, que bastará apuntarlos para combatirlos.

Parece que hasta las instrucciones mas pías se han convertido contra la utilidad de la industria y de sus profesores. Los montes pios, cuando no hayan destruido, ó entibiado el mas poderoso estímulo que arrastra al hombre al trabajo, se han hecho por lo menos muy gravosos á los individuos, sin haber sido útiles al estado ni á los cuerpos. Apenas se podrá citar uno solo, á cuyo abrigo se libren del desamparo los impedidos, los huérfanos y las viudas del arte. El gobierno convencido de su insuficiencia, ha tenido que buscar nuevos arbitrios, que erigir nuevas instituciones para el socorro de esta clase de miserables, tan digna de su caridad como de sus desvelos.

Bien sé que no en todas las ordenanzas se hallan reunidos los vicios que acabo de recordar; pero no hay alguno de que no se puedan citar muchos ejemplos. Las ordenanzas gremiales de Barcelona, que he tenido presentes, los ofrecen á millares. Las mejores de todas, las mas libres de errores y de vicios, se fundan en un sistema de suyo opresivo y contrario á la prosperidad de la industria; y esta verdad tan demostrada por el raciocinio, se confirma mas y mas cada dia por la observacion y la experiencia.

Cortemos, pues, de un golpe las cadenas que oprimen y enflaquecen nuestra industria, y restituyámosla de una vez aquella deseada libertad en

que la industria pudiese prosperar con recíproco beneficio del artista y del consumidor. Esto me ocupa en lo que resta del presente informe.

Empezaré pues, demostrando, que la abolición de los gremios no puede producir los males que se temen, y en esta parte confirmaré mi dictámen mas bien con ejemplos que con raciocinios; después daré una idea de la policía general, que debe oponer á la libertad aquel justo y provechoso freno que dicta la razón y exige la pública seguridad.

Después que el espíritu gremial esclavizó las artes y fijó su imperio en las grandes capitales, donde las había reconcentrado, algunas cortas ciudades, la mayor parte de las villas, y todo el resto de las pequeñas poblaciones, quedaron libres de este yugo. Sin embargo, las artes necesarias abundan en ellas, y aun prosperan; porque en todas partes se viste el hombre y se calza, usa en su casa de muebles y utensilios, y se provee de los demás objetos necesarios al uso de la vida. Todos estos objetos se trabajan en la mayor parte del reino, sin gremios ni ordenanzas; y ni el público se queja, ni la industria decae. Es cierto que estos ramos de industria no han recibido mayor incremento; pero esto solo se debe atribuir á los gremios de las capitales, cuyas ordenanzas no permiten á la industria forastera traer á sus mercados obras que no estén trabajadas segun el rigor de sus preceptos técnicos. Por eso la industria libre nunca ha podido crecer fuera de la proporción de su consumo, pero dentro de ella se ha extendido y prosperado sin leyes ni gremios. ¿Qué mayor prueba se puede donar en favor de la libertad?

La primera de todas las artes, la agricultura, se gobierna por todo el reino sin gremios ni ordenanzas: florece en muchas provincias, se fomenta en otras, y donde se halla en decadencia, ciertamente que no achacará á libertad sus atrasos. ¿Hay por ventura otro arte mas acreedor á proteccion, mas digno de enseñanza, mas extendido, mas diversificado? Hay un arte en que se puedan cometer mayores ni mas funestos engaños? Pues como puede ser contrario al progreso de otras industrias una libertad que no lo es á la primera, á la mas importante de todas?

Otras muchas profesiones hay que nunca tuvieron leyes peculiares, ni fueron sujetas á gremios. Aun en aquellos grandes pueblos, donde este espíritu de opresion subyugó hasta las ocupaciones mas libres y sencillas, se ven muchas artes en plena libertad. Baste citar el ejemplo de los armeros de Madrid, cuyas obras atestiguan con su general estimacion la prosperidad y los progresos de su arte.

Fuera de la corte se pudieran citar muchos ejemplos en confirmacion de esta verdad. Pero obsérvese solamente cuanto han prosperado á nuestra vida aquellos profesores á quienes el gobierno ha librado del yugo de las ordenanzas, y se concluirá de ahí, que sus reglas enervan la industria, tanto como la anima y la fomenta la libertad.

¿Y de qué servirán estas ordenanzas en muchos gremios, que no las observan por haberse antiquado? Hay gremios tambien que no las tienen; los hay que no son mas que unas simples cofradías, sin otros estatutos que los que dicen re-

lacion con los objetos del culto. Tal era el gremio de sastres de Madrid antes del año de 1756; y sin embargo, estos oficios se han sostenido sin que ellos ni el público hayan habido menester el auxilio de la legislación.

Se cree que las maestrias son absolutamente necesarias porque en la suficiencia que supone su título, se apoya la seguridad del público. Pero ¡qué poco se conoce al público cuando se piensa así! En el objeto mas importante, que es la vida, vemos siempre al hombre seguir la opinion y abandonar la autoridad. ¡Cuán frecuente es fiarse de un empírico, de un curandero, de un charlatan y no hacer caso de un protomédico!

Pero estando por la verdad, las maestrias nada suponen. Los exámenes son por lo comun formularios, y la amistad, el parentesco ó el interés abren la entrada a las artes a los mas ignorantes. Las piezas de examen, ó son de facil ejecucion, ó se trabajan con ayuda de vecinos, ó se admiten aunque defectuosas. Así que, al lado de algunos buenos oficiales se ven en la misma corte insignes chapuceros, autorizados con el título de maestros, y situados en tienda pública. Unos sostienen su crédito, no sobre su habilidad, sino sobre la de sus oficiales. Otros a quienes falta este auxilio, perecen, sin que la autoridad del título los libre del hambre y la miseria: porque en efecto el público no cree buenos artistas a todos los que son maestros, así como no tiene por sabios a todos los que han recibido la borta por la capilla de Santa Bárbara.

Lo mismo diremos de las visitas, inventadas para librar al público de engaños, y convertidas

no le deben ciertamente, ni á los gremios ni á las ordenanzas, ni á la enseñanza regulada por ellas: débennlo, como hemos indicado, al ingenio, al estudio, á los viages de algun artista eminente, al celo de algunos individuos, á cuerpos patrióticos, al establecimiento de algun habil extranjero, á la imitacion cuidadosa de modelos estranos: en una palabra, á causas accidentales y muy diversas del instituto de los gremios. ¿Y cuánto mas hubieran influido estas causas, si la libertad las hubiese dejado obrar sin obstáculo?

Si se quiere otra prueba de esta verdad, búsquese en la historia de nuestros gremios, y se hallará muy concluyente. El sabio autor de la educacion popular observa en el tercero de sus apéndices, que la decadencia de nuestras artes en Toledo, en Sevilla y otras ciudades ricas é industriasas, fué coetanea á las exclusivas, á los preceptos técnicos, y á otras sujeciones que fueron autorizando las ordenanzas gremiales. Cuanto hay en ellas de opresivo, se refiere por la mayor parte al reinado de Felipe III y siguientes. La duracion, los preceptos y las condiciones de los aprendizajes no tienen mayor antigüedad. No se crean, pues que son un medio de perpetuar, sino de destruir la buena enseñanza.

Lo mismo digo de los costumbres. Hay quien crea que la subordinacion establecida por las ordenanzas gremiales y su estrecha disciplina, son como unos diques opuestos contra este vehemente impulso que acrastra la juventud menestral hácia la corrupcion en las ciudades populosas. Pero cualquiera que medite un poco sobre el origen de esta corrupcion, hallará que sus causas

ses no tienen relacion alguna con la legislación gremial. ¿Hay por ventura una subordinacion mas estrecha, una disciplina mas rigurosa, unas leyes mas duras que las que sujetan al hombre en la milicia? Sin embargo, á buen seguro que se nos citen los soldados como dechados de buenas costumbres. ¿Y acaso son tales las de nuestros gremiales que puedan servir de apologia á su legislación?

Pero aun nos falta examinar el mayor inconveniente que se cree unido á la libertad; esto es, la-concurrencia. Si dice que los artistas correrán á aquellas artes que ofrecen mas lucro, que la competencia de los concurrentes hará que perezcan muchos, y prosperen pocos; que entre tanto se abandonarán las demas artes, y que alterado el equilibrio que debe haber entre el número de manos que trabajan, y el consumo que les ha de producir su subsistencia, vacilará la industria nacional, vendrá como por irrupcion la estrangeria, y el estado y sus individuos serán sus víctimas.

¿Mas quién ha dado á los gremios el arbitrio de fijar este saludable nivel? Ya hemos visto como lo destruyen. Ahora decimos que este bien pende, como otros de la libertad solamente. Las circunstancias accidentales que ponen en movimiento el capricho de los consumidores, no penden ciertamente de la libertad ni de los gremios. Pero aquella á lo menos deja á los artistas el arbitrio de aprovecharlas, y los gremios no. Estos reducen á manos determinadas el ejercicio de las artes, y nadie puede entrar de repente en él, porque las formalidades gremiales se lo estorban. No así en

el estado de libertad. El interés multiplicará los artistas en razon del aumento de los consumos, y el mismo señalará un límite á esta multiplicacion. De forma, que si hay algun camino para establecer el equilibrio, no puede ser otro que el de la libertad, la cual, inventando objetos nuevos y agradables, sabrá anticiparse al gusto de los consumidores y provocarlos, si puede decirse así, á la concurrencia y al consumo.

No se nos oponga el ejemplo de las naciones extrañas. Cuando habla la evidencia de razon deben callar las inducciones y conjeturas. La constitucion inglesa, y las leyes y costumbres de aquella república lograron la milagrosa conciliacion de la libertad de las artes con las corporaciones de los artistas.

En Francia demostró concluyentemente los enormes perjuicios de las maestrias el célebre presidente Bigot; y aquel gobierno teniendo, al frente á uno de sus primeros economistas. Mr. Turgot, la destruyó de un golpe por las letras-patentes de 42 de febrero de 1776. Si despues de la caída de este ministro volvieron á restablecerse, echemos la culpa, mas que á otra causa, al espíritu de persecucion, que cuando trata de desacreditar á los hombres de merito, suele asestar contra los establecimientos los golpes que quiere descargar sobre sus autores.

La Toscana vió abolidos los gremios por dos edictos de 4 y 3 de febrero de 1770, y bien hallada con este sistema, que confirmo de nuevo por otro de 25 de noviembre de 1775, disfruta hoy de todas las ventajas con que la libertad recompensa el celo y la constancia de los gobiernos ilustra-

dos. Un ejemplo solo de esta clase vale por ciento que se puedan alegar por la esclavitud de las artes.

Por último, se se aleguen en favor de los gremios la costumbre, la prescripción, la autoridad; todo esto se desvanece a la vista de los daños que causan. Sus leyes están aprobadas sin perjuicio de tercero, y esta cláusula cuando faltase, no debe creer embebida en la aprobación de toda ley municipal. Además de que los derechos de la libertad son imprescriptibles, y entre ellos el mas firme, el mas inviolable, el mas sagrado que tiene el hombre es, como hemos dicho al principio, el de trabajar para vivir.

¿Pero pasaremos súbitamente de la sujecion á la libertad? Ve aquí un punto que ofrece á la idea una muchedumbre de inconvenientes, capaces de acobardar el ánimo mas resuelto. Parece que el hombre ha nacido para ser esclavo de la costumbre. ¡Qué confusion no nos presenta esta mudanza repentina, entre una muchedumbre de jóvenes artistas, que ahora viven tranquilos bajo de un yugo suave y desconocido! El primer uso que harán de su libertad, será acaso para abusar de ella. Guiados únicamente por la codicia ¡qué alteracion no podrá resultar en los precios! qué fraudes en las obras! qué engaños en el cumplimiento de las contrataciones! Cuánto descuido en la enseñanza! Cuánto desorden y cuánta licencia en las costumbres! El público será la primera víctima de la libertad, hasta que conocidos y abandonados los artistas por el público, perezcan con las artes, y el estado vacilante libre los estragos causados por la misma libertad que había protegido.

Tal es la idea que nos figuramos de un pueblo donde las artes se abandonen á una libertad absoluta. Pero estamos muy lejos de apadrinar el desórden con el nombre de libertad. El hombre social no puede vivir sin leyes, porque la sujecion á ellas es el precio de todas las ventajas que la sociedad le asegura. La misma libertad, su propiedad, su seguridad personal, la inmunidad de su casa, los derechos de esposo, de padre, de ciudadano, son la recompensa de aquella pequeña porción de libertad que sacrifican al órden público. De la suma de estas porciones se forma la autoridad del legislador y la fuerza de las leyes.

La clase de los artistas debe, como todas las demas, reconocer las suyas: ¿pero qué leyes servirán estas? Hemos llegado á la única discusion que nos resta, y que es la mas importante de todas.

No permite ni la estrechez de este informe, ni mis cortos talentos que yo me aventure á emprender un código de policía fabril. Este objeto, tan importante y delicado, es muy propio del celo de la Junta y de sus superiores luces. Me bastará indicar los principios á que debe arreglarse esta legislacion, para conciliar la libertad de las artes con su prosperidad, con el buen órden y con la seguridad pública.

En efecto, tres deberán ser los objetos de esta legislacion: 1.º buen órden público, 2.º proteccion de los que trabajan, 3.º seguridad de los que consumen. Yo los examinaré en artículos separados.

Artículo 1.º**POLICIA.**

En nuestra presente constitucion debemos suponer la mayor parte de la industria domiciliada en las ciudades grandes y populosas. Para establecer en ellas el buen orden general es indispensable clasificar al pueblo. Tratemos de esta operacion respecto de los artistas, que son ahora nuestro objeto.

MATRÍCULAS.

La primera operacion debe ser formar una matrícula general de cada arte, en la cual se asentarán los nombres de los que la profesan, sean hombres ó mugeres, con especificacion de su edad, estado, habitacion, y de la clase que ocupan en el arte; esto es, de maestros con tienda ú obrador público, oficiales sueltos, ó aprendices.

Esta matrículase debera renovartodos los años, notando en ellas las alteraciones que son ordinarias en la condicion de cada individuo: los que faltaren, y los que entraren de nuevo en el arte: los que saliesen de aprendizaje, y los que pusieren tienda, taller ú obrador público. De forma que por ella pueda tener en todo tiempo el gobierno un estado completo de cada arte, y por consiguiente de todas.

Como esta operacion seria muy embarazosa, donde las artes contienen escesimo número de individuos, la matrícula en este caso se podria

hacer por cuarteles, cuyo método será preferible en la corte, y aun en muchas ciudades, á lo menos respecto de aquellos oficios que están considerablemente poblados.

Cualquiera que entre á la clase de aprendiz, que salga de ella á la de oficial suelto, ó pase de esta á la de maestro con taller, tienda ú obrador público, tendrá obligación de presentarse y dar su filiacion, para que se le asiente en la matrícula de su arte y se tome razon en la forma que se dirá.

Será lícito á cualquiera individuo que sepa dos ó mas oficios, matricularse en todos ellos, y estándolo, ejercerlos sin embarazo alguno, y lo mismo al que supiere solamente alguna parte de un arte, como por ejemplo, ojalar, hacer clavos, labrar vigas, ó cosas semejantes; pues en este caso se matriculará en el arte á que corresponda con la espresion conveniente

No será ocioso prevenir que todo lo que se dice en cuanto á las matriculas, así como lo que se dirá acerca de los síndicos y otros puntos, debe entenderse solo para aquellas ciudades populosas en que abundan las artes y los artistas. En los demas pueblos es conocido el vecindario por su padron general, y no necesitan mas reglas de policía que las comunes y conocidas.

Estas matriculas, no solo servirán para el buen gobierno de los artistas, sino tambien para el repartimiento y recaudacion de las contribuciones; y para conservar el buen orden general y la tranquilidad pública; puesto que no puede establecerse buena policía donde el pueblo no estuviere dividido y clasificado con la mayor exactitud.

SINDICOS.

Esta operacion de formar la matrícula convendrá á cargo de un síndico, que se nombrará para cada oficio, y debe ser individuo y profesor del mismo.

El nombramiento de estos síndicos se hará por el ayuntamiento del pueblo, con asistencia propia del síndico personero ó diputado del comun, que tendrá voto en la eleccion.

Esta eleccion se hará cada dos años, y otro tanto tiempo durará la sindicatura, quedando á arbitrio del ayuntamiento reelegir al que creyere digno de esta distincion, y al del reelecto aceptar ó no el oficio: pues siendo una carga consuejil, solo estará obligado á sufrirla por un bienio.

A cargo del síndico correrá no solo la formacion, sino tambien la renovacion de las matrículas, y á él deberán acudir á dar su filiacion las personas de que se habló anteriormente.

Ademas del libro de matrículas, tendrán los síndicos otro de toma de razon, y en él tendrán las licencias que diere la justicia para abrir obrador ó tienda pública, las contratas de aprendizaje que se celebraran entre los maestros y los padres ó tutores de los aprendices, la morada de los que vinieron de fuera, ya sean extranjeros ó forasteros, á establecerse en clase de oficiales sueltos ó en tienda pública, y lo demas que fuere conducente al buen desempeño de su encargo.

Este libro y el de matrículas se deberán entregar al síndico que entrase de nuevo por el que

salire, ambos cerrados y corrientes, con los asientos y noticias que van prevenidos.

Los síndicos velarán sobre la conducta de los artistas, compondrán amigablemente las diferencias que nazcan entre ellos y los particulares, implorando la autoridad de la justicia cuando sus oficios y exortaciones no bastasen, promoverán el bien y la prosperidad del arte, y sobre todo cuidarán del buen orden y de la seguridad pública, por los medios que se indicarán después.

Se prohibirán por punto general las juntas ó cabildos de individuos de un arte, siendo del cargo del síndico promover el bien y la autoridad de sus individuos, como va prevenido, y cuando no lo hiciere á requerimiento de alguno, podrá ser apremiado á ello por la justicia.

Pero si en algun caso extraordinario hubiere necesidad de congregar los individuos de algun arte, el síndico enterado de ella acudirá á la justicia, quien no solo concederá la licencia, si se pidiere con justa causa, sino que deberá prescribir el lugar y la forma de celebrar la junta, y aun la presidirá por sí mismo, si padiere y el caso lo pidiere, y cuando no, convendría que la presidiese el socio protector.

Tampoco será lícito á los individuos de un arte hacer cofradía, ni juntarse en cuerpo con ningún pretexto piadoso ó de devoción, siendo libre cada uno como particular para alistarse en las que estuvieren establecidas con autoridad del gobierno y conforme á las leyes.

SOCIOS PROTECTORES.

Donde hubiere establecida sociedad patrióti-

tica, se nombrará para cada oficio un socio protector, á cuyo cargo correra el bien y el provecho del arte y de los que le profesan.

De cualquiera abuso que pueda influir en la decadencia ó perjuicio general del arte y sus profesores, informará el síndico al socio protector, quien dará cuenta á la sociedad, y esta, examinada maduramente la materia, representará al tribunal á quien tocara, ó a S. M. en derecho, lo que juzgare conveniente para su remedio.

Del mismo modo informará el socio protector á su cuerpo de los medios y arbitrios que juzgare oportunos para fomentar el arte y sus individuos, y la sociedad representará al gobierno lo conveniente para su consecucion.

En los asuntos relativos al arte procederán los jueces ordinarios á tomar informes de la sociedad; ó bien de los respectivos socios protectores; que por serlo y hallarse instruidos de su estado, los podran suministrar los conocimientos necesarios para el acierto de sus resoluciones.

Los socios protectores cuidarán de que los síndicos verifiquen la formacion y renovacion anual de las matrículas, acudiendo á los respectivos jueces para que los compelan á ello, cuando no bastasen sus avisos y exortaciones.

Los síndicos acudirán á los socios protectores en las ocurrencias de su encargo, para que con su consejo y autoridad los ayuden al cumplimiento de las obligaciones que les impone.

Cuidarán particularmente los socios protectores de que se conserve libre el ejercicio de las artes; de que se faciliten las licencias para abrir tienda á los que la merecieren; de que no se es-

torbe á los oficiales sueltos trabajar donde y como mas les acomodare, de que se cumplan las contratas celebradas por los individuos de cada arte entre sí, y con los particulares, implorando siempre la autoridad judicial, cuando sus avisos y exortaciones no fueren atendidos, y dando cuenta de todo lo que hicieren á la respectiva sociedad de que fueren miembros.

Por estos medios y los que se indicarán cuando se trate de la seguridad pública, se podrá conservar el buen orden y la mejor policía de las artes.

Artículo 3.º

PROTECCION.

Tres deben ser los objetos de la proteccion de las artes; la enseñanza, el fomento, y el socorro de los artistas.

Enseñanza.

APRENDIZAJES

Los aprendizages deben ser enteramente libres, y arreglarse en cuanto al tiempo, precio y condiciones por los padres ó tutores de los jóvenes con los maestros.

Pero la legislación debe proteger especialmente el cumplimiento de estas contratas, y en cualquiera violacion de ellas se buscará la mo-

diacion del sindico y socio protector, y si sus ofi-
cios no bastaren, acudirá el primero, ó bien la
parte perjudicada á la justicia ordinaria, para que
compela y apremie al disidente al cumplimiento
de sus pactos.

Esta enseñanza será suficiente en el mayor
número de los oficios; pero en las artes mas com-
plicadas no podrá mejorarse la industria sin otra
enseñanza mas metódica.

ESCUELAS.

A este fin convendrá mucho que el gobierno
establezca en cada capital dos especies de es-
cuelas, donde se enseñen los principios genera-
les y particulares de las artes.

ESCUELA DE PRINCIPIOS GENERALES.

Las primeras serán unas escuelas generales
para todas las artes, y en ellas se enseñarán
aquellos principios de dibujo, de geometría, de
mecánica y de química que sean convenientes á
los artistas, considerando estas facultades como
reducidas á práctica y aplicadas al uso de las
artes.

ESCUELA DE PRINCIPIOS TÉCNICOS DE CADA ARTE.

Las otras serán escuelas particulares de las
mismas artes; cada una tendrá la suya, y en ella
se enseñarán por principios científicos sus reglas
y preceptos.

Unas y otras escuelas son mas para perfeccio-

que para enseñar la práctica de las artes, y por lo mismo deberán celebrar sus funciones en ciertos días, y en horas desocupadas, como por ejemplo las de la noche, para que puedan concurrir á ellas los aprendices y oficiales, que quieran perfeccionar la enseñanza que reciben ó recibieron de sus maestros.

DESCRIPCIONES DE LAS ARTES.

El gobierno deberá cuidar de que se forme una descripción científica de cada arte, traduciendo y aplicando á nuestra actual situación las que trabajaron y aplicaron en frances las academias y sabios de aquel reino, y formando de nuevo las que no lo estén.

Mientras no tengamos una academia de ciencias, parece que este ensargo pudiera fiarse á la sociedad económica de Madrid.

CARTILLAS PRÁCTICAS.

De estas descripciones deberán sacarse unas cartillas prácticas, breves, claras, y acomodadas á la comprensión de unos jóvenes que ordinariamente carecen de toda instrucción, y estas cartillas se podrán imprimir y enseñar por los maestros á cada uno de sus aprendices.

PREMIOS:

Los premios y distinciones animan considerablemente la enseñanza, y por lo mismo el gobierno deberá destinar un fondo para este objeto. Hay

premios para los que adelantan en el conocimiento de las lenguas, de las humanidades, y en la filosofía, ¿y no los habrá para que tengamos buenos cerrajeros, y buenos ebanistas? Parece que la adjudicación de estos premios podrá correr á cargo de las sociedades patrióticas.

Los jóvenes que sobresaliesen en aplicación y aprovechamiento en las escuelas ya generales, y ya privadas, serán los primeros ó los únicos acreedores á los premios. Así se los animará á fomentar estos establecimientos, puesto que la concurrencia á ellos ha de ser libre, como todo el sistema de la legislación que vamos diseñando.

Fomento.

ADUANAS.

El gobierno ha empezado ya á convertir el sistema de las aduanas en beneficio de nuestra industria. En efecto, el primer fomento de las artes debe venir de él, proporcionando de tal manera los derechos de importación y exportación, las prohibiciones y las enteras franquicias, ya sea en materias primeras, ya en manufacturas, que se anime la industria nacional y se la proporcione una ventajosa concurrencia con la extranjera.

CONTRIBUCIONES.

Sobre el mismo pie se deberán arreglar las contribuciones para el comercio interior, dirigiendo al fomento de la industria todas las gracias y

franquicias de derechos que sean compatibles con el objeto de los tributos, ya en la venta de materias, ya en las manufacturas de primera mano. Pero ni el sistema de aduanas ni el de contribuciones se podrán establecer con acierto, sin un conocimiento exacto del estado de nuestra industria en todos sus ramos: sin graduar bien la influencia que pueda tener en ellos la gravedad de un impuesto, ó su desproporcion, cuando se adopta como medida de fomento el favorecer á unos con respecto á otros; y sin que en esta investigacion se proceda llevando por norte la luz de los principios de la economía civil, auxiliada de los cálculos de la aritmética política.

RECOMPENSAS.

Cualquiera invencion ó descubrimiento útil, cualquiera notable mejoramiento que hiciese un artista deberá ser recompensado por el gobierno para estímulo de los demás.

AUXILIOS.

Aquellos establecimientos que son por naturaleza difíciles, dispendiosos y casi inaccesibles á las fuerzas de los particulares merecen ser ayudados por el gobierno con auxilios efectivos de dinero, ó con otros subsidios igualmente útiles, pero nunca con privilegios esclusivos.

DESCUBRIMIENTOS.

Las máquinas é instrumentos desconocidos,

los buenos modelos de imitación que produce la industria estrangera, los secretos y recetas de reciente invencion, deberán ser buscados, costeados y repartidos por el gobierno entre los artistas mas sobresalientes. Los embajadores, ministros y cónsules pueden proporcionar al gobierno la noticia y adquisicion de ellos.

POSTOS Ó MONTES.

De grande auxilio serian para la industria los pósitos ó montes públicos, donde se diesen á los artistas ya dineros, ya materias por costo y costo, y bajo de un plazo y rédito moderado, disponiendo las reglas que pareciesen oportunas para su distribucion, recaudacion, y cuenta y razon.

LOMBARDOS.

Con el mismo objeto se podrian establecer lombardos, donde sobre las obras hechas se diesen á los artistas los tercios de su valor, pagaderos al tiempo de la venta de las mismas obras.

SOCORRO.

Todas estas precauciones no bastarán á librar de miseria á muchos artistas, ni aun podrán detener la ruina de muchas artes. Su prosperidad ó decadencia penden principalmente del capricho del consumidor, que aumentando ó disminuyendo los consumos, hace florecer unas artes, al mismo tiempo que precipita otras á la decadencia y á la muerte.

: La libertad será el primer recurso de un artista, que al favor de ella, no hallando de qué vivir en su arte, podrá ejercitarse en otro, y hallar en él su subsistencia.

HOSPICIOS.

No entrarán en mi plan los hospicios, que sobre ser difíciles de mantener y gobernar, nunca servirán al artista sino después que haya caído en la mendicidad.

CASAS DE CARIDAD.

Lo mismo digo de las casas de caridad ó de misericordia, segun la forma que tienen en muchas partes. Estos asilos sirven para refugio de la pobreza, mas no para evitarla.

MONTES PIOS.

Los montes pios cual se conocen en el dia son igualmente inútiles. Si se perfeccionasen estos establecimientos de forma que sus fondos estuviesen en proporcion con sus socorros, y que estos en su distribucion se dirigiesen, mas bien á evitar que á socorrer la ruina de los artistas, serian muy dignos de entrar en el plan de socorros.

HUERFANOS, Ó VIUDAS.

El mejor que se puede dar á las viudas es proporcionarles nuevo estado, y á los huérfanos enseñarles un arte, sobre que puedan librar su

subsistencia, y sean con el tiempo vecinos útiles.

ENFERMOS.

Los artistas enfermos pertenecen al sistema de hospitales; pero seria mejor socorrerlos en su casa: lo mismo digo de los viejos é impedidos, si lo estuvieren del todo; pero si son todavía capaces de algun trabajo, deben formar un objeto de la caridad pública juntamente con los desocupados.

CASAS DE TRABAJO.

Un establecimiento donde el artista hallase trabajo seguro proporcionado á sus fuerzas, y bien recompensado, llenaria enteramente nuestros deseos. En él los viejos, los impedidos, los desocupados, las mugeres, los niños podrian ganar algun jornal correspondiente á su trabajo, con utilidad propia y del Estado.

DOTACION DE ESTAS CASAS.

Ningun objeto es mas digno de la caridad pública. Los socorros del gobierno, el fondo pío eclesiástico, los sobrantes de expolios y vacantes, las limosnas de los prelados, del clero y de las personas piadosas deberian concurrir á una á su dotacion y establecimiento.

SU COMANDO.

Las juntas de caridad, las diputaciones de

barrio, las sociedades patrióticas serian de grande auxilio para el gobierno, policia y prosperidad de estas casas. La empresa es difícil, pero tan importante, que ningun dispendio, ninguna cuidado que se aplicase á su logro debe parecer demasiado.

Por estos medios logrará el gobierno emplear su proteccion en beneficio de las artes, dirigiéndola á la enseñanza, fomento y al socorro de los artistas sin perjuicio de la libertad:

Artículo 3.º

SEGURIDAD.

La policia que hemos indicado producirá necesariamente el buen orden, y sera el mejor apoyo de la seguridad pública; pero para lograr mas bien este importante objeto, se podrán tomar las providencias siguientes.

LICENCIAS PARA ABRIR TIENDAS.

Ninguno podrá abrir tienda, taller ú obrador público sin licencia del juez ordinario del pueblo, dada por escrito, intervenida por el sindico, sentada en su libro de toma de razon, y anotada en el de matrículas.

FORMA DE CONCEDERLAS.

Para obtener esta licencia se dirigirá el inte-

remate á su juez respectivo, el cual tomando los correspondientes informes del síndico y otras personas del arte sobre la habilidad, buena conducta y demás calidades del pretendiente, se la dará gratis, ya sea nacional, ó extranjero, sin necesidad de exámen, pruebas, fianzas ni otros requisitos.

CALIDADES.

No se permitirá abrir tienda pública á ninguno que no esté matriculado y no tuviere la edad de 18 años cumplidos, ~~siendo~~ actualmente casado, ó de 25 sino lo estuviere. Esta diferencia, sobre ser conforme á nuestras leyes, que no permiten á ningún mozo soltero la libertad de contratar hasta los 25 años, podrá servir de grande estímulo para que los artistas apetezcan el estado del matrimonio.

Con la misma idea, quisiéramos que no se diese esta licencia á ninguno que no supiese leer y escribir, y no presentase certificación de haber asistido un tiempo determinado y con aprovechamiento á la escuela particular de su arte: pero tememos que esta sujecion pudiera privar al público de muchos buenos profesores, que por otros medios hubiesen adelantado en el ejercicio de algún arte.

Las mugeres podrán abrir tienda ú obrador público, concurriendo en ellas las circunstancias, y observando las formalidades ya referidas; pero la que no fuere casada deberá tener un oficial de buena habilidad y conducta para el manejo de la tienda, y particularmente para aquellos ministe-

ries que no son muy propias de la decencia de su sexo.

SITUACION DE LAS TIENDAS.

Se podrá abrir tienda pública, observándose las formalidades ya prevenidas, en cualquier distrito de la población sin sujecion á calle, barrio, ni demarcacion determinada. Así estará el público mas bien servido, y los artistas podrán hallar habitación mas acomodada y barata.

Bajo del nombre tienda, taller ú obrador público, no solo se entenderán las que están expuestas á la vista en calles y plazas, sino tambien las de lo interior de las habitaciones en todos sus altos, y señaladas con muestras ó rótulos, para cuyo establecimiento deberán preceder las mismas formalidades.

Los oficiales sueltos podrán trabajar libremente, y de cuenta propia, segun se ajustaren con los maestros ó con los particulares; pero no podrán tomar obra para cuyo desempeño necesiten del auxilio de otros oficiales, pues, este derecho debe ser privativo de los que tengan tienda, taller ú obrador público con licencia de la justicia.

DENUNCIAS.

Si algun artista trabajare obra defectuosa ó mal ejecutada, podrá la parte perjudicada denunciarla ante el síndico, el cual á su requerimiento la examinará, resolverá lo que le pareciere justo, y lo pondrá en ejecucion si las partes se conformaren; pero no lo haciendo, les dejará libre el

recurso á la justicia, á quien informará de los oficios que hubiere pasado, de la resolución y del motivo de ella.

Las partes que se sintieren perjudicadas, podrán, si les pareciere, acudir desde luego á la justicia, sin requerir al síndico, ó despues de haberle requerido y oído su resolución; y el juez en uno y otro caso procederá verbalmente y con informes del mismo síndico y peritos, sin causar á los interesados dilaciones ni costas.

Igual recurso tendrán los artistas, cuando las partes con quienes hubiesen tratado no les pagaren el precio, ni cumplieren las condiciones estipuladas.

Las contiendas entre los maestros y aprendices, ó sus padres y tutores, y entre los oficiales y maestros de tienda pública, ú otras cualesquiera que sean relativas al ejercicio y profesion de las artes, se dirimirán por el método que vá señalado.

Como alguna vez pueden ocurrir contiendas en que se versen intereses y perjuicios de mayor consideracion, si las partes no se ajustasen con las providencias económicas y verbales del síndico y de la justicia, podrán usar libremente de sus acciones, deduciéndolas en juicio formal ante el mismo juez ordinario, ú otro competente, pues estas primeras diligencias en casos de mayor cuantía, deben mirarse como extrajudiciales, y nunca radicarán el juicio, ni menguarán la libertad de las partes.

Puesto que quedan libres á las partes sus recursos, se entenderán prohibidas para siempre las visitas y reconocimientos de casas, talleres,

tiendas é obradores, no pudiendo ejecutarse por los síndicos ni otra persona alguna con ningún motivo ni pretesto.

Si en algún caso extraordinario el alcalde del cartel, ó el juez del pueblo creyere necesario visitar algún taller, casa é oficina, lo podrá hacer con causa grave, y acompañado del socio protector y síndico del arte; pero sin llevar costas ni causar gastos.

Las penas de que deberán usar los jueces contra los malos artistas serán ordinarias y extraordinarias, pero siempre análogas y proporcionadas á la naturaleza de su exceso. El perdimiento de las malas obras, el resarcimiento de daños, y alguna ligera multa, serán suficientes para los casos ordinarios, y en los mas graves se podrán aumentar, pero sin salir de esta misma regla.

Aquellas artes y profesiones en que se pueden cometer engaños de mayor consecuencia, cuales son las que trabajan en oro, plata y piedras preciosas, las que preparan alimentos y medicinas para el uso de la vida, y otras semejantes, podrán tener ordenanza particular, pero sin corporacion ó gremio, y se ejercerán bajo la policía que dejamos establecida.

Aunque convendría en gran manera dejar á la industria una libertad absoluta en la forma de sus producciones, si el gobierno juzgare todavía conveniente que subsistiesen las ordenanzas establecidas para el obrage de los paños, tejidos de las sedas y otras semejantes, podrán confirmarse, pero declarando al mismo tiempo estas artes libres en lo demás, no sujetas á gremio, y solo de-

pendientes del gobierno y policía general que van indicados.

Sobre estos principios se podrá formar y estender la legislación fabril. Yo me contento con indicarlos. La Junta, si se dignare de adoptar este plan, podrá llevarlo con sus luces al último punto de perfección.

Lo cierto es que los tres grandes fines de la legislación fabril: orden, protección y seguridad, se pueden lograr mucho mejor sin gremios y asociaciones.

El método que dejamos indicado, los hace compatibles con la libertad de la industria; y por consiguiente no deja pretesto alguno con que justificar su esclavitud.

Una de las mayores ventajas de este sistema será la facilidad de su ejecución. Pruébese con un gremio, con dos, con tres en cada capital, y obsérvese los efectos. La experiencia dará muchas luces para perfeccionar esta nueva policía, y descubrir tal vez inconvenientes que no se habían previsto. Esta tentativa, tan conforme á la circunspección con que se debe proceder en toda novedad, será, si no me engaño, el último convencimiento de que solo á la sombra de la libertad pueden prosperar las artes. El cumplimiento de las obligaciones contraídas por estas comunidades; la distribución de las fincas y derechos que poseen; la aplicación de los muebles, ornamentos y vasos pertenecientes á sus cofradías, la toma de sus cuentas, y otros puntos dependientes del nuevo sistema, no entran por ahora en el plan de este informe, únicamente dirigido á demostrar la necesidad de establecerle. Si por

suerte le adoptare el gobierno, podrá arreglar estos objetos sobre principios de equidad y justicia, para que nada que no sea conforme á ella se autorice con la sancion soberana, ni el público pueda censurar una novedad dirigida únicamente á su provecho.

Bien puede ser que á pesar de tantas precauciones habrá tal vez algunos que nos censuren, porque abrazamos en este punto la causa de la libertad..... pero cuando se trata de hacer el bien es preciso menospreciar tales murmuraciones. Por mi parte yo no haré traicion á mis sentimientos ni á mis ideas; y despues de haberlas propuesto con honrada libertad, cederé con gusto, no á quien me arguya con la autoridad y la costumbre, sino al que ilustrado por el estudio y la experiencia me mostrare un camino mas seguro de llegar al bien comun, que es mi único objeto.

Entre tanto puede protestar que solo el deseo del bien ha movido mi pluma en este informe, y no el amor de la novedad. La materia es digna de estudio y de meditacion. Por eso someto mis reflexiones á la censura de la Junta, que podrá resolver en su vista lo que juzgue mas conveniente. Madrid 9 de noviembre de 1785.

INFORME

Estendido en la Junta de Comercio y Moneda para sustituir un nuevo método para la hitanza de soda.

Don Bernardo Iriarte y don Gaspar Melchor de Jovellanos, despues de haber considerado

maduramente el objeto de este expediente dijeron: Que no podían dejar de mirarlo como uno de los mas graves que pueden presentarse a la consideracion de la Junta, ya se atienda á la importancia, ya á la extension de su influencia, pues del acierto de su resolucion pende no menos que la ruina ó la prosperidad de uno de los primeros manantiales de la riqueza nacional, en cuya conservacion interesan al mismo tiempo la agricultura, la industria y el comercio de varias provincias: que por esta razon habian aplicado el mayor estudio y meditacion al examen del reglamento piamontés al del propuesto por don Jose de la Payoso, y á los demas informes, documentos y noticias que contiene el expediente; y que bien y maduramente considerado, juzgaban que el empeño de desterrar el método de la antigua hila-za de nuestra seda y sustituir otro nuevo, sea el que fuere, por medio de una ordenanza ó reglamento, lejos de producir el efecto que puede pro-ponerle la Junta, producirá infaliblemente la ruina de este importante ramo de agricultura: que siendo el cultivo de la seda voluntario del parte del cosechero, no debe esperar el gobierno que los de Valencia ni otras provincias se dedi-quen á él, sino en cuanto hallen que les produce un interés cierto y ~~seguro~~ este interés para que les sirva de estímulo, debe ser seguro, pro-~~porcionado á sus ideas~~ y compatible con su situa-~~cion~~; porque cualquiera duda, cualquiera recelo, cualquiera ~~duda ó suspesion~~ que se oponga á él, podrá retraer á los cultivadores de este género de cultivo, ó inclinarlos á preferir otro, que ejer-~~cen con éxito~~ y les produzca un interés mas

niesto, é mas conocido: que de aquí es, que tales objetos jamás prosperan sin la libertad, y que siendo contrarios á ella los reglamentos y ordenanzas, nunca debe buscarse su prosperidad por semejante medio: que este principio aplicable á todos los ramos de industria, es tanto mas cierto en la hilansa de seda, cuanto esta operacion está unida á la agricultura, y corre á cargo de los cosecheros, gente ruda, libre, poco sujeta á gremios ni corporaciones, atendida tanazmente á sus antiguos usos, y acostumbrada á beneficiar sus crudos, sin sujecion alguna, por unos métodos tradicionales, que jamás abandonares sino á vista de un interés grande y palpable: que toda ordenanza supone preceptos y prohibiciones, penas ciertas, é arbitrarias, ministros encargados de velar sobre su observancia, visitas, denuncias, causas y condenaciones, y otra larga cadena de molestias, siempre gravosas, siempre opresivas, pero nunca tanto como cuando recaen inmediatamente sobre el infeliz agricultor, y entran á turbar su aplicacion y su reposo en lo mas íntimo de sus hogares: que por esto sin duda la plaga de leyes municipales, que tanto ha cuadido sobre todas las clases industriales del pueblo, no ha contagiado jamás á los labradores, á quienes las leyes han dejado siempre la libertad de beneficiar como les parezca sus trigos, sus viños, sus aceites, sus linoes, y en una palabra, todos sus crudos, sin sujetarlos á gremios ni ordenanzas: que por la misma razon, y sin embargo de que contra tan saludable principio han querido nuestras antiguas leyes prescribir algunas reglas para la hilansa de la seda, es constante que ninguna de ellas es

observa, ni hay memoria de que se haya observado por mas que han sido obstinadamente repetidas: que esta inobservancia, lejos de extrañarse, se debe mirar como natural y favorable a la industria, la que por este medio ha ido recobrando insensiblemente su natural libertad, y derogando un escándalo, ó al menos poniendo en olvido cuantas leyes opresivas, ó mal meditadas se opusieren á su prosperidad: que estos mismos principios han dictado hasta ahora á nuestro ministerio las providencias dadas en este punto, pues aunque convencido de la utilidad del método de Mr. Vaucouson, ha tratado de introducirle en nuestras provincias, jamas se ha valido para ello de preceptos, ni prohibiciones, sino de exortaciones y premios: que aquel método inventado por Vaucouson en 1750, introducido en Valencia por Mr. Roboull en 1759, y perfeccionado respecto de la máquina por Francisco Touillot, ha logrado toda la proteccion que podia desearse de parte del gobierno.

Que es buena prueba de ello lo que se ha hecho en favor de don Jose la Payese, promovedor del método de Roboull, y cuya aplicacion ha sido tan generosamente protegida, aunque tan débilmente propagada hasta el dia, que no deben extrañarse los cortos progresos de estos métodos, porque una novedad tal que obliga á reconocer, no solo las máquinas, mas tambien el pormenor de las operaciones de la hilanza, no era creible, que se admitiese por los labradores de repente: que estos conservan la preferencia de sus tornos por mas baratos, mas fáciles de recomponer, mas manejables, mas prontos, y sobre todo mas cono-

cidos; y que á vista de tantas ventajas no era de esperar su abandono, porque las de los nuevos tornos, aunque mayores, son, ó menos ciertas para ellos, ó menos proporcionadas y conformes á su situacion: que los mismos hilanderos, dueños por lo comun de los antiguos tornos y candongas, y maucomunados en interés con los cosecheros, debian conspirar al descrédito de las nuevas máquinas, y por consiguiente á dificultar su introduccion: que por eso se necesita gran tiempo para introducir semejantes novedades, y es indispensable á este fin buscar medios indirectos, analogos á su naturaleza, y de los cuales hablarán despues: que por ahora, y sin desconocer las ventajas de los nuevos métodos, creen los que votan que se puede hilar bien y sacar excelente seda por el antiguo, usado con destreza y cuidado: que la mala calidad de las sedas no tanto pende de la imperfeccion de las máquinas y antiguas operaciones, cuanto de la falta de aseo, destreza y cuidado de los hilanderos, ya en la separacion de los capullos en clases, ya en la preparacion de las hornillas y calderas, ya en el temple y limpieza del agua, ya en el orden, diligencia y sazón de cada maniobra: que aunque don José de la Payese se queja altamente de los descuidos y vicios con que se hilan las sedas por el método antiguo, los volantes deben advertir que estos descuidos y estos vicios son y pueden ser comunes á todos los métodos, y que las mezclas de ozel, ó alducar con los demas capullos, el uso de aceite, tocino y otras materias pingues, y en fin todas las adulteraciones conocidas, ó posibles pueden verificarse en todos los métodos y máqui-

nas, ya sean antiguos ó modernos: que es necesario distinguir entre defectos y fraudes, para no confundirlos en las prohibiciones: que la mezcla de capullos no se puede llamar fraude, ni sería justo prohibirla al cosechero, en quien debe ser libre hacer una ó muchas clases de la seda de su cosecha, segun le dictase su propio interés: que no hallan que esta libertad pueda producir inconveniente alguno, pues si los fabricantes pagasen las sedas con una diferencia proporcionada á sus clases y calidades, no es creíble que los cosecheros, atraídos del mayor interés, no las hiciesen hilar con la debida separacion, ni en este punto es de esperar que haga una ordenanza lo que no puede hacer el estímulo de su propia utilidad: que los volantes sospechan que todo este clamor de los fabricantes nace de que quisieran comprar la seda de excelente calidad y último precio; dos cosas que no pueden verificarse á un mismo tiempo, y cuyo deseo obliga á los cosecheros á poner mayor cuidado en sacar mucha seda que en sacarla excelente: de que se infiere que la mezcla de capullos no merece el nombre de fraude, ni lo es en realidad, ni como tal debe ser objeto de la prohibicion, así como no lo es al cosechero de vino ó aceite la mezcla de uvas, ó aceitunas de diferentes calidades, por mas que escogiendo y separando las mejores, pudiera sacar mas excelentes caldos, porque al fin, si el interés no inspira estas operaciones esquisitas y embarazosas, no hay que esperarlas jamas de ningun otro estímulo: que no piensan lo mismo de las mezclas de materias estrañas, hechas fraudulentamente para aumentar el peso de la seda; pues esto es un ver-

verdadero delito, digno de ser castigado con severidad; pero que en este punto no hallan la necesidad de nuevas leyes, pues basta observar las antiguas que prohíben tales adulteraciones: que sin embargo creen, que aun para evitar tales fraudes, no es conveniente el sistema de las ordenanzas, pues contra ellos nunca en dictamen de los que votan se debiera proceder de oficio, sino á queja de parte, dejando al interés de las personas damnificadas la produccion de sus acciones y quejas y procediendo, cuando las haya, de plano sin estrépito ni forma de juicio, al descubrimiento y castigo del fraude, y al resarcimiento del perjuicio: que este freno opuesto á los abusos de la libertad, seria suficiente para contenerla en sus justos límites, sin necesidad de vistas, veedores y denuncias, y otras formalidades que oprimen continuamente y sistemáticamente la industria: que en vano se alega contra tan ciertos principios el ejemplo del Piamonte, atribuyendo la excelencia de sus sedas al método establecido allí por un reglamento lleno de prohibiciones y penas: 1.º porque aquel método de bilanza no se ha debido al reglamento, ni el reglamento se ha dirigido á establecer un nuevo método, sino á fijar el que ya se hallaba establecido de antiguo, como evidencia su contesto: 2.º porque aquel reglamento se hizo para un distrito corto y comprensible; esto es, para solo el consulado de Turin, donde todas las sedas se bilanzan á vista de los celadores nombrados por los cónsules: precaucion que era impracticable en todo el reino de Valencia, y absolutamente imposible, si se quisiese extender á todas nuestras provincias criadoras de seda: 3.º porque es el es-

pediente nada consta del actual gobierno de este ramo de industria en el Piamonte, pues solo hay en él un ejemplar impreso del reglamento, publicado en 1724, el cual pudo tener muchas alteraciones desde entonces acá: 4.º porque ora provenga de la mayor aptitud del suelo del Piamonte para el cultivo de moreras, ora que este árbol vive allí naturalmente sin necesidad de injertos, y produce la mejor hoja de Europa, ello es que la seda del Piamonte es por su calidad y prescindiendo del hilado, superior á todas las demas: 5.º porque si valen ejemplos, deben ser para nosotros mas autorizados los del resto de Italia, de Inglaterra, y sobre todo el de la Francia, cuyas manufacturas de sedas son actualmente objeto de nuestra envidia.

Que en aquel reino es libre la hilanza de la seda, se usa para ella de diferentes métodos y se trabaja y medita diariamente en perfeccionarlos ó inventar otros nuevos; lo que se debe mirar como un saludable efecto de la libertad, pues los reglamentos, fijando las máquinas y las operaciones á un método preciso, y privando la libertad de alterarlos, producen el efecto contrario, y atan las manos, y obstruyen la imaginacion de los artistas para que no se propasen á mejorar ni inventar cosa alguna: que para mayor convencimiento de esta verdad, basta saber que en Lyon se observa todavía el antiguo método de hilar sus sedas; y que aunque en otras partes de Francia se ha introducido el de Mr. de Vaucouson, jamás para ello se han hecho leyes ni ordenanzas: que toda esta doctrina aplicada á la hilanza de la seda, se puede estender á las demas operaciones de que

habla el reglamento piomontés, cuales son torcido, tintura y tejido, cuyas industrias tampoco pueden prosperar sino al favor de la libertad: que ya lo ha reconocido así el fiscal de V. M. en cuanto á la primera de estas operaciones, proponiendo como remedio de los fraudes que se cometian por los torcedores de Valencia, que se concediese la libre facultad de torcer indistintamente, sin sujecion á examen ni gremio: que los votantes, íntimamente convencidos del acierto de este dictámen, creen que él solo puede tener una influencia directa en el mejoramiento de las manufacturas de seda de aquel reino: que el primer efecto de esta libertad será la multiplicacion de los torcedores: de ella nacerá la emulacion entre estos artistas; y los fabricantes, libres en su eleccion, se valdrán del que sea mas diestro y mas honrado, sin hacer caso de los que carecen de habilidad ó buena fé.

Que una de las ventajas de las sedas extranjeras consiste en su mayor brillo, y que este brillo proviene principalmente de la limpieza y cuidado de los torcidos: que la otra ventaja, no menos considerable, es la de los tintes; y aunque la libertad por sí sola nunca podrá perfeccionarlos porque su mejoramiento pende de muchos conocimientos que no hay en nuestras provincias; no hay duda en que la libertad del arte de la tintura contribuirá en gran manera á su perfeccion, ya escitando el genio de los artistas hábiles hacia la invencion é imitacion de nuevos métodos de teñir, ya atrayendo los sabios y los artistas de otros países, que jamás se animarán á venir á uno en que las leyes y operaciones gremiales se han de man-

clar en su ejercicio, sujetándolos á métodos precisos y contribuciones, á exámenes y procedimientos molestos.

Que otro tanto se puede decir respecto de los tejidos, en los cuales está ya en parte ejecutoriada la libertad; pues según las últimas providencias, todo el mundo podrá hacer los que quisiere sin sujecion, á ordenanza, poniéndoles la marca de fábrica libre: que en este punto quedan todavía otras leyes gremiales, dignas de revocarse, y entre ellas merece mas particularmente la atención de la Junta aquella que reduce á cinco el número de telares que puede tener en Valencia un fabricante: ley visiblemente contraria á los progresos de la industria y sin embargo sostenida por este funesto apego á la conservacion de los antiguos usos, solo porque la introduccion de otros nuevos exige estudio, diligencia y resolucion.

Pero que en este punto merece muy particularmente la atención de la Junta la restriccion puesta en las últimas providencias á la libertad de inventar ó imitar nuevos tejidos, con la necesidad de marcarlos con el sello de la fábrica libre; pues siendo de esta clase los tejidos que nos envian los extranjeros, y corriendo sin esta señal por todo el reino, parece que los productos de la industria nacional han venido á quedar de peor condicion que los de la extranjera, particularmente si se cree, como debe creerse, (pues de otro modo seria ridícula la imposicion de esta marca), que el objeto del gobierno es avisar al público que se precava contra la mala calidad de los géneros libres: de lo que se infiere, que la marca es una nota de en aprobación, y del des-

crédito con que sin ella corren los géneros de otros países, y que por otra parte no la merecen los que la llevan, pues pueden ser, y absolutamente hablando, son mejores y mas apreciables los géneros marcados, que los que no lo están, porque nadie los fabricará que no tenga esperanza de mejor consumo: que en tales contraproposiciones hace caer muchas veces el deseo de guardar al publico de unos daños que evita fácilmente la vigilancia del consumidor, la cual basta por sí sola para precaverle de los fraudes que se cometen de ordinario en el uso de la vida: que es aquel instinto natural que ha inspirado la Providencia a los hombres para librarlos de engaños y de males, y que el espíritu de tutela de que se han revestido los gobiernos, en lugar de auxiliar este instinto, parece que solo se ha empeñado en destruirlo; pues asegurando á los consumidores con la aprobacion y formalidades municipales, no hacen mas que quitarles aquel natural y saludable recelo que los hará mas despiertos y avizorados en el uso de la vida: de forma que las leyes gremiales en este sentido no son otra cosa que una especie de salvaguardia, á cuya sombra podrán correr en adelante con seguridad todos los fraudes que no estén marcados con la marca anteriormente inventada.

Que estos fraudes serán tanto mas frecuentes, cuanto el interés que los inspira es el mismo que los tutela: pues el vendedor y encargado de examinar, será siempre un individuo del arte, que á su vez tendrá tambien interés en cometerlos, y en que no se le denuncien.

Que de todos estos principios deducen las que

votan, que el gobierno para mantener cualquiera ramo de industria, debe reducirse á dispensarlos libertad, luces y auxilios, con toda la generosidad que permiten las circunstancias: que por lo mismo lejos de publicar ningun nuevo reglamento, convendrá derogar positivamente los antiguos, declarando que la hilaña de la seda debe ser enteramente libre en el uso de máquinas y operaciones, y estendiendo esta misma á las artes del terciado, tintura y tejido, con derogacion de todas sus ordenanzas; y si por lo respectivo á estas últimas se creyere necesaria mayor instruccion, se recomiende al fiscal de S. M. el despacho del expediente de Gabriel Maroto, donde el ministro don Gaspar de Jovellanos tiene propuesto á la Junta la necesidad de establecer la libertad de las artes, y los medios de hacerlo sin inconveniente, y se franquée desde luego á los fabricantes la de aumentar el número de sus telares, para evitar el daño que continuamente causa la restriccion propuesta por sus ordenanzas.

Que en cuanto á luces, habiéndose publicado el arte de hilar la seda de don Miguel Gerónimo Suarez, el de don José de la Payese; el de don José Antonio Valcarcel, una instruccion formada por Mr. Roboull, y traducida por el mismo Valcarcel, y otro tratadito del cura de Foyos, que es una abreviacion ó cartilla del método de la Payese: y habiéndose además protegido los descubrimientos y ensenanza de todos estos por la Junta particular de Valencia, y por el ministerio: parece que nada resta que hacer al gobierno, sino dirigir mas sistemáticamente la propagacion de estos conocimientos.

Que á este fin se podrá proponer a S. M. la necesidad de establecer en Valencia, Murcia, Granada, Zaragoza y Barcelona, escuelas gratuitas de hilanza de seda para mugeres y niñas, segun el método de Mr. Vaucanson, dotando estas escuelas competentemente, y poniéndolas bajo la direccion de las juntas particulares, y sociedades económicas, que como cuerpos permanentes podrán establecer, perfeccionar y conservar la disciplina de esta enseñanza con general utilidad.

Que á estos mismos cuerpos se deberá encargar la dispensacion de los auxilios convenientes, los cuales podran reducirse á la distribucion de tornos y premios: que los primeros se darán á las discipulas bien aprovechadas en la enseñanza, y á los labradores en cuya casa haya muger ó hija que sepa hilar segun el nuevo método; y los segundos, que deberan consistir en dinero, se ofrecerán y darán solamente á las personas que mas se distinguieren, tanto en el aprovechamiento de la enseñanza, quanto en la aplicacion práctica de ella á mayor y mejor cantidad de seda.

Que esta distribucion de auxilios tendrá las siguientes utilidades: 1.^a propagará el conocimiento del nuevo método y sus ventajas, de forma que nadie pueda ponerlas en duda: 2.^a reconcentrará el arte de hilar la seda en las mugeres, desterrando insensiblemente los hilanderos y con ellos sus tornos y candongas antiguas: 3.^a introducirá el uso del torno en las familias cultivadoras, y una vez domiciliado en ellas con el método de manejarle, pasará tradicionalmente de una generacion á otra.

Que esto es cuanto se puede pedir del go-

bierno, y los votantes son de sentir que así se consulte á S. M., representando á su suprema justificacion, que el fomento de la industria mas se debe esperar del tino y acierto con que se les dispense la real proteccion, que de los grandes dispendios derramados sobre ella.

Que todo cuanto se gasta es inútil, si al mismo tiempo no se siguen las máximas dictadas por la naturaleza, apoyadas por la razon y canonizadas por la experiencia: que la primera de todas es, que el gobierno solo puede promover la industria concediéndole libertad, luces y auxilios, y que habiéndola aplicado á la resolucion de este grave expediente, en la forma que ahora dejan espuesto, esperan de la suprema ilustracion de S. M. se digne deferir á su propuesta, y señalar así su amor al bien y felicidad de los pueblos y provincias industriosas.

INFORME

Sobre un proyecto de fabricacion de gorros tunecinos.

La proposicion que con fecha 7 de marzo dirigió á V. E. Juan Bertran, fabricante de bonetes ó gorros tunecinos en Marsella, y que de orden de S. M. remite V. E. á mi informe con su papel de 13 de abril anterior, se reduce á implorar de la generosidad de V. E. los auxilios necesarios para establecer en España la misma manufactura.

Expono á este fin Bertran, que restablecida la paz con los berberiscos, puede pensar España en restaurar su antiguo comercio de bonetes: que el único vecino que puede competirle (la Francia) necesita para esta industria de nuestras lanas: que la falta y carencia de ellas, obliga á los artistas franceses á viciar la materia de sus bonetes: que estos solo logran salida y despacho, porque la única fabrica de Tunez no puede abastecer las varias escalas de levante, donde se consumen: que establecida esta industria en España, no podrá la de Francia sufrir su concurrencia ni conservarse; y que de aquí resultará la ruina de aquellas fábricas y la transmigracion de sus obreros á las nuestras.

Ofreco en consecuencia Bertran al ministerio de V. E. los conocimientos adquiridos en los años de trabajo que tuvo en la fabrica de bonetes de Marsella, perteneciente á Juan Francisco Rozan; se manifiesta pronto á pasar á España con el objeto indicado; dice que su familia se compone de muger, madre, una hermana, y otras cinco ó seis personas; asegura que si tuviese fondos, solo pretenderia de V. E. un permiso para establecerse acá; pero por falta de ellos los espera de su generosidad, y concluye sin poner condiciones, ni pedir señaladamente cosa alguna.

El objeto de esta proposicion merece la atencion de V. E., pues aunque el uso de los gorros tunecinos se haya disminuido considerablemente, no hay duda que se puede hacer todavía un gran consumo de este genero.

Fué esta manufactura muy celebrada entre nosotros por todo el siglo XVI, y lo era todavía

en los principios del pasado, aunque ya entonces empezaba á lamentar su decadencia Damian de Olivares en sus escritos.

Habia fábricas de bonetes en Sevilla, Córdoba, Granada, Valencia, Barcelona y Toledo, como prueban sus antiguas ordenanzas gremiales, siendo la de esta última ciudad la mas considerable de todas.

Si es cierto lo que asegura Francisco Martinez de la Mata en uno de sus discursos políticos, citado en el cuarto apéndice á la *Educacion Popular*, habia por los años de 1624 en Toledo 900 maestros boneteros, los cuales trabajaban cada uno dos cajones por semana: cada cajon contenia cuarenta docenas; por consiguiente trabajaban al año 19,200 cajones; esto es, 768,000 docenas.

Los bonetes tenían por aquellos tiempos, pero particularmente en el siglo XVI, gran consumo dentro de España, por ser entonces el cubierto ordinario de la gente del pueblo en todas nuestras provincias; pero su mayor consumo se hacia fuera del reino, en Africa y todo el levante, donde los bonetes españoles tenían la primera estimacion sobre los de Milan y Génova.

Varias causas concurrieron despues á la decadencia de esta manufactura: 1.ª la carestia de los jornales, resultado del enorme aumento de dinero que atrajo á nuestra circulacion el comercio de América, por lo cual ya á la mitad del siglo XVI sentian nuestras manufacturas la concurrencia con las extranjeras, como se infiere de una petition hecha á Carlos V por los procuradores de las cortes de 1545: 2.ª la espulsion de los moriscos verificada en 1610, en que salieron de España

cerca de un millón de individuos, que eran por la mayor parte fabricantes y consumidores de esta manufactura: 3.ª el uso de los sombreros, que se empezó á hacer general coetáneamente á esta época, siendo antes peculiar á la gente de distincion, que solo los usaba para defenderse del sol, yendo de camino, y habiéndose usado despues como cubierto comun y ordinario desde la mitad del siglo XVII: 4.ª la interrupcion de nuestro comercio de levante por el corso de los berberiscos, que llegó al mayor extremo de insolencia por aquellos mismos tiempos, en que nosotros carecíamos ya de comercio activo y de marina mercantil, y aun de marinos para surtirlos, y de escuadras para protegerlos.

Estas causas acabaron enteramente con todas nuestras fabricas de bonetes, no subsistiendo en el dia ninguna de las que en lo antiguo tuvieron tanto nombre.

Sin embargo no es desconocida esta manufactura en España, pues se fabrican todavía bonetes ó gorros tunecinos en Puigcerdá y Olot de Cataluña, sin que haya sido posible averiguar qué cantidades se trabajan.

Fabricanse tambien en Mallorca, donde hacen estos bonetes á la aguja las mugeres del pais, y acaban las demas operaciones hasta perfeccionarlos los individuos del gremio de boneteros, que se compone en Palma de 24 maestros con 44 tiendas, como se ve en un estado de la industria de aquella isla, trabajado por su sociedad patriótica, y publicado entre sus memorias de 1784, al folio de 254.

No sé que en otra alguna parte de España se

fabrique esta manufactura, pues aunque en varias provincias del norte se trabajan gorros de varios gruesos, son por lo comun de hilo, ó de algodón, y no pertenecen al ramo de que hablamos.

El consumo de bonetes en España puede ser todavía considerable, pues los usan nuestros marineros, pescadores y gente de mar, no solo en las costas de levante, sino tambien en las del norte y mediodia; y fuera de España se usan así mismo entre la gente de mar, particularmente en los puertos de Africa y levante.

La lana, única materia de los bonetes ó gorros tunecinos, la grana y añil, únicos ingredientes de su tinte, pues solo se usan encarnados y azules; en una palabra, todo cuanto es necesario para la materia y forma de esta manufactura, abunda entre nosotros, son géneros propios nuestros ó de nuestras colonias, y lo son exclusivamente.

No puede pues dudarse que será de grande importancia multiplicar estas fábricas en España, y lo será tanto mas, cuanto es una manufactura vasta, fácil de aprender y ejecutar, en que pueden ocuparse mugeres, niños y otra porcion de individuos, que se vician en la ociosidad, y suelen perecer por falta de trabajo.

Acaso convendria establecer esta fábrica, con preferencia, en nuestra costa del norte, ya para no perjudicar á las que hay hacia levante, ya para surtir mas de cerca la marina de aquella costa, ya para aprovechar la baratura de alimentos y jornales que hay en aquellas provincias, y ya en fin para dificultar el contrabando que podria hacerse con los bonetes de Tunex y Marsella. Galicia, Asturias y las montañas de Santander serian

á mi ver las provincias mas á propósito para situar esta industria. Como quiera que sea, resulta de lo dicho, que si Bertran fuera capaz de cumplir lo que ofrece, se le debe juzgar acreedor á los auxilios que solicita del gobierno.

Pero en la distribucion de estos auxilios es necesario proceder con gran precaucion y economía, no sea que el gobierno desperdicie en este establecimiento, como en otros, gruesas cantidades, sin recoger el fruto deseado.

Y yo no opinaré jamas por la concesion de sueldos ó salarios á estos artistas, pues sucede muy frecuentemente que en teniendolos, cuidan mas de disfrutarlos que de merecerlos.

Tampoco por la oferta anticipada de pensiones y premios; porque al cabo se hace muy difícil negárselos, aun cuando no los merezcan, dándose muchas veces á la importunidad, ó la compasion lo que no se debe á la justicia.

El mejor medio á mi juicio es dar generosamente auxilios para los nuevos establecimientos, franqueando anticipadamente los caudales necesarios para ellos, con sola la obligacion de restituir el todo ó parte, despues de haberlos disfrutado y enriqueciendose con ellos.

Este medio suele tener el inconveniente de que los artistas aventureros no hallen quien les fie ó abone, y sin otra precaucion, suele ser con ellos muy arriesgada la generosidad.

Pero á este inconveniente se puede ocurrir de dos maneras: á saber, tomando conocimiento anticipado del sujeto que se protege, para que á lo menos responda por él la experiencia de su conducta, y dándole principalmente los auxilios en..

especie, para que no los pueda malbaratar, sino ponerlos á logro.

Procediendo sobre estos principios, me parece que á la proposicion de Juan Bertran se puede resolver lo siguiente:

1.º Que se indague por medio del cónsul de S. M. en Marsella quien es Bertran, si tiene los conocimientos, práctica y buen propósito que indica, y si en él concurren calidades que prometan el buen cumplimiento de lo que ofrece.

2.º En caso de tenerlas se le prometerá una decente ayuda de costa para venir á España y trasladar á ella su familia; debiendo hacer este viage á su riesgo, sin que el gobierno se comprometa en manera alguna á facilitarle la salida; á cuyo fin nada se anticipará ni dará hasta despues de haber llegado.

3.º Que ha de establecer la manufactura de bonetes en la provincia y pueblo que el gobierno le señalare, no quedando á su arbitrio esta eleccion en manera alguna.

4.º Que para establecer dicha manufactura se le darán, bajo de seguro abono, y por costo y costas, todas las máquinas; instrumentos, materias é ingredientes necesarios para el cardado, hilado, tejido, perchado, tinte, forma y prensa de los bonetes, gorros, medias abatanadas y demas géneros de su arte, como tambien el caudal que pareciere necesario para mantenerse en el primer año; todo bajo la obligacion de restituirlo en la forma que despues se dirá.

5.º Que por cada telar que pusiere corriente y trabajare por espacio de un año á lo menos se le abonará una cantidad determinada, la cual se irá

rebajando del capital que importaren los auxilios que se le hubiesen anticipado, reduciendo a menos por este medio la obligacion de restituirla.

6.º Que por cada oficial español que diere completamente enseñado en todas las operaciones de su arte, á satisfaccion del gobierno, y de tal forma que sea capaz de establecer por sí y dirigir la misma manufactura, le abonará otra cantidad determinada.

7.º Que se concederán á su fabrica todas las gracias y franquicias que logren las demas fábricas de lana del reino, y particularmente las de bonetes y medias de Cataluña.

8.º Que sin embargo de deberse entender prohibida la entrada de bonetes ó gorros extranjeros en el reino, como comprendidos bajo el nombre de *cosas hechas*, de que habla la ley 52, título 48, libro 6.º de la Recopilacion, se hará además particular declaracion, prohibiendo en forma específica la introduccion de dichos géneros en nuestros puertos.

9.º Que para el pago del resto de la cantidad que importare el principal de los auxilios anticipados, despues de hechas las rebajas correspondientes, se le dará el plazo de seis años, dentro de los cuales deberá verificar su retribucion sin remision alguna.

10. Que si el éxito de esta empresa fuese favorable, y tal que el gobierno esperimete una considerable y cierta utilidad, se le concederá un premio proporcionado al tamaño del servicio que hubiese hecho, sin que pueda exigir que anticipadamente se le señale cantidad ni recompensa alguna determinada; debiendo esperar de

INFORME

Sobre la estraccion de aceites al extranjero (1):

M. P. S.

Por real provision de V. A. de 31 de marzo último, espedida en consecuencia de las representaciones hechas ante su superioridad por los diputados y síndicos personeros del comun de Sevilla, y por la misma ciudad, sobre que con arreglo á la real provision de 6 de febrero de 1767 mandase V. A. que no tuviesen efecto las licencias particulares para la estraccion de aceites por el muelle de esta ciudad, que habia concedido el intendente interino don Francisco Antonio Domezain, respecto de correr entonces su precio á mas de veinte reales arroba; y así mismo sobre que declare que de esta materia no debe conocer el dicho intendente, sino el teniente primero, que por ausencia de don Pablo de Olavide hace de asistente, nos manda V. A. le informemos sobre uno y otro punto, oyendo antes instructivamente á los dichos diputados, síndico y ciudad, y que le espongamos cuanto se nos ofreciere y pareciere sobre el contenido de sus representaciones, que para este fin vienen insertas á la letra.

(1) Extendió el autor este informe dirigido al Consejo de Castilla por el real acuerdo de Sevilla, siendo ministro de aquella audiencia.

Con la misma fecha se nos comunicó otra orden de V. A. por don Antonio Martinez de Salazar, vuestro secretario, espedita en consecuencia de instancia hecha por don Francisco Cabarrús y Aguirre, vecino de Madrid, sobre que V. A. le diese licencia para estraer por el rio de esta ciudad treinta mil arrobas de aceite respecto á no pasar su precio de los veinte reales en arroba; y en esta orden se nos manda informar tambien, si se podria conceder permiso para la estraccion de aceites fuera del reino, y si el precio de veinte reales, señalado por límite á la estraccion, es ó no bajo, si convendrá ó no aumentarle, y hasta qué cantidad.

El Acuerdo, conociendo la conformidad de ambos asuntos, que deben regularse por unas mismas razones, y deseando poner su dictámen en el orden, claridad y concision que exige la materia, ha determinado evacuar ambos informes bajo de un contesto, escusando á V. A. la molestia de oir dos veces las reflexiones que con esta ocasion ha formado, y va á esponder á su superior ilustracion.

Y para hablar separadamente de todo cuanto concierne á la estraccion de aceites, al precio que deba cerrarla, y á la forma en que se deba publicar y entender su provision, dirá antes brevemente lo que se le ofrece en cuanto á la persona á cuyo cargo debe correr el cuidado de esta materia, y el ejercicio de la real jurisdiccion en ella.

Nosotros hemos mirado siempre este punto como un ramo de gobierno y policia, y creido por consiguiente que su conocimiento tocaba á los corregidores ó justicias ordinarias de los pueblos. No hallamos razon alguna particular que pueda apli-

car este cuidado á los intendentes, sustrayéndolos á la vigilancia de los gefes económicos, á quienes tiene confiada S. M. la direccion de los negocios públicos en todos los ramos de administracion y gobierno de los pueblos, especialmente de aquellos que tienen relacion con su abasto y surtimiento. La misma real provision expedida sobre este asunto, nos persuade de haber sido el ánimo del consejo someterle al conocimiento de los corregidores, pues siendo constante que en lo antiguo corria este ramo á su cargo, y aun habiendo sobre ello la expresa declaracion que consta del testimonio que acompañamos con el numero primero, no es creible que los privados de este conocimiento, sin hacer de este punto alguna particular mencion. Y aunque el intendente quiso fundar su conocimiento en que dicha real provision habla en primer lugar con los intendentes de las provincias, como este sea un estilo observado en la direccion de otras superiores resoluciones, cuyo cumplimiento toca á la jurisdiccion ordinaria, y que sin embargo se comunican á todas las personas encargadas de la administracion pública en diferentes ramos, para que les conste y las cumplan en la parte que les toca, es claro que nada se infiere en su favor, que pueda servir de apoyo á la jurisdiccion de la intendencia.

Este concepto en que vamos hablando, es en el que ha corrido siempre dicha real órden. Su cumplimiento no se puso por ante el escribano de la intendencia, sino por ante el de gobierno, que actúa en todos los negocios de esta clase, que son de peculiar conocimiento de los asistentes, como tales. Las providencias posteriores, dadas para

abrir ó cerrar la extraccion de aceite, han corrido en el mismo expediente, y siempre por ante el escribano de gobierno, como resulta del testimonio número 2.^o; y últimamente, de otro testimonio que acompañamos con el número 3.^o, consta que en el año pasado de 73, dirigió V. A. al asistente interino su real provision de 46 de marzo sobre la licencia que solicitaba la viuda de Arboró y compañía, para estrair fuera del reino 40,000 pipas de aceite: hecho que convence mas específicamente la solidez de nuestro dictámen en este punto. Por conclusion de él debemos advertir, que el método sencillo y pronto que proponemos en el curso del presente informe para el gobierno de esta materia hará ver mas claramente, que su conocimiento debe correr á cargo de los asistentes de Sevilla, y de los corregidores y gefes económicos respectivos en los puertos por donde se deban hacer las estracciones; método que no pudiera lograrse, al menos con tanta expedicion, si este punto se sometiese al cuidado de los intendentes, que residiendo siempre en las grandes capitales, suelen hallarse muy retirados de los puertos por donde deben salir los aceites en tiempo de libertad, y que deben cerrarse súbitamente en el de prohibicion.

Ahora vamos á hablar separadamente de las estracciones. El acuerdo comprende la grande importancia de la materia sobre que debe informar; prevee que de su resolucion puede resultar en gran parte la felicidad de este reino, donde la cosecha de aceite forma un ramo casi tan considerable y tan digno de la atencion del gobierno como la del trigo, y finalmente, conseq que esta

importante ramo de cultivo no puede prosperar, mientras los frutos que produce no tengan un precio tal, que despues de resarcir el cosechero los grandes costos que espense para beneficiar sus olivares, le deje en una decente ganancia el preciso estímulo para tomar cariño á su ocupacion, y continuar prósperamente en ella.

No dudamos que la comodidad en los precios de las cosas de primera necesidad, como se puede creer el aceite al menos en estas provincias, debe ser uno de los primeros cuidados del gobierno.

Tampoco podemos dudar que en medio de la excesiva carestía es imposible que prosperen las artes y la industria; pero estamos al mismo tiempo convencidos de que la comodidad de los precios que se goza en perjuicio de los agricultores, solo se goza precaria y momentaneamente, y que es por lo mismo una segura precursora de la carestía y la escasez, y de que cuando estas llegan á sentirse, son tanto mayores y mas inevitables, cuanto provienen de la falta de cultivadores, que el bajo precio de los frutos ha desanimado y destruido.

Penetrado el Acuerdo de estos principios, que la superior penetracion del consejo tiene ya canoizados con sus sabias providencias, solo tratará de buscar aquella justa proporcion que debe haber en los precios del aceite, para que sirva de estímulo al cosechero, sin servir de ruina y desaliento á los consumidores. Esto es tambien el punto que buscó el gobierno superior cuando repidió la real provisión de 6 de febrero de 67, y el que entonces pareció consistir en el precio de 20

reales la arroba: pero la experiencia nos ha hecho conocer que este precio es muy bajo, y que mientras no se altere no se lograrán los saludables fines que dictaron aquella real resolución. Trataremos de convencerlo brevemente, antes de esponer nuestro dictámen sobre la alteracion de este precio.

Es el aceite un fruto, que no se coge sino deramando dinero sobre el árbol que le produce, y sobre el suelo que le alimenta. La division de los terrenos de Andalucía, y el método de su agricultura en este ramo, hacen mas costoso su cultivo. Las haciendas de olivar, además de la casa rústica, que debe constar precisamente de grandes oficinas, molinos, almacenes, etc., erigidas, muebladas y mantenidas á costa de inmensos caudales, sirven de continuo gasto á sus propietarios ó colonos. Es preciso mantener en ellas todo el año un número competente de sirvientes para su cuidado y custodia, con los precisos ganados para las operaciones del campo, y ora sea tiempo de beneficios, ora de recoleccion ó de descanso, está continuamente causando al poseedor, ó al colono crecidos desembolsos.

Estas operaciones de preparacion y cosecha son tambien muy dispendiosas. El buen agricultor ara una vez, dos ó mas sus olivares en cada un año: cava el contorno de sus olivos, los limpia, los tala, y los desmaroja tambien anualmente.

Como las posesiones son grandes, para todas estas labores se necesita un gran número de brazos, que no prestan sus auxilios sino por altos y arbitrarios jornales. Estos jornales han crecido

considerablemente de algun tiempo á esta parte, á proporcion de las demas cosas necesarias para la vida. La necesidad simultánea de los demas cosecheros aumenta el arbitrio, y el precio de ellos. Cuando el colono ha hecho grandes costos, para preparar su cosecha, le amenazan todavia los de la cogida y molienda del fruto, que no son inferiores.

Por otra parte, sin contar con las calamidades á que siempre está espuesto el labrador, hay una que sufren aquí anual y forzosamente los cosecheros de aceite, y que se puede llamar una calamidad natural. Está experimentado, que el olivo da un año su fruto, y descansa al siguiente. Al año, no solo abundante, sino mediano, sucede otro escaso, ó tal vez estéril; por lo cual esta cosecha se reputa generalmente como de año y vez. De forma, que aunque en todos los años es para el agricultor igual la necesidad de dar á sus olivares el beneficio acostumbrado, la esperanza de la recompensa no es igual, pues padece el periódico y forzoso menoscabo que ya hemos señalado.

Hemos hecho esta menuda explicacion para convencer mas bien, que si este fruto, cogido á tanta costa, no tiene una alta estimacion en todos tiempos, es indispensable la ruina de los que le cultivan. Lo que hemos dicho prueba bastante-mente esta proposicion en general. Lo que diremos en adelante probará que aquella correspondiente estimacion del fruto no está en el precio señalado por limite á las estracciones.

El Acuerdo puede asegurar á V. A. que actualmente existe en este reino sin consumo la mayor

parte del aceite de las dos últimas cosechas. Esto es un hecho difícil, ó acaso imposible de probar; pero no por eso es menos en la opinion de cuantos tienen algun conocimiento en la materia. Sin embargo, los precios del aceite han estado siempre sobre los 20 reales; ¿no es esto una prueba concluyente de que el señalado por límite á la estraccion es muy bajo?

En general podemos tambien decir que el aceite que se ha vendido en los últimos años ha sido el de los cosecheros pobres, y el de aquellos que no son tan ricos que puedan continuar beneficiando sus olivares, sin vender alguna parte de las cosechas anteriores. Estos aceites en parte han proveido al consumo; y en parte existen en los almacenes de los comerciantes. Los cosecheros ricos guardan el suyo hasta que se abra un precio, que les resarza sus espensas, y les dé aquella justa ganancia á que son acreedores. Vea aquí V. A. el beneficio que deberia ofrecerles la estraccion.

Si no nos engañamos, este es precisamente el objeto de la ley que concede la libertad, y que se ha malogrado con la prohibicion. Es constante que desde la publicacion de la real cédula de 6 de febrero de 1767, solo una vez se verificó estar abierta la estraccion, y duró desde 30 de junio hasta 5 de octubre de 68, en que volvió á cerrarse. Las diez cosechas sucesivas no lograron restituir el precio de 20 reales, ni facilitar la estraccion una sola vez, como consta del testimonio que remitimos con el numero 4.º Pues ¿á qué otra causa que á la estimacion de este artículo, mas bien que á su escasez, podremos atribuir la cons-

tancia con que se mantuvo el precio sobre 20 reales en el largo espacio de diez años , en que por un cálculo regular se puede asegurar que las cosechas, compensadas unas con otras, fueron medianas?

Nosotros suponemos para mayor claridad y convencimiento de esta reflexion, que Andalucía, donde de treinta años á esta parte se ha aumentado considerablemente el plantío de olivos, produce, aun en años escasos, mucho mas aceite del que necesita para su consumo, y que en los medianos, despues de surtir á otras provincias de la península, le queda todavia un gran sobrante de este fruto, que solo puede consumirse por medio de la esportacion á reinos estranos. La ley quiere seguramente que salga este sobrante , pues el haber señalado límite á la libertad de extraer solo ha sido por evitar la escasez ó la excesiva carestia, y no para retener dentro de las provincias un sobrante que envileciendo el precio de la especie , causase la ruina del cosechero. Luego el precio señalado por la ley era un estorbo al logro de sus fines: porque pudiendo verificarse a un tiempo mucho sobrante , y precios superiores al señalado por la prohibicion, se verificaron tambien muchos sobrantes y prohibicion de extraer en un mismo año.

Cuando nos aseguramos en este juicio, no solo creemos que conviene alterar este límite de la libertad de extraer, sino que quisiéramos quitarle enteramente. Quisiéramos restituir del todo la libertad, que es el alma del comercio, la que da á las cosas comerciabiles aquella estimacion que corresponde á su abundancia ó escasez, y la que

fija la justicia natural de los precios con respecto á la estimacion de las mismas cosas. Todo esto es, ó se altera con la prohibicion, sin embargo la creemos precisa cuando el bien general, que es la suprema razon de los gobiernos, indica su necesidad. Pero cuando la admitimos como un remedio, debemos cuidar que no se convierta en un nuevo mal. Debemos procurar que detenga en el reino los frutos necesarios, pero no que estorbe la salida á los sobrantes. De otro modo podrá desalentar á los cosecheros en tal manera, que disminuya insensiblemente las cosechas. Es una máxima de economia pública, que tanto se cultiva, cuanto se consume; con que si no proporcionamos el consumo á este sobrante, poco á poco le iremos perdiendo; y reduciendose paulatinamente el cultivo á la cantidad del consumo interior, se cogerá tanto menos aceite, cuánto teniamos antes de sobrante, inútil para el consumo.

Por conclusion de este punto, debemos exponer una razon que hace mas necesaria la extraccion en el presente año. La última cosecha ha sido abundante, pero de muy mala calidad. Todos los aceites, aunque claros y sin mal olor, han salido amargos y desabridos al gusto. Es indispensable salir de ellos por algun medio extraordinario, pues el consumo interior no los admitirá, y se preferirán los añejos, aunque sean mas caros. Y aquí notaremos de paso que cuando la abundancia y mala calidad de los aceites de ogaño no han bastado para bajar los precios á los 20 reales en arroba, tenemos en esto solo la mas concluyente prueba de cuanto hemos sentado anteriormente.

De todo lo dicho inferimos que es indispen-

able alterar el precio señalado por límite á la extraccion del aceite, y señalar otro mas alto. ¿Pero cuál debe ser este precio? ¿Dónde se encontrará la justa proporcion que deseamos para señalarle? Confesamos que este es un artículo donde se esconde á nuestro juicio el preciso punto de proporcion y de justicia. Hemos meditado, preguntado y afanado mucho por acercarnos á él, y al fin nos hemos fijado en el que espondremos á V. A.

Pero antes nos parece muy preciso decir alguna cosa sobre el modo de buscar este precio para abrir ó cerrar la extraccion: artículo que á primera vista parece poco importante, pero que es acaso el mas árduo y delicado de toda la materia que tratamos.

La real provision de 6 de febrero de 1767 solo dispuso que fuese libre la extraccion del aceite ínterin no excediese su precio natural de 20 reales en arroba de la medida corriente en las respectivas provincias y pueblos por donde hubiese de extraerse. No habiendo señalado específicamente el modo de hacer esta regulacion, creyeron algunos que, segun ella, debia estarse al precio de los aceites en el campo; y con efecto, las extracciones que se pretendieron hacer últimamente, bajo la autoridad del intendente, se regularon tambien por este método. Decíase que, hablando la real provision del precio natural del aceite, no se podia entender otro que el que corria en el campo. Y como hubo algunos pueblos en que se vendió este fruto á 20 reales, y aun menos, los compradores, que se proveyeron de él á este precio, alegaban un derecho á la extraccion; pero el

precio de otros pueblos, y especialmente el de la capital, estaban mas subidos, y la resistian. Clamaron los diputados y stadico del comua, y clamaron tambien con razon, porque vieron que quando el aceite corria á mas de los 20 reales señalados, se iban á sacar por este muelle inmensas porciones de esta especie. Tal fué el origen de los recursos llevados ante V. A., en los cuales los que estaban por la extraccion, y los que la resistian, todos creian igualmente proceder conformes á la citada real provision. .

Esta experiencia nos convence de que debemos buscar un método mas pronto y mas seguro para la regulacion de este punto. Miramos la libertad de extraer como un medio para evacuar la superabundancia de aceite, y la prohibicion como un preservativo para evitar su carestia.

Las operaciones que precedan al establecimiento de una ó otra, deben ser fáciles y prontas, y la regla que se deduzca de ellas clara, segura y general. Esta regla no puede tomarse de los precios del campo, que varian increíblemente. La misma distancia que hay desde los pueblos en que se coge el fruto hasta aquellos en que se consume, se halla tambien entre los precios de unos y otros, en tanto grado, que el mas ó menos precio está siempre en razon de la mayor ó menor distancia. Con que es imposible que los precios del campo den una regla clara, segura y general.

Pero quando pudiesen darla, seria forzoso antes de hallarla hacer averiguaciones de todos los pueblos que pudiesen concurrir con sus aceites al puerto: nuevo inconveniente, incompatible con la prontitud que exige la materia, ademas del

embarazo en que pondria al gobierno , y de los fraudes á que por su misma naturaleza está expuesta la operacion que le produce.

Creemos por lo mismo que el precio que se debe tomar por regla , debe ser uno solo , pero tal que tenga correspondencia con todos los demas. Tal es el que corre en los puertos por donde se hayan de hacer las estracciones. Este precio facilitará increíblemente el arreglo de ellas. Los jueces que hayan de entender en esta materia tendrán un punto fijo donde poner los ojos , un termómetro que les indique diariamente lo que suben ó bajan, el estado de la cosecha en la provincia , y la necesidad de abrir ó cerrar la puerta á la estraccion: con él se evitarán averiguaciones inciertas y costosas , y se igualara en la prohibicion ó libertad la suerte de todos los que trafican en este fruto.

Algunos dudarán acaso de la equidad de esta regulacion , movidos de la misma diversidad que hay en los precios de los aceites en el campo. Dirán que cuando en unos pueblos corre á 20 reales , en otros corre solamente á 8 : que los costos de acarreo son mayores en los mas distantes ; y finalmente , que el precio de los puertos es en todos casos el mas alto : de donde inferirán que este método , lejos de igualar la suerte de los pueblos , introduce en ellos una notable desigualdad.

Pero estas razones tienen mas especiosidad que fuerza. En los puntos del consumo todos los frutos tienen un mismo precio , porque el consumo es la medida de su valor. Si se pudiese suponer un fruto sin consumo alguno , este fruto

tampoco tendria valor, y por consiguiente no tendria precio. Por la misma razon hemos dicho antes que el precio de los frutos en el campo está siempre en razon de la distancia que hay desde el suelo donde se cogen á aquel donde se consumen. En fin los frutos buscan al consumidor; conque la regla mas segura de esta materia se debera tomar de los puntos del consumo, que son los que igualan los precios de todos los frutos, y la suerte de todos los cosecheros.

Para mayor claridad pondremos un ejemplo. Un hacendado de Ecija y otro de Carmona cogen cierta porcion de aceite, que piensan consumir en Sevilla. El segundo gastara menos en sus portes que el primero, y por consiguiente dara su aceite á menos precio: pero una de dos; ó el cosechero de Ecija se ha de conformar con los precios á que vende el de Carmona, ó no ha de vender. Conque es claro que en esta hipótesis, aunque el aceite del primero valga menos en el campo que el del segundo, en el punto del consumo, que es Sevilla, ambos tendrán un mismo precio. Otras reflexiones pudiéramos hacer para probar la intrínseca igualdad de los precios, aun en el campo, con respecto á la diferencia de los jornales y de los precios de las demas cosas en los pueblos distantes del consumo; pero creemos que para probar nuestro intento bastarán las que dejamos indicadas.

Es verdad que el precio de los puertos es siempre el mas alto; pero para nuestro caso nos basta que sea igual. Con reflexion á que en él están ya embobados los costos de los portes, nos hemos determinado á señalar el que vamos á exponer á V. A., y aun por esto no podrá parecer

nosos, habida consideracion á que buscamos principalmente la utilidad del cosechero.

Si nosotros pudiésemos conocer la porcion de aceites que necesita esta provincia para su consumo, ó lo que viene á ser lo mismo, cual es aquel punto fijo de los precios que deja recompensado las fatigas del cosechero, sin esponer al consumidor o las angustias de la escasez, nos hubiera sido facil señalar el precio donde debiera empezar la prohibicion. Este precio hallado, justificaria completamente la privacion de la libertad á los particulares, en favor del comun. Pero este punto fijo no puede encontrarse sino por aproximacion. Acaso el mejor medio de atinar con él seria la experiencia de algunos años de absoluta libertad. Entonces pudiera observar el gobierno el uso que hacia de esta libertad, y los efectos que produjesen le servirian de regla para lo sucesivo. Pero entretanto no nos atrevemos á ponerle muy alto, y solo estenderemos los limites de la libertad hasta un punto en que seguramente no sera pernicioso al consumidor; dejando al celo y superioridad del consejo el cuidado de moderarlo, reducirlo ó quitarle enteramente, cuando nuevas razones lo persuadan.

El precio de 24 reales en arroba en los puertos por donde deba hacerse la estraccion, nos parece el mas arreglado. Suponemos que este precio es el mas alto; porque ya trae en sí los costos de conduccion, que importan uno, uno y medio, dos ó mas reales en cada arroba. Nuestra regla es, que en estos últimos años, no obstante que no se ha sentido la escasez, y que antes bien ha habido aceites sobrantes del consumo, ha corrido

varias veces á este y aun mas altos precios. Creemos por consiguiente , que el señalado podrá ser un justo limite de la libertad de extraer, sin temor de que con este freno pueda verificarse nunca notable carestia.

Debemos prevenir que estos 24 reales deben entenderse por arroba menor de 36 cuartillos, que es la comun en este reino, y a la cual se reducen todos los contratos, así para el ajuste, como para el adeudo de los reales derechos, no obstante que en varios pueblos de él se usa de otra arroba, que llaman mayor, por tener un 15 por ciento de mas cabida que la otra. Y entendemos tambien que este precio del aceite ha de ser libre, ó como entra en el puerto, antes de haber contribuido cosa alguna.

Tambien prevenimos para mayor claridad, que en Sevilla hay una calle destinada para la entrada de todos los aceites, á la cual y al postigo, que es la garganta por donde entran, dió este fruto su mismo nombre. En ella reside el cajon donde se toma razon de las entradas y los precios por los fieles y ministros diputados para el arreglo y percepcion de los reales derechos; cuyas certificaciones podrán acreditar diariamente los precios generales a que han corrido los contratos. Por tanto convendria, que en esta oficina se publicase la noticia del precio que debe cerrar la estraccion, pues allí se encontrará prontamente, cuando quiera que se busque.

La regla dada para Sevilla, podrá estenderse tambien á los demas puertos, donde suponemos que habrá alguna oficina igual ó equivalente gobernada, en que se pueda tomar noticia de los

precios, con la misma prontitud y seguridad; y si acaso no la hubiese se habrá de estar á los que corran en el mercado público.

Pero de tal modo habrá de gobernar este precio para la prohibicion, que una vez verificado, se cierre la estraccion para todos indistintamente, sin que el haber comprado los aceites á menos precio con el objeto de extraer, ni otro pretesto cualquiera, pueda ser motivo para alterar la prohibicion en favor de particular alguno. De otro modo resultaria, que con haber bajado el aceite del precio señalado en principio de la cosecha, ó en otro tiempo del año, se podrian hacer estracciones indefinidas de todo el que se hubiese comprado en tiempo de libertad; y aun de todo el que tuviesen los cosecheros, á quienes deberia aprovechar aquel precio, á no creerlos de peor condicion que los comerciantes.

En este caso el precio de los aceites dejaria de ser un indicio seguro del estado de la cosecha, esto es de la abundancia ó escasez; porque como hay muchos pobres cosecheros, que venden su aceite antes de tiempo para continuar el cultivo, el mayor número de vendedores necesarios hacen en el principio de la cosecha el mismo efecto que en lo sucesivo la abundancia del fruto. Además de que estas escepciones no se podrán hacer sino despues de haber recibido justificaciones sobre el hecho de las ventas, y este es otro inconveniente que vamos á evitar, así para simplificar la direccion de este punto de parte del gobierno, como para no dejar sus providencias espuestas á los fraudes y colusiones, que son tan frecuentes desde que se ha desterrado la buena fé de entre los hombres.

En este método no habrá que temer tampoco la ruina de los extractores que hubiesen comprado para extraer en tiempo de libertad; porque como suponemos que la prohibición se funda en la subida de los precios del aceite que ellos han comprado con mas equidad, siempre es seguro que hallarán su utilidad en las ventas. Puede ser que no hallen toda la ganancia que se proponian pero esta contingencia no los retrará de comprar porque los hombres de comercio siempre forman sus cálculos sobre los riesgos ordinarios y comunes de las empresas a que se aventuran, y cuando el temor de alguna pérdida contingente no los detiene, ¿cuanto menos los detendrá el de hacer una menor ganancia, que en nuestro caso será tambien un riesgo contingente?

Debe pues ser general la prohibición, como lo es la libertad de extraer. Solo advertimos, que aquellas personas que en tiempo de libertad dispusiesen sus aceites para la extracción, teniendo preparado buque, ajustado el flete, pagados los derechos correspondientes, sacado sus despachos de la real aduana, ó practicadas las mas de estas diligencias, podrán consumir la extracción, aun cuando por la subida repentina de los precios sobreviniese la prohibición, porque en este caso han empezado ya a usar del derecho que les dió la libertad, y no se les puede privar de él sin notoria injusticia y menoscabo.

Solo nos resta ahora decir alguna cosa sobre la conducta que deben tener las justicias de los pueblos por donde se hagan las extracciones, para el gobierno de esta materia. Para esto prevenimos, que se debe considerar así al cosechero,

como al comerciante de aceite en el estado de libertad, supuesto que por las leyes este fruto es enteramente libre en su comercio, sin que á nadie esté prohibido vender, comprar, acopiar, reservar, ó extraer aceites. La prohibicion de extraer se debe mirar como un remedio extraordinario, inventado para evitar la escesiva carestía. Por lo mismo, las funciones del gobierno deben dirigirse solamente á prohibir en su caso, pero nunca á conceder, porque supuesta la libertad que da la ley en el suyo, sería ociosa la concesion de extraer. Aun por eso la real provision que dió regla á esta materia, dijo, que los extractores no habrían menester licencias para extraer, cuando el precio no escediese de los 20 reales en arroba comun. Segun esto, al principio de cada cosecha se debe suponer permitida la estraccion, sin que se publique, y si por fortuna no llegase el precio á 24 reales en muchos años, los extractores deberán continuar usando de su libertad, sin necesidad de recurrir al gobierno á pedir licencias, ni de esperar provisiones, pues la única que podría ser precisa sería la de prohibicion en su caso.

Pero nosotros creemos que ni aun esta conviene que se haga. Ó bien porque la prohibicion de extraer es un anuncio de la aprension de carestía, ó bien porque es una privacion de la libertad natural de dar salida á los frutos, su publicacion siempre será odiosa y mortificante, y siempre causara alguna alteracion en el comercio y en los precios del aceite. Haya enhorabuena prohibicion; pero no hay necesidad de publicarla. Los precios corrientes de la calle del Aceite la indicarán, y estos precios son notorios á todos, al

menos á todos los extractores. Bastará que estos los sepan, y si esto no bastare, bastará que hallen cerradas las puertas cuando se les nieguen por la real aduana sus despachos. Este método sencillo y fácil quitará á la prohibicion toda la odiosidad con que se ha mirado siempre; y sin aparato ni formalidades escusadas, producirá todo el beneficio que la legislacion se propone.

En este caso el gobierno no tendrá que hacer otra cosa que velar sobre la observancia de la ley. Los administradores de las respectivas aduanas deberán ponerse de acuerdo con el jefe político del pueblo, para saber cuando han de negar ó conceder los despachos, con respecto siempre al precio general y actual del aceite; y esta inteligencia regulada quitará todo temor de fraudes y de inconvenientes en una materia tan grave y delicada, como la en que hemos informado.

Entretanto no creemos necesario decir mas particularmente nuestro dictamen sobre las pretensiones de los diputados síndicos de este comun y esta ciudad, ni sobre la de don Francisco de Cabarrús y Aguirre. Las reflexiones que llevamos espuestas, indican bien claramente cual es nuestro juicio sobre todas.

En resumen, Señor, nuestro dictámen es, que el precio señalado en la última real provision por límite á las extracciones del aceite es muy bajo, y puede causar insensiblemente la decadencia del cultivo de este precioso fruto: que subiéndole á 24 reales, podrá proporcionar la salida de los sobrantes, sin causar notable carestía en la provincia: que para que la prohibicion obre mas pronta é igualmente sus efectos, se debe regular

por el precio de los puertos, que son los puntos generales de consumo, al menos cuando se habla de la libre estraccion: que esta prohibicion debe ser cierta y general, empezar con el precio señalado, y cesar con su moderacion: que debe establecerse y suspenderse sin edictos ni publicaciones ruidosas con sola la intervencion de los administradores de aduanas, que han de dar ó negar los despachos, y de los corregidores, que deben prevenirles el cuando de uno y otro. Así se podrán lograr los altos fines que se propone la justificacion del consejo, quien sobre todo se servirá resolver lo que fuere de su superior agrado. Sevilla 14 de mayo de 1776.

DISCURSO

Para el establecimiento de una compañía de seguros. (1)

SEÑORES:

Tengo el honor de presentaros los resultados de las conferencias, cálculos y operaciones de la comisión que habeis nombrado en vuestra primera sesión, y la de anunciaros, si no el pronto, á lo menos el mas cabal desempeño de todos sus en-

(1) A continuacion de este discurso insertamos el informe que sobre el mismo asunto dirigió el autor desde Asturias al ministro de la Junta de Comercio y Moneda en 1789.

aseguradores por medio de una perspectiva de utilidad y seguridad remotas, por otra no se han perdido jamás de vista estos objetos en favor de los accionistas. La póliza es conforme á estos principios, y acomodada á los usos mercantiles generalmente reconocidos en las plazas de Europa; y el reglamento de oficinas presenta el espíritu y gerarquía del cuerpo, y fija sobre los mejores principios de subordinación, vigilancia y publicidad, su gobierno interior y público. Todo, finalmente, descubrirá á los ojos de la Junta cuán deudora se debe creer de reconocimiento y alabanza á unos individuos, que sin otro interés que el del bien común y de este cuerpo, han consagrado sus luces y desvelos al desempeño de los encargos que se dignó confiarles.

Tal es, señores, la idea que debo presentaros de los objetos que nos han de ocupar en esta sesión. Reducido por la naturaleza del encargo con que la piedad del rey me ha honrado, á presidirla, ni debeis esperar de mí sino aquel auxilio que puede prestar la autoridad en favor de la libertad, la concordia y el buen orden, ni yo tengo derecho á exigir otra cosa de vosotros. Nadie sino vosotros mismos es dueño de vuestros intereses, y la seguridad de ellos, que debe ser vuestro primer objeto, lo será también de mi celo en este día. ¡Dichoso yo si logrando fundar sobre el buen desempeño de mi comisión el sólido establecimiento de una compañía tan importante, me hiciese acreedor á la benevolencia de mis compatriotas, que es, ha sido, y será siempre el único objeto de mi ambición!

INFORME

Sobre las ordenanzas de una compañía de Seguros (1)

Muy Señor mio: sírvase V. S. de decir á la Junta, que he visto el expediente formado sobre la aprobacion de las ordenanzas de la nueva compañía de Seguros terrestres y marítimos, que de su orden me pasó V. S. con papel de 5 del corriente, y que acerca de su contenido debo esponer, que el ánimo de S. M. en su real resolucion á consulta de la Junta, ha sido fiar á la libertad de los interesados el arreglo de este nuevo establecimiento, mirándole como puramente privado; y que si ha exigido que se cometiese á su real aprobacion, fué sin duda para que no corriese en él cosa que pudiese ofender al orden y seguridad pública. La ordenanza formada por los suscritores, no tiene defectos de esta clase, y si alguno puede referirse á ella, es el que oportunamente advierte el señor fiscal. Creo, pues, que no hay en dicha ordenanza, examinada bajo de esta consideracion, otra cosa que merezca desaprobarse.

Pero creo al mismo tiempo, que el de hacer esta declaracion no ha llegado aun, y es preciso decir algo sobre este punto, porque la comision

(1) Este informe es el mencionado en la nota del anterior discurso.

la loca en su retraso, y por otra parte me parece muy importante. Recordaré, pues, sencillamente aquí lo que espone en la Junta general, sin entrar en largas discusiones.

Cuando las acciones se hayan realizado; cuando se haya otorgado la escritura; cuando los suscritores se hayan hecho accionistas, y cuando el proyecto de compañía se haya convertido en compañía verdadera, entonces será tiempo de tratar de la aprobación de la ordenanza. Esto fué lo que quisieron los mismos proponentes, cuando espusieron a S. M. tener ya completas las 600 acciones ofrecidas en el artículo 4.º de su plan, y pudiesen se procediese á celebrar la Junta general de suscritores, otorgando la escritura de compañía, y estender las ordenanzas que debían gobernarla; y esto mismo fué lo que S. M. se sirvió mandar en su real orden de 14 de setiembre de 1787, en que me nombró para presidir este acto.

En efecto, el derecho de dar regla á un establecimiento privado toca á los interesados en él, y no á los que desean serlo. Las trabajadas anteriormente con el loable fin de abreviar la operacion, no se pueden mirar como tales hasta que las hayan autorizado los accionistas. Es verdad que estos serán probablemente los mismos que ahora se llaman suscritores; pero entonces tendrán otra personalidad, y esta solamente será la legítima y necesaria para el objeto en cuestion. Sobre todo, el orden natural de los hechos pedia que las acciones se realizasen, que la escritura de compañía se otorgase, que las obligaciones preparatorias se ratificasen, y que luego se impetrase la real aprobación, la cual no es

junto ni decoroso recaiga sobre un proyecto que todavía no está realizado , y que podría muy bien no verificarse jamás.

La sinceridad que profeso me hace decir también que hubiera yo sido menos supersticioso en este punto , si viese mejores y mas claros anuncios de la posibilidad del proyecto ; por que al fin , la ratificación que hiciesen los accionistas de todo lo ohrado por los suscritores , supliria cualquiera falta de formalidad. Mas cuando reflexiono que el plan propuesto en 1785 y aprobado en 86 , no habia tenido efecto alguno en 1787 ; que enttonces solo se habian recogido suscripciones para acciones hipotecarias y de crédito , debiendo ser todas en dinero efectivo ; que aun despues de autorizado el plan para juntar tres millones de pesos en acciones de las tres claves , por terceras partes , son la mayor porcion de suscripciones hipotecarias , algunas a crédito , y muy pocas á dinero , que las primeras son de propietarios poco conocidos y de provincias distantes ; las segundas (salvo tal cual nombre) de comerciantes dispersos y de crédito menos estendido , y las terceras de muy dudosa esperanza : que la existencia de semejantes establecimientos solo puede apoyarse sobre un crédito tan sólido y notorio , como estendido , y capaz de animar y atraer los asegurantes , que todavía no hay ; que el presente , en la parte de seguros terrestres , es del todo nuevo en España , y acaso poco acomodado á ella , ya por la buena policía de las grandes capitales , ya por el sumo valor de las casas en ellas , é infimo en las pequeñas poblaciones ; que la opinion , alma de estas compañías , es todavía

tímida y vacilante acerca de esta; y en fin, que aunque hay grande actividad en los proponentes, y gran celo en los comisionados, tienen mucha impaciencia los primeros, mucha desconfianza los segundos, y hay casi ninguna concordia entre todos: cuando reflexiono todo esto, ninguna precaucion me parece sobrada para preservar al gobierno de aquella especie de descrédito, que nace siempre de la inconsiderada aprobacion de proyectos imposibles ó mal combinados.

No se crea que yo califico de tal el presente. Ni me toca este juicio, ni es de mi juicio anticiparlo. Pero si es posible llevarle á realidad, ¿hay mas que proceder á verificar las acciones, otorgar la escritura de compañía, ratificar la ordenanza, y pedir luego su aprobacion? Este es el órden progresivo y natural de nuestro objeto; el que la Junta consultó, el que S. M. aprobó, y el que en mi dictamen debe seguirse ahora.

La Junta resolviera como siempre lo mas justo.
Madrid 20 de setiembre de 1789.



CIENCIAS NATURALES.

ORACION

pronunciada en el Instituto Asturiano, sobre el estudio de las ciencias naturales.

SEÑORES:

Despues de haber pagado á la venerable memoria de nuestro difunto director el tributo de gratitud y de lágrimas , que era tan debido á sus virtudes como á su celo y vigilancia paterna: despues de haber coronado á los alumnos que lidiaron con mas ventaja en el certámen de ingenio y aplicacion que habeis sostenido : despues de haber satisfecho asi la espectacion del público , vamos al fin á presentarle el último de los títulos que nos deben asegurar de su benevolencia. Vamos á anunciarle que hoy es el dia señalado para abrir la enseñanza de ciencias naturales , aquella enseñanza que debe ser término de vuestros estudios , que ha sido siempre de nuestros deseos y que lo será un dia de la prosperidad y la gloria de nuestro Instituto.

Como sea el gozo que inunda mi alma al ha-

ceros este precioso anuncio, vosotros mismos lo podeis inferir del afán con que he procurado acelerarle, y de la constancia con que combatí los estorbos que le retardaban. Cedieron todos por fin, y mi corazón se siente penetrado de ternura al considerar por cuan raros y desusados caminos plugo a la divina Providencia conducirme a este alegre y bienhadado instante. ¿Por ventura habrán caído ya de vuestra memoria aquellos días de sorpresa y angustia, en que súbitamente moviendo de vuestra presencia, me vi flotar por un impulso irresistible a otro destino tan superior á mis fuerzas como lo era á mis deseos? ¿O no habreis echado de ver el ansia con que volví a vosotros, desde que me fué dado recobrar mis antiguas y gloriosas funciones? Si, hijos míos, en su desempeño habia puesto yo toda mi gloria y la pongo todavía. Porque, ¿cuál otra puede ser mas ilustre? ¿Cuál otra mas agradable á un verdadero amigo del público que la de ilustrar el espíritu y perfeccionar el corazón de una preciosa juventud que es la mejor esperanza de vuestra patria?

No creais que lo digo por orgullo, ni por ostentacion de mi celo; aunque no se esconderá que mi alma apenas acierta á resistir aquella inocente vanidad que alguna vez se mescla al ejercicio de la beneficencia pública. Digo solamente para congratularme con vosotros el advenimiento de este día, cuya gloria es de todos, porque todos habreis cooperado conaligo á su logro. Digo para fijarlo mas bien en vuestra memoria, como una época de nueva y provechosa ilustracion que abrimos hoy á nuestra prosperidad. Digo, en fin, para conmemorarlo como un día de renovación

y de esperanza, vais á sembrar en este suelo las preciosas verdades en que está cifrada la prosperidad de los pueblos y la perfeccion de la especie humana.

Pero haciendose este anuncio, el amor que es precepto y la obligacion que me impone la confianza del Soberano me llaman á discursar un rato con vosotros acerca de la importancia del estudio que vais á emprender. Yo invoco en su favor toda vuestra atencion, todo vuestro celo; su novedad, su grandesa, su misma incertidumbre exigen de vosotros una aplicacion constante, una meditacion profunda, una paciencia heróica. Los cielos, la tierra, cuanto alcanza la vasta extension del universo, será materia de vuestra contemplacion; pero este admirable, este inmenso objeto desconvulsa ante vuestros ojos, y sometido al parecer á la jurisdiccion de vuestros sentidos, os está mudo y silencioso para vosotros; nada dice todavía á vuestra razon, y nada le dirá mientras no la pongáis en comercio con la naturaleza misma. Conocerla, para perfeccionar vuestro ser; aplicar este conocimiento al alivio de vuestros necesidades, al servicio de vuestra patria, y al bien del género humano: ved aquí el fin de la nueva ciencia á que os propuso. Ella es la ciencia del hombre, la que califica todas las demás, y en la que todas buscan su complemento; y es, en fin, la que perfeccionando vuestros estudios, cerrará gloriosamente el círculo de vuestra educacion.

Acuso alguno de vosotros, desconocido con los sublimes conocimientos de la matemática, se cree capaz de penetrar el misterio de la natu-

ralura; pero habeis de saber que estais muy lejos todavia de sus umbrales. Son por cierto muy importantes y provechosas las verdades que habeis alcanzado; pero seran estériles mientras no las aplicareis á la investigacion de la naturaleza. Conoceis ya la cantidad y la estension, grandes y esenciales propiedades de la materia; pero solo las conoceis en abstracto, y como separadas de los cuerpos. Teneis que investigarlas como unidas, y como inseparables de ellos, y con todo nada alcanzareis de la naturaleza mientras no la observareis en los cuerpos mismos. ¿Qué importa que podais calcular la rápida sucesion del tiempo la inmensa estension del espacio, la direccion y los progresos del movimiento, si el movimiento, el espacio, el tiempo son unos seres ideales y abstractos, unos seres que no existen; si son nada, mientras no los considereis como medida del estado y sucesion de los entes reales? Dobeis pues contemplar estos entes en si mismos, observar su accion y sus mudanzas ó fenómenos, y sabiendo desde ellos á sus causas, investigar aquellas eternas y constantes leyes que la sabiduria del Criador dió á la naturaleza para la inmutable conservacion de su grande obra.

Y ved aqui porque los antiguos, abandonando este camino de investigacion, han delirado tanto en la filosofia natural. Bien conocieron que su objeto era el universo; pero asombrados de su inmensidad, buscaron algun breve camino de descubrir las leyes que le regian. Investigarlas en la innumerable muchedumbre de seres que abunza, pareció inacomble á la constancia y á las fuerzas del espíritu humano. No era mas fácil y glorioso

empresa subir derechamente á ellas; buscándolas en su misma razón? Esto juzgaron, y esto hicieron, y en vez de consultar los hechos, inventaron hipótesis, sobre las hipótesis levantaron sistemas, y desde entonces todo fué sueño é ilusión en la filosofía natural. Cual señaló el fuego por principio universal de las cosas, como Zoroastro, fundador de la filosofía oriental; cual el agua como Thales, padre de la filosofía griega; Pitágoras, admirando el orden del universo, le derivó de su armonía; y Zenon, viendo solo un aparente desorden, le atribuyó á la casual reunion de los átomos. ¿Quién apurará los sueños de los antiguos corifeos de la filosofía? Cada uno forjaba un sistema, cada uno le pretendía demostrar á fuerza de raciocinios. El arte de disputar se hizo el grande instrumento de los filósofos: las ciencias experimentales se convirtieron en especulativas, y desde entonces el universo fué entregado al gobierno de agentes invisibles, de fuerzas inherentes, y de cualidades ocultas. Así que, mientras el espíritu de partido multiplicaba estas ilusiones y las defendía, la naturaleza, abandonada á las disputas y caprichos de las sectas, parecía haber vuelto al caos tenebroso de donde saliera el primero de los días.

Tal era el aspecto de la filosofía natural cuando Aristóteles, rigiendo sus cielos cristalinos por la mano de supremas inteligencias, sujetando nuestro globo á sus tres famosos principios, negando cantidad y cualidad á la materia, para dársete á la forma, y atribuyendo existencia real á las formas universales, echó los fundamentos del Peripato, destinando á dominar la tierra. Los

conquistas de Alejandro llevaron su doctrina por el Asia y la India, y le dieron autoridad en Grecia; las de Roma la difundieron por el orbe latino; y despues de haber triunfado del Platonismo, era llevada al imperio de la media Luna, era traída y canonizada por las escuelas generales de Europa, estendió al fin por todas partes su influjo, y le supo conservar casi hasta nuestros dias.

No os detendré ya en la exposicion de unos errores que la antorcha de la experiencia ha descubierta ya, y casi desterrado del mundo; bástase reflexionar que Aristóteles fué menos feneste á la filosofía por sus doctrinas que por sus métodos. ¿Cuál de los antiguos, y aun de los modernos filósofos, se gloriera de no haber pagado su tributo al error? Pero el método de investigacion señalado por Aristóteles estravió la filosofía del sendero de la verdad. Este método era precisamente lo contrario de lo que debió ser, pues que trataba de establecer leyes generales para explicar los fenómenos naturales, cuando solo de la observacion de estos fenómenos podia resultar el descubrimiento de aquellas leyes. Es sin duda muy ingenioso su sistema de categorías y predicamentos, y lo es tambien el artificio de sus silogismos; pero la aplicacion de uno y otro fué equivocada y perniciosa. Su método sintético es admirable para convenir el error, pero no para descubrir la verdad; es admirable para comunicarla, pero inútil para investigarla; y cuando la indulgente sabiduria perdonare á este gran filósofo los errores que introdujo en su imperio, ¿como le perdonaré el haber engañado sus discípulos y atareado sus guías?

La gloria de abrirnos de par en par estaba reservada al sublime genio de Bacon. Él fué quien con intrepida resolucion y fuerte brazo quebrantó los cerrojos que tantos esfuerzos y tantos siglos no pudieron descorrer; él fué quien atarró al monstruo de las categorías, y suscitayendo la induccion al silogismo, y el análisis á la síntesis, allanó el camino de la investigacion de la verdad, y franqueó las avenidas de la sabiduria; él fué quien primero enseñó á dudar, á examinar los hechos, y á inquirir en ellos mismos la razon de su existencia y sus fenómenos. Así aló el espíritu á la observacion y la experiencia: así le forzó á estudiar sus resultados, y á seguir, comparar y reunir sus analogías; y así, llevándole siempre de los efectos á las causas, le hizo columbrar aquellas sabias admirables leyes que tan constantemente obedecen el universo.

Por tan segura y gloriosa senda entraron á explorar la naturaleza los hombres célebres cuyos pasos debéis seguir, y cuyos descubrimientos darán tan amplia materia á vuestro estudio. Sus útiles trabajos, ilustrando la generacion á que pertenecéis, le dieron un derecho á mas altos y provechosos conocimientos. Buscadolos vosotros, reconocedlos por todas partes los caminos que anduvieron, las huellas que dejaron estampadas en las vastas regiones del universo. Allí vereis como Copérnico, desbaratando los cielos de Hiparco y Ptolomeo, se atrevió á restituir el sol al centro del mundo, y fijar para siempre allí su inmóvil trono; y como Keplero en torno de él señaló nuevas vías á los planetas, y disipó las sabias ilusiones de su maestro Tico, en tanto que

Barclay espía los inconstantes pasos de la luna, y subía hasta ella para contar sus valles, medir sus montes, y determinar el espacio de sus mares; y el gran Newton se alzaba sobre la candente masa del sol para regir desde ella los escuadrones celestes. Allí venían á Galileo y Hugens ensanchar con la fuerza de su telescopio aquel brillante imperio que debían poblar despues el sabio Cassini y el laborioso Herschel, mientras Descartes sometia el de la tierra á su sublime geometria; Leibnitz penetraba hasta las primeras moléculas de la materia; Torricelli encadenaba el aliento para pesarle en su balanza, Franklin estudiaba el fuego para apoderarse del rayo, y Priestley descomponia el aire para conocer su varia indole y su fuerza portentosa. Allí hallaréis á la intrépida cohorte de los químicos destruyendo para reedificar, y desmoronando las obras de la naturaleza para observar sus materiales, penetrar sus elementos, y remedar sus operaciones. Allí vereis cómo mas atentos otros á recoger hechos que á sacar inducciones, se derramaron por todos los ángulos de nuestro globo para ilustrar su historia. Cómo Kleint conversó con los cuadrúpedos, Adanson con los que cruzan la region del aire, y Yonston y Lacepede con los que surcan las aguas. Cómo Reaumur se abatió hasta la rastrera republica de los insectos, y Bondelet hasta las conchas moradoras de las desiertas playas. Nada, nada quedó por observar; nada por describir desde que Tournefort y Linnæo se atrevieron á formar el inmenso inventario de las riquezas naturales, como si no fuesen inagotables. Hasta que al fin el inmortal Buffon, sabiendo á

los primeros días del mundo, resolviendo sus antiguas épocas, lustrando los cielos y las regiones intermedias, y corriendo con pasos de gigante toda la tierra, coronó aquel glorioso monumento que Plinio había levantado á la naturaleza, y que debe de ser tan durable como ella misma.

Al entrar á estudiarla, ¡qué espectáculo tan augusto no se abrirá á vuestra contemplacion! Vosotros, acostumbrados á verle á todas horas, y familiarizados con su grandeza, apenas os dignáis de examinarlo. Pero levantad á él vuestro espíritu y vereis como, atónito con tantas maravillas, se enciende y suspira por conocerlas. La razon os fué dada para alcanzar una parte de ellas: elevadla hasta el sol inmenso globo de fuego y resplandor, y vereis como fué colocado en el centro del mundo para regir desde allí los planetas situados á tan diversas distancias. Como padre y rey de los astros, él los ilumina y fomenta, y dirige sus pasos, y prescribe sus movimientos. Cada uno oye su voz la sigue obediente, y gira en torno de su brillante trono. La tierra, este pequeño globo que habitamos, y uno de sus planetas inferiores, reconoce la misma ley, y de él recibe luz y movimiento. ¿Quereis formar alguna idea del gran sistema de que somos una pequeñísima parte? Pues sabed que el lugar que ocupais, dista sobre veinte y siete millones de leguas del sol, que es su centro: que Saturno dista del mismo centro sobre doscientos sesenta y cinco millones de leguas: que el planeta Urano, columbrado en nuestros dias, dista todavía mas de Saturno, que Saturno del sol: que todavía se alejan mas y mas de él los cometas en sus giros escéntricos, y que todavía la flaca razon

del hombre no ha podido tocar los límites de este magnífico sistema.

¿Y qué? cuando los hubiese alcanzado, cuando pudiese transportarse hasta ellos, divinaría desde allí los términos de la creación? Preguntadlo á esa muchedumbre de estrellas fijas, que en el silencio de la noche vais centellear sobre los remotos cielos: parece que su número crece cada día al paso que se perfeccionan los instrumentos ópticos, y cada día nos hace ver que el Altísimo las esparce como brillante polvo en el espacio inmensurable. Fijas en el lugar que les fué señalado, cada una es un sol, centro de otro sistema, en torno del cual giran no sólo otros cuerpos opacos, y acaso en torno de estos otras lunas, como las que siguen nuestro globo y el de Júpiter. He aquí lo que alcanzamos: pero ¿quién adivinará dónde empieza ni dónde acaba la naturaleza inacabable á nuestros débiles sentidos? ¿Quién comprenderá los límites de la creación, sino aquella suprema inteligencia que encierra en su misma amplitud el vastísimo imperio de la existencia y del espacio?

Pero en torno de vosotros existen mas cercanos testimonios de esta grandosa. ¿No veis esa dilatada región que se extiende entre los cielos y la tierra? A vuestros ojos se presenta vacía; mas pronto será vuestro asombro cuando se convenceréis de que toda está henchida y penetrada de aquella naturaleza activa, benéfica, y á que se da el nombre de elemental, porque parece ocupada perennemente en la sucesiva reproducción de los entes, y en la conservación del todo. Allí sabréis como la luna, emanada del sol, ya se lanza á iluminar el anillo de Saturno y las radiantes

cabelleras de los cometas remotísimos, y ya descendiendo sobre nosotros, inunda la tierra en un océano de esplendor. Corpórea, pero impalpable; penetrante hasta traspasar los poros del diamante mas duro, pero flexible hasta ceder al encuentro de una plumilla, ella vivifica cuanto existe, y no visible en sí, hace visibles todas las cosas. Simple é inmacuiada, ella las colora y cubre de bellas y variadas tintas. Sabe recogerse y estenderse, y ya la veis reunida en esplendentes manojos, ya suelta y desatada en brillantes hilos. Su solo movimiento produce el calor, y la agitación del calor este fuego elemental, alma de la naturaleza, que difundido por todos los cuerpos, los penetra, los llena, los dilata, y así reside en la deleznable arcilla, como en el duro pedernal; así en el agua thermal como en el frísimo carámbano. Este agente poderosísimo los mueve y los anima; su influjo los fomenta y vivifica, pero tambien su enojo los destruye y anonada, ora sea que anunciado por el trueno caiga desde las nubes á derrocar las altas torres, ora que desgarrando las entrañas de la tierra, reviente por las nevadas cumbres para sepultar en rios de lava y ceniza los bosques y los campos, las solitarias alquerías, y las ciudades populosas.

El aire le alimenta: el aire, otro fluido elemental, invisible, movable, elástico por excelencia, y grave y velocísimo. En él, como en un golfo inmenso, nada sumergida la tierra. Un dia conoceréis como la estrecha y abraza por todas partes, y como gravita sobre ella y la sostiene y como la sigue constante en su diurno y anual movimiento. Por él respiran los entes animados; por él

de los demás seres, y que perpetúan la naturaleza, aun cuando parecen que amenazan su destrucción, ¡qué admirable materia no ofrecerán á vuestro estudio!

Pero nacidos para vivir sobre la tierra, ella es la que os presentará los objetos mas dignos de vuestra contemplación. ¿Que nos importaría el conocimiento de los seres superiores, si no fuere por las admirables relaciones que los enlazan con nuestro globo? ¡Oh! ¡como resplandecen sobre él la beneficencia de Dios! Dó quiera que volvais los ojos, hallaréis impresa la marca de su omnipotencia y su bondad. Considerad el activo y oficioso reino animal derramado por todo el orbe; consideradle desde el elefante que roe los hojosos bosques de Abisinia, hasta el minador, que se esconde y mantiene en las membranas de una hoja; desde el aguilucho cabdal que se remonta á las nubes para beber mas de cerca los rayos del sol, hasta el pajarito mosca que revolotea entre las flores de America, y desde la enorme ballena que sonda los mares del Norte, ó se tiende sobre sus espaldas como una isla bañada en vano de las ondas, hasta la inmóvil lapa, que nace y muere pegada á nuestras peñas: ¡qué muchedumbre de pueblos y familias! qué variedad de formas y tamaños, de instintos e instintos! y que escala de perfección tan maravillosa! Buscadle, y le hallaréis poblando la pura region de la atmósfera, como el fúido ambiente de las cavernas; así en las aguas dulces y corrientes, como en las salobres y estancadas; en las plantas como en las rocas; en lo alto de los montes como en el fondo de los valles, y en la superficie como en las entrañas de

la tierra: todo está poblado, todo henchido de vida y sentimiento. ¿Qué digo henchido? La vida misma es alimento de la vida, y los vivientes de otros vivientes. Nosotros mismos, nuestra carne, nuestra sangre, nuestros huesos encierran dentro de sí numerosas familias de otros vivientes, que acaso encerrarán también sí, en y darán morada y alimento á otros y otros vivientes. Porque ¿quién sabe hasta dónde plugo al Omnipotente multiplicar la vida y extender los términos de la creación animada?

¿Y quién alcanzó todavía los de la creación vegetal? Este reino, lleno también de vigor y de vida, ostenta por todas partes la misma grandeza, la misma variedad, la misma esquisita graduación de formas y tamaños. Ved cual cubre toda la tierra y forma su gala y ornamento, y cual va difundiendo sobre ella la abundancia y la alegría. Tan admirable en lo grande como en lo pequeño; en el cedro del Líbano como en el lirio de los valles; y así en la madrepora, que nace en el fondo del mar, como en el mohó, que crece y fructifica sobre una piedrezuela; sirve de sustento y abrigo á la vida animal, es origen fecundísimo de inocente riqueza, y el mejor apoyo de la unión social. ¡Cuánto no consuela al labrador llenando sus trojes con las doradas mieses, ó hinchiendo sus hervientes cubas, inocente recompensa de sus fatigas! Y cuánto no enriquece al industrioso artesano, ora le ofrezca preciosa materia para que le inspire nuevas formas, ora multiplique los instrumentos de las artes útiles, desde el arado que nos alimenta, hasta el telar que nos viste, y desde el carro que da los primeros pasos del comercio,

hasta las naves voladoras, que llevan á los habitantes del Septentrion los frutos y manufacturas: del Mediodia!

Así es como la naturaleza reúne siempre estos caracteres de grandeza y utilidad, que resplandecen en sus obras, y que vosotros descubrireis hasta en el informe reino mineral. ¡Qué inmensa mole de materia ruda é inorgánica, tendida debajo de nuestros pies, y compuesta de seres tan diferentes por su substancia, por su forma, y por sus propiedades! Tierras y piedras, sales y betunes, metales y cristales.... ¡cuántos bienes presentados á la necesidad y al recreo del hombre! Y cual se ostenta en ellos aquella delicada progression de perfecciones, que tanto embellece y armoniza las obras de la naturaleza! ¿Quien comparará el barro con el minio, el aspero con el jaspero, el fierro con el oro, y el oscuro pedernal con el lucidísimo diamante de Golconda? Quién explicará la naturaleza del imán, guía constante de la navegacion, ó la virtud atractiva y repulsiva del succino, ó la indocilidad de este mineral líquido inquietísimo, que así se niega al derretimiento como á la congelacion, y que tan fácilmente se reúne como se disuelve y sublima? Quién dirá por qué el fuego que funde la platina deja ileso al amianto? O por qué la platina resiste tan tenazmente al martillo, que estuende un átomo de oro á distancias incalculables? Y como si la naturaleza se complaciese en acumular mayores prodigios en los seres que nuestra orgullosa ignorancia mira con mas desprecio, ¿quien explicará las virtudes de esta tierra que hollamos, y que es cuna y sepulcro de cuanto existe sobre

1882

• NOVELLINO •

Cuanto se haya descubierto los hombres desde que rayó la aurora de la filosofía, y cuán admirables hayan sido sus progresos en la investigación de este orden, la echarán de ver a cada paso en el progreso de vuestro estudio. Observando la vasta inmensidad de seres que velan en redor de sí; reuniendo unos por la analogía de sus formas y propiedades; separando otros por la diferencia de sus fenómenos; é inquiriendo, averiguando y entendiendo las relaciones que parecen entrelazar á unos con otros, lograron al fin componer estas distintas familias, estos reinos geológicos, estos géneros y especies, y familias y clases que vereis tan maravillosamente destinados en la historia de la naturaleza: y como el navegante sobale ciertos puntos y alturas para atrevesar sin peligro el ciego y vasto Océano, así el filósofo marcó estas divisiones para no perderse en la inmensidad del universo. No, yo no las condenare, hijos míos, me es privado de un auxilio que la grandeza misma del objeto hace indispensable: empero advertiros he que no atribuyais á la naturaleza las invenciones de la flaqueza humana. Estas clasificaciones son obra nuestra, no suya. La naturaleza no produce mas que individuos, de cuyo número y propiedades, así como de las relaciones que los unen, solo conoceremos una porción poquísima. Sin duda que en la grande obra de la creación toda está enlazado, graduado, ordenado, pero tambien en ella está todo lleno, henchido, completo. Es la inmensa cadena de los seres no hay interrupcion ni vacío, y mientras percibimos algunas eslabones sueltos acá y allá, y distinguidos por muy notables caracteres, perde-

mos de vista los demas, y se nos escapan aquellas imperceptibles transiciones conque la naturaleza pasa de uno en otro ser. ¿Hay por ventura quien alcance las esencias intermedias que el Omnipotente colocó entre el sentimiento y la animacion, entre la animacion y la vida, y entre la vida y el movimiento, y la simple existencia? Hay quien penetre las relaciones y los grados de perfeccion que intercaló entre la razon y el instinto, el instinto y la propension, la propension y la gravedad, y estas afinidades, estas aversiones y estas apetencias á ciertas formas, que descubren los seres conocidos?

¡Ah! fuérame dado penetrar la esencia del mas pequeño de ellos: de una mariposilla, una flor, un grano de arena de los que agita el viento en nuestras playas, y yo sorprenderia vuestro espíritu, llenándole de admiracion y pasmo! Pero ignorante como vosotros de la economia de la naturaleza, solo podré llamar vuestra atencion hácia los grandes caracteres que distinguen los entes. Volvedla hácia aquellos á quienes fué dado vida y sentimiento, y detenedla por un rato sobre la organizacion animal. ¿Quién ha sondeado todavia los prodigios que abraza, la muchedumbre y delicadeza de sus partes, su trabazon y enlace, la proporcion relativa de cada una, su conveniencia reciproca, y aquella tendencia uniforme con que concurren á la unidad de accion que les fué prescrita? ¿Y quién explicará los varios y diversificados movimientos de esta accion multifaria, siempre certera, siempre congruente á tantas y tan diferentes funciones, y siempre determinada á un fin conocido, y jamás equivocado ni alterado? Ob-

servad cualquiera de los individuos de este reino animado, y desde el leon que atruena con su bramido los desiertos de Africa, hasta el imperceptible animalillo que se esconde en la pimienta, cien millones de veces mas pequeño que un grano de arena, no hallareis alguno cuya organizacion no sea tan cumplida y perfecta, cual conviene á su ser, y al grado que le cupo en la escala de la naturaleza animal. En todos, en cada uno hallareis completos los órganos de respiracion, digestion, secrecion, generacion, alimentacion, movimiento y sensacion; en todos, los instrumentos y los recursos necesarios para labrar su morada, buscar su alimento, engendrar y criar su prole, y defender su vida. ¿Y á quien no sorprende la congruencia de esta organizacion con el elemento que debe habitar, el alimento de que debe vivir, y las funciones en que se debe ocupar cada especie, y aun cada individuo? Y no mas? No les fué dada tambien aquella particilla de razon que convenia á su ser? Aquí es donde el observador de la naturaleza admira extasiado la conveniencia portentosa que hay entre el instituto y la organizacion animal, y la constante fidelidad con que el mas pequeño viviente llena este fin de conservacion, y la sagacidad y el acierto con que camina á la perfeccion para que fué criado. Ninguno desmiente la tendencia de esta ley. Todos la siguen, así los que amigos de la soledad huyen á los bosques y cavernas umbrías, ó pasan su vida aromática en un tronco, en una roca, en el corazón de una fruta, como los que, amando la compañía se reúnen en rebaños ó bandadas para hacer comunes sus pastos, sus juegos, sus amores.

y su seguridad. Píelos algunos á la vez de la naturaleza, ved como se buscan, se congregan para volar sobre las altas cumbres, ó cruzan los hondos mares en busca de otro cielo, otro clima, otro suelo mas conveniente á su sér; mientras que otros, aspirando á mas perfecta union, forman aquellas oficiosas repúblicas, donde el interes personal aparece siempre sacrificado al bien comun; donde reina siempre el orden y la laboriosidad, y donde tanto brillan la prevision y la justicia del gobierno, como la subordinacion y el celo público de los individuos. ¡Debados admirables, que debora observar con mas vergüenza que piamo el hombre temerario que, rompiendo los vínculos sociales, arma tal vez su brazo ó su brazo contra la patria, á quien debo la vida, y el estado que se la asegura!

Sin duda que tales ejemplos tienen derecho á nuestra admiracion; sin duda que la prudencia de las hormigas, los trabajos de las abejas, las estupendas obras de los castores, nos presentan grandes prodigios y grandes documentos: pero nosotros debemos esta admiracion á su escolaridad, y la damos solo á su singularidad. Descuidados de la naturaleza, no vemos que el mas rudo de los vivientes nos presenta iguales prodigios, y los presenta en todos los periodos, en todas las acciones, en todas las funciones de su vida. Observadlos en cualquiera de ellas, observadlos en una sola, en aquella que los mueve á la propagacion de su especie, y sobre la cual se apoya la gran ley de la conservacion: ¡cuán tierno y expresivo no es entonces el idioma de sus amorosos querellas ¡cuán afectuosas y bien sentidas!

¡Qué soltura, qué industria en la nidificación!
¡Qué mansedumbre, qué paciencia en la incubación y lactación! ¡Qué solicitud en la crianza y educación de su prole! Y si algún enemigo le amenaza, ¡qué valor tan intrépido, qué resolución tan heroica para defenderla!

Pero estos medios de preservación y propagación brillan mas todavía en seres menos perfectos. ¿Qué ¿no descubrimos esta sombra de instinto, esta propensión determinada al mismo fin en el reino vegetal, aunque inmóvil, y á nuestro parecer dotado de menos perfecta organización? ¿A cual de sus individuos faltan los medios de conservar su vida y propagar su especie? Poned una planta en la oscuridad, y vereis como alterando su natural direccion, se encamina en busca del aire que debe respirar, y de los secundos rayos de luz que la alimentan. Todas extienden sus raíces al paso que sus ramas, para proporcionar el cimiento á la cumbre. Todas las apartan de los lugares estériles, y las dirigen á los húmedos y pingües. Todas buscan, todas hallan su equilibrio, y perdido todas saben restablecerlo. Apenas colubrarnos sus amores; pero la diferencia de sexos y el don de fecundidad los atenguan. Ninguna ignora el arte de distribuir y defender sus semillas, que ora siembran y esparcen, ora las fija al ambiente, ó á las aguas, provistas de airones ó quillas para que vayan á germinar lejos de su tallo. Si son hambrientas y voraces, ved cual se adhieren á los verdes troncos ó á los azules muros, y trepan por ellos, y tienden sus brazos, y multiplican sus bocas, hasta saciarse de los jugos convenientes. Si débiles y

úncas, vad cual dirigen sus ramillas en busca del cercano apoyo, y le estrechan y abrazan en líneas espirales, ó buscan otros medios de seguridad y subsistencia. Así es como las propensiones se proporcionan á los recursos, y los recursos á las necesidades: y mientras la robusta encina, cuyas raíces ocupan una region entera, resiste apenas los embates del Aquilon, la dócil caña, doblando su cuello, salva su vida, y se burla de los mas violentos huracanes.

Pero al examinar las propiedades de los seres, ¿dónde llevareis vuestros ojos, que no descubran nuevas maravillas? ¿Por ventura carece de ellas el reino mineral? ¡Ah! cuantas no reserva para vosotros la quimica; esta ciencia de nuestros dias, que saliendo apenas de su infancia, levanta ya entre las demas su orgullosa cabeza, y como la astronomia al imperio de los cielos, parece aspirar al de las sustancias sublunares! Ella es hoy el anteojo de la fisica, y la exploradora de la naturaleza. Perspicaz y desconfiada en sus combinaciones, pero constante y atrevida en sus designios, logró desatar los vínculos de la materia, y sorprender algunos de estos secretísimos agentes, que la naturaleza emplea en la formacion y disolucion de los cuerpos. ¿Quién no admirará la fadole de sus sales, su forma regular, su tenaz propension á recobrarla, su amor y afinidad con unos cuerpos, y su aversion y repugnancia á otros? Poned en contacto los alkálícos y los ácidos y vad que odio tan fervoroso, qué guerra tan encarnizada escitais entre ellos. Ninguno cederá hasta que mutuamente se destruyan, á otro agente lo neutralice, para producir una sustancia di-

varia. Pero separados, ¿quién resiste á su fuerza? Trozos, rocas, metales, todo lo disuelven, todo lo rinden y avasallan. A su lado pelea la numerosa legión de los gases, que parten su dominio: los gases, otras sustancias aeriformes, elásticas, impetuosísimas, y que invisibles como el espíritu solo pueden ser conocidas por sus efectos. Cuanto nos rodea reconoce su influjo. Este ambiente que respiramos, estos alimentos de que nos nutrimos, la sangre que bulle por nuestras venas, el aire, el agua, el fuego, todo es gas, todo pertenece á estos estupeados fluidos, en mil maneras combinados: sustancias impalpables, indóciles, y que sin embargo ha sabido sujetar á su mano el poderoso genio de la química.

¿Pero acaso la química robará á la naturaleza todos sus arcanos? No, por cierto: una mano invisible detendrá sus pasos y refrenará su temeridad, si no lo respetare. El hombre no verá jamás en los seres sino formas y apariencias; las sustancias y las esencias de las cosas se negarán siempre á sus sentidos. En vano los esforzara por observar los cuerpos; en vano seguirá las huellas que la naturaleza va rápidamente imprimiendo en sus formas: en la fluida vicisitud de su estado solo verá mudanzas ó fenómenos. En vano por estos efectos querrá subir hasta sus causas; tal vez alcanzará algunas de las inmediatas, pero no las intermedias y remotas; y por mas que las siga las verá confundirse todas en aquella eterna, única primera causa, de que todo procede y se deriva, y por la cual existe todo cuanto existe. ¡Dichoso si siguiendo la maravillosa cadena de la existencia, se prosternare á adorar la mano

omnipotente, que tiene su primer albedor !. Pero si esta gran causa, si este Ser adorable y benéfico ha rodeado de sombras los principios de las cosas, ved como por todas partes nos descubre sus fines. Mas atento á socorrer nuestras necesidades que á contentar nuestro orgullo, nos presenta en todos los fenómenos y en todas las leyes naturales una tendencia, una determinación á fines conocidos y provechosos, y en la reunión de estas determinaciones nos hace columbrar aquel orden grande y admirable que armoniza el universo, y en el cual tan gloriosamente resplandece el fin de la creación.

Ved aquí donde debéis examinar vuestros estudios. La naturaleza se presenta por todas partes á vuestra contemplación, y de quiera que volvais los ojos veréis brillando la conveniencia, la armonía, el orden patente y magnífico que atestiguan este gran fin. Consultadla, y cada vez os acordará, de cuanto conduce á la perfección de vuestro ser: el único, entre todos, dotado de una perfectibilidad indefinida. Nada os acordará, porque esta perfección pertenece al mismo orden y esta contenida en el mismo fin. Consultadla, y luego desenvolverá á vuestros ojos el admirable y portentoso lazo con que sostiene el universo, labrando y subordinando todos los seres, haciéndolos depender unos de otros, y ordenándolos para la conservación del todo. Veréis que en él todo está enlazado, todo ordenado: que nada existe por sí, ni para sí: que toda existencia viene de otra, y se determina hácia otra; y que todo existe para toda, y está ordenado hácia el gran fin. Nada produciría los elementos primitivos sin los principios

secundarios ni existirían estos principios sin la sucesiva y perenne destrucción de los cuerpos. Sin la atracción, sin esta ley de amor que cohesa y sostiene todos los seres, y á la cual así obedece el anillo de Saturno, como la arista acrobataada por un torbellino, la naturaleza, trastrocada, solo presentaría confusión y desórden. Ella detiene al sol en el centro del mundo, y lleva en torno de él los grandes y pequeños planetas. Sin sus ordenados movimientos no luciera sobre nosotros el día, ni la callada noche protegera nuestro reposo; no habria meses ni años, ni medida que reglase nuestros cuidados y placeres, nuestros deberes civiles y religiosos. Sin ella no acomaría la primavera á renovar la vida y la vegetacion, ni la sucedería el estío con sus doradas mieses, y el otoño con sus ópimos frutos, ni el invierno cubriría en sus hielos y nieves las esperanzas de una futura renovacion. Así es como el Omnipotente ató los cielos con la tierra, y como enlazó sobre ella todas las cosas en un mismo vínculo de amor y mutua dependencia. ¿No veis como las rocas durísimas, penetrando con sus raices las entrañas de nuestro planeta le cifon, le estrechan por el ecuador y las zonas, y dan estabilidad á su superficie? Ved como abren un ancho asiento á los turbulentos mares; pero ved tambien como los oponen los promonterios y dilatados continentes, para refrenar el furor de sus olas; y como rompiendo acá y allá seguros abrigos y ensenadas, llaman al hombre al uso de las riquezas que produce su fondo, y le convidan á la pesca, al comercio y á la navegacion. Sobre estas rocas como sobre un incontrastable fundamento, se levantan los montes,

Las nieves cobijan y las nubes riegan sus cumbres; é incha sus entrañas con aguas salutíferas, y la tierra las cubre y enriquece con magestuosos árboles, en que hallan abrigo y alimento fieras y aves, insectos y reptiles. Sin los despojos de estos árboles y estos vivientes, sin las aguas que fluyen de las alturas, fueran estériles los valles, y no nacieran el rubio grano, ni la brizna de yerba, ni el trabajo del hombre recogería tanta abundancia de bienes y regalos, que la industria mejora y multiplica, el comercio cambia, y la navegacion difunde por toda la tierra. Así es como se enlazan tambien todos los pueblos que la habitan, como se hacen comunes todos sus conocimientos, sus artes, sus riquezas y sus virtudes, y como se prepara aquel dia tan suspirado de las almas, en que perfeccionadas la razon y la naturaleza, y unida la gran familia del género humano en sentimientos de paz y amistad santa, se establecerá el imperio de la inocencia, y se llevarán los augustos fines de la creacion. Dia venturoso que no merece la corrupcion de nuestra edad, y que está reservado sin duda á otra generacion mas inocente y mas digna de conocer por la contemplacion de la naturaleza el alto grado que fué señalado al hombre en su escala.

El hombre, ved aquí el rey de la tierra y el término de vuestros estudios. Vedle colocado en el centro de todas las relaciones que presenta la armonía del universo. El es la única criatura capaz de comprender esta armonía, y de subir por ella hasta el supremo artífice que la ordenó. Deramado por la superficie del globo, capaz de habitar todos sus climas, dotado de la organizacion

ente exquisita y de la forma mas augusta, aparece en todas partes destinado á dominar la tierra. Firme y erguido entre los demas seres, su aspecto mismo anuncia su superioridad. ¡Ved cuán solemne se levanta su frente al empleo en busca de objetos dignos de su contemplacion! Y cómo sus ojos penetrantes circundan de un vuelo los dilatados horizontes y las bóvedas celestes! Habla, y todo viviente reconoce la voz de su señor, y viene humilde á su morada para ayudarle y enriquecerle, ó tímido se ocónde respetando su imperio. No le resiste el rinoceronte en los umbríos bosques, ni la garza en la sublime region del viento, ni el leviatan en el profundo de los mares. Todo se le rinde, á su albedrío está el planeta en que tiene su morada, y ya le veis penetrar sus abismos, remover sus montes, levantar sus rios, atravesar sus golfes, ya remontarse á las nubes para colocar su trono entre los cielos y la tierra. Su mano es instrumento admirable de invencion, de ejecucion, de perfeccion, capaz de mejorar la naturaleza, de dirigir sus fuerzas, de aumentar y variar y transformar sus producciones, y de someterlas á sus deseos. Su palabra, vínculo inflexible de union y comunicacion con su especie, le da la portentosa facultad de analizar y ordenar el pensamiento, pronunciarle al oído, pintarle á los ojos, difundirle de un cabo á otro de la tierra, y transmitirle á las generaciones que no han nacido aun. Sobre todo su alma, ved aquí el mas sublime de los dones con que plugo al Altísimo enriquecer al hombre, y el que corona todos los demas; su alma, destello de la luz increada, purísima emanacion de la eterna sabiduría, sustancia

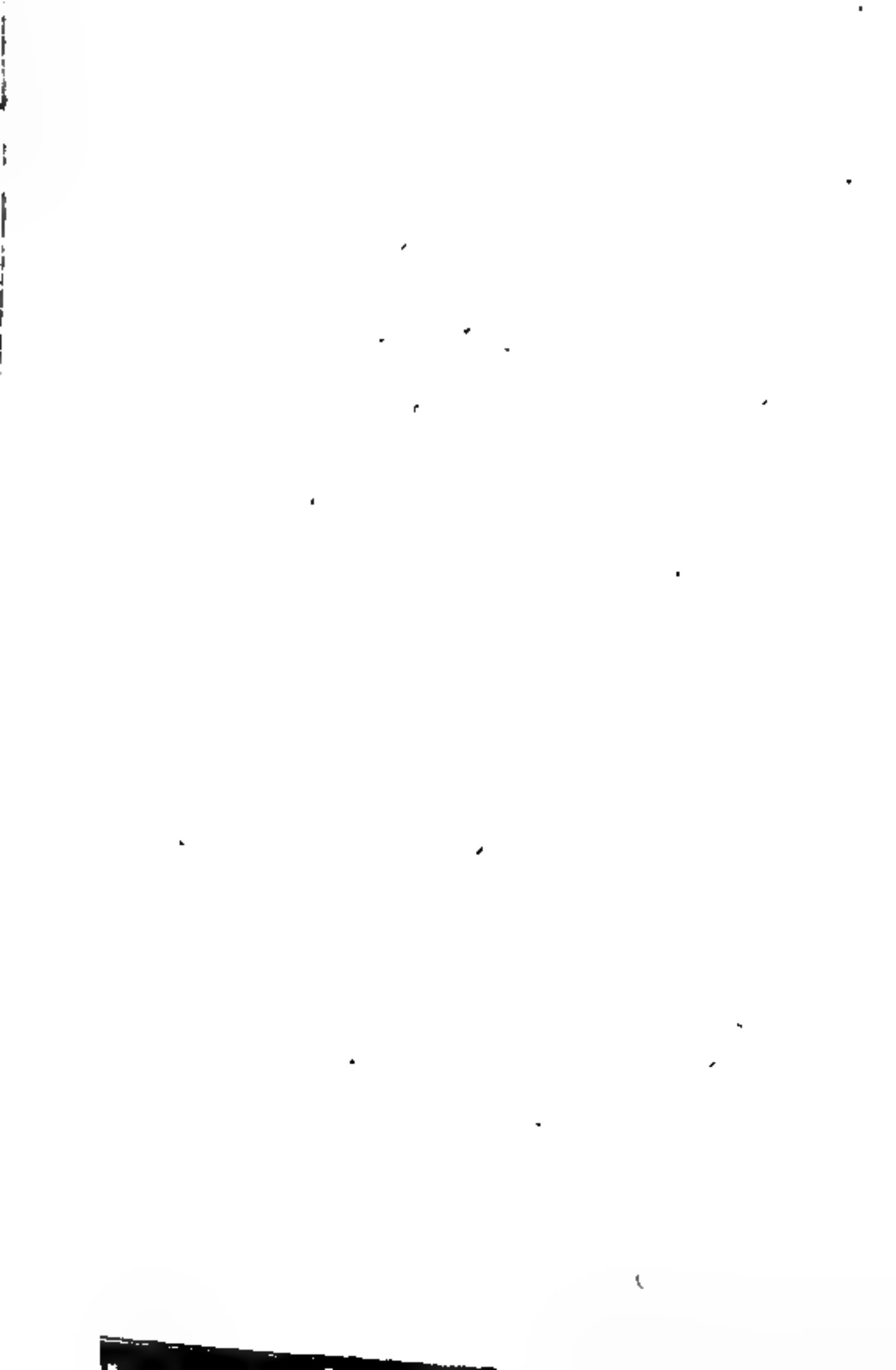
simple, indivisible, inmortal, que anima y esclarece la parte corpórea y perecedera de su ser, y encaramándola sobre toda la naturaleza visible, la acerca y asimila á las supremas inteligencias. Mas aguda que la saeta en penetracion, mas veloz que el rayo en su movimiento, mas estendida que los cielos en su comprension, abraza de una ojeada todos los seres, penetra sus propiedades, sus analogías, sus relaciones, y subiendo hasta la razon de su existencia, ve en ella la gran cadena que los enlaza, y columbra la mano omnipotente que las sostiene.

Entonces es cuando estasiado en la contemplacion de tan admirable armonía, pierde de vista cuanto hay de material y perecedero en la tierra, y levantándose sobre sí mismo, reconoce otro universo mas noble y magnífico que el que le habian mostrado los torpes sentidos, poblado de seres mas perfectos, gobernado por leyes mas sublimes, y ordenado á mas escelsos é importantes fines. En medio de este universo moral, descubre el alto grado que le fué concedido en la escala de los seres; ve mas de lleno las relaciones que le enlazan tantas y tan varias esencias, y se lanza de un vuelo hasta el inefable principio de donde todas manan y se derivan. Allí es donde penetrado de admiracion y reverencia, reconoce aquella eterna y purísima fuente de bondad, en la cual esencialmente residen, y de la cual personalmente fluyen los tipos de cuanto es sublime, bello, gracioso en el mundo fisico, y de cuanto es justo, honesto, deleitable en el mundo moral. Allí es donde se inunda, se embebe en estos puros y generosos sentimientos, que tanto realzan la glo-

ria de la naturaleza y la dignidad de la especie humana; en la activa é ilimitada sensibilidad que le interesa, en el bienestar de cuanto existe, en la augusta longanimidad que le fortifica contra el dolor y la tribulacion; en la gran prudencia, la noble gratitud; la tierna compasion y la celestial beneficencia, corona de todas sus virtudes: allí ve, en fin, como á él solo fueron dados este amor á la verdad, este respeto á la virtud, este íntimo religioso sentimiento de la Divinidad, que comprendiéndole de todas las criaturas, le mueve y le fuerza á buscar solamente en el seno de su Criador la causa y el fin de toda existencia, y el principio y término de toda felicidad.

Ved aquí, amados jóvenes, los títulos de vuestra dignidad: títulos gloriosos, á ninguno negados, y ante los cuales se eclipsan, o se disipan como el humo todos los títulos y vanas distinciones que la ambicion y el orgullo han inventado. Conocerlos, merecerlos, perfeccionarlos es el sublime objeto de vuestros estudios y de mis ardientes deseos. ¡Venturosos vosotros si en medio de la depravacion de un siglo en que la supersticion y la impiedad se disputan el imperio de la sabiduría, siguiereis el único camino que ella señala á los que quiere conducir á su templo! Venturosos si le hallareis en el estudio de la naturaleza, y en la contemplacion del alto fin para que fuisteis colocados en medio de ella! Venturosos, si ilustrado vuestro espíritu con el conocimiento de las verdades que encierra, y perfeccionado vuestro corazon con la posesion de las virtudes á que conduce, alcanzáreis la verdadera sabiduría para asegurar vuestra felicidad, mejorar vuestro ser,

y acelerar la perfeccion de la especie humana! Entonces podréis convencer con la razon y con el ejemplo á aquellos hombres tímidos y espantadizos, que deslumbrados por una supersticiosa ignorancia, condenan el estudio de la naturaleza, como si el Criador no la hubiese espuesto á la contemplacion del hombre para que viese en ella su poder y su gloria, que predicar á todas horas los cielos y la tierra. Entonces sí que podréis confundir mas bien á aquellos espíritus altaneros é impíos (balcon de la sabiduría y de su misma especie), que solo escudriñan la naturaleza para atribuirle al acaso, ó abandonarla al gobierno de un ciego y necesario mecanismo, usando solo, ó mas bien abusando, del privilegio de su razon para degradarla bajo del nivel del instinto animal. Entonces sí que subiendo continuamente de la contemplacion de la naturaleza á la de vuestro sér, y de esta á la del Sér supremo, y adorando en espíritu á este Sér de los séres: Sér infinito, que existe por sí mismo, y que es principio y término de toda existencia, perfeccionaréis el conocimiento de los grandes objetos en que está cifrada toda la humana sabiduría, Dios, el hombre y la naturaleza.



EPISTOLAS.

A EYMAR.

Sequer, et qua ductis adsum.
Vinc. Æneid. lib. 2.

Mientras te alejas de la verde orilla,
querido Eymar, del caudaloso Bétis,
huyendo de los brazos de tu amigo,
y en tanto que atraviesas los confines
de una y otra provincia, sus estudios,
sus leyes y costumbres meditando;
mientras lleno de un ansia generosa
de conocer al hombre, le examinas
por los distintos climas donde mora,
lejos vagando de la dulce patria:
permite que admirada de tu celo
siga mi Musa tus ilustres huellas,
y te acompañe por los ricos campos
de Astigi, que con giro magestuoso
fecundiza el Genil, y hasta las puertas
te siga, por do entraron tantas veces
el ayo de Neron y el numeroso
Cantor de los Farsálicos horrores,
que en pos de ti discurra el ancha falda
de los Marianos montes, patria un tiempo
de fieras alimañas, y hoy milagro

del arte y de la industria : que penetre
 por los sedientos campos de la Mancha ,
 tumba del Guadiana memorable ,
 no hollados ya de héroes ni gigantes :
 que te acompañe , en fin , hasta que pueda
 besar contigo la imperial corriente
 del pobre y respetado Menacore.
 Permítela también que al lado tuyo
 pise despues con planta lemerosa
 el suelo Carpentano , la dorada
 arena de Carpono, ~~de Carpono~~
 su cuna y su mansion mil altos reyes.
 Juntos allí veremos las grandezas
 del imperio español , y reducidos
 á muy breve recinto , admiraremos
 el sudor y opulencia de dos mundos.
 Luego entraremos tímidos al trono ,
 que ocupa Carlos con augusta gloria ,
 y sentados verás allí á su diestra
 la religion , el celo, la justicia ,
 la piedad y el amor , firmes apoyos
 de su poder , su gloria y ornamento.
 De su real familia en los semblantes
 verás la tierna humanidad pintada ,
 cautivando mil almas , y el glorioso
 espíritu varonil del cuarto Carlos ,
 sucesor destinado á sus virtudes
 y su trono , y objeto ya constante
 de amor á los hispanos corazones.
 Despues que beses las augustas manos
 con labio reverente , y reflexivo
 tanto esplendor y majestad contemples ,
 bueno será , que en la intrincada senda
 del matritense laberinto guie
 la alma filosofía nuestros pasos :
 la alma filosofía , á cuyas voces
 tan avezada , Eymar , está la crujal.
 Con ella subiremos á los templos

do tiene entre Astros, y de del Nímen,
 atento á la voz de sus oráculos,
 la infalible sancion escucharemos.
 Allí vemos sentados á la sombra
 del solio en alto escaño, á los severos
 ministros de la Diosa, con oscuras
 y largas vestiduras ataviados.
 De la suprema voluntad del Nímen
 son órgano sus bocas, y de los mundos
 ven su felicidad de ellos pendiente.
 El celo del bien público los abre,
 y las bases electorales, y del Nímen
 calor é inspiracion reciben solo.
 Pero si alguna al interés movida
 profana la verdad; si ves que usurpa
 la mentira tal vez se santo adorna;
 si el dolo, si el arbitrio introduces
 vieres en el congreso, Eymar: ¡oh! huye
 huye de allí con planta presurosa.
 Huyamos, ¡oh! no sean de la impura
 profanacion testigos nuestros ojos!
 Huyamos á buscar á los tranquilos
 alumnos de Belfa en su ginasio.
 Pasado el ancho foro y los umbrales
 del alto conatorio, los veremos
 trabajar por el bien de sus hermanos
 sin fausto, sin escaña, sin señales
 de imperio ó dignidad; solo al provecho
 los verás de su patria consagrados.
 El patrio amor prende las sesiones;
 él solo los congrega, los inspira,
 los inflama, los guía, y los corona.
 El pobre labrador á la inclemencia
 del sol y el viento expuesto, y de las lluvias,
 en su taller el mísero artesano;
 el rico mercaderante en su trastienda,
 ó bien del bravo mar entre las ondas,
 objeto son de su incesante estudio.

Mira aquel que entre todos sobresale
con cana caballera , y luengas ropas ,
encendido el semblante , y penetrado
de patrio celo. Aplica , Eymar , atento
tu oído á sus discursos : ya resuenan
en ambos hemisferios sus clamores.
La patria está á su diestra , y con la suya
le ofrece una corona. ¡Vive , ó ilustre
alumno de Sofía! ¡vive y goza
el tributo de gloria y de alabanza
que te ofrece la patria , mientras el cielo
labra mas alto premio á tus virtudes!
Mira tambien entre los mismos muros ,
Eymar , otros alumnos de Minerva ,
deteniendo del tiempo el rauda curso.
Míralos renovando la memoria
de los pasados héroes ; y sus nombres
á los siglos futuros perpetuando.
Otros allí verás atentos siempre
á conservar la gloria y la pureza
del lenguaje español , de sus dominios
las agonas y bárbaras palabras ,
y las espúrias frases desterrando.
Admíralos , Eymar , mientras , muy dignos
de eterna gratitud , al bien consagran
de su patria y hermanos sus fatigas.
Ven conmigo despues á la ancha casa
do están depositados los milagros
de arte y naturaleza. ¡Dulce amigo!
ve aquí de tu atencion dignos objetos.
Cuanto produce el ámbito espacioso
de uno y otro beatusferio en aire , en tierra ,
en fuego , en mar , aquí verás cifrado.
Sacia tu sed , y por las varias clases
de entes , ó ya perfectos , ó monstruosos ,
ricos , raros , hermosos , ó terribles
tiende la esporta y penetrante vista,
Carlos redujo toda la natura

á tan breve recinto. También mora,
 gracias á su piedad, con ella el arte;
 el arte imitador de la natura,
 pues cuanto allá produce y perfecciona,
 la mano del artista imita diestra
 en lieuzo, en piedra, o sempiterno bronce.
 ¡Oh benéficas artes que el muy alto
 para alentar á la virtud produjo!
 A vosotras es dado solamente
 el hacer inmortales ¡Almas grandes,
 corred al heroísmo! Vuestros nombres
 ya no iran con vosotros al sepulcro.
 Carlos hará que vivan respetados
 en la posteridad, y en vuestra muerte
 no moriréis del todo. Pero vamos
 Eymar, y nuestros pasos á mas dulces
 objetos dirijamos, tambien dignos
 de tu especulacion. Amables ninfas
 del claro Manzanares, salid prontas,
 salidnos al encuentro, y por un rato
 permitidnos llegar á vuestros coros.
 No ves, Eymar, la gracia y gentileza
 que brilla en sus semblantes? La alma venus
 su imperio les cedió; su dulce imperio
 sobre esforzados pechos ejercido,
 donde viven esclavos los mas altos,
 nobles y generosos corazones.
 Ea, pues moradores de Carpente,
 venid, y con guirnaldas de oloroso
 mirto tejidas, y de verde yedra,
 venid y coronad al nuevo huésped;
 venid á coronarle, y pues su lira,
 diestramente teñida tantas veces
 á orillas del Secuana, fué emboleso
 de sus graciosas ninfas, de vosotras
 logre tambien el galardón debido.
 Llega, Eymar, nada temes: el agrado
 es su virtud genial. Ahí sí al hechizo

de sus ojos resistes ; si no rindes
 tu albedrío al imperio de sus labios,
 si las ves, si las oyes con tranquilo
 y libre corazón... Guárdate, oh amigo!
 guárdate de pasar por insensible ;
 guárdate... Mas permite que mi Musa
 vuelva sus pasos á la fresca orilla
 del Bétis, de quejosas de esta ausencia
 la esperan ya las ninfas sevillanas.

Jovino, á sus amigos de Salamanca.

Est quodam prodire tenus si non datur ultra;

Monacho.

A vosotros, oh ingenios peregrinos
 que allá del Tormes en la verde orilla,
 destinados de Apolo, honrais la cuna
 de las hispánicas musas renacientes :
 á tí, oh dulce Batibol y á vosotros,
 sabio Delio y Liseno, digna gloria
 y ornamento del pueblo salmantino ;
 desde la playa del equóreo Bótis
 Jovino el Gijonense os apetece
 muy colmada salud ; aquel Jovino,
 cuyo nombre, hasta ahora retrado
 de la común noticia, ya resuena
 por las altas esferas, difundido
 en himnos de alabanza bien sonantes,
 merced de vuestros cánticos divinos
 y vuestra lira al sonoro acento :
 salud os apetece en esta carta,
 que la tierna amistad y la mas pura
 gratitud, desde el fondo de su pecho

con íntima espresion le van dictando.
Que pues le niega el hado el dulce gozo
de estrechar con sus brazos vuestros pechos,
de urbanidad y suave amor henchidos,

ay! ay! que os han las magas salmantinas
con sus jorgineras adormido!
Ay que os han infundido el dulce sueño
de amor, que tarde ó nunca se sacude!
No lo dudeis, mis ojos, aun no libres
del susto, en un sueño misterioso
sus infernales rilos penetraron.
Contároslo he? Qué númen me arrebató
y fuerza á traspasar de mis amigos
el tierno corazón? Acorre, oh Diva!
y pues mi voz, á tu mandar atenta,
renueva en triste canto la memoria
del insano dolor, acorre, y alza
con soplo divinal mi flaco aliento.
Yacen del Tormes á la orilla, ocultos
entre ruinas, los restos venerables
de un templo frecuentado en otros siglos
por la devota gente salmantina,
mas ora solo de agoreros bubos
y medrosas lechuzas habitado.
La amenidad huyó de aquel recinto,
y solo en torno de él dañosas yerbas
crecen, y altos y fúnebres cipreses.
Aquí su infame junta celebraron
las Lamias. Oh! si fuera poderosa
mi voz de describirla y dar al mundo
cuenta de sus misterios nunca oídos!
En la mitad de su carrera andaba
la noche, y ya su manto tenebroso
cubría en torno el soñoliento mundo:
todo era obscuridad, que hasta la luna
su blanca faz del cielo retirara
por no ver el nefando sortilegio,
y el horror y el silencio mas medroso
hacían el imperio de las sombras;
cuando desde una puerta del palacio
del Sueño, un negro ensueño desprendido
llegó de un vuelo adonde yo yacía.

Con la siniestra suya asió mi mano,
y con medrosa voz: «Jovino, dice,
ven y verás el duro encantamiento
que prepara la Envidia á tus amigos.
Ven, y si en tal ejemplo no escarmientas,
triste de ti, mezquino!» Dijo, y luego
sobre sus negras alas me condujo
por medio de las sombras hasta el pórtico
del arruinado templo. No bien hubo
llegado, cuando asidas de las manos
siete horrendas figuras parecieron
desnudas, y de hediondas confecciones
ungido el sucio cuerpo. Presidenta
del congreso infernal la fiera Envidia
venia de serpientes coronada
la frente, triste, airada, desdeñosa,
y de los celos y el rencor seguida.
En medio del silencio un gran suspiro
lanzó del hondo pecho, y revolviendo
la sesga vista en torno: «Nunca tanto,
dijo, de vuestro auxilio y vuestras artes
necesité, oh amigos! ni tan fiero
ni tan grave dolor clavó algundía
en mi sensible corazón su punta.
Oh! si capaz de aniquilar el orbe
fuese la llama atroz que le devora!
Tres celebrados nombres (y con rabia,
Batilo, pronunció su torpe boca,
Delio y Lueno) por el ancho mundo
va esparciendo la Fama mi enemiga.
Su trompa los proclama en todas partes,
y ya á mas alto vuelo preparada,
si no le enmudecemos, estos nombres
serán muy luego alzados á las nubes,
y sonarán del uno al otro polo.
Peleo los patrocina, y no le es dado
á mi flaco poder mancharlos; pero
se rendirán al vuestro, si adormidos

sacó la Envidia del cuidadoso pecho
tres relucientes nóminas con rasgos
de roja y veuerosa tinta escritas.
Ay ! no creais , amigos , que mi pluma
os pretenda engañar ! mis propios ojos
en tierno llanto entonces anegados,
vieron , oh maravilla ! los tres nombres,
los dulces nombres de Cipares bella,
de Julinda y de Mirta la divina,
que estaban allí escritos ; y cual suelo
(si tiene tal prodigio semejante)
brillar con propia luz en noche oscura,
la lychnide purpúrea que en su rumbo
suspende al receloso caminante,
así en la oscuridad resplandecían
los tres amados nombres. Entre tanto,
mi corazon ahorto palpitaba
de pasmo y de temor. La Envidia entonces,
dividiendo en pedazos muy menudos
las esplendentes nóminas , de este arte
habló á sus compañeras : « Consumemos,
oh amigas ! nuestra obra , y estos nombres
adorados de Delio y sus secuaces
á la maligna confeccion mezclamos.
Su virtud penetrante , aun mas activa
que los venenos mismos , irá recta-
mente á iludir sus tiernos corazones ,
y á blando amor eternamente dados,
la vida pasarán adormecidos ,
y morirán sin gloria. » Dijo , y luego
mezcló los rutilantes caracteres
al cruel maleficio , y infundióles
nuevo vigor con su maligno soplo.
Repitieron las brujas el susurro
sobre la masa ponzoñosa , y dieron
alegre fin á la perversa junta.
Yo en tanto , lleno de dolor , enviaba
del hondo pecho á Apolo ardientes votos.

« Brillante Dios, démos, si la gloria
 de tan dignos alumnos interesa
 tu pia omnipotencia en favor suya,
 ay! destruye la fuerza venenosa
 del duro encantamiento, y de la influencia,
 y de la eterna oscuridad redime
 los nombres que otra vez has protegido!
 Desata el preparado encantamiento
 y sálvalos, oh Dios! para que eterna-
 mente suba á la trona dulce acento
 de su lira en cantares cuasitónicos,
 gratuitamente empleado...! » Aquí llegaba
 el bien sentido ruego, que sin duda
 oyó piadoso el Númer, porque al punto
 descendió un resplandor desde lo alto,
 al meridiano sol muy semejante,
 que iluminando el pavimento umbrío
 al golpe de su luz postró á la Envidia
 y á sus viles ministras, y arrojólas
 precipitadas hasta el fondo abismo.
 Será estoril, oh amigos! de este ensueño
 el misterioso anuncio? Siempre, siempre
 dará el amor materia á nuestros cantos?
 De cuántas dignas obras ay! privámonos
 á la futura edad por una dulce
 pasajera ilusión! por una gloria
 frágil y descomible, que nos roba
 de otra gloria inmortal el alto premio!
 No, amigos, no. guiados por la suerte
 á mas nobles objetos, recorramos
 en el afán poético materias
 dignas de una memoria perdurable.
 Y pues que no me es dado que presuma
 alcanzar por mi vates alto nombre,
 dejadme al menos en tan noble intento
 la gloria de guiar por la árdua senda,
 que va á la eterna fama, vuestros pasos.
 He, sacando Dolo, tú, á quien siempre

ms.

1,

silo

.

,

(

.

con blando resplendor su humilde vista,
 eleva su razón, y la dispone
 á contemplar la alteza, y la inefable
 gloria del Padre y Criador del mundo.
 Libre de los cuidados enojosos,
 que en los palacios y dorados techos
 nos turban de sopetón, y entregado
 á la inefable y justa Providencia,
 si al breve sueño alguna pausa pide,
 de sus santas torres, obediente
 viene á cerrar su párpados el sueño
 con mano amiga, y de su lado ahuyenta
 el susto y los fantasmas de la noche.
 ¡Oh suerte venturosa á los amigos
 de la virtud guardada! oh dicha, nunca
 de los tristes mundanos conocida!
 oh monte impenetrable! oh bosque umbrío!
 oh valle deleitoso! oh solitaria,
 taciturna mansión! oh quién, del alto
 y proceloso mar del mundo huyendo
 á vuestra eterna calma, aquí seguro
 vivir pudiera siempre, y escondido!

Tales cosas revuelvo en mi memoria
 en esta triste soledad sumido.
 Llega en tanto la noche, y con su manto
 cobija el ancho mundo. Vuelvo entonces
 á los medrosos claustros. De una escasa
 luz el distante y pálido reflejo
 guía por ellos mis inciertos pasos;
 y en medio del horror y del silencio,
 ¡oh fuerza del ejemplo portentosa!
 mi corazón palpita, en mi cabeza
 se erizan los cabellos, se estremecen
 mis carnes, y discurre por mis nervios
 un súbito vigor, que los embarga.
 Parece que oigo, que del centro oscuro
 sale una voz tremenda, que rompiendo
 el eterno silencio, así me dice:

«Huye de aquí, profano: tú, que llevas
de mundanas pasiones lleno el pecho,
huye de esta morada, do se albergan
con la virtud humilde y silenciosa
sus escogidos: huye, y no profanes
con tu planta sacrílega este asilo.»
De aviso tal, al golpe confundido,
con paso vacilante voy cruzando
los pavorosos tránsitos, y llego
por fin á mi morada, donde ni hallo
el ansiado reposo, ni recobran
la suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congojosos pensamientos
paso la triste y perezosa noche
en molesta vigilia, sin que llegue
á mis ojos el sueño, ni interrumpen
sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve por fin con la risueña aurora
la luz aborrecida, y en pos de ella
el claro día á publicar mi llanto,
y dar nueva materia al dolor mio.

A Bermudo.

SOBRE LOS VANOS DESKOS Y ESTUDIOS DE LOS HOMBRBS.

Sus: alerta Bermudo, y pon en vela
tu corazon. Rabiosa la fortuna
le acecha, y mientras arrullando á otros
los adormece en mal seguro sueño,
súbito asalto quiere dar al tuyo.
El golpe atroz, con que arruinó sañuda
tu pobre estado, su furor no harta,
si de tu pecho desterrar no logra

la dulce paz, que á la inocencia debe.
Tal es su condicion, que no tolera
que á su despecho el hombre sea dichoso.
Así á tus ojos insidiosa ostenta
las fantasmas del bien, que va sembrando
sobre la senda del favor; y pugna

Sabiduría y virtud son dos hermanas,
 descendidas del cielo para gloria
 y perfeccion del hombre. Le alejando
 del vicio y del engaño, ellas le acercan
 á la Divinidad. Si, mi Bermudo;
 mas no las busques en la falsa senda
 que á otros, astuta, muestra la fortuna.
 ¿Dónde pues? Corre al templo de Sofía,
 y allí las hallarás. Ruégala... Mira
 cual se sonríe! Instala, interpone
 la intercesion de las amables Musas,
 y te la harán propicia. Pero guarde,
 que si no cabe en su favor engaño
 cabe en el culto que le da insolente
 el vano adorador. Nunca propicia
 la ve, quien oro ó fama demandando,
 impuro incienso quema ante sus aras.
 ¿No ves á tantos como de ellas tornan
 de orgullo llenos, de saber vacíos?
 Ay del que en vez de la verdad, iluso
 su sombra abraza! En la opinion fiado
 el buen sendero dejará, y sin guia
 de razon ni virtud, tras las fantasmas
 del error correrá precipitado.
 ¿El sabio entonces hallara la dicha
 en las quimeras que sediento busca?
 ¡Ah! no: tan solo vanidad y engaño.
 Mira en aquel, á quien la aurora encuentra
 midiendo el cielo, y de los astros que huyen
 las esplendentes orbitas. Insomne,
 aun á la noche llama perezosa,
 y acusa al astro que su afán retarda.
 Vuelve: la obra portentosa admira,
 sin ver la mano que la obró. Se eleva
 sobre las lunas de Urano, y de un vuelo
 desde la nave á los triones pasa.
 ¿Mas, qué siente despues? Nada: calcula;
 mide, y no ve que el cielo, obedeciendo

verás escrito; allí el lugar que ocupas
 en su obra magnífica; allí tu alto
 destino, y la corona perdurable
 de tu ser, solo á la virtud guardada.
 Sube, Bermudo: allí busca en su seno
 esta verdad, esta virtud, que eternas
 de su saber y amor perenne manan;
 que si las buscas fuera de él, tinieblas,
 ignorancia y error hallarás solo.
 De este saber y amor lee un destello
 en tantas criaturas como cantan
 su omnipotencia; en la admirable escala
 de perfeccion con que adornarlas supo;
 en el orden que siguen; en las leyes
 que las conservan y unen, y en los fines
 de piedad y de amor, que en todas brillan,
 y la bondad de su Hacedor pregonan.
 Esta tu ciencia sea, esta tu gloria.
 Serás sabio y feliz, si eres virtuoso;
 que la verdad y la virtud son una.
 Solo en su posesion está la dicha;
 y ellas tan solo dar á tu alma pueden
 segura paz en tu conciencia pura;
 en la moderacion de tus deseos
 libertad verdadera; y alegría
 de obrar, y hacer el bien en la dulzura.
 Lo demas, viento, vanidad, miseria.

A Posidonio.

DESDE EL CASTILLO DE BELLVER 8 DE AGOSTO DE 1802.

¿Dudas? La desconoces? De tu amigo
 esta la letra es; la cara letra,

oh Posidonio, un tiempo tan preciosa
 de tu amistad, y con tan vivo anhelo
 deseada y leída. Estos son rasgos
 son, mal formados, pero siempre fides
 intérpretes de fé y amistad pura.
 Lee, y tu tierno corazón reciba
 de ellos algun solaz. Lee, la envidia
 borrarlos quiere en vano; en vano intenta,
 la péñola rompiendo, en duros hierros
 mi mano encadenar: pues sus esposas
 la amistad quebranto, y á su despecho
 me dicta ahora intrépida estas líneas.
 ¿Rasgarlas podré? Quién á su impulso
 no rinde el corazón? Tú Posidonio,
 cual nadie, tú, la imperiosa fuerza
 conoces de su voz. Tú la seguiste,
 con qué prestesa, ¡ay Dios! cuando bramaba
 mas fiero el monstruo, y de uno en otro clima
 cual lobo hambriento al modo corderillo,
 á tu inocente amigo iba arrastrando!
 ¿Detúvole su ceño? Su amenaza
 te intimidó? Cediste, te humillaste
 ni al rumor, ni al aspecto del peligro?
 ¿Y cuando todos al terror doblados
 medrosos se escondían, tú, tú solo
 no le mostraste firme, y á la furia
 no presentaste intrépido la frente?
 ¡Oh alma heroica! oh noble! oh grande esfuerzo
 de la amistad! Podré olvidarte? Oh! antes
 me olvide yo de mí, si te olvidare.
 Nunca, nunca, que en rasgos indolubles
 de fuego está grabado en los escrínos
 de mi inocente corazón. El sabe,
 él solo sabe cuánto de dulzura
 sobre mi alma derramó, cuán grata
 me es su memoria, y cuánto me consuela
 en mi suerte ¡infeliz! ¡miseria!... ¿Cómo?
 ¿Así pueda un inocente serlo?

Libre esté, sí.... ¿Del globo las regiones
 no puede en torno recorrer? Absorto
 ver cuál la vida y la abundancia llenan
 sus vastos climas? Los remotos mares
 surcar veloz? Tocar estrechos peñas,
 y á las esferas altas remontarse?
 Y no más? Mira cual atravesando
 los campos de la luz sobre las lunas
 de Herschel se encumbra; rápido las puertas
 eternas penetra, y á los coros
 querúbicos unido, allí estasiado
 su patria encuentra, y su Diosador adora.
 Es este esclavitud? No, Posidonio.
 ¿Por mas que esta perniciosa de padre y madre
 yaga en anhelosa continua suida,
 libre será quien al eterno alcázar
 puede subir; al Protector, al Padre
 de la inocencia y de la vida, absorto
 y postrado adorar; ver como el rayo
 arde en su menso omnipotente, y como
 contra la iniquidad alzado, llena
 de espanto á la calumnia.... Mas si en tanto
 mancha este monstruo con su voz mi fama?...,
 Si esta segunda y mas preciosa vida
 del hombre.... ¡Ay! Posidonio, de tu amigo
 vé aquí el mayor, el mas vormal tormento.
 ¿Mas qué es la fama? quién le da y mantiene?
 No es el supremo Arbitro del mundo
 su dios dispensador? Suyo es, no nuestro,
 tan estimable bien: provee y justo
 le da á quien dios por merecerle doña.
 La inocencia le alcanza; con su agido
 la virtud le defiende, y el que sabe
 respetarlas y amarlas le conserva.
 ¿Le perderá quien nunca halló los santos
 fueros de la verdad? ¿Quies obediente
 á su voz, al error y á la ignorancia
 pertinaz perseguido? Tú Posidonio,

lo sabes , tú , testigo y compañero
de mi vida interior , de mis designios ,
viages , estudios y tal vez en ellos
auxilio y consultor.... ¡Oh! cuánto ahora
de esta feliz seguridad la idea
es á mi corazon dulce y sabrosa!
Si , tú lo sabes ; sabes que mis dias ,
partidos siempre entre Minerva y Themis ,
corrieron inocentes , consagrados
siempre al público bien. Sabes que en ellos
sumiso y fiel la rei gion augusta
de nuestros padres , y su culto santo
sin ficcion profesé. Qué fui patrono
de la verdad y la virtud , y azote
de la mentira , del error y el vicio.
Qué fui de la justicia y de las leyes
apoyo y defensor ; leal y constante
en la amistad ; sensible y compasivo
á los agenos males ; de la pura
y cándida niñez padre , maestro ,
celoso institutor ; y de la patria ,
¡oh cara patria! de tu bien , tu gloria
constante y ciego promotor y amigo.
Di , ¿son otros mis crímenes? El alto
testimonio que grita en mi conciencia.....
¿Qué digo? oh Posidonio , el de la tuya ,
el de todos los buenos , la voz misma ,
esta voz fuerte y vigorosa que oye
la envidia con terror , la voz del pueblo ,
la pública opinion , qué otros me imputa?...
Mas por ventura suena?... Es el orgullo
el que adulando mi razon la engaña
con la grata ilusion , ó es la voz pura
de la inocencia? Ella es , oh Posidonio ;
que el delito es cobarde. Si , ella sola
valor dar pudo á un corazon que firma
desconoce el temor ; que fiel al cielo ,
á la patria , al honor , adora humilde

la Providencia altísima ; que sufre
del infortunio el peso , y resignado
sabe esperar impávido su suerte.
¡ Ah ! « el destino de rubor y angustia
tal peso carga sobre mí ; si tantos
bienes me roba , y de tan caras prendas,...
¡ oh dulces prendas por mí mal perdidas ?
me priva injusto , y rígido me aleja ;
si en fin las becas del amargo cáliz
me hace tragar : mi alma , oh Posidonio ,
ser herida podrá mas no doblada.
¿ No ves siempre indefenso , empero nunca
rendido al fiero embate de las olas ,
inmóvil estar el risco de Antromero ,
cual castillo roquero á los doblados
ataques de rabiosos esemigos ?
Así ella inmóvil esperará sus golpes.
Lloro , es verdad , negártelo no debo ;
lloro la ausencia de mi triste patria,
de mis caros penates , de mis pocos
fieles amigos , y de todo cuanto
mi corazón amaba , y reunido ,
colmo era de mi gloria , y mi ventura...,
Entre tantos un alto , un digno objeto,
¡ ay ! cada instante su llorosa imagen
á mis ojos envía , y las paredes
de esta medrosa soledad conturba.
Tú adivinas cual es : tú , amigo , sabes
el generoso afán con que mi mano ,
allá donde el paterno Piles corre
á morir entre arenas , una hermosa
viña plantó que consagró á Sofía.
A su sombra creció por siete abríles ;
mostró su esquiño , y ya de la comarca
era delicia y gloria..... y lo era mía :
¡ oh ! cuál sus tiernos vástagos tendía
por el amado suelo ! Cuán lozanos
sus pámpagos frondosos de frescura

y verder la cubrian! Tú admiraste
 sus sazonados y tempranos frutos,
 oh Posidonio, y con ardiente celo
 tu vez dió aliento y vida á su cultivo!
 Ah! cuán otra es su suerte! Combatida
 de un violento huracan, toda su gala
 yace agostada por el suelo el soplo
 del viento asolador; aporilladas
 sus altas cortas; secas de su riego
 los copiosos raudales; ahuyentados
 ó medrosos sus fieles viñadores,
 llena está ya de espigas y de abrojos
 que á próxima ruina la condenan;
 mientras cautivo el mayoral no puede
 salvarla ni correr á su socorro...
 ¡Ay! ya no verán mas sus tristes ojos
 tan preciosa heredad! Ni ella su influjo
 recibirá ya mas!... Tal vez los tuyos,
 Pondonio sobre ella detenidos,
 su antiguo gloria buscarán en vano,
 y con piadosas lágrimas un día
 honrarán mi memoria... Ah! si la viéras
 desamparada y yerma, huye y maldice
 el cruel astro que influyendo adverso
 su ruina decretó. Huye, sí, hoye,
 y alla do su raudal tan ingenioso
 derrama Saltería, estonde y mancha
 tu Nanto en su corriente cristalina,
 y este preda á su nombre y mi memoria...
 Mas no, en dada suerte mas propicia
 se guarda á la virtud. De un alto asiento
 me lo anuncia el gran Sér. «Búfalo, médico,
 y espera. De los míseros mortales
 las suertes todas son en mi albedrío.
 Está en mi mano la balanza, y solo
 puedo yo dar á la inocencia el triunfo,
 y bendecir y eternizar sus obras.»
 Hé aquí mi apoyo y mi esperanza, amigo:

confiado en él, ni temo ni resáto
de la suerte el rigor; sufro y espero
sin susto y sin afan... Tal vez un día

rechaza, y ni le vence ni traspasa
su venenosa punta. Sufre, es cierto;
pero sufre tranquila. Ve el insano
triunfo de la injusticia; ve el ultraje
de la inocencia desvalida, y sufre.
Mas sufriendo, su mérito acrisola,
su fuerza aumenta y su corona labra.

PÓESIAS.

247

:

que la ambicion alimentó y con ella
serán al hondo Báratro lanzados:
allá, de do salieran en mal hora,

SEA

JOVELLANOS

3

,

,

(,

me harto de sueño, frutas y pescados,
y aun, ¿lo oyes, alma mia? de tercetos.

cubierta de un condal mas transparente
que su intencion, á ojeadas y meneos
la turba de los tontos concitando?
¿Podrá sentir que un dedo malicioso,
apuntando este verso, la señale?
Ya la notoriedad es el mas noble
atributo del vicio, y nuestras Julias
mas que ser malas, quieren parecerlo.
Hubo un tiempo en que andaba la modestia
dorando los delitos; hubo un tiempo
en que el recato tímido cubria
la fealdad del vicio: pero buyóse
el pudor á vivir en las cabañas.
Con él huyeron los dichosos dias
que ya no volverán; huyó aquel siglo
en que aun las necias burlas de un marido
las bascoñas crédulas tragaban:
mas hoy Alcinda desayuna al suyo
con ruedas de molino. Triunfa, gasta,
pasa saltando las eternas noches
del crudo enero, y cuando el sol tardío
rompe el oriente, admírala golpeando,
cual si fuese una estraña, al propio quicio;
entra barriendo con la undosa falda
la alfombra, aquí y allí cintas y plumas
del enorme tocado, siembra y sigue
con débil paso soñolienta y mustia,
yendo aun Fabio de su mano asido
hasta la alcoba, donde á pierna suelta
ronca el cornudo, y sueña que es dichoso.
Ni el sudor frio, ni el hedor, ni el rancio
oruto le perturban. A su hora
despierta el necio: silencioso deja
la profanada holanda, y guarda atento
á su asesina el sueño mal seguro.
¿Cuántas, ó Alcinda, á la coyunda uncidas,
tu suerte envidian! cuántas de himeneo
buscan el yugo por lograr tu suerte!

Y sin que invoquen la razon, ni pese
su corazon los méritos del novio,

á saciar el hidrópico deseo ,

sillones moscovitas y el chinesco
escritorio, con ámbar perfumado,
en otro tiempo de marfil y nácar
sobre ébano embutido, y hoy deshecho,
la ancianidad de su solar pregonan.

}

222

JOVELLANS.

que se hicieron? Qué genio ha desturdo
la fama de sus triunfos? Son sus nietos
á quienes da su defensa el trono?
Es esta la nobleza de Castilla?
Es este el brazo un día tan temido ,



NUEVA RELACION

Y CURIOSO ROMANCE , EN QUE SE CUENTA MUY A LA
LARGA COMO EL VALIENTE CABALLERO ANTIORO DE
ARCADIA VENCIO POR SÍ Y ANTE SÍ A UN EJÉRCITO
ENTERO DE POLLONES TRANSPIRENAICOS.



PRIMERA PARTE.

Cese ya el clarín sonoro
de la fama vocinglera ,

mientras que mi cuerno entona
de Antíoro las proezas :
mónstruo de ingenio y pujanza ,
á cuya voz se esperezan
de las pirenáicas cumbres
las erguidas eminencias.
Cese y vague el ronco estruendo
de mi retumbante avena
por el anchuroso espacio
de las cerúleas esferas ;
y ya que justa la Fama
supo encaramar sobre ellas
el rumor de sus victorias
tan grandes como estupendas ,
lleven ahora del mundo,
por las partes descubiertas ,
sus nuevos heróicos triunfos ,
los ecos de mi corneta.
Llévenlos , y vuele el nombre
de este fénix de la escena ,
desde la tórrida Angola
hasta la helada Noruega ;
que no al magnilocuo vate
han de dar siempre materia
los fieros botes de lanza
con que el Númen de la guerra
bate de las altas torres
las titubeantes almenas ;
no siempre del ciego Niño
las mas seguras ternezas
se han de publicar en breves
almibaradas endechas.
Venga , pues , el estro hinchado
del Dios rubicundo , venga
á buscar mi voz y enchirila
del nombre y timbres de Huerta.
¿Y dime tu , heróica Musa ,
qué Dios tremendo á su escelaa

perdones que anda adobando
sus navajas y lancetas:
aquel que en lánguidos versos,
zurcidos á la violeta,

de fulrea y de gabechos,
que con nevadas cabezas
ya en los tejares cabrielan,
y ya en Luxemburg gallean.
Querrán, ya se vé, asustarte
con las sombras lastimeras
de aquellos que maridando
consonantes machos y hembras,
dieron á luz no sé cuantas
trivialísimas tragedias;
y querrán que humilde inclines
la inhumillable cabeza
al catequista de Xayra,
ó al adúltero de Fedra;
pero tú, tiesa y finchada,
cual matrona portuguesa,
ni á uno ni á otro espantajo
rendirás la erguida cresta;
antes por broquel tomando
el carton de taracea,
que salpicado y repleto
por toda su vara y media
de diámetro de rombombos,
azafran y unciales letras,
fué en la Imprenta Real blason
digno del valle de Buesga;
embrázale, y depodado
brincando por la palestra,
para en él los sesgos botes
con que las picas francesas
para herirte en la tetilla
se enristrarán á docenas;
y si por suerte flaqueare
tan tremebunda rodela,
para mas fortificarla,
clava el retrato de Huerta
á guisa de ombligo en medio,
y pon debajo esta letra:

DE LA H
ANTH
VENC
DESCI

del Titon , regando aljófar
sobre las verdes colinas ,
cuando el valiente Antioro
de su castillo salia ,
armado de punta en blanco ,
lanza en mano , espada en cinta ,
lleno el cuajo de alacranes ,
y de venablos la vista.
De un largo alazan candongo
la aguda espalda ceñía ,
tan seguro en sus estribos ,
cuanto brioso en la silla.
No vieron tan bizarrote
las guadianesas orillas
del Paladin de la Mancha
allá cuando peregrinas
aventuras demandando
de Rocinante oprimia
el flaco armazon , al peso
de espaldar , casco y loriga ,
como vosotras , ó vegas ,
que el claro Alfeo ameniza ,
al triunfador pirenaico
visteis con pasmo este dia.
Por todas partes las aves
salvas á su nombre hacian ;
sahumábale las flores ;
le abanicaban las brisas.
Hubiera salido en busca
de un giganton que en el dia
de la pasada refriega
logró escapar de sus iras ;
mas no bien diera de Arcadia
por las campañas floridas
su alazan treinta corcobos ,
cuando étele que á su vista
se apareció Polifemo ,
que así al gigante apellida

202

JOVIALANOS.

¿No es aquel, que allá del Báltico
 en las desmandadas lutas
 zambulló qué sé yo á cuantas
 deidades hechas de prisa,
 ya de recia carne humana,
 y ya de estraza y de tinta?

¡Epico divinizado!
 tú lo dirás, ó lo digan



Apenas le ve Antiore,
 cuando clavando en las tripas
 de su hipógrifo tres palmas
 de acicate, á suelta brida
 corre á él, y puesto en jarras
 de esta suerte le exorciza:
 «Ven acá desacordado
 gigante, á quien apellidan
 azote de altos ingenios
 las gálicas sobandijas:
 ven acá, follon cobarde,
 tú, que nunca abierta liza
 otorgaste en campo raso,
 sino con rûin perfidia,
 parapelado y cubierto,
 detrás de cien callosas,

contra la flor del Parnaso
tu municion encaminas :
en mala hora á mis manos
te cabestró tu desdicha,
que has de perecer en ellas
sin mas ni mas, como hay viñas.»
Dijo, y blandiendo el lanzon,
con tal airo á la tetilla
le apuntó, que ya le enviara
á almorzar en la otra vida,
á no ser porque en un punto
(jesta sí que es maravilla)
se le convirtió en barbero
con guitarra y con bacía.
¿Quién podrá contar la rabia,
la furia, el livor, la tirria
con que el bueno de Antioro
tragó la burla maldita?
Pero por fin, reparado
de su verguenza, á la liza
vuelve, diciendo al endriago
estas dulces palabritas:
«Ya, ya conozco, espantajo,
tus mágicas arterias,
y estoy bien seguro de ellas
por la estafeta Mambrina ;
mas no le valdrán por cierto ;
pues juro á la charca estigia
de no rizarme los tufos
en mas de cuarenta dias,
hasta poner fin y postre
á tu duendesca estantigua.»
Dijo, y ya iba el lanzon
á alzar, cuando una neblina
(que no sé de donde diablos
bajó) robó de su vista
el hurro, el flebotomiano,
la guitarra y la bacía ;

y en su lugar, ¡oh portentol
quedó un ciego romancista
con su garrote, su perro,
lazarillo y sinfonía.
¡Válame Dios, y qué burla
tan pesada y tan rolliza!

POESÍAS.

leyendo en alto el romance

JÁCARA EN MINIATURA Á DON VICENTE GARCIA DE LA
HUERTA.

Desde este desvan
ó caramanchon,

donde una gran vida
papándome estoy ,
veo cuanto pasa ,
señor don Simon ,
por toda la tierra
medida alrededor.
De Lima á Madrid ,
de Roma al Mogol ,
no hay corte , villorio ,
cabaña ó rincón ,
do no se haya entrado
de hoz y de coz
la envidia , y metido
su jurisdiccion.
¡Qué estragos no causa!
¡Qué desolacion!
Soy duende y con todo
me lleno de horror.
Empero mas punza
su contradiccion
la infame , y mas clava
su diente feroz ,
en gente sabionda
de fama y de pró.
No hay cura ni fraile ,
no hay estudianton ,
togado , letrado ,
doctora ó doctor ,
que no hiera y manche
con torpe livor.
Mas ya los poetas
á quienes guiñó
Minerva propicia,
y Apolo fió
su cítara eburna ,
son blanco desde oy
de su venenoso ,
sangriento furor

Los sigue y aeccha,
los zumba alrededor,
los ladra, los muerde,
y sin compasion
los roe y engulle
con rabia feros.
Digalo uno de ellos,

candil y jergon;
y para que fuese
su fama mayor,
mas lindo su nombre,
mas bucca su voz,
le trujo de Arcadia
un mote berlon.

y *Antiero y Delinde*
tambien lo llamó.
Ni así la perversa
sació su rescor.
sus dichos, sus hechos
sangrienta infamó,
y á *Resma y Gutierrez*,
(¡qué mala intencion!)

Qué cocos! Qué muecas!
Sea todo por Dios.
Erato primero.
sus dones le dió:
le untó con meloja
la lengua y pulmon,
y para que un día
cantase de amor,
en vez de su lira
le dió un guitarron.
Clarin y trompeta
no te daré yo.
dijo Doña Clio
con tono burlesco:
mas para que cantes
al gran Barceló,
zampoña y corneta
te daré por Dios,
y para otros dropes
un ronco fagot.
Con aire gitano,
ladino y chuscon,
la buena ventura
Urania le echó;
y el signo anunciando
de su mamanton.
¡Oh, Nene, le dijo,
qué fama! qué honor!
qué gloriol qué timbres!
el tiempo andador,
guardadas te tiene
en su gabeton.
Un día en la corte
del reino hispanol,
serás tú un gazapo
de marca mayor.
Tus obras por calles,
por tiendas y por

zaguaneas, traídas
 como en procesion,
 de viejos, de niños,
 y aun *señoras* de pro,
 serán ensalzadas
 sin son y sin ton,
 Y entonces tu nombre,
 impreso al primor
 por esos dinteles
 y esquinas de Dios,
 será en letras gordas
 sobre un cartelón
 rumboso, pomposo,
 tamaño ó mayor
 que el que á sus bragueros
Mentine ofreció.

A oscuras, en medio
 de tanto esplendor,
 quedarán los nombres
 que estén alrededor,
 inclina el frescate
 y atroz titulon
 del santo Concilio;
 paz sea al traductor.

Pero sobre todas
 las Musas mostró
 Talía aquel día
 su garbo y primor.
 Al vale en mantillas
 de dijes llenó:
 chillóle, arruñóle,
 cantóle el ron, ron;
 besóle en la boca,
 y el rubio pezon,
 para alimbararlo,
 en ella ordeñó,
 diciendo: Hijo mio,
 bendito sea Dios,

que para mi gloria
al mundo le echó.
Tú serás un día,
mi lustre, mi honor,
y aun mi *patroncito*,
por vida de bríos.
Por tí ya no temo
á aquel regañon,
que del Peripato
la jerga inventó,
y las unidades
sacó en proeesion:
aquel viejo chocho
que el Píndo pensó
rendir á sus leyes,
como el Macedon

—
Ni temo á otros tantos

Mas que ellos y ellas
valémos tú y yo,
amen de Moreto
Lope y Calderon
y toda la chusma
del zueco *hespañol*.
Así de las Musas
la risa y favor
gozaba este niño
desde que nació.
Solo Melpomene
en tal ocasion
adusta y tacaña
con él se mostró,
puesto que ni un dije,
ni un beso le dió,
La causa, señores,
de tanto rigor
(decia la Envidia)
bien me la sé yo.
¿Y quién no la sabe ?
Oidme por Dios
lo que andando el tiempo
con él sucedió.
Un dia el tal nene
(si fué chanza ó no,
ninguno lo sabe)
al templo subió
de la cancamusa,
y en él de rondon
entrando, el coturno
izquierdo le hurtó.
Calzóle en chancleta;
y aunque le atisbó
y siguió un portero ,
infame y ladron
llamándole á gritos ,
por fin se escapó

cojeando y saltando
 por un corredor.
 De allí por las tapias
 del corral ganó
 la casa de Uña,
 que estaba con Dios.
 Ni sala, ni cuarto,
 ni alcoba dejó,
 que no pescudase
 cual diestro ladrón,
 hasta que la moza
 por fin le sopló.
 Montóla á las ancas
 de un rucio frison;
 llevóla á Toledo,
 y allí la atavió
 con tocas flamantes
 refajo y jubon,
 y en fin de tal arte
 me la disfrazó,
 que no la estremara
 ni quien la parió.
 Despues su manceba,
 sin ley y sin Dios,
 la hizo; dotóla
 con gran profusion;
 la dió su retrato
 en arras, y aun hoy
 perdido por ella
 anda el pobreton.
 ¿Quién tal pensaria
 de un hombre de honor?
 Mas caro la fiesta
 pardiez le costó;
 pues tal amorío
 en suma purgó,
 no sé si en Melilla
 Orán ó Peñon.

Con todo, hay quien jura
 que no escarmentó,
 y debe ser cierto,
 segun la opinion
 de aquellos que dicen
 que á Oliva robó
 despues los gregüescos
 de su Agamenon,
 y á otros... Mas hasta
 de chisme, señor,
 y aun estos los dice
 la envidia y no yo.
 Vea vd. aquí un cuento,
 señor D. Simon,
 que así Dios me ayude
 no puede ser peor.
 ¡Qué embrollo! Qué enredo!
 Parece invencion
 del tuerto Segarra;
 Mas témome yo
 que en otra oficina
 tal vez se forjó.
 ¿Qué va que aquí anduvo
 algun camastrom
 medio *farmaceuta*?
 ¿Qué va, en conclusion,
 que á modo de emplastó
 el cuento amasó?
 Y no hubo almirez,
 mortero, perol,
 retorta, alambique,
 ni matraz, que no
 saliese á la danza
 en esta ocasion?
 ¿No lo dice el duende?
 Pues apuesto yo
 á que para ello
 ya tiene razon.

¡Ay diablo de duende !
 No hay bicho peor:
 ¡y que polvareda
 al fin levantó
 por dar vaya al nuevo
Teatro Español !
 Que viva, que viva
 por tal invencion.
 Voltaire y Racine ,
 Linguet y Caron,
 el buen Signorelli ,
 Forner , y el bufon
 de Cosme Damian,
 con toda la flor
 de los anti-Hortenses
 al Duende inventor
 darán mil palmadas
 y harán bien por Dios,

POESIA HEROICA.

TRADUCCION LIBRE

DEL PRIMER CANTO DEL PARAISO PERDIDO.

Canta la inobediencia , ¡ oh santa Musa !
 del padre de los hombres , que gustando
 con labio ansioso el fruto prohibido,
 trajo los males y la muerte al mundo;

y di de las moradas venturosas
De Eden la triste pérdida , negadas
á la razon mortal , hasta que plugo
al hombre Dios bajar á recobrarlas;
y ora en silencio ocupes la alta cumbre
de Oreb ó Sinai de do inspirastes
al gitano Pastor , que á la escogida
gente enseñó despues , como al principio
del hondo caos salieron cielo y tierra;
ora el alto Sion mas te deleite,
y el rio Siloé , que cabe el santo
oráculo de Dios fluye en silencio:
baja á guiar mi peligroso canto,
que se levanta sobre el monte Aonio ,
mientras , de tí ayudado , emprende cosas
hasta ahora en prosa ó rima no cantadas.
Y tú , divino Espíritu, á quien mas place
que los augustos templos la morada
de un puro y recto corazon, instruye
con ciencia divinal mi torpe lengua.
Tú , que desde el principio fuiste á todo
presente, y cobijando el ancho abismo
so tus inmensas alas, con activo
prolífico calor le secundaste;
ven y eleva mi voz, y lo que es débil
en mí sostén, y limpia y ilumina
lo inmundo y tenebroso, porque pueda
subir de un vuelo al encumbrado asunto,
justificar la eterna Providencia
de Dios, y abrir al hombre sus caminos.
Pero primero di, pues nada esconden
de tu vista los cielos, ni las hondas
cavernas del infierno; di, ¿qué causa
indujo á nuestros padres en tan llena
bienandanza nacidos, á que ingratos
á su Hacedor violasen el precepto
el único precepto, que al hacerlos
dueños del Paraíso les pusiera?

¿A tal traición quién los llevó engañados?
 El dragon infernal, cuya malicia
 de negra envidia y de venganza armada,
 engañó á la gran madre de los hombres,
 poco después que fuera con sus hachas
 de espíritus rebeldes despenado
 de la region del cielo. Allí soberbio,
 en su fuerza fiado y sus parciales,
 sobre toda criatura alzarse quiso,
 y aun presumió que opuesto igualarín
 al Altísimo en gloria. Así ambicioso
 contra el reino de Dios y su alta silla
 enarboló el pendón, y tocó á guerra
 en los celestes campos. Pero báltico
 burlado en sus intentos, porque armado
 de santa ira el brazo omnipotente
 le derrocó del alto firmamento
 con horrísono estruendo, y con ruina
 precipitado hasta el inmenso abismo,
 do el que insalto atrevido al poderoso
 yace ahora en cadenas de diamante
 preso, y á eterno fuego condenado.

Nueve veces el tiempo que en el mundo
 mide la duracion de noche y día
 corriera, y otro tanto con sus rotos
 batallones anduvo el fiero gefe
 en un lago de llamas revolcado:
 revolcado, vencido y destruido,
 aunque inmortal. Pero á mayor venganza
 le guardaba su suerte, porque agora
 de las pasadas dichas, y el presente
 eterno mal le aflige la memoria.
 En derredor de sí los tristes ojos,
 de profunda ambicion y camiseto,
 con pertinaz orgullo y firme odio
 se notaban mezclados, vuelve, y pronto
 con perspicacia angélica su suerte
 penetra de una vez: su triste, horrenda,

desesperada suerte. A todas partes
ve un ancho calabozo y un inmenso
borno, con negras llamas encendido,
á cuya escasa luz pudiera apenas
descubrirse aquel reino pavoroso,
region de horror y espanto, de visiones
horribles habitada, donde nunca
el reposo y la paz se han albergado,
ni la dulce esperanza, cuyo influjo
alcanza á todas partes, llegar pudo.
Mas en vez de ella afligen de continuo
un lamento sin fin y un mar de fuego
de inextinguible azufre alimentado.
Tal es la habitacion y horrible cárcel
por la eterna Justicia preparada
á sus rebeldes ángeles, y en ella
señaló su mansion, tres veces tanto
como del alto polo el centro dista,
separada de Dios y su alto trono.
¡Ahi cuán desemejante de la clara
region, de donde fueron despeñados!
En diluvios de fuego tempestuoso
sepultados, y en negros torbellinos
vió el dragon á los socios de su ruina,
y junto revolcándose al que en brio
casi y en impiedad le emparejaba:
aquel que con el tiempo en Palestina
se llamó Belcebúb. A él de esta arte
habló el archi-enemigo (en el Emptreo
Satán despues nombrado) con muy fieras
expresiones rompiendo su silencio.
«¡Eres tú aquel... mas ay! á cual bajura
caído! Ay! cuán mudado del que en diu
allá en los remos de la luz brillaba
con resplandor y gloria trasparente
entre todos los angeles! No eras
el que en valor y heroicos pensamientos,
igual casi conmigo, en la gloriosa

faccion, siguió arrogante mis banderas,
compañero del riesgo y la esperanza?
¡Ay! ahora nos hizo la desdicha
iguales en la ruina, ¡A qué profunda
suma, desde qué altura hemos caído!
Tanto pudo del Todopoderoso
el trueno destructor!... ¿Mas quién probara
la fuerza de sus armas hasta entonces?
Emperó ni sus armas, ni los males
que el vencedor en su ira nos reserva,
me harán arrepentir, ni de mi pecho,
aunque de gloria y esplendor privado,
borrar podrá jamás la cruel memoria
de la pasada injuria, de la injuria
hecha al mérito nuestro, que grabada
en mi mente, me opuso al rey eterno,
contendiendo con él en la alta guerra
y horrenda comocion que de su lado
innumerables espíritus valientes
atrajo á mi partido, y oponiendo
nuestro unido poder al poder suyo,
por los llanos del cielo, en lid dudosa,
hicieron vacilar su santo trono.
Por fin, se perdió el campo; mas qué importa.
No se ha perdido todo: inconquistable
aun dura el albedrío, el odio eterno,
el íntimo deseo de venganza,
y el valor invencible á los reveses
del caso o de la fuerza. No: tal gloria
la ira del vencedor ni su soberbia
jamás de mí obtendrán. Tampoco espero
ver, que acalando su deidad, postrado
y lleno de rubor su gracia implora
el mismo, cuyo brazo hizo poco antes
indecisa la suerte de su imperio;
que abatimiento tal, aun mas infame
fuera, y mas vergonzoso que la afrenta
de la pasada ruina. Y pues no pudo

la celestial sustancia de los dioses
parecer ni su fuerza, y la experiencia
nos ha hecho mas cautos, declaremos
de mas feliz suceso esperanzados,
la guerra al gran contrario: eterna guerra,
por fuerza ó por engaños continuada,
contra el duro opresor, que ahora triunfa
contento y sin rival, reina orgulloso
solo, tirano del inmenso cielo.»
Así el angel infiel, mientras el despecho
roía sus entrañas, se jactaba;
y así su compañero le responde:
«¡Ob príncipe! oh caudillo de las altas
potestades del cielo, que guiando
los bravos serafines a la guerra,
en cerrada falange fuiste asombro
con hechos memorables del Empíreo,
susto del rey eterno, y disputaste
la escelsa primacía, que á él la fuerza,
el hado ó la fortuna adjudicaron!
Demasiado conozco y siento el triste
caso de aquella rota ignominiosa
que nos privó del cielo, derribando
nuestro brillante ejército á este abismo,
do yace destruido, cuanto pueden
ser las puras sustancias destruidas.
Empero aun vive el animo invencible,
y bien que oscurecida nuestra gloria,
y todas nuestras dichas, en este hondo
piélago de miserias anegadas,
el antiguo vigor renacer siento.
Pero si el vencedor Omnipotente
(que tal le creo, pues vencernos pudo)
solo nos ha dejado nuestras fuerzas
y espíritu sin mengua, para hacernos
sufrir y soportar los crueles males
que su insaciable ira nos prepara;
ó si, ya que el derecho de la guerra

nos hace esclavos suyos , quiere solo
que cual esclavos viles le sirvamos
en este horrible infierno , ejecutores
por la honda oscuridad de sus designios:
¿de qué nos servirá sentir sin mengua
nuestra angélica fuerza , ó del Ser nuestro
la eterna duracion , eterna solo
para sufrir sin fin eternos males?
A esto Satán así responde al portor
«Caido querubin , mostrar flaqueza
en la prosperidad , ó en la desgracia,
cosa es por cierto infame. No presumas
que podrá el bien de las acciones nuestras,
ser objeto jamás. El mal solamente
lo puede ser , el mal tan aborrido
de la alta voluntad que repugnamos.
Y pues de nuestro mal su Providencia
el bien sacar pretende , nuestro empeño
sea , que del bien mismo el mal resulte:
y esta gloria , que ó mente mi esperanza,
ó sera muy copiosa , nos consuele:
la gloria de afligirle , de inquietarle
y trastornar sus últimos designios.
Ya ves que el vencedor detuvo el brazo
de los fieros ministros de sus iras,
que airados nos cargaban , y á las puertas
los obligó á volver del alto cielo.
Una lluvia de azufre tempestuosa,
que arrojó tras nosotros , cerró el paso
á esta honda cueva , en que de allá caímos
ya ni la luz medrosa del relámpago
deslumbra en el infierno , ni resuena
por su hueca estension del trueno horrendo
el retumbante son. Acaso toda
su furia ha consumido en la venganza.
Mas ora le debemos esta tregua
á su debida saña , ó su desprecio,
no la de-perdiciemos. Mira á aquella

si el gran Rector del cielo , á cuyo arbitrio
se regula el destino, á sus astucias
no hubiese permitido un curso libre,
para que mientras busca con delitos
reiterados el mal de otras criaturas,
labre su propia perdicion , y vea
que sus negros designios de la inmensa
bondad de Dios sacar pudieron solo
gracia y misericordia para el hombre,
seducido por él : ira y venganza
y eterna confusion para sí mismo.
De repente levanta sobre el lago
su gigante estatura. A un lado y otro
las llamas rechazadas, en undosos
remolinos se cortan y retiran,
y descubren en medio un ancho valle.
Entonces él con extendidas alas
emprende el alto vuelo sobre el aire,
que extrañó el peso insólito pendiente,
y atravesando el gran vacío oscuro,
posó en la seca tierra , si tal nombre
cuadra á un suelo que abrasa de continuo
con inflamado azufre y fuego sólido,
como con llamas flúidas el lago.
Pues tal en su color aparecia
como cuando la fuerza soterraña
del viento arranca un cerro del Peloro,
ó de la airosa cumbre del tronante
Etna , en cuyas entrañas, de inflamable
materia henchidas , cuando prende el fuego
hiere con furia mineral , y rompe
violento el aire libre , y chamuscando
el suelo , de humo y de betun le cubre,
Tal descanso como este halló la planta
del pie precito. En pos su compañero
lo sigue , y ambos necios presumian
haber la stigia cárcel escalado
por su antigua virtud , cual otros dioses

y sin que otro mayor lo consintiese.
«Es aqueste el país, el suelo, el clima,

nuestras furias, probemos, si surpasa,
algo del cielo aun reconquistado,
ó si algo mas perdido en el infierno.
Esto dijo Satan, y tal respuesta
le dió Belcebub. «Noble candillo
de aquel brillante ejército, que solo
vencer pudiera el brazo Omnipotente,
si ellos oyen la voz, la mas segura
prenda de su esperanza en los peligros,
tantas veces oída en tan estrechos
casos, y en el conflicto ardor y dudoso
de la cruel batalla, en los asaltos,
y en todo trance su señal seguía,
la los versos vuelve con nuevo aliento
al antiguo vigor. Que mas es extraño
que desde el alto cielo á este fondo abismo
caídos, yagan ora cual nosotros
poco ha, de horror y tembro postrados.»
Apenas acabó, cuando á la orilla
el fiero capitan se fue acercando.
De temple celestial, ancho y mediano,
era el redondo escudo que pendía
de sus robustos hombros, semejante
en su circunferencia al orbe lleno
de la luna, mirado por la tarde
á través de algun óptico instrumento.
Tal cual con firme vista desde la alta
de Fesol, ó en Valdermo le observaba
el inventor Etrusco, y descubría
tierras, rios y montes en su globo.
El mas gigante pino de Noruega
en los montes, cortado para mástil
de una grande almiranta, en juego libre
seria compacado con la lanza
en que apoyaba sus molestantes pies,
(no cuales alguna dia dio en el suelo)
por la fluyente arena, calienta el humo
muro y la ardiente bóveda le cubría

34

cuyas nocturnas zambras á la orilla
 de un solitario bosque ó fuente clara
 mira tal vez, ó sueña que lo mira,
 un rústico extraviado en su camino
 mientras la luna, presidiendo en alto
 se descubre, y mas cerca de la tierra
 lanza su tibia luz, en tanto hierve
 la bulliciosa danza, y la festiva
 música encanta el alma y el oído
 del rústico, medroso y solazado;
 de esta arte los espíritus encogen
 su talla gigantea á breve forma
 reduciéndola, y bien que innumerables,
 quedaron á su holgura en la gran silla
 del infernal palacio. Mas adentro
 y en su propia estatura, retirados
 formaban su sesion los serafines
 y querubines: grandes y señores
 de la Tartárea corte; y en doradas
 sillas, de gloria y magestad cubiertos,
 mas de mil semidioses se sentaban.
 Puesto silencio, y la convocatoria
 leida en alta voz, la junta empieza.



HIMNOS.



Himno á la Luna en versos sáficos.

Astro segundo de la ardiente esfera,
 que en el espacio de la noche fria
 suples la ausencia del radiante hermano,
 fúlgida luna.

Tú, que la sombra disipando, sacas

plantas y flores del funesto caos,
volviendo al suelo con tu luz dorada
vida y colores :

Tú, que del carro rutilante envías
al triste mundo pálidos reflejos,
mientras en dulce sueño sus fatigas
olvida el hombre.

Tú, que brillando con fulgor sereno,
guias piadosa el vacilante paso
del peregrino que la ignota senda
pisa medroso :

Ya que de la alta región celeste
bajas tranquila el silencioso carro
hasta la cima do el pastor Latmeo
yace dormido ;

Y allí del bello Endimion cautiva,
y de la augusta magestad cansada,
le honras con dulces ósculos, del triste
nunca sentidos :

Sé una vez sola generosa y pia
con dos amantes que tu gracia imploran ;
sélo contigo , y las doradas luces
tímida oculta :

Así sin mengua del real decoro
podrás llegar al barragan Tesalio ,
podrás gozarlo sola , y á despecho
de cielo y tierra ;

Y en tanto á espaldas de la sombra oscura ,
libre de susto y turbacion Fileno,
morir de amores en los dulces brazos
podrá de Clori.

Si esto te deben dos amantes almas,
 en la cegueda del amor unidas,
 siempre á tu nûmen quemarán devotas
 nocturno incienso.

Siempre á tu nûmen cantarán unidos
 himnos de culto y gratitud sonoros,
 ora en el lleno de tu luz le adoren,
 ora en menguante.

CANTO GUERRERO

PARA LOS ASTURIANOS.

y otra vez sus pendones tremolan
 sobre Torres, Naranco y Goren.

*Corred, corred, bríosos,
 corred á la victoria,
 y á nueva eterna gloria
 subid vuestro valer.*

Cuando altiva al dominio del mundo
 la señora del Tíbre aspiró,
 y la España en dos siglos de lucha
 puso freno á su loca ambición;

Ante Asturias sus águilas solo
 detuvieron el vuelo farax,

y el feliz Octaviano á su vista
desmayado y enfermo tembló.

Corred , corred , bríosos , etc.

Cuando Suevoz , Alanos y Godes
inundaban el suelo español ;
cuando atónita España rendía
la cerviz á su yugo feroz ;

Cuando audaz Leovigildo , y triunfante
de Toledo corria á Leon ;
vuestros padres alzados en Arvas
refrenaron su insano furor.

Corred , corred , bríosos , etc.

Desde el Lete hasta el Piles Tarique
con sus lunas triunfando llegó ,
y con robos , incendios y muertes
las Españas llenó de terror ;

Pero opuso Pelayo á su furia
el antiguo asturiano valor ;
y sus huestes el cielo indignado
desplomando , el Ausevo oprimió.

Corred , corred , bríosos , etc.

En Asturias Pelayo alzó el trono
que Ildefonso afirmó venoeder ;
la victoria ensanchó sus confines ,
la victoria su fama estendió.

Trece reyes su imperio rigieron ,
héroes mil realzaron su honor ,
y engendraron los héroes que altivos
dieron gloria á Castilla y Leon.

Corred , corred . bríosos , etc.

¿Y hoy que viene un villano enemigo
á robarnos libertad y honor ,
en olvido pondréis tantas glorias ?
¿ sufriréis tan indigno baldon ?

Menos fuerte que el fuerte Romano ,
mas que el Godo y el Arabe atroz ,
sufriréis que esclavice la patria ,
que el valor de Pelayo libró ?

Corred , corred , briosos , etc.

No creais invencibles ni bravos
en la lid á esos bárbaros , no ;
solo en artes malignas son fuertes ,
solo fuertes en dolo y traicion.

Si en Bailen de sus águilas vieron
humillado él mentido esplendor ,
de Valencia escaparon medrosos ,
Zaragoza su fama infamó.

Corred , corred , briosos , etc.

Alcañiz arrastró sus banderas ,
el Alberche su sangre bebió ,
ante el Tormes cayeron batidos ,
y Aranjuez los llenó de pavor.

Fué la heroica Gerona su oprobio ,
Llobregat reprimió su furor ,
y las ondas y muros de Gades
su sepulcro serán y baldon.

Corred , corred , briosos , etc.

¿ Y vosotros de Lena y Miranda ,
no los visteis huir con terror ?
¿ y no visteis que en Grado y Doriga
su vil sangre los campos regó ?

¿ Pues quién hoy vuestra furia detiene ?

¿pues quién pudo apagar vuestro ardor?
 ¿los que ayer eran flacos, cobardes,
 serán fuertes, serán bravos hoy?

Corred, corred, briosos, etc.

¿ Cuando os pide el amor sacrificios,
 cuando os pide venganza el honor,
 cómo no arde la ira en los pechos?
 ¿quién los brazos nerviosos ató?

A las armas valientes Astures,
 empuñadlas con nuevo vigor,
 que otra vez con sus huestes el Corso
 el solar de Pelayo manchó.

*Corred, corred, briosos,
 corred á la victoria,
 y á nueva eterna gloria
 subid vuestro valor.*

ODAS.

EN EL NACIMIENTO DE DON ANTONIO MARIA DE CAS-
 TILLA Y VELASCO, PRIMOGÉNITO DE LOS MARQUESSES
 DE CALTOXAR.

A donde estoy? qué fuego
 es este que mi pecho y mente inflama?
 Quién atiza esta llama
 que turba mi razon y mi sosiego?

Qué espíritu halagüeño
mi musa arranca del pesado sueño?

Mándame un númen santo
que tome al punto la sonante lira;
pero un ignoto canto
al agitado pecho aliento inspira,
y con fuego elocuente
inflama los espacios de mi mente.

Y á quién, oh lira mia,
¿debes encaminar el alto acento?
Dónde dé tu armonía
el objeto se halla? El Firmamento
lo encierra acaso? Habita en el profundo?
O se oculta en los ámbitos del mundo?

Mas tú serás mi guía,
santa naturaleza, pues alable
presentas á la hinchada mente mia
el objeto mas tierno, mas amable,
de mas delicias lleno
que el sabio Autor depositó en su seno.

El tronco derivado
del real augusto tronco de Castilla,
al noble, y sin mancilla
tronco de los Velascos enlazado
germina, reflorece.
y nuevos frutos á la tierra ofrece.

Un bello infante nace,
de mil generaciones claro anuncio;
en él un pueblo entero se complace....
Ven, deseado nuncio
del gozo y paz que nos ofrece el cielo;
ven á alegrar el hispalense suelo.

¡Oh cuánta dicha, cuánta
anuncia este suceso venturoso!
Musa mía, levanta
el vuelo perezoso;
canta, y rompiendo al tiempo el seno oscuro,
revela los arcanos del futuro.

Su ilustre padre al lado ,
lleno de magestad y de alegría ,
del honor y el valor acompañado ,
los tiernos pasos del infante guia :
le dirige y presenta á su memoria
los templos del honor y de la gloria.

Y tú , admirable madre
de tan claros varones , cuyo seno
concha fué del tesoro mas precioso :
tú que el nombre de padre ,
nombre de gloria y de ternura lleno ,
entre susto y dolor diste á tu esposo :
tú de modestia y de candor decbado ,
gloria y honor del sexo delicado!

Tambien tú en el congreso ,
de tantos descendientes rodeada ,
estabas arrullando al tierno infante.
Tú eras de tantos héroes embeleso ,
de gracias y virtudes coronada ,
á la estrella de Vénus semejante ,
ó cual se ve la aurora en el Oriente ,
viva , graciosa , clara y refulgente.

¡Oh venturoso amigo!
cuántos previene el cielo á tus virtudes
altos y soberanos galardones!
Ven , registra conmigo
la faz del tiempo y sus vicisitudes.
En la suerte de todas las naciones
descubrirás la mia... mira... atiende ,
sigue mi voz... ¿mas quién mi voz suspende?

Mándanme ya que calle,
y una mano invisible
corta á mi musa el temerario vuelo.
¡Mortales que habitais en este valle

de confusion! estirpe corruptible ,
que de males y horror benchís el suelo,
vosotros no sois diños
de penetrar arcanos tan divinos.

ni que la Parca mas ilustres almas
destierre al Orco.

¡Oh cruda muerte! Cómo en un instante,
de la mas bella y aderable ninfa,
todas las gracias, los encantos todos
vuelves en humo!

La que atraia con su dulce canto

á cuya mano tímido Neptuno
cedió el tridente.

¡Oh cuanta noble juventud te espera!
¡oh cómo hierve, y animosa esplaya
sobre la playa su valor, de triunfos
impaciente!

Sube las altas naos presurosa,
y por el ancho piélago cruzando,
irá bramando cual leon, que hambriento
busca su presa.

Tiembla á su vista pálida, y se esconde
despavorida la feroz Quimera,
que la bandera tricolor impía
sigue proterva.

Cuerrá rendida, y con horrible estruendo
en el profundo báratro lanzada,
será herrojada por las negras furias
de sus cavernas.

Y allí sus dogmas y cruentos ritos,
y allí sus leyes y moral nefanda,
y allí su infanda deleznable gloria
serán sumidos.

Allí de donde por desdicha fueran
de la llorosa humanidad salidos,
serán hundidos con espanto, y dados
á olvido eterno.

Guay de tí, triste nacion, que el velo
de la inocencia y la verdad rasgaste
cuando violaste los sagrados fueros
de la justicia!

¡Guay de tí, loca nacion, que al cielo
con tan horrendo escándalo afligiste
cuando tendiste la sangrienta mano
contra el Ungido!

Firmó su santa cólera el decreto,
que la venganza confió á la España,
y ya su saña corre el golfo, armada
del rayo y trueno.

Lidiará Poncio, do la roja insignia
se diere al viento por la empresa santa ;

ODA SÁFICA.

Ya cierra Febo plácido la línea,
Carlos, que el curso de tus años mide ;
ya se despide, y de los verdes campos
lleva el otoño.

y al rubio grane que derrama, Vesta
abre su seno.

¿Y los alumnos de Sofía en tanto
á risa y juego se darán tan solo,
mientras de Apolo y de Minerva el grito
los apellida?

Sus... despertemos, y á las doctas artes
el disipado espíritu volvamos,
Cárlos, subamos del abismo al cielo
sobre sus alas.

Que en lo mas alto de la gloria el templo
está, do solo virtuoso toca
el que provoca la deidad con dones,
de ella no indignos:

Pues no al que fiero desoló la tierra,
ni á quien los mares atronó furioso
el rumoroso quicio de sus puertas
dócil se vuelve:

Se abre al que al bando del error persigue,
y al negro averno la ignorancia envía;
y al que perfia, y á la verdad santa
descorre el velo:

Al que su patria vigilante ilustra
y los varones ínclitos ensalza,
y sabio alza á la region etérea
su claro nombre:

Al que del mundo la discordia ahuyenta,
y mientras brama Némesis proterva
la ley conserva de amistad, é incienso
quema en sus aras;

Sin que ni al oro, ni á los altos puestos,
ni de los grandes al favor mudable
ceda, ni inestable sacrifique al ruego
su fe constante.

Al señor don Felipe Rivero.**EPITALAMIO.**

Dobla sin susto al yugo sacrosanto,
claro Felipe, el reseloso cuello,
mientras el sello á tu futura dicha
pone Himenéo.

Mira cuál viene, y de su triunfo ufano
de paz al suelo y de contento inunda,
y tu coyunda en los celestes signos,
rando coloca.

Se alegra en tanto la remota orilla
del mar Cantabro á la dichosa nueva,
que al punto lleva al venerable anciano
presta la fama.

Y allí de Europa las erguidas cumbres
oyen los himnos de alabanza y gozo,
que el alborozo del vecino pueblo
canta á tu nombre.

De la pobreza y la horfandad escudo
firme te aclama, y de virtud dechado
en el senado, que las santas leyes
dicta y protege.

Te aclama, y vuela presuroso el eco
de tus loores por la gente Ibera,
que alegre espera de tu recta mano
paz y justicia.

Oyelo alegre la amistad, y henchido

de amable risa y de candor el pecho ,
 tu vasto lecho y tus ilustres lares
 siembra de flores.

Despues al estro abandonada entona,
 con voz que escede al Lírico de Tracia,
 la amable gracia y celestial modestia
 de tu alma espesa.

Y con ardor fatídico predice
 paz á la España , y general ventura
 y tu futura descendencia iguala
 con las estrellas.

AL AMOR.

Amor , pues rota la fatal coyunda
 me has arrojado de tu dulce imperio ,
 y el cautiverio de mi fe soltaste
 duro y tirano.

Deja que en nueva esclavitud no siga
 mi fatigado corazon tu rueda ;
 deja que pueda venerar tu nùmen
 libre y contento.

Pagará entonces mi inocente mano
 ante tus aras en devoto incienso
 el justo censo á tu piedad debido,
 grata y humilde.

Y si no aplacan tu deidad severa
 tan pura ofrenda , tan humilde ruego ,
 haz que tu fuego en mis entrañas prenda
 rápido y fiero.

Y arda , y suba hasta el Olimpo el humo ,
con tal que al cabo tu rigor mitigue ,
y que te obligue á lastimar mi cuita
fausto y propicio.

Mas ¡ay! que en tanto que á tu sordo Nûmen
mi voz con ruego fervoroso clama
con nueva llama el corazon derrites
fiero y terrible.



MANIFESTACION DEL ESTADO DE ESPAÑA BAJO DE
LA INFLUENCIA DE DONAPARTE EN EL GOBIERNO
DE GODOY.

ODA.

No existe , Arnesto , ya ni remembranza
de los claros varones ,
que á la frente de ibéricas legiones
llevaron el terror y la matanza
de la una á la otra zona
en su esfuerzo , en su brazo , en su tizona.

La ponderosa lanza que terciaba
Villandromo en sus hombros ,
y á do quier que forzado la vibraba ,
lanzaba ruerte , asolacion y escombros ,
yace ha tiempo olvidada ,
envuelta en polvo y del orin tomada.

Las ruinas de Sagunto son padrones
que al pié del Taria undoso
esplican con silencio magestuoso ,
que fueron sus indómitos campeones ,
confusion del romano :

hoy vergüenza y baldon del castellano!

El atrevido, el inclito extremeño,
que con las huestes fieles
fió su vida al Ponto en frágil leño,
y se orló en otro mundo de laureles;
desde la fría tumba
nos da en rostro con Méjico y Otumba.

Sí, Arnesto, disipóse cual espuma
el tiempo bienhadado,
en que el valor de España vió asombrado
el lacio imperio, el Moro y Motexuma:
hubo, Arnesto, hubo día
en que la patria tuvo nombradía.

Mas hoy triste, llorosa y abatida,
de todos despreciada,
sin fuerzas casi al empuñar la espada
que ha sido en otros tiempos tan temida,
mueve apenas la planta,
y los ojos del suelo no levanta.

A su lado se ve el pálido miedo,
la encogida pobreza,
la indolente y estólida pereza,
y la ignorancia audaz que con el dedo
señala á pocos sábios,
y con risa brutal cierra sus labios.

La religion del cielo descendida,
con tanto acatamiento
por abuelos á nietos transmitida,
ve en el retiro de su augusto asiento
que los hijos que crecen
bajo su sombra, la ajan y escarnecen.

Los ministros sacrílegos de Astrea
penetran en el templo,
y con maldad horrible, sin ejemplo,
pisan, rompen el veló de la Dea,
y el fiel de su balanza
lo inclinan al poder ó á la venganza.

El adulterio por los patrios lares

O:

la belleza á la puja, Marte airado,
sin caudillo las tropas...

¿tornan, señor, los tiempos de don Opas?

¿En esto había de parar mi gloria?

¿Mi fin ha de ser este?

y falsías, y guerra, y hambre, y peste,
los postrimeros fastos de mi historia?

mi llanto continuado

¿no podrá contener tu brazo airado?

Vuelve, señor, el rostro á mis pesares,

vuelve al arco la guerra,

pureza al éter, brazos á la tierra,

el debido respeto á tus altares,

prez y valía al bueno,

á Temis libertad, paz á Miseno.

ÍDILIOS.

A UN SUPERSTICIOSO.

¿Porqu

con las e

y vas en

tu horósc

¿Son ella

á quiene

dar prin

ó término

Las vidas

no pued

que en e

moderada

Aquel

can pede

A LOS DIAS DE ALMENA.

Pasan en raudó vuelo
los dias y los años ,
y van de los vivientes
la sucesion notando.
A la niñez florida
sigue con breves pasos
la juventud lozana
del bullicioso bando ,
de dichas y placeres
cercada ; pero cuando
duerme desprevenida ,
del dulce amor en brazos ,
le sale al paso , llena
de males y cuidados ,
la triste edad rugosa
la edad de afan y llanto.
Solos en esta varia
vicisitud triunfamos
tú , Almena , y yo , del tiempo ,
y el invariable estado
de las venturas nuestras
sin mengua conservamos ;
pues sobre mi firmeza ,
ni sobre tus encantos ,
jamás darle pudieron
jurisdiccion los hados ,
ni la implacable muerte ,
ni los veloces años.

AL SOL

Padre del universo ,
autor del claro dia ,
brillante sol , á cuyo
influjo la infinita

LIBRO DE MONTESQUIEU TRADUCIDO POR EL AUTOR.

Pues voy, dijo la ninfa,
á dispararle un dardo
de los que el malo tira
con cuanta fuerza pueda.
¡Pero no ves, Cefisa,
que puedes despertarle?
Y bien, si nos divisa,
podrá hacer otra cosa
que darnos mas heridas?
No, no, dije, dejemos-
que duerma sin fatiga,
y estémonos sentados
cabe él en compañía
para que á nuestras almas
inflame mas su vista.
Entonces recogiendo
de mirtos que allí habia
y rosas, muchas hojas,
voy, prosiguió Cefisa,
voy á tapar del niño
el cuerpo y la carita,
para que cuando vengan
los juegos y las risas
en busca dél no le hallen.
Echóselas encima,
y luego la taimada
se holgaba y se reia
de ver que al dioscecillo
del todo le cubrian,
¡pero qué es esto qué hago?
No, no, dijo Cefisa,
cortémosle las alas,
que así no habrá en la vida
mas hombres inconstantes,
porque éste se ejercita
en inspirar á todos
mudanzas y perfidias.
Dicho esto saca luego

sus tijeras la ninfa,
sentóse, y con gran tiento
asíó las puntecillas
de las doradas alas
del dios, que aun dormia,
Yo entre tanto sintiendo
mi alma conmovida.
de susto y temor lleno,
tente, dije á Cefisa,
mas ella sin oirme,
de las alas divinas
las puntas corta: suelta
las tijeras de prisa,
y huyendo del castigo
salvarse solicita.
Cuando á volar, despierto
el dios se disponia ,
sintió un paso que nunca
en sí sentido habla.
Luego sobre las flores
notó que relucian
las puntas de las alas
y echó á llorar. Su cuita
vió del Olimpo Jove,
y envió una nubecilla
que al Dios llevase á Guido,
hasta posarlo encima
del seno de su madre.
Al verla, ¡ay, madre mia!
la dijo, antes de ahora
mis alas se movian ;
pero me las cortaron,
¿qué haré con tal desdicha?
No llores, hijo mio,
la alma Venus decia,
estate aquí en mi seno,
no te muevas y aflijas.
que ellas irán creciendo

con el calor. ¿No miras
cómo ya son mas grandes?
Abrazame, alma mia,
que luego serán tales
como antes las tenias.
¿Ves cómo ya las puntas
doradas se divisan?
Eh, ya han crecido; vuela,
vuela, hijo de mi vida.
Sí, dijo el dios, probemos
si puedo cual solia.
Voló en efecto un poco,
y se posó de prisa
cabe su linda madre;
de allí revoló encima
del pecho de la diosa,
que le hizo mil caricias.
Luego con nuevo brio
movió las alecillas,
y se posó mas lejos,
volviendo todavia
al seno de su madre.
Allí abrazó á la diva,
y ella de su contento
gozosa se sonria.
Repitió sus abrazos,
sus juegos y caricias
hasta que al fin volando
subió sobre la limpia
region del aire, donde
reina con fuerza altiva
sobre cuanto en el orbe
naturaleza cria.
Amor despues queriendo
vengarse de Celisa,
la hizo la mas voltaria
de todas las bonitas,
Con una nueva llama

la enciende cada día :
 primero á mí me quiso ;
 á poco tiempo ardía
 por Daphnis, y al presente,
 ya por Cleon suspira.
 ¿No ves, amor tirano,
 que soy yo á quien castigas?
 Pronto á sufrir la pena
 estoy de tu osadía ;
 mas no con los desprecios
 ¡oh Dios, cruel, me afijas!

Á PAULINO.

Alla van á tus manos
 mis versos, oh Paulino,
 mis versos mal limados,
 mis versos bien sentidos!
 de afecto y verdad llenos,
 si de primor vacíos.
 Partid, partid alegres,
 ¡oh pobres versos míos!
 partid de mí, sin miedo
 de ser mal admitidos.
 No vais emancipados
 del público al capricho,
 injusto siempre y vario ;
 ni vais á ser ludibrio
 de zoilos envidiosos,
 ni críticos malignos :
 mejor y mas dichoso
 será vuestro destino,
 pues vais á ser recreo
 de mi caro Paulino.
 Vais á llenar las horas
 que hurtare á su preciso
 descanso, y en sus ocios
 vais de él á ser leídos.

A ser vais por su vista
pasados de continuo,
y á ser de su memoria
mil veces répelidos.
Tal vez al repasaros
saldrá mal reprimido
el llanto á sus mejillas,
y tal enternecido
os honrara su pecho
con un tierno suspiro.
Empero si por caso
alguna vez tenidos
dél fuereis por livianos;
si acaso del antiguo
ropage, con que incanta
mi pluma os ha guarnido,
culpare la estrañeza
y el aire peregrino,
en fin, si os reprendiere
por libres y sencillos,
y el tono licencioso
culpare acaso esquivo:
decidle solamente,
que fuisteis concebidos,
unos del ócio blando
en medio del descuido,
otros de los negocios,
en medio del bullicio,
y otros al fin en medio
del fuego mas activo
de amor, y en el tumulto
de los años floridos.
Empero si os disculpa
piadoso y compasivo,
de ser de él estimados
vivid desvanecidos.
Vividlo; mas no tanto
que al público capricho

**de la comun censura
salgais inadvertidos,**

de claros capitanes ,
y heróicos semideos.

De aquellos santos reyes
que á España redimieron
del yugo berberisco ,
fué corte y real asiento.

En él nací , del Sumo
Rector del universo
sin duda descendido ;
que á tanto Dios debieron ,
si no mentió la fama,
su origen mis abuelos.
Jovino me llamaron
desde los años tiernos
las pinfas gijonenses :
y allí do va el sereno
Diles al mar de Asturias

da

o

jo

A
D
y
d
c
y
de
tr
pe
de
te
su
L
er
y
m
la
m
m
el
vi
go
y
co
do
y
es
sa
y
al
y
de
fi

De Erato , aunque voluble ,
fui fino chichisveo ,
que en mi favor con ella
tal vez intercedieron
Teócrito , Virgilio ,
Cátulo y Anacreón.

La corte hice á Talta
tambien por algun tiempo ,
y entonces la taimada
con aire zabareño
enmascaró mi rostro ,
y al pie que , del proscenio
el polvo nunca hollara ,
calzó el humilde zueco.

La grave Melpomene
en tanto con severo
semblante me miraba :
quise obligarla atento ;
rogué , seguí sus pasos ,
y huyóme con desprecio.

Mas , ¡oh natura estraña
del hombre en sus deseos ,
que el fuego nos entibia ,
y los enciende el hielo!

La fuga de la ninfa
irrita mi deseo ;
la sigo á todas partes ,
la busco entre los griegos ;
y solo hallé sus huellas ,
que ya al latino pueblo
del ático pasara.

Corrí el pais que un tiempo
fue trono de las Musas ,
y ya sobre su suelo ,
de sangre , de despojos
y ruinas mil cubierto ,
la ninfa no habitaba.

Desde uno al otro extremo

sus dones no divulgues,
que Astrea tendrá celos.

Astrea, que hoy me tiene
á sus cadenas preso,
me trata con ley dura,
y con tirano imperio
pretende ser la sola
señora de mi ingenio.

Mal de mi grado cede
mi corazon al peso
de ley tan inhumana,
y no sin gran tormento
á tan severo númen,
ofrece sus inciensos.

¡Ay, Dios, los bellos dias
pasaron! Pasó el tiempo
de holganza, de venturas,
y de contentamientos!
Pero pues ya mis dichas
y glorias perecieron,
¿por qué no fué mi nombre
en bondo olvido envuelto?
¿Por qué me habeis dejado,
cruel Diva, en el recuerdo
de tan sabrosos gustos
tan amargo tormento?

¡Oh, cuán dulces instantes!
Qué dias tan risueños
los que pasar solia
al márgen del Permeso!
¡Cuántas veces mi nombre,
y el de mi Enarda fueron
escritos de consumo
sobre los olmos tiernos,
que ya encumbró á mas alta
region el raudo tiempo!

¡De yedra y verde mirto
ornado, el suave plectro

cuántas veces tañía,
y al dulce son atento,

yacian, por tí vuelven
á su esplendor primero.

A tí fué dado solo
obrar tan alto hecho ;
y pues tamaña empresa
te reservaba el tiempo,
el triunfo que á tal gloria
levanta al pueblo Ibero,
será del plectro mio
perenne y grave objeto,
y de uno al otro polo
resonará en mis versos.

ANFRISO Á BELISA.

1.º

Del Betis recostado
sobre la verde orilla,
así el pastor Anfriso
se lamentaba un día,
culpando los desprecios
de la cruel Belisa :

Permita el justo cielo
desapiadada ninfa ,
que en la aflicción que lloro,
te vea yo algún día.

Permitan de los dioses
las siempre justas iras,
que con tu llanto y quejas
consuele yo las mias.

Cuando de aquel que adoras,
mofada y ofendida,
te quejes á los cielos
los montes y las silvas ;

Cuando tu rostro ingrato
descubra las ruinas

de los rabiosos celos,
de las zelosas iras ;

;

De mi ceguedad solo

que antes el Dios pequeño
cerró con tierna mano
del mundo á los objetos ,
dejándolos ; oh cruda !
para tí solo abiertos ;
hoy llenos de alegría ,
vivaces y traviesos ,
siguen el dulce hechizo
de mil semblantes bellos ,
y de otros bellos ojos
beben el dulce incendio ,
que ni los turba el llanto
ni ofuscan los desvelos.

4.º

Enarda , al fin los cielos
de mí se han apiadado :
tú lloras y te afliges ;
yo estoy alegre , y canto.

Al que antes engañada
favoreciste tanto ,
ya con dolientes voces
el nombre das de ingrato.

Por él tu amor sin seso
rompió los dulces lazos ,
que mi inocente cuello
uncian á tu carro.

Por él abandonaste
mi fe , mi amor , mi llanto ,
tu honor y tu decoro
con engañoso trato.

Por él , en fin , violaste
mil juramentos santos ;
rompiste mil promesas ,
forjaste mil engaños.

Ahora despreciada
derramas llanto amargo ;

pues llora , injusta , llora ,
que Anfriso está vengado.

8.º

Mientras los roncos silbos
del Aquilon helado
llenán á los mortales
de susto y sobresalto ,
cantemos , bella Enarda ,
en himnos acordados ,
de amor y sus dulzuras
el delicioso encanto.

Del hijo de la diosa
que reina en Guido y Paphos,
cantemos las victorias
y triunfos soberanos,
que á su dominio el cielo
y tierra sujetaron.

Las dulces travesuras
de aquel rapaz vendado
que reina en nuestros pechos,
cantemos, y loando
de su carcaz el oro,

con vuelo arrebatado;
y del Amor las leyes
eternas observando,
cuentan en raudos giros
sonoros y acordados,
las horas y los dias,
los meses y los años.

Pero en la tierra ejerce
imperio mas templado
el ciego Dios, mas dulce,
mas firme y dilatado,
y no hay viviente alguno
que de él no viva esclavo.

Allá en los altos montes
y en los oscuros antros
sienten de amor la llama
los brutos abrasados.

Los peces en el golfo
del tiro envenenado
salvarse no pudieron;
ni sobre el aire vago
las aves por su vuelo,
ni por su dulce canto.

Todos de amor al yugo
se rinden, y á su carro
uncidos todos vienen
sus triunfos celebrando.

Pero entre todos ellos
el hombre, mas colmado
obsequios, homenages
mas puros va prestando,
que otros vivientes aman
de su instinto arrastrados,
empero el hombre solo
de la razon guiado.

El hombre venturoso
encierra en los arcanos
de su razon las leyes

que amor le ha señalado.

El hombre apreciar solo
con dignos holocaustos
sabe de la hermosura,
la gracia y el encanto.

Dígalo, ¡ay Dios! oh, Enarda!

Jovino enamorado,
que vive de tus ojos
reconocido esclavo.
un corazón lo diga
donde grabó con rasgos
de fuego la tu imagen
amor con tierna mano:
¡ay! yo era todavía
entonces un muchacho
alegre y bullicioso
sencillo y agraciado,
y hoy ya sobre mí siento
el peso de los años.

Dígalo una alma fina
do tiene levantado
su trono tu hermosura
y do vibrando rayos
tus ojos ejercitan
el peligroso mando.

¡Ay! cuántas veces, cuántas
los míos al extraño

alegre en otros brazos,
 mudar nunca pudieron;
 y en quien estorbos tantos
 del fuego primitivo
 la llama no apagaren,

Cantemos pues, ¡oh Enarda!
 en himnos acordados
 de Amor y sus dulzuras
 el delicioso encanto,
 mientras los roncós silbos
 del Aquilon helado
 llenan á los mortales
 de susto y sobresalto.

6.º

Ríñenme, bella Enarda,
 los mozos y los viejos,
 porque tal vez jugando
 te escribo dulces versos,

«Debiera un magistrado,
 (susurran) mas severo,
 de las livianas Musas
 huir el vil comercio.
 ¡Qué mal el tiempo gastas!
 (predican otros)... pero
 por mas que todos riñan
 tengo de escribir versos.

Quiero loar de Enarda
 el peregrino ingenio
 al son de mi zampoña
 y en bien medidos metros.

Quiero de su hermosura
 encaramar al cielo
 las altas perfecciones;
 de su semblante quiero
 cantar el dulce hechizo,
 y con pincel maestro

pintar su frente hermosa,
 sus traviesos ojuelos,
 el carmin de sus labios,
 la nieve de su cuello;
 y váyanse á la... al rollo
 los catonianos ceños,
 las frentes arrugadas
 y adustos sobrecejos,
 que Enarda será siempre
 celebrada en mis versos.

Á GALATEA.

1.º

Mientras de Galatea ,
 ¡oh incauto pajarillo!
 ocupas el regazo ,
 permite que afligido
 tan venturosa suerte
 te envidie el amor mio.
 De un mismo dueño hermoso
 los dos somos cautivos :
 tú lo eres por desgracia ,
 y yo por albedrío.
 Violento en las prisiones
 maldices tú al destino ,
 en tanto que yo alegre
 besando estoy los grillos.
 Mas en los dos , ¡cuán vario
 se muestra el hado esquivo!
 Conmigo ay! cuán tirano!
 ¡Contigo , cuán benigno!
 Mil noches de tormento ,
 mil dias de martirio .
 mil ansias , mil angustias
 lograrme no han podido

la dicha inestimable
que debes tú á un capricho.
Bañado en triste llanto
tu dulce suerte envidio ,
y en tanto tú arrogante
huellas con pie atrevido ,
sin alma , sin deseos ,
ni racional instinto ,
la esfera donde apenas
llegar ha presumido
el vuelo arrebatado
del pensamiento mio.

2.^o

la plateada luna
que el tuyo , tú á la tierra
de imprimen hoy tus plantas
la delicada huella.
Sin duda de las gracias
el coro á tu findeza
añade en esta hora
mil perfecciones nuevas.
Brilla tu frente hermosa
con luz muy mas serena ,
y como al cielo el Iris ,
así tus negras cejas

dividen el nevado
contorno de su esfera.
Tus ojos.... Musa mía ,
¿cómo tu voz pudiera
los rutilantes ojos
pintar de Galatea!
¿Quién me dará , que junto
del sol las luces bellas ,
las sombras de la noche ,
y el fuego de la esfera ,
para pintar los brillos ;
la gracia y la viveza
de tus divinos ojos ,
oh dulce Galatea!
Absorta el alma mía
los mira y los contempla ,
sus luces la embriagan ,
sus llamas la penetran.
Veo que en tus mejillas
la rosa bermejea ,
y del clavel purpúreo
tus labios son afrenta.
Juegan sobre tu boca
las risas halagüeñas ,
y en el ebúrneo pecho
la cándida azucena
derrama su blancura.
¡Ay Dios! cuántas bellezas
mis ojos inflamados
registran en tu esfera!
Ayl no me las ocultes ,
oh cruda Galatea!
Guárte que no se enoje
si al mundo se las niegas
la mano bienhechora
de la naturaleza!
¿Criólas por ventura
para que no se vieran?

Si es ella generosa ,
por qué eres tú avarienta?

3.º

¡Perdo . . . veces ,
ob cruda
Ya estoy
perdona
Serena e
y á tu se . . . in
la risa y
Serénale , no quieras
dar tan atroz castigo
a culpa tan ligera.
¡Mas , ay! que amor tirano
vengado ha ya tu ofensa ,
que en el delirio mismo
me disfrazó la pena.
Despues que de tu rostro
tocó la ardiente esfera
mi labio , ¡ay! cuán aguda,
cuán penetrante flecha
mi corazon traspasa!
Ay como me atormenta!
De ciego ardor movida,
así tal vez la abeja
liba en la fresca rosa
los dulces jugos , mientras
su blando pecho duras
espinas atraviesan.

AL CUMPLEAÑOS DE LA MISMA.

Mientras en raudos giros
el cielo va contando
la suma de tus dias ,

y el curso de tus años ,
 tu vida , ¡oh Galatea!
 con floreciente paso
 va al punto mas subido
 de juventud llegando.
 Del tiempo la incesante
 consumidora mano ,
 que en otras hermosuras
 consume solo estragos ,
 hoy s.
 la tuy
 mil al
 mil g
 retoc
 sobre
 ¡Mas
 mi co
 que e
 dolor
 Tú e
 y yo
 de mi
 es sol

e

po
 la
 su
 ne
 ve
 ei
 ei
 L
 tr

y humanos corazones
lo son , ¡ay! de tu mano!

A MIREO.

Con dulce y docta pluma
pintaba el otro día
Mireo enamorado

cintura , imperceptible,
la distancia media.

al malhadado Adonis
 graciosa y peregrina ;
 tal era y de tan altas
 perfecciones vestida
 en pluma de Mireo
 la preciosa Trudina.

A ANFRISO.

Con dulce y triste acento
 cantaba el otro día
 Anfriso congojado
 desdenes de su Lisa
 Cantaba los enojos
 de la engañosa ninfa ;
 y al son bien acordado
 de su laud , salía
 envuelta en mil suspiros
 su queja bien sentida.
 Oyéronle , y sus males
 sintieron compasivas
 las aves que cruzaban
 por la region vacía,
 los brutos en el centro
 de las montañas silvas,
 y en su argentado margen
 sus claras fuentecillas.
 Jovino á cuya oreja
 la flébil armonía
 llegó también , dolíose
 de pena tan esquivá.
 ¿Cabe en humanos pechos
 (lleno de horror decia)
 tan doble y falso trato ,
 tan bárbara perfidia?
 ¿Qué astro tan maligno ,
 qué estrella tan impía ,

qué dios , qué avieso genio
con influencia esquivá
pudo apartar dos almas
que el blando amor unia?
Mas , ¡ay! que son acaso ,
¡oh Anfriso! de tu Lisa
fingidos los enojos!
Que á veces desconfían
zelosas las mugeres
de nuestra fè , y altivas,
para probarnos solo ,
nos niegan sus caricias.
Cubren la ardiente llama
que el pecho les agita ,
y en vez del dulce agrado ,
y en vez de blanda risa ,
ofrece su semblante
enojo y crueles iras.
Mas guarte , no las creas ,
Anfriso , á las malignas ,
¡ay! guarte , no te engañe
con sus astucias Lisa!
Quando se muestre airada
no adules su malicia
con quejas vergonzosas ,
con lágrimas indignas.
¡Ay! guarte , no te dobles.
¡Ay! guarte , no te rindas.
Si te ama , sufre y deja
que con crueza impía
traspase sus entrañas
la flecha vengativa
con que ella herir de lleno
tu corazon medita.
Verás que amor la vuelve
á tus halagos fina ,
y aquella que á tu pecho
hizo sentir esquivá

tan fieros sobresaltos ,
de su desden corrida ,
hará por obligarte
finezas esquisitas ;
y tú estarás vengado ,
cuando ella arrepentida.
Mas si no te ama , ¡ay! guarte ,
no adules su perfidia
con quejas vergonzosas ,
con lágrimas indignas.

A UN SOLITARIO.

Goza de los placeres
que ofrece el tiempo , Anfriso ,
no huyas de los hombres ,
ni te hagas su enemigo.
Mientras el monte mides ,
cuidoso y discursivo ,
mira con cuánta priesa
el cielo en raudos giros ,
midiendo va las horas
de tus años floridos.
Goza , pues , de las dichas
que ofrece el tiempo , amigo ,
que para el día horrendo ,
de todos tan temido
asaz de llanto y penas
te guardará el destino.

A BATILO.

Mientras Bátilo canta
con alto y dulce acento
los años de Ciparis ,
muchacho , llena el cuenco ,
que quiero celebrarlos

con el licor lieo ,
 brindándoles alegre .
 y á su salud hebiendo .
 ¡ Eh ! brindo por la tuya ,
 Ciparis : quiera el cielo
 que de tan digno amante
 goces por tan largo tiempo .
 A tu salud va esotro ,
 Batilo. Llena presto ,
 muchacho. ¡ Plegue al Nûmen
 que tiene culto en Delos ,
 hacer que de tu canto
 resuene el dulce acento
 desde uno al otro polo
 por siglos sempiternos !



DOS FABULAS DE LA FONTAINE.

LA ENCINA Y LA CAÑA.

Dijo un dia la encina ,
 hablando con la caña :
 Con sobrada razon , ó pobrecita !
 te pudieras quejar de tu fortuna.
 Cualquiera pajarillo
 es para tí una carga muy pesada ,
 y el soplo mas ligero ,
 que suele apenas encrespar la lisa
 superficie del agua ,
 te obliga á dar de hocicos en el polvo.
 Al contrario , mi copa,

cual eminente Cáucaso elevada,
del sol se opone á los ardientes rayos,
é insulta y desafia
al impetu ruidoso de los vientos.
Al menos si te hubieses
criado aquí al abrigo de los ramos
con que cubro este monte,
vivieras mas segura,
guarecida por mí de las tormentas:
Pero tú, desdichada,
creces sobre esas playas descubiertas,
á ser débil juguete de los cierzos.
Por cierto que contigo
anduvo bien cruel naturaleza.
Amiga, yo agradezco
tu compasion, la respondió la caña;
mas no tengas cuidado,
pues yo doblando el cuello á los embates
del viento, mas segura
estoy que tú, por mas que hayas activa
resistido hasta ahora. Vamos viendo.
Mientras la caña habla,
del opuesto horizonte
un recio vendaval se precipita
con furia impetuosa.
Al pronto se encurvó la débil caña;
mas la robusta encina
resiste á los embates,
hasta que al fin doblando sus esfuerzos
el viento asolador, descuaja y troncha
al árbol que escondia
su alta copa en las nubes,
y su raiz en el profundo abismo.

LOS DOS MULOS.

Iban dos mulos caminando un día,
cargado uno de yeso,

y otro de gran tesoro para el fisco .
 iba éste tan ufano con el peso
 de su opulenta carga ,
 que no la soltaria por un reino.
 Marchaba mesurado
 con grave paso , y levantando el cuello ,
 tocando su cencerro ;
 cuando étele que sale
 de pronto una cuadrilla de bandidos ,
 que hambrientos de dinero ,
 sobre el ufano conductor se arrojan :
 le rodean , le agarran por el freno ,
 le oprimen y detienen.
 Pretende resistirlo ;
 pero sintiendo al punto
 de todas partes sobre sí mil palos :
 En esto (dijo sollozando) , ¿ en esto
 han venido á parar mis esperanzas ?
 Este otro que me sigue ,
 me sigue sin peligro ;
 yo caigo en él , y del salir no fio.
 No siempre provechosos
 los grandes cargos son , amigo mio ,
 (le dijo el camarada)
 que agora en tal apuro no te vieras ,
 si , á ejemplo mio , hubieses
 prestado tus servicios á un yesero.



EPIGRAMAS.



Á UN AMIGO.

Pregúntame un amigo,
 cómo se habrá de hoy mas con las mugeres ;

y yo á secas le digo:
Que (bien que en esto hay varios pareceres)
ninguno que llegare á conocellas,
podrá vivir con ellas, ni sin ellas.

Á UNA DE LAS QUE EN MADRID LLAMAN COJAS.

¿Por qué te llaman coja, Dorotea?
¿Quién hay que tu figura
inhiesta y firme al caminar no vea?
¿Pues á qué tal censura?
¿Es porque suele tu virtud acaso
tropezar y caer á cada paso?

Á LA MISMA.

Los malignos fisgones
que el apodo de coja te pusieron
son, Dorotea, bravos picarones.
Si acaso conocieron
que á tus ojos la luz del bien no llega,
no era mejor que te llamasen ciega?

Á UN MAL ABOGADO.

Se quejan mis clientes
de que pierden sus pleitos; pero en vano.
A mí, ¿qué se me dá, si siempre gano?

Á OTRO QUE GRITABA MUCHO.

Ni me fundo en las leyes
que los sabios de Roma publicaron,
ni en las que nuestros reyes
para esplendor de su nacion dejaron;
mas tengo en los pulmones
todo el vigor que falta á mis razones.

Á UN MAL PREDICADOR.

Dijiste contra el peinado
mil cosas enardecido,
contra las de ancho vestido,
y las de estrecho calzado,
por eso alguno ha notado
tu sermón de muy severo;
pero que se engaña infiera,
porque olvidando tu oficio,
sola la virtud y el vicio
te dejaste en el tinero.

SONETOS.



Á ENARDA.

Quiero que mi pasión ¡oh Enarda! sea,
menos de tí, de todos ignorada;
que ande en silencio y sombras embozada,
y ningún necio mofador la vea:

Sea yo dichoso, y mas que nadie mea
que es con tu amor mi fe recompensada;
que no por ser de muchos envidiada
crece la dicha á mas sublime idea.

Amor es un afecto misterioso,
que nace entre secretas confianzas;
mas muere al soplo de mordaz censura:

Y solo aquel que logra, ni envidioso,
ni envidiado, cumplir sus esperanzas,
Colma su gozo, y fija su ventura.

Á LA MAÑANA.

Ven, ceñida de rayos y de flores
la roja frente, ¡oh placida mañana!
Ven; ven, y ahuyenta con tu faz galana
la peregrina noche y sus horrores.

Ven, y vuelve á los cielos sus ardores,
su frecuencia á la tierra, y su temprana
gloria á mi pecho, en Clori soberana;
en Clori mi delicia y mis amores.

Ven, ven, que si piadosa me escuchares,
yo te alzaré un altar sobre el florido
suelo que honrará Clori con su planta,

Y en él, después te ofrecerá á millares
las víctimas mi pecho agradecido,
y los devotos himnos mi garganta.

Á LA NOCHE.

Ven, noche amiga, ven, y con tu manto
mi amor encubre y la esperanza mía:
ven, y mi planta entre tus sombras guía
á ver de Clori el peregrino encanto;

Ven, y movida á mi amoroso llanto,
envuelve, y lleva en tu tiniebla fría
el malicioso resplendor del día,
testigo y causador de mi quebranta.

Ven esta vez no mas, que si piadosa
tiendes el velo á mi pasión propicio,
y el don que pide otorgas á mi ruego;

Tan solo a ti veneraré por diosa,
y para hacerte un grato sacrificio,
mi corazón dará materia al fuego.

Á ALMENA.

Las dudas, bella Almena, y los recelos
que en mi sencillo corazon se abrigan,
de mi desgracia el fiero mal mitigan,
sin agraviarle con infames zelos.

Llegará acaso el dia en que los cielos
mi sufrimiento y mi temor bendigan,
cuando por premio de su afan consigan
serenidad y gozo mis desvelos.

Dichoso entonces yo, si coronando
la firme fe de una passion sincera
premiaras tú mi humilde sufrimiento!

Dichoso entonces mi tormento, cuando
seguridad cumplida y duradera
suceda á la inquietud de mi tormento!

Á ENARDA.

Bello trasunto del semblante amado,
que acá en mi corazon llevo esculpido,
cómo pudo el pincel, aunque regido
de diestra mano, haberte bosquejado

Cómo en humana idea tal dechado
de perfeccion ser pudo concebido?
Por qué milagro en el marfil bruñado
respira y ve mi dueño idolatrado?

Del bello original la gracia, el brío,
el peregrino encanto, el gentil arte,
y hasta el alma copiados en tí veo.

Gracias á su deidad y al amor mio!
porque solo pudieran inspirarte
belleza, Enarda, y vida mi deseo.

Á CLORI.

Sentir de una passion viva y ardiente

de tu esplendente coche:
ni el trono en que resides
bañado en luz, ni el noble,
alto, inmortal origen
de tu deidad triforme,
bastaron á librarte
de amor y sus harpones.
Tú amas, sí, tú sigues
la ley que reconocen
con fuerza irresistible
los hombres y los dioses.
Y en tanto que corrida
quisieras las regiones
trocar del alto cielo
por los tart.
del duro am
registras to
las playas y
los mares y
buscando a
al barragan
las cumbres
el bado de ti
Le hallas por fin, mas cuando
amante reconoces
de tu pasión la causa,
y al dulce triunfo corres,
el mísero insensible,
y huyendo en sueño torpe,
ni á tu esplendor despierta,
ni aun sueña tus favores.

A MELENDEZ.

¿Quién me dará que pueda,
Batilo, remontado
sobre el humilde vulgo

**CANTINELA A DON RAMÓN DE POSADA, CON MOTIVO DE
UNOS VERSOS ESCRITOS POR UNA SEÑORA AME-
RICANA.**

¿De cuando acá las Musas,
que solo á los mozucllos
sus gracias repartían
antes de ahora, hicieron
tan súbita alianza
con otras de su sexo?
Injustas y envidiosas,
jamás en otro tiempo,
á las graciosas niñas
fiaban sus misterios.
Del Pindo á la eminencia,
de su dorado asiento
tienen las orgullosas
vecino al alto cielo;
las delicadas plantas
nunca subir pudieron,
ni de ellas ser soñá
hollado aquel sendero,
que plantas mas robustas
condujo en otros tiempos

tomó la melodía,
la exactitud del metro,
el número armonioso,
los agudos conceptos
la gracia y la dulzura
que hierven en sus versos?
El rubio y claro Apolo
fué acaso su maestro?
Acaso de las Musas
los virginales pechos
tocó algún día? Acaso
crióse en el Permeso?
Safo á Faon quería,
y Amor la inspiró versos.
Debió tal vez Leonarda
á Amor su magisterio?
¡Ah! cuántos envidiosos
tendrá tu entendimiento,
discreta Safo! A cuántos
• inflamarán sus zelos!
Dichoso el que alcanzare
con bien tañido plectro
loar condignamente
tan peregrino ingenio!
y mucho mas dichoso
quien logra ser tu empleo!

TRAGEDIA

TITULADA

PELAYO.

PRÓLOGO.



Esta tragedia, escrita en el año de 1769, y corregida en los de 1771 y 72, sale ahora á ver la luz pública. Algunas personas acostumbradas á mirar con indulgencia mis trabajos, la creyeron digna de tan buena suerte; yo no sé lo que piense de su mérito: mi juicio se arreglará al del público, que es las mas veces juez imparcial de estas materias.

En medio de una multitud de ocupaciones, á que me tienen siempre sujeto el capricho y la necesidad, concebí el designio de escribir esta tragedia. Al punto puse en ejecución esta idea; pero sobre un plan incorrecto y poco examinado. La escribí por intervalos en aquellos ratos que se llaman perdidos, porque no se consagran al desempeño de las principales obligaciones; pero que no merecen este nombre, cuando satisfechas aquellas llenan los hombres de letras sus ócios con tareas mas dulces, ó emplean en ellas los momentos que hurtaron al sueño y al reposo. Con esto digo que la escribí atrepelladamente, y era forzoso que sacase del molde mil defectos. Traté despues de corregirlos; pero con poco éxito, porque los vicios originales de una obra nunca ceden á la correccion.

Dicen algunos que este *Pelayo* se parece mucho á la *Hormesinda* del señor Moratin. Yo digo que es muy posible, porque son hermanos.

Si con esto quieren decir que me aproveché de su trabajo, se engañan. Las personas que leyeron el *Pelayo* en el año de 69, y las que quieran cotejarle ahora con la *Hormesinda*, saben que no miento.

Dicen otros que mi *Pelayo* sale vestido á la francesa; que su estilo huele al de los trágicos ultramontanos, y... otras mil cosas. Confieso que antes, y al tiempo de escribirle, leía muchísimo en los poetas franceses. Confieso mas, procuré imitarlos: si no otra cosa, á lo menos debo este defecto á mis modelos.

Leía mucho el orador romano Antonio en los historiadores griegos, y de resultas decia: *Sic cum istos libros studiosius legerim, sentio orationem meam illorum cantu quasi colorari*. Cic. de Orat. lib. 2.

En cualquiera composicion se debe observar cuidadosamente la pureza del idioma, y siempre es defecto reprehensible afectar en el estilo cierto aire de una lengua estraña; pero hay gentes tan escrupulosas en estas materias....

¡Cuántos estrangeros han procurado enriquecer sus obras, tomando voces y frases del nuestro!

Yo no traté de imitar, en la formacion de esta tragedia, á los griegos ni á los latinos. Nuestros vecinos los imitaron, los copiaron, se aprovecharon de sus luces, y arreglaron el drama trágico al gusto y á las costumbres de nuestros tiempos: era mas natural que yo imitase á nuestros vecinos que á los poetas griegos.

Cuando Horacio decia á sus paisanos:

. *Vos exemplaria græcæ*
Nocturno versate manu, versate diurna,
 ART. PORT.

ya conocia Roma muchos trágicos y muchísimas tragedias latinas: con todo, les mandaba seguir los modelos griegos; pero si viviese en el dia, y nos diese reglas, acaso nos mandaria que leyésemos á Racine y Voltaire.

No tendria yo reparo en confesar otros defectos que reconozco en esta obra, si creyese que mi confesion podria pasar por sincera; pero en todo caso seria inútil.

Nadie perdona á un poeta los defectos graves: todos deben perdonarle los descuidos ligeros, imitando la indulgencia del maestro Horacio que decia:

. *Non ego paucis*
Offender maculis, quas aut incuria fudit,
Aut humana parum cavit natura.

ART. PORT.

La accion sobre que escribí mi tragedia es la muerte de Munuza; accion la mas grande y distinguida que contiene nuestra historia, sino por su esencia, á lo menos por el íntimo enlace que tiene con los principios de la restauracion de la patria. ¿Para qué buscamos argumentos en la historia de otras naciones, si la nuestra ofrece tantos, tan oportunos, y tan sublimes?

Belloy mereció en Francia las distinciones que á todos constan, por haber ensalzado las

glorias de su nación en el sitio de Calais.

Horacio, que conocia muy bien la importancia de esta maxima, alaba á sus paisanos por haberla observado:

*Nec minimum meruere decus vestigia gratas
Ausí desorere, et celebrare domesticas feda.*

ART. PORT.

Ultimamente mi Pelayo sale al público sin patrono, ni aprobantes. No los tiene, porque no los ha buscado. ¿A quién faltan hoy día aprobantes ó patronos?

Nunca se han graduado las obras por el mérito ó el poder del Mecenas que las protege. ¿De qué sirve pues importunar á los poderosos con dedicatorias lisonjeras, hinchadas y pomposas? ¿Qué se adelanta con empeñarlos en la proteccion de los trabajos literarios?

Las dedicatorias nunca aprovechan al escritor que las hace, ni engrandecen al Mecenas que las recibe: todos saben que las dicta la necesidad, y las adorna la adulación. Lo mismo digo de las aprobaciones. No hay mejor censura que la que hace privadamente un amigo docto y sincero, consultado por autor prudente y dócil; ni aprobacion mas honrosa, que los elogios con que distinguen las personas ilustradas los útiles trabajos de un escritor. ¿Pero de qué sirven estas operaciones molestas, afectadas, que son aun de moda, y salen al frente de las obras, autorizadas con el impropio nombre de censuras? Las obras buenas no las necesitan, en las malas son inútiles, y en todas importunas.

Por otra parte á mi tragedia no le faltarán

aprobantes ni patronos: el nombre solo de *Pelayo*, respetable en todo el mundo, dulce y grato al oído de los buenos españoles es el mejor título en que puedo fundar la esperanza de una favorable acogida. Cuando ensalzo las glorias del país en que nací, cuando recuerdo las grandes virtudes del héroe de la nación, debo esperar que mis paisanos y compatriotas sean los aprobantes y patronos de mi trabajo.

Si ellos reciben con indulgencia esta tragedia, habré logrado el único premio á que puedo aspirar: premio dulce y honroso, que bastará para recompensar abundantemente mis toles cuale-
tanos.

*Ipsi veniant ad nos in multitudine contumaci-
et superbia, et disperdant nos, et uxores nostras, et
filios nostros, et ut spoliēt nos: nos verò pugna-
bimus pro animabus nostris, et legibus nostris.*

NACHAN. lib. 4, cap. 3, v. 20:

ARGUMENTO.

~~—~~

El argumento de esta tragedia es la muerte de Munuza, gobernador de Gijón puesto por los moros, donde residia Dosinda, hermana de Pelayo. Mientras este permanecia en Córdoba ajustando varios tratados con el rey Tarif, Munuza intenta casarse con Dosinda, prometida á Rogundo, noble y distinguido jóven asturiano. Lo manifiesta á entrambos; y porque lo resisten con heroismo, manda poner á Rogundo en el castillo, y conducir á su palacio á Dosinda. En este estado se presenta Pelayo, que vino precipitadamente de Córdoba cuando menos le esperaba Munuza, y cuando menos le aguardaban por momentos los asturianos. Antes de acabar de instruirle sobre los motivos de su repentina vuelta, le pregunta la causa de la reclusion de su hermana y de Rogundo. Munuza le dice, que como premio de sus altos servicios, y como prueba de lo mucho que le estimaba. Pelayo se sorprende al oír tal intento y tal insulto, se enfurece, y le impropia. El tirano procura mitigarle, y no consiguiéndolo, manda asegurarle secretamente en el castillo, y que se acelere la preparacion de su desposorio con Dosinda. Se subleva el pueblo: los gijoneses se apoderan del fuerte, y al tiempo de conducir los moros á él á Pelayo, Rogundo libre les arrebatla la presa, y capitaneando á los nobles lleva el estermínio á todas partes. Lo sabe Munuza, que rabioso quiere correr al combate; le detiene Achmet,

su confidente, y en este estado le presentan los moros á Pelayo desarmado, quien procura recobrar su espada amparado por los asturianos. Munuza, que le ve inermé, va á él con un puñal en la mano; pero Rogundo, que en este tiempo se habia aparecido en el fondo de la escena, advirtiendo el peligro de Pelayo, vuela á herir á Munuza: lo advierte Achmet, y procura estorbarlo para defender al tirano; de modo que interpuesto entre Munuza y Pelayo, defiende sin querer la vida de este, y no la de aquel, que cae herido por Rogundo. Pelayo se apodera de su hermana; Munuza se retira á morir sostenido por Achmet; huyen de Gijon los moros asustados, y Pelayo, Rogundo, Suero y los demás asturianos celebran esta accion, tan venturosa para la restauracion y tranquilidad de aquel pais.

ACTORES.

~~ACTORES~~

PELAYO, Duque de Cantabria, de la sangre real de los Godos.

MUNUZA, Gobernador de Gijón puesto por los moros.

DOSINDA, hermana de Pelayo.

ROGUNDO, Señor principal de Gijón, de sangre goda, amante de Dosinda.

SUERO, amigo de Pelayo.

ACHMET-ZADE, jefe de la guardia del Gobernador.

KERIN, oficial moro.

INGUNDA, confidente de Dosinda.

GUARDIAS de Munuza.

CIUDADANOS de Gijón.

La escena se representa en la ciudad de Gijón.

ACTO PRIMERO.



ESCENA PRIMERA.

El teatro representa á un lado el palacio del Gobernador, en cuyo átrio se supone la escena; á otro un resto de la ciudad de Sijon, y en él un fuerte que domina á la marina, que deberá también descubrirse en el fondo de la escena.

ROGUNDO, SUEÑO.

ROGUNDO.

No me culpes, amigo, considera
que la desconfianza y los cuidados
viven siempre en los pechos oprimidos.
¡Ah! qué infelices somos!

SUEÑO.

Don Pelayo
conoce mi lealtad, señor, la carta
que os traigo desde Córdoba, probaros
debe su confianza y mi obediencia.
Si supierais, Rogundo, cuán turbado
queda su corazón... Apenas puso
vuestras últimas cartas en su mano
el fiel Egila, cuando á su presencia

me llamó y dijo. «Al punto, Suero, amado, da la vuelta á Gijón: dile á Rogundo que queda mi amistad acelerando la conclusion de todos los negocios para volver á Asturias: que entretanto resista las ideas de Munuza, y en fin, si recelase algun osado intento de su parte... pero corre, Suero, pon esos pliegos en su mano; Vuela, que allá sabrás cuánto ha ocurrido. A pesar del estorbo de los años mi celo le obedece, y vos no obstante reservado y dudoso...

ROGUNDO.

Los quebrantos que afligen á la patria, noble amigo, nos hacen recelar de todo cuanto se pone á nuestra vista; de Munuza la perspicaz política ha minado todos los corazones con astucias; solo los que se humillan á su mando logran su confianza, y los leales viven entre cadenas. Sin embargo, fío de la lealtad. Nadie nos oye: el honor y la vida de Pelayo corren, oh amigo, el último peligro: Munuza va á perdersenos.

SUERO.

¡Dios sagrado!
Pues qué, señor, Munuza?...

ROGUNDO.

Ya te acuerdas de aquel día terrible y malhadado para la trista España, en que Rodrigo rindió al furor del bárbaro africano

tan altivos proyectos, esta plaza
 que siempre fué de su ambicion el blanco,
 quedó sujeta al desleal Munuza,
 y á una porcion escasa de africanos
 que la guarnecen: todos al principio
 vivíamos tranquilos, esperando
 de nuestra libertad el venturoso
 retardado momento. Ah! cuán livianos
 son los juicios de todos los mortales!
 Tú sabes bien que apenas respiramos
 lejos del vencedor, y que Munuza,
 que hoy gobierna á Gijon, tomó á su cargo
 el agravarnos tan pesado yugo.
 ¿Podrás creerlo? Este era el secretario
 del comun opresor, duro instrumento
 de la saña y furor del africano;
 traidor á España, á la virtud y al cielo,
 quiere erigir un trono soberano
 sobre las tristes ruinas de la patria.
 De este intento murmuran ya los cabos
 moriscos sin rebozo, mientras diestro
 los sabe él deslumbrar. ¡Ah! si entre tanto
 no abrigase en su pecho otras ideas!
 Fuera menos temible; pero osado
 su corazon aspira á la fortuna
 de enlazarse á la sangre de Pelayo.

SUERO.

¿Qué me dices!

SEGUNDO.

Si, amigo : de su hermana
 á cualquier precio logrará la mano.
 Apenas de Gijon se ausentó el duque
 empezó con obsequios disfrazados
 á tentar la constancia de Dosinda :
 político y amante le observamos
 fingir para obligarla mil finezas ;

pero viendo despues que sus cuidados
le hacian importuno, cauteloso
los suspendió del todo, y entretanto
nos da tal cual indicio de un proyecto
que me llena de horror y sobresalto.
¡Oh, justo Dios! La sangre de los godos,
que nuestros nobles pechos conservaron,
y el premio á mis lealtades ofrecido
serán la recompensa de un tirano?

SUERO.

Pero, señor, podrá olvidar Munoz
que esta princesa desde tiernos años
está ofrecida á vos? ¿Qué solo faltan
las santas ceremonias para que ambos
os unais con un lazo indisoluble?
Pues qué, vuestro valor, el de Pelayo,
la promesa, el honor, la amistad santa,
y la fé esponsalicia...

ROGUNDO.

Tan sagrados
vínculos no detienen á un impio :
y quién podrá hacer frente á sus conatos?
Siguiendo una política perversa,
este fiero opresor ha procurado
separar los estorbos que pudieran
oponerse á su furia. Soberano
absoluto del fuerte y de las tropas ;
socolor de inquietud aprisionados
los mas de nuestros nobles; detenido
en Córdoba Pelayo, el gran Pelayo,
nuestro último apoyo y esperanza :
quién nos dará socorro? ¿Quién librarnos
podrá de tanto riesgo? El mismo cielo
contra nuestros delitos irritado
nos entrega al furor de los infieles,
y abandonando su piadoso brazo

la nación otras veces protegida,
aun esta esclavitud que toleramos
es por ventura el miserable fruto
de los excesos nuestros.

SUSAN.

Y entre tanto
será de nuestro afiepto único empleo
la inútil queja? Humilde nuestro labio
aprobará el desprecio de las leyes?
¿Podréis sufrir vos mismo, que violando

SEGUNDO.

enl reinos en palacie; vende como
la furia del tigre despreciando,
le culpo en perfidia...

SUERO.

Todavía

es temprano. Rogueme; mas despacio
las heróicas empresas se meditan.
El ardor juvenil de vuestros años
os puede ser fatal, si la prudencia
no le sirve de guía: disfrazando
Munuza sus ideas bajo el velo
de una falsa amistad, ha procurado
ocultarlas á todos; y no es justo
que intempestivamente le arguyamos
de un delito que oculta cautamente
allá en su corazon. Al que es malvado
sus mismos artificios le descubren.
Huid, pues, de su vista, y entretanto
reprimid el dolor y los recelos,
que si imprudente los fias á el leñe,
peligrara sin duda nuestra empresa:
sabrä Munuza precaverse, y cuando
corramos á echar mano del remedio,
ya no podrä el remedio aprovecharnos.
Ahora solo conviene el disimulo:
vivan nuestros temores sepultados
en el fondo del pecho: en adelante
Dios abrirä camino.

ROGUDO.

Los cuidados

que llenaban mi alma de amargura
se templan con tu voz, y hebre descanso
en tu noble lealtad y tus consejos.
Observemos, amigo, del malvado
Munuza las obscuras intenciones,
leamos sus ideas; y entretanto

yo voy á consolar á la princesa,
y á contarle tu arribo. De palacio
debe salir Munuza, y no quisiera
que viese en mi semblante mis cuidados

SUERO.

Id sin temor, en tanto que yo espere
para hablarle de parte de Pelayo ;
y porque mi venida no le sea
sospechosa.... Ya llega.... Retiraos.

ESCENA II.

MUNUZA, ACHMET, SUERO, GUARDIAS..

MUNUZA.

¿Qué me dices, Achmet?

ACHMET.

Señor, yo mismo
le ví llegar; pero si no me engaño.
vedle allí, aquel es Suero.

MUNUZA.

Te aseguro
que su arribo me cuesta algun cuidado.

SUERO.

El duque de Cantabria, deseoso
de que sepais el favorable estado
de sus ajustes con Tarif, me envia
á vos.

MUNUZA.

¿Pues cómo? ¿Dónde está Pelayo?

SUERO.

En Córdoba, señor; y su embajada
se vá ya á fenecer.

MUNUZA.

Pero ha pensado
sin mi orden....

SUERO.

Cuando haya concluido,
todas las comisiones de su cargo,
no deberá esperar orden alguna
para volver á Asturias. Los cuidados
de su casa y el ruego de Dosinda
claman por su regreso; sin embargo,
no sé qué diferencias suscitadas
por el gefe agareno le obligaron
á detenerse en Córdoba.

MUNUZA.

Si: aun debe
permanecer allí por tiempo largo;
los intereses suyos y los mios,
y el bien de este pais, todo está en mano
de Tarif: él le hará volver á Asturias
premiado y satisfecho. ¿Y qué, Pelayo
se halla en Córdoba bien? Decidme, cómo
los moros andaluces le han tratado?

SUERO.

Bien conocen, señor, todos los moros
el mérito del duque; pero cuando
á pesar de su sangre, sus virtudes,
y la opinion que le adquirió su brazo,
quisieran rehusarle un justo obsequio.
solo en vuestra amistad funda el mas alto
derecho á sus aplausos y favores.
Sin embargo, el amor que profesamos
todos á sus virtudes, las continuas
instancias de su hermana, y el cuidado
de repetiros nuevos testimonios

de su amistad , pudieron algun tanto
 disgustarle de aquella residencia :
 tambien han concurrido sus vasallos
 á turbar su sosiego : de Cantabria
 le avisan que la guerra en sus estados

MUNUZA.

ESCENA III.

MUNUZA , ACHMET.

MUNUZA.

Amigo.

las noticias de Suero has escuchado?
 Conozco que la suerte favorece

siempre es hija de un ánimo forzado :

el temor del castigo puede solo
reprimir su furor , y en estos casos
nunca ha sido prudente la blandura.

ACHMET.

Pero , señor , ¿porqué con tal cuidado
alejais de Gijón al de Cantabria?

Pelayo

Yo

MUNOZA.

Yo lo confieso : Achmet , el dulce encanto
de sus ojos , su noble compostura
y otros mil atractivos soberanos
que brillan en su rostro , á su belleza
mi pecho y mi albedrío sujetaron.
Pero este mismo amor es el motivo
que tiene ausente en Córdoba á su hermano.

ACHMET.

El amor de Dosinda?

MUNOZA.

Si , no culpes ,
querido Achmet , el fuego en que me abraso.
Yo la adoro. Bien se que me aborrece ;
sé que espera Rogundo de su mano
la dulce posesion ; pero no obstante ,
á pesar de Rogundo , de Pelayo ,
de su mismo desden , y de mi gloria ,
pretende ser su esposo.

ACHMET.

¡Cielo santo!

¿Vos su esposo , señor?

MUNUZA.

Y correrá á entregar á un dueño ingrato
un corazon formado en los combates?

pensad mejor...

MURUZA.

**Ya le he reflexionado.
No receles, Achmet; están tomadas
las mejores medidas.**

ACHMET.

**Pero acaso
los nobles de Gijón.....**

MURUZA.

**Los mas altivos
gimen en el castillo aprisionados
bajo algunos pretestos especiosos,
y ya no temo el brio de su brazo,
que oprimen y enflaquecen las cadenas.
Mi cautela alejó de aquí á Pelayo,
y el celo de Tarif sabrá burlarse
de sus solicitudes, prolongando
la conclusion de una embajada inútil.
si pretende Rogando temerario
alegar la razon de sus derechos,
¿no sabré yo oprimirlo ó aplacarlo?
Y cuando en fin todo ese feroz pueblo
osare resistirme, los soldados
que le guarnecen salvarán mi intento.
La menor inquietud pondrá á mi lado
los muros que se esparcen á la orilla
del golfo de Cantabria. A congregarlos
partió Kerin, y volvera muy presto.
Nada me da temor. Si con halagos
puedo vencer el pecho de Dosinda,
será feliz mi suerte; mas si tantos
desvelos no la obligan; si no logro
la posesion de su adorable mano,
tiemble de mi furor España toda.
Esto ha de ser: Achmet á este palacio**

debes tú conducirla de mi orden:
 vé á decirla mi amor y mis cuidados ,
 implora su piedad ; mas sobre todo ,
 si no bastan el ruego y el engaño ,
 usarás del poder y la violencia.
 Kerin llega. Ya es tiempo ; retiraos.

ESCENA IV.

MUNUZA, KERIN.

KERIN.

He corrido , señor , en vuestro nombre
 Desde la triple ara que el romano
 Apuleyo erigió en honor de Augusto ,
 hasta el último puerto colocado
 sobre el inquieto Océano de Asturias.
 Las tropas sarracenas , que á su cargo
 tiene el fuerte Alahor en esta costa ,
 se van ya de su orden congregando ,
 y estarán prontas al primer aviso :
 impacientes y altivos los soldados
 esperan vuestra orden.

MUNUZA.

Yo agradezco
 tu celo y obediencia , y entretanto
 que tomo otras medidas , ve al castillo ,
 arregla su custodia , y á palacio
 vuelve despues á preparar la guardia.
 Sobre todo , Kerin , sigue los pasos
 de Rogundo , y observa sus acciones :
 Achmet de lo demas podrá informaros.

ESCENA V.

MUNUZA.

En fin , bella Dosinda , estos desvelos ,

síntomas de un afecto arrebatado ,
te abrirán un camino para el trono.
Yo aspiro á ser tu esposo ; mas mi mano
no osaría enlazarse con la tuya
si no ganase un cetro. ¡ Ah ! si al halago
de empuñarle se ablandan tus desdenes,
dichosa la inquietud que le consagro.
De Gijón los soberbios moradores
te verán en mi corte , y á mi lado,
ceñida la diadema ; en tu presencia
doblarán la rodilla ; y enlazados
de nuevo los leones y las lunas ,
serán en mis insignias el espanto
de los pechos rebeldes. ¡ Miserable
del que á mi amor se oponga temerario !

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.



ESCENA PRIMERA.

DOSINDA, INGUNDA.

Gran salon del palacio de Munuza. Dosinda desde el fondo del teatro se va acercando al frente de la escena con mucha pausa y con semblante lloroso y afligido; Ingunda la sigue, demostrando tambien su sentimiento con algunos ademanes de compasion.

DOSINDA.

¿A dónde estoy? A qué mansion odiosa
me han traído? Sin fuerza y sin aliento
puedo apenas mover con tardo paso
los fatigados y dolientes miembros.
Para este nuevo susto, cruel destino,
me vuelves á la vida. ¡Ah! yo preveo
los terribles combates que prepara
á mi inocencia un opresor violento.
¡Ah, hermano infeliz! Ah, triste amante!
el dolor que amenaza á vuestro pecho
redobla la amargura del que sufro.

INGUNDA.

Templad vuestro dolor, señora, el cielo
concede á mi lealtad en este trance

el que pueda asistiros. De mi afecto
oid la voz.

DOSINDA.

Ingunda, no interrumpas
el curso de las lágrimas que vierto;
combatida de angustias y temores,
solo ballará en el llanto algun remedio
mi triste corazon.

INGUNDA.

Pero, señora,
no os dejéis oprimir del sentimiento:
yo os miro enternecida, vuestro llanto,
vuestro dolor es justo, os lo confieso;
pero en vez de ceder á esta desgracia,
es forzoso pensar en el remedio.
Una atrevida orden de Munuza
os tiene en su palacio; sus intentos
pueden conjeturarse: sin embargo
yo no creo señora, que violento
olvide en un instante cuanto debe
á vos y á don Pelayo; sus deseos
tal vez aspiran solo...

DOSINDA.

Calla, Ingunda,
no aumentes mi dolor. El mas violento
insulto cometido en mi persona
no me hará recelar? Tus ojos vieron
con qué extremos de furia y de violencia
me condujo su guardia: ni mis ruegos
humildes, ni mis lágrimas amargas
pudieron reprimir el vil intento
del inflexible Achmet. Abandonada
de mi familia, sola, sin consuelo,
y en un mortal desmayo sumergida,
á este odioso palacio me trajeron

los crueles ministros de su órden;
y cuando vuelvo á recobrar mi aliento...
¡Oh Dios! mira qué objetos se presentan
á mis ojos. Y qué ~~temer~~ no debo
que Munuza atropelle mi decoro?
¡Ah! despues de este arrojó sus intentos
quizá pronto... Mas ¿quién en esta angustia
querrá darme favor? Querido dueño!
Triste Rogundó! A dónde está tu brio?
El honor de Posinda está en gran riesgo;

INGUNDA.

¿creeis que los valientes asturianos
no armarán su valor por defenderos?
A pesar de las artes de Munuza
vos sabéis cuanto anhelan el momento
de sacudir un yugo intolerable :
el cielo está propicio á sus deseos ,
y el arribo de Suero os asegura
que vuestro hermano volverá muy luego.
Entonces su presencia....

DOSINDA.

MUNUZA DOSINDA , ACHMET , KERIN.

MUNUZA. *en el fondo de la escena.*

Kerin , haz que la guardia esté dispuesta
para el primer aviso. Tú del pueblo

(A Achmet;
observa los semblantes , y á Rogando

nunca pierdas de vista.

DOSINDA.

¡Justo cielo!

Habr  dolor que iguale al dolor mío!

ESCENA III.

MUNUZA , DOSINDA.

MUNUZA.

Señora, ya mi amor y mis deseos, 1
contentos con la dicha de miraros
en esta habitacion, se han satifecho.
Sin embargo, no logro esta ventura
sin mezcla de dolor. El blando ruego
de Achmet, que fué   llamaros de mi órden, 2
hubiera sido inútil, si los cielos,
priv ndoos de sentido, no se hubiesen
declarado por mí en aquel momento. 3
Saben ellos las finas inquietudes
que este accidente conmovió en mi pecho.
Pero en fin ya, Dosinda, vuestros ojos
honran estas paredes, y ya os veo
donde debeis mandar como señora.
  Ah! si por suerte mi amoroso intento
no os halla mas piadosa, si ahora mismo
mi tierno amor irrita vuestro ceño,
mucho dolor se mezclar    mis glorias!

DOSINDA.

  Tan afligida estoy! que apenas puedo
dar el preciso aliento   mis palabras.
Vos habeis ultrajado mi respeto,
y   pesar del honor y la decencia,
por medio de un insulto el mas horrendo
me hicisteis conducir   este palacio:

venís aquí á buscarme , y cuando espero
que me deis la razon de esta violencia ,
solo me habláis de amor? ¿Pues qué, mi pecho,
despues de una desgracia tan sensible,
temerá otra mayor? Pero dejemos
de recordar una pasion odiosa ;
mal podrá el corazon oír sus ecos
lleno de tan funestas inquietudes.
Decidme , pues , Manuza , ¿ por qué escoso
vengo á ser hoy objeto miserable
de vuestra tiranía? Cuando os veo
pronto a olvidar mi estado , y mis mayores,
no sé si miro en vos un juez severo
que trata de juzgarme , ó un tirano
entregado al furor de sus deseos.
Porque nunca, señor , las santas leyes
oprimen la inocencia , y yo sospecho
que vuestro proceder...

MUNUZA.

Señora : en vano
baldonáis un delito , que mi afecto
debiera disculpar. El amor solo
ha podido inspirarle , os lo confieso ;
pero cuando el ardor con que os adoro
no sirva de disculpa , el desden vuestro
hará menor la ofensa. Apenas puse
las plantas en Gijon , y apenas vieron
de vuestro rostro el resplandor mis ojos ,
os rendí el corazon : un cruel silencio
retiró esta pasion de vuestro oído :
yo resistí su triunfo , y conociendo
que el triunfo de agradaros se perdía ,
negado á mi pasion y á mis ruegos ,
solicité olvidaros. Por lograrlo
se esforzó el corazon. Pero ¡ ah ! ¡ cuán cierto
es que el amor arrastra al albedrío!
La misma resistencia y el silencio

atizaron el fuego de mi llama :
 su ardor me alucinó , rompí el secreto ,
 os declaré mi amor , y empleé en vano
 ternetas y suspiros por vencersos ;
 pero todo sin fruto , pues no pude
 ablandar el rigor de vuestro pecho.
 Siempre un frío desdeñ fué triste paga
 de mis ardientes ansias , y á mis ruegos ,
 aunque envueltos en mi humilde llanto ,
 siempre opusisteis un cruel desprecio.
 Entre tantas angustias don Pelayo ,
 ingrato á mi amistad , sordo á mis ruegos ,
 y cómplice tal vez en vuestro odio ,
 pretendió destinaros á otro dueño :
 tal vez el corazon mas reverente
 sus límites señala al sufrimiento ;
 así cansado el mio de un desaire ,
 injurioso á su ardor y á mi respeto ,
 meditó al fin un medio que salvase
 mi gloria, y mi pasion a un mismo tiempo.

DOSINDA.

¿Pero debió aquietarse vuestra gloria
 á costa de mi fama, por un medio
 injurioso al decoro de mi estado,
 al honor de mi hermano?

MUNUZA.

¡Ah! á mis ruegos
 estuvo sordo siempre vuestro hermano
 su ingratitud da causa á estos extremos.

DOSINDA.

¿Y os parece bastante esta disculpa?
 Por qué debió Pelayo en menosprecio
 de una promesa santa esperanzaros
 del logro de mi mano, cuando el fuero
 de los godos, la ley de las naciones,

el cielo, y la razon dan un derecho
firme y sagrado al prometido esposo?
Vos sabeis que Rogundo fué el primero
que mereció la oferta de mi mano.
Por eso mi desden en ningún tiempo
podrá justificar vuestra conduzca:
él era un solo natural efecto
del recato que siempre me inspiraron
la virtud, el honor y el nacimiento.
Vos lo habiérais notado si miraseis
mis ruegos con ojos mas serenos.
¿Y por qué presumís que yo insensata
tratase solamente de ofenderos,
á vos, de cuya mano están pendientes
el bien y el mal de este infelice pueblo?
El honor ha reglado mi conducta;
yo respeto sus leyes, y os protesto
que ellas solas me dictan estas voces.
Pero, señor, vos mismo que en el centro
estais de las grandezas y las dichas,
podreis desatenderlas? No, no creo
que en vuestro corazon quepa esta mancha
si el amor hasta aquí seguisteis ciego,
seguid ya del honor, que por mí os habla,
la religiosa voz. y obedeciendo
á sus inspiraciones, alejadme
de esta ingrata mansion, volvedme al seno
de mis padres, y haced que una infelice
pueda tranquila ver la luz del cielo.

MUSUZA.

No, señora; ya es tarde, no es posible
revocar una empresa cuyo efecto
debe ser mi inquietud y vuestra gloria.
Vencido el primer paso, ya no puedo
volver atrás, que un público desaire,
cuando estoy á la frente del gobierno,
tendria muy fatales consecuencias.

Vuestro hermano y Rogundo verán luego
que yo mando absoluto en este sitio,
y que nadie. ..

ESCENA IV.

MUNUZA, DOSINDA, ACHMET.

ACHMET , que entra con alguna aceleracion.

Señor,

MUNUZA.

Achmet, qué es esto?

ACHMET.

A pesar de una inútil resistencia
Rogundo...

MUNUZA.

Acaba, di...

ACHMET.

Se acerca...

DOSINDA.

¡Cielos!

Yo temo que se pierda.

ACHMET:

Apenas supo
que estaba aquí Dosinda , cuando lleno
de orgullo quiso averiguar que causa
la tenia en palacio : en el momento
se encaminó á este sitio. Vuestra guardia
se le quiso oponer , pero su esfuerzo
penetrando las picas.... mas él llega.

ESCENA V.

MUNUZA , DOSINDA , ROGUNDO , ACHMET.

ROGUNDO.

Yo venia , no sé si á pesar vuestro ,
Munuza , á dedicar á esta princesa
mis humildes obsequios , pero advierto
que me estorban el paso. ¿Desde cuando
le es negado á Rogundo que á este puesto
se acerque libremente?

MUNUZA.

Desde hoy mismo ,
y esta es la última vez que mi respeto
sufrirá una pregunta tan osada.

ROGUNDO.

Los nobles de Gijon en otro tiempo
con su presencia honraban este sitio ;
vos mismo los rogabais mas atento
viniesen á palacio : hoy orgulloso
la entrada les negais; ¿pues qué misterios
anuncia esta mudanza? ¿Qué , privarnos
quereis de una fortuna que violento
quizá usurpais hoy mismo? Habeis pensado
disfrutar sin testigos el supremo,
honor de acompañar á esta princesa.
¿Y sus fieles paisanos que en su aspecto
se consuelan de pérdidas tan grandes
no podrán dedicarla algun obsequio?
En fin , señor , ausente don Pelayo ,
¿quién tiene mas legitimo derecho
para velar sobre su suerte?

MUNUZA.

Basta ,

no puedo sufrir mas , en este suelo
ninguno ha de pensar en oponerse
á cuanto yo disponga ; á vos , al pueblo
y aun al mismo Pelayo mi voz sola
puede dictarles leyes y preceptos.
Yo soy aquí absoluto , y en mi mano
se hallan depositados los derechos
de una entera conquista.

REGUNDO.

Y la conquista
pudo adquiriros el poder violento
de profanar los vínculos mas santos?
La fuerza y la invasion hicieron dueño
de esta ciudad al moro ; pero el moro
contentó su ambicion con el terreno ,
sin pasar á oprimir nuestro albedrío.
¿Y vos quereis por un culpable exceso
estender el arbitrio de la guerra
hasta los corazones? Nuestros cuellos ,
nunca sujetos á un extraño yugo ,
se doblarán á vos? En fin , yo vengo
á que restituyais á la princesa
al seno de su casa. Si haceis esto ,
yo no os disputaré las facultades ,
y cualquiera que sea el poder vuestro
será para Regundo en adelante
del todo indiferente.

MUNUZA.

No gastemos
en frívolas razones los instantes ;
retiraos al punto ; yo os advierto
que no saldrá Dosinda de este sitio
sin orden de Munuza. Idos , soberbio ,
y agradeced á su presencia amable
que os dejó sin castigo.

DOSINDA.

Yo no puedo
sufrir tanto dolor!

SEGUNDO.

¡Cruel! ¿adonde
aspiran vuestros pèrfidos deseos?
¿Sabeis que soy el dueño de su mano?

MUNUZA.

Solo sé que su mano es un supremo
don , que me ha reservado la fortuna.

SEGUNDO.

¡Oh, gran Dios: qué es lo que oigo!

DOSINDA.

¡Santo cielo!
¡Aun faltaba este golpe á mis angustias!
¡Con que en fin , vuestros bárbaros intentos
están ya declarados?

MUNUZA.

Si , señora ;
yo os descubrí mi amor , y á cualquier precio
debo ser vuestro esposo. Los cuidados
que os dediqué , los importunos ruegos
que inútilmente dirigí á Pelayo
fueron en ambos vanos. Ni yo quiero
sufrir estos desaires , ni los puede
tolerar mi decoro ; y pues los medios
suaves y rendidos no han bastado ,
yo probaré si bastan los violentos.

SEGUNDO.

Así pues los servicios de Pelayo ,
el honor de Dosinda y mis derechos

todos se olvidarán en un instante?
 Y cuando destinado á este gobierno
 debeis ser el custodio de sus leyes ,
 infiel á la amistad y al deber vuestro ,
 ¿seréis vos el primero que las viole?
 ¿Por ventura , ignorais que soy el dueño
 de la fé de Dosinda? Que una libre
 promesa suya afianza mis derechos?
 Que un tratado solemne confirmado
 en nuestros propios fueros....

MUNUZA.

Vuestros fueros
 yacen con sus autores en la tumba ;
 los alegais en vano ; el sarraceno
 es hoy legislador , y en adelante
 no habrá en Gijon mas ley que mis preceptos.

ROGUNDO.

En fin ya ese vil labio ha declarado
 todos vuestros sacrilegos intentos ,
 mas no esperéis que tan infame yugo
 pueda sufrir cobarde nuestro pueblo.
 ¿Creeis que el infortunio ha desterrado
 la virtud y el honor de nuestros pechos?
 Que el amor de la pátria , afecto ilustre
 que dió siempre la ley en este suelo ,
 y cuyo ardor jamás habeis sentido ,
 no nos podrá inflamar entre los hierros
 que vergonzosamente nos oprimen?
 Nos juzgas tan cobardes? No , perverso ;
 no creas que en los pechos asturianos
 cabe tan vil flaqueza. Tus proyectos
 irritan demasiado su bravura ,
 y no podrás gloriarte en ningun tiempo
 de haberlos ultrajado impunemente.
 Teme , traidor , que nuestro heróico esfuerzo
 castigue la perfidia , y sus autores.

Tiembla por tí, y por tus compañeros,
que puede ser que con el tiempo sea
de nuestra libertad tu sangre el precio.
Entretanto, señora, consolaos,
y esperad de mi amor y mi despecho
que os sabré defender, buscando siempre
la venganza ó la muerte.

MUNUZA.

Detenéos,
los moradores de Gijon no ignoran
cuanto vale mi voz; pero un ejemplo
hará ver de una vez quien es Munuza.
Hola, guardias.

ESCENA VI.

MUNUZA, DOSINDA, ROGUNDO, ACHMET, KERIK, GUARDIAS.

KERIK.

Señor...

MUNUZA.

Escucha.

DOSINDA.

¡Oh cielo!

¡Qué intenta este cruel!

MUNUZA.

Aseguraos
de Rogundo: llevadle con secreto
al castillo, y cuidad de su persona.

DOSINDA.

Señor...

MUNUZA.

Llevalle al punto.

ROGUNDO.

Ya comprendo
cuál será mi destino; sin embargo
espero que la cólera del cielo,
que vé tu crueldad y mi inocencia,
volverá contra tí todo su ceño.
¡Témelo por lo menos, mónstruo horrible!
La dicha no es durable en los perversos.

MUNUZA.

Retírate, infeliz, y no presumas
que me irritan tus voces. Los denuestos
suenan muy mal en boca de un rendido.

ESCENA VII

MUNUZA, DOSINDA, ACHMET.

MUNUZA.

Señora, aprovechaos de este ejemplo,
y ved en él la suerte que preparo
al que resista altivo á mis preceptos.

DOSINDA.

Vos seguiréis el rumbo que os agrada;
yo sé que mi opinion y mis alientos
están por mi desgracia en vuestro arbitrio;
mas no esperéis, señor, que esos extremos
sean nunca aprobados por Dosinda.
Firme siempre en mi amor y mis intentos,
fiel á mi obligacion y mi decoro,
jamás podré aceptar vuestros deseos:
contra la persuasion y las astucias
estoy ya precavida. Mas si fiero

para rendirme usais, como presumo,
de un violento poder, entonces el cielo,
á cuya sombra la inocencia vive,
sabr  poner   vuestra audacia freno.

ESCENA VIII.

MUNUZA, ACHMET.

MUNUZA.

 Qu  obstinación!...  Cruel! estos rigores
no podrán mitigar el vivo incendio
que mantiene en mi pecho tu hermosura.
Achmet, t  ves como un rival soberbio
me insulta aun oprimido en las cadenas;
que   pesar de lo débil de su sexo,
inmóvil   la vista del peligro,
manifiesta esta ingrata un odio eterno
al enlace que fino la propongo...
Y yo no he de triunfar de su desprecio?
Débil   infame esclavo de sus gracias
gemir  siempre en vergonzosos hierros
mi triste corazón, sin que le obliguen
un duro amor y unos amargos celos
  romper   estrechar el fatal nudo?
No puedo sufrir mas: yo me resuelvo
  celebrar este funesto enlace.
Una vez declarado,   cualquier precio
se deben sostener los intereses
de mi amor y mi gloria. Parte al templo,
haz que todo al momento se prepare
para la ceremonia. Antes que el cielo
se cubra con la sombra de la noche,
quiero que se concluya este himeneo.
Corre...,  Pero t  dudas?  Qu  recelas?

ACHMET.

Señor...

MONZA.

Dí.

ACOMET.

Permitid á mi respeto
que os disuada una idea tan injusta,

Dí:

lleno de precipicios y angosturas,
de todos ignorado, y donde el miedo
y el horror lidiarán en favor suyo?
Dejad, señor, tan peligroso intento
para otra situación mas oportuna:
haced que el disimulo, los obsequios
y el tiempo mismo ablanden á Dosinda;
presentadla un amor mas circunspecto,
mas tierno, mas sufrido, y una mano
menos violenta y dura. El rendimiento
y la ambicion podrán al fin vencerla;
y cuando no, señor, vuestros deseos
tienen siempre un recurso á la violencia.
Sufrid pues. &c.

MUKUZA.

Y entretanto, seré objeto
del bárbaro desprecio de una ingrata?
La veré siempre sorda á mis lamentos,

h;

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

:

ACTO TERCERO.



ESCENA PRIMERA.

Gran salón del palacio de Manuza.

DOSINDA, INGUNDA.

INGUNDA.

Templad, señora, el llanto; no así triste,
y consumida en un dolor continuo
afijais vuestro espíritu. Acordaos
que aun no ha llegado el último peligro.
Ya, como me mandasteis, dije á Suero
todos vuestros cuidados; y este amigo,
dispuesto á consolaros...

DOSINDA.

Si de
fuese
meno
negar
ha ce:

No creas tú que solo me atormenta
la triste situación en que me miro:

la suerte de Pelayo , espuesta siempre al furor del tirano , y los designios de este contra un esposo y un hermano son la mayor razon de mi martirio : estos graves temores despedazan mi corazon , que atento a otros peligros el propio riesgo olvida fácilmente. De la lealtad de Suero y los amigos de Pelayo conozco cuánto debe esperar mi dolor ; pero no fio de sus fuerzas. Son pocos , y les falta un gefe autorizado , cuyo brio los guie á la venganza , y los oponga al cruel opresor. ¡ Ah ! sin caudillo, sin armas , sin recursos , le parece que irán á provocar á un enemigo bárbaro y poderoso ? Y cuando todos... Pero Munuza viene : de este sitio no te apartes un punto.

INGUNDA.

En todo trance
estará mi lealtad pronta á servirlos.

ESCENA II.

MUNUZA Y LAS DICHAS.

MUNUZA.

Segunda vez mi enamorado pecho quiere , bella Dosinda repetiros las pruebas de su ardor y su fineza. Vos me habeis disgustado y ofendido , pagando con desdenes mis bondades. Si quisiese vengarme , en este sitio nadie lo estorbaria. Vuestro hermano en un clima distante está tranquilo.

el orgullo africano, los castillos
y las plazas de Asturias se abandonan
á unos viles soldados, que vencidos
con oro y con promesas, están prontos
á seguir mi estandarte. En fin, yo aspiro
á hacerme respetar por rey de Asturias,
y á elevar mi fortuna y vuestro hechizo
al trono de Gijon. Mas no por eso
presumais que el orgullo ha dirigido
mis ideas altivas y ambiciosas. . .

En premio , pues , de ofertas tan ilustres ,
solo quiero un pequeño sacrificio :
que olvidéis á Rogundo. El será siempre
víctima de mis celos , y si digno
se cree aun de vos y vuestra mano ,
sola esta presuncion es un delito
que le hará triste objeto de mi enojo :
él morirá celoso , ó preferido.....
Mas yo no he de deber esta victoria
á la venganza , ni á un rival tan digno
ha de vencer Menoza con la fuerza.
Mostraos , pues , sensible al atractivo
de un trono que el amor ha consagrado ,
y atenta á su pasion y beneficios ,
dad vuestra mano á un príncipe que os ama ,
y no la malegreis en un cautivo.

DOSINDA.

en lugar de aceptar un trono injusto,
irá á ofrecer contento en sacrificio,
al templo del honor los dones vuestros.
¡Pero por qué es perseguido. si vos mismo

¿quiza me disculpais interiormente?
 Vos conocéis muy bien que solo sigo
 las leyes del honor y la decencia.
 Y podré presumir que vuestro brío,
 esclavo de un afecto pasajero,
 que es hijo del acaso ó del capricho,
 las quiere atropellar indignamente?
 Rogundo es ya mi esposo. Si los ritos
 no han consagrado aun tan dulce nombre
 no por eso estará nuestro albedrío
 mas libre de las leyes que se ha impuesto.
 Vos no las ignorais, y yo confío,
 que sabréis respetarlas.

MUNUZA.

Y entretanto
 quereis que de Munuza el nombre altivo
 sea un objeto de burla al universo?
 Quereis que sobre el trono á que yo aspiro
 oscurezca mis glorias el recuerdo
 de un público desaire, repetido
 por el mismo rumor que las divulgue?
 Quereis en fin, que un pueblo que os ha visto
 traer á este palacio, y que conoce
 mi amor, mis inquietudes y suspiros,
 ose menospreciarme á vuestro ejemplo,
 y se oponga orgulloso á mis designios?
 No, señora: primero en sus venganzas
 será Munuza escándalo del siglo,
 que se humille al extremo vergonzoso
 de apreciar un estorbo tan indigno.
 Rogundo morirá, y el mismo acero
 que corte su cerviz, tendrá otro filo
 para romper esos funestos lazos
 con que se unen el vuestro y su destino;
 tal debe ser su suerte, si me ofende.
 Pero si él mismo cede, habré cumplido
 con el honor que me oponeis en vano.

Sí, para huir del triste precipicio
 que preparo á sus locas esperanzas
 es forzoso que siga este camino.
 Y en fin, pues sus derechos nos estorban,
 que venga aquí y decida por sí mismo
 de su suerte y la nuestra. Guardias, ¡hola!

ESCENA III.

MUNUZA, DOSINDA, KERIN, SOLDADOS.

MUNUZA.

Traed aquí á Rogundo del castillo.

KERIN entra, recibe la orden y se va con los soldados.

ESCENA IV.

MUNUZA, DOSINDA.

MUNUZA.

Sus lábios han de ser en este instante
 árbitros de su vida y su destino,

DOSINDA.

¡Pero, cruel! despues de tantos males
 con que se halla mi pecho combatido,
 y cuando estoy cercada de aflicciones,
 me obligas tú tambien á ser testigo
 de esta prueba cruel? Podré tranquila
 ver turbado á mi esposo, é indeciso
 entre la muerte y el rubor? Dejadme
 á lo menos que huya de este sitio
 donde ha de ser mi mano desgraciada
 causa fatal de tan atroz conflicto.
 Permitid que distante de estos muros

Puesta de rodillas.
 vaya á ocultarme.

ESCEÑA V.

ROGUNDO, ERRI, SOLDADOS Y LOS DIABOS.

ROGUNDO *en el fondo de la escena.*

¡Oh, Dios! qué es lo que miro!
Así triunfa un traidor de la inocencia!

MUNUZA.

A Rogundo.

Acercáos, señor, vuestro enemigo
no ha resuelto del todo vuestra ruina.
Si quereis, aun os queda algun partido
para salvar la vida: aprovechadle,
y respetad la fuerza del destino.

ROGUNDO.

Para el varon honrado no es la vida
el mas sublime bien. De ella es indigno
quien al buen nombre y fama la prefiere.
Creedme así, y hablad.

MUNUZA.

De mi cariño

bien podeis prometeros uno y otro.
Un próximo himeneo debe unirnos
á mí y á esta princesa. Ya están prontos
el aparato, el templo y el ministro,
y antes de mucho tiempo un lazo sagrado
del todo habra enervado y destruido
esos derechos que oponéis en vano;
mas pues debe la fuerza suprimirlos,
creedme, y renunciadlos desde luego.
Solo para esto os llamo. Si vencido
de mi razon cedeis el nombre inútil
de esposo de Dosinda, yo me olvido
de todos mis disgustos; mas si acaso

os empeñais tenaz en producirnos
un título ideal é imaginario;
si opuesto nuevamente á mis designios
intentais... mas no quiero recordaros
hasta donde pudiera resentido
llevar mi justo enojo sus estremes.

ROGUNDO.

¡Propuesta temeraria!

DOSIRDA.

¡Cruel destino!
Mi alma está pendiente de su labio.

ROGUNDO.

intenciones. Conozco que un suplicio
será efecto fatal de mi respuesta.
¿Pero cuando han logrado los peligros
rendir á un corazon amante y noble?
Ved si á vuestro furor cederá el mio
unos derechos santos , é inviolables
de que á mi vista os reputais indigno?
Dejo á parte los medios indecentes
por que aspirais (amante inadvertido)
á un sublime favor , que se conquista
solo con rendimientos y suspiros.

Dejo á parte tambien una promesa establecida sobre el nombre altivo del ilustre Pelayo , y confirmada con el voto comun de los patricios de esta noble provincia. No recuerdo mis grandes ascendientes confundidos en la real prosapia. Pero cuando no tuviese mi amor tan distinguidos y sublimes apoyos de su parte , ¿seria yo tan vil , tan poco fino , que abandonase el campo y la victoria á un rival orgulloso , y mal nacido? Y vos esperareis de mi constancia una accion tan infame? No : yo estimo con demasiado ardor esta esperanza , que os tiene tan zeloso , y los castigos no me harán renunciarla en ningun tiempo. Sé que voy á morir : vuestro artificio para usurparme el bien en que idolatro , me espone á los mortales precipicios. Pero antes de ferir la amistad vuestra al precio de una infamia , determino comprar con una muerte heroica y grande la gloria de triunfar y resistiros... Sí, señora , yo sé que el vil despecho

A Dosinda.

inspira á los tiranos abatidos
la venganza de todos sus desaires ;
no es el que nos oprime mas benigno.
Yo sé que he de morir , pues le disgusto ;
pero en fin , si yo muero honrado y digno
de nuestro tierno amor , muero gustoso
¡Ojalá que la muerte y los suplicios
hagan en vos eterna mi memoria!

DOSINDA.

¡Qué terrible dolor!

PELAYO , TRAGEDIA.

MUNUZA.

Habrá nacido
hombre mas insolente! Con que , ingrato!
¿no os basta despreciar con pecho altivo
vuestra vida , mi gloria , y mis favores ,
sino que osais soberbio , y atrevido
insultar mi bondad? Y cuando puedo

(Se dirige á Dosinda.)

con solo una palabra destruirlo ;
cuando al favor de mi piedad respira ,
he de vivir espuesto á los indignos
y groseros baldones de un ingrato?
¡Kerin! Que le preparen un suplicio.

DOSINDA.

¡Bárbaro! ¿qué intentas?

MUNUZA.

Kerin , llevadle.

DOSINDA.

Señor....

ROGUNDO.

No le rogueis. Yo os lo suplico.
Dejadme ir á morir , que pues no puedo
vivir en vuestros brazos, determino
perpetuar con mi muerte el dulce nombre
de esposo vuestro. Si , ¡cruel! si , impio ,
por mas que suspirais por esta dicha ,
no sabeis su valor , ni sus hechizos ,
y vuestro corazon es muy pequeño
para poder juzgar cuanto la estimo ;
pero venid á verlo en mi constancia.
¡Destrozadme , saciad vuestro apetito :
hiere , cruel! embriagate en mi sangre :
sea yo desde ahora objeto fijo

igno

BOSINDA cae como desmayada. **MUNUZA** se arroja á un sitio que habrá prevenido á un lado del teatro, **KEBIN** y la guardia conducen á **ROGUNDO**: al tiempo de salir entra **ACHMET** apresurado, y va en busca de **MUNUZA**.

MUNUZA.

¡Qué osadia! No sé como reprimo
mi cólera... Quitadle de mis ojos,
y que espire al momento en un suplicio.

ESCENA VI.

ACHMET Y LOS DICHOS.

ACHMET.

Deteneos, señor... Señor...

A Herón. A Munuza.

MUNUZA deteniéndose acatado

¿Qué es esto?

ACHMET.

Yo daba en éste instante los preciosos

órdenes en el templo, cuando escucho
por todas partes tumultuosos gritos
de alegría. Pregunto receloso
cuál de esta conmoción es el motivo,
y acabo de saber, que cuando todos
estaban en Gijón desprevenidos,
vieron llegar al duque de Cantabria.

MUNUZA.

¡A Pelayo?

ROGUNDO.

¡Oh, gran Dios!

DOSINDA.

¡Cielo propicio!

¡en qué forzoso instante nos le vuelves!

MUNUZA.

Yo no sé, donde estoy... Un repentino
terror... ¡Ah vil fortuna! ¿pero dónde...?

(Volviéndose á sonlar.)

ACHMET.

Luego que tuve tan extraño aviso
me encaminé, señor, hasta su casa,
y allí le pude ver entre el bullicio
de inmensa gente que le rodeaba,
y por no perder tiempo hacia este sitio
vuelvo...

MUNUZA.

¡Qué triste acasa! Escucha. Al punto
haz que á Rogundo llevar al castillo,
y á Dosinda á su cuarto.

MUNUZA se vuelve á arrojar en el sillal, donde guarda por un
rato un profundo silencio. Entretanto KHAÏN entra por la
puerta del castillo con ROGUNDO, y ACHMET por otra parte
con DOSINDA; y este último vuelve y se acerca á la silla con
silencio sin que MUNUZA repare en él.

ESCENA VII.

MUNUZA ACHMET.

MUNUZA.

En fin, fortuna,
tú has logrado abatirme : tus caprichos,
han agotado toda mi constancia.
¡Muger inexorable! falso hechizo
de un corazón que adora tus desdenes:
yo cedo á tu rigor y á mi destino,
¡ Pero cruel ! el tuyo está en mi mano ,

(Levantándose, y mirando al lado por donde entró
Decinda.)

y me quiero vengar. ¡ Querido amigo !
tú ves la confusiones que me cercan;
dirige mi razon; muestra un camino
de mitigar mis ansias.

ACHMET.

Solo es tiempo
señor , de que penseis en preveniros
para sufrir la vista de Pelayo :
él vendrá aquí quejoso y ofendido ;
vos le debéis templar , y proponerle
antes que los descubra los designios
que una vez declarados , ya es forzoso
sostener con vigor,... pero imagina
que él se acerca á nosotros.

MUNUZA.

Pues bien , marcha ,
y no te alejes.

. ESCENA VIII. .

MUNUEA Y DESPUES PELAYO.

MUNUEA.

¡Bárbaro destino!
¡tú me hamillas aun al que aborrezco!
En fin, señor, el cielo se ha movido
á mis frecuentes ruegos, pues os trae
tan presto á mi presencia: los avisos
que Suero me habia dado en vuestro nombre,
suponian á Tarif muy indeciso
sobre mis pretensiones,

PELAYO.

Mis instancias.

MUNUZA.

Señor, pues me haceis cargo de un delito ,
fundado en conjeturas , sin dar tiempo
á que me justifique , ya es preciso
enteraros de todos mis intentos ;
pero antes permitid á mi cariño

es
10,

¿Estoy despierto, ó sueño lo que escucho?
¿Sois vos el que me habláis?

MENUEZA.

Y ¿qué motivo
os obliga á dudarlo?

y en vano alegarás en favor tuyo
una falsa amistad, cuyos principios
fueron el interés y la perfidia:
amistad vergonzosa que abomino,
lejos de respetarla....

MURIELA.

Sin embargo
á vos es favorable, pues reprimo
mi justa ira, y sufro estos baldones:
vos estais en Gijón, y yo me humillo
á implorar nuevamente vuestro agrado.
A esta atencion me obliga mi cañño;
pero advertid, que sin el gusto vuestro
puedo llevar á efecto mis designios,
y poneros con sola una palabra
en situacion de ser menos temido.
No obstante, desde hoy los intereses
de vuestra casa se unirán al mío,
si aprobais este enlace, y desde luego
la corona de Asturias será un digno
adorno de las sienes de Dosiada.
Con mi amistad, mi alianza y mis auxilios
podréis asegurar unos estados
cuyo derecho está muy indeciso.

Así pues tu política insidiosa
usa de los mas negros artificios
para empeñarme en una accion infame!
Promesas, amenazas, medios dignos
de un corazón rebelde, en cuyos senos

tienen el fraude y la traicion su asilo.
¿Por ventura la cólera del cielo
me hará sobrevivir al estermínio
del trono de mis padres, solamente
para verte triunfar del honor mio ;
único bien, que del comun naufragio
me salvó la virtud? Y tú, nacido
para servir entre la oscura plebe
debajo de mis leyes, has creído
que adornará Pelayo tu vil frente
con su misma corona, con el digno
premio de su valor y sus virtudes?
Conozco tu amistad: estos designios
ambiciosos me prueban su carácter.
Aun no contento con haber vendido
tu religion, tus leyes y tu patria
al infame interés de ser caudillo
de un ejército infiel, quieres en vano
que el trono, y un enlace esclarecido
de tu conducta cubran el oprobio.
Así las consecuencias de un delito
son siempre unos delitos mas odiosos,
y así en la oscura senda de los vicios
quien no oye á la virtud va deslumbrado,
cayendo de un abismo en otro abismo.
Pero en vano con locas esperanzas
lisonjea la suerte tus caprichos.
¿Pues qué, los esforzados españoles
no podrán sacudir un yugo indigno
sin doblar su cerviz á otro mas duro?
¿No lo espereis, traidor! Entre estos riscos
conserva aun la patria muchos brazos,
que en este trance lucharán allivos
hasta romper los hierros vergonzosos.
Aun viven asturianos... Tiedibla, imple,
tú los verás siguiendo mis pisadas,
por el desprecio y el honor movidos,
buscar la libertad con rostro alegre

al través de la muerte, y los peligros;
y cambiadas las suertes, quizá entonces
te pesará de haberlos oprimido.

ESCENA IX

MUNUZA.

Aun faltaba esta prueba á mi constancia.
¡Con qué fiero teson, astro enemigo,
desconciertas, y turbas mis proyectos!
Pero el fatal influjo del destino
podrá mas que mi rabia! Hola, soldados.

ESCENA X.

MUNUZA, ACHMET.

ACHMET.

Señor.

MUNUZA.

Querido Achmet, yo estoy perdido:
parte, busca á Pelayo, y con secreto
procura asegurarle en un castillo.
Contigo irá mi guardia: pero escucha:

ACHMET se retira, y vuelve llamado de MUNUZA
este arresto quizá será un motivo
de sedicion para los malcontentos;
el golpe es arriesgado... si... es preciso
seguir un rumbo menos peligroso:
esto ha de ser. Vé al punto, que el ministro,
la pompa, y los altares estén prontos

para esta noche. Ingrato, é infiel amigo!
mi intento y mi venganza están seguros.
La esposa y el rival tengo á mi arbitrio;
búrlate de mi alianza y mis favores,
que yo hare que respetes mis designios.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.



ESCENA PRIMERA.

PELAYO, SUERO, Y ALGUNOS CIUDADANOS DE GIJÓN.

PELAYO.

Suero, ¿qué me decís?

SUERO.

He registrado
el palacio, y en él todos descansan.
Achmet se ha retirado en este instante
del cuarto de Munuza con la guardia,
tambien Dosinda al retirarse al suyo
se acercó á mí medrosa y asustada
á preguntar por vos y por Rogundo;
llena de sobresalto recelaba
de la misma quietud de su enemigo
alguna infiel resulta; pero gracias
al cielo, por ahora no hay sospecha
que nos pueda asustar.

PELAYO.

¡Oh dulce patria!
¡Oh amada libertad! en favor vuestro
tambien conspiran las heróicas almas!

Valientes asturianos, resto ilustre
de la terrible y oprimida España:
altivos corazones exceptuados
de la ruina común para esperanza
de nuestra libertad; vosotros mismos
que agobiados del peso de las armas,
vecinos siempre al jabali y al oso,
vivís en el horror de esas montañas
libres, independientes, y tranquilos:
vosotros que debeis solo á la espada
la posesion de los paternos lares,
la libertad, las leyes, y las armas;
y vosotros en fin, cuyos abuelos
jamás tuvieron su cerviz dob'ada
á extraño, infame, ni usurpado yugo,
vald á ver en un punto sepultadas
vuestras glorias, á ser esclavos villos,
y respetar las lunas africanas.
Al destino que affige á las provincias
que están al sur de Asturias retiradas,
se va á igualar el vuestro, y ya muy luego
veréis que en estos muros se levanta
un tirano, á quien doble el asturiano
la orgullosa cerviz: sobre las armas
de los nietos de Agar, el vil Munuza
quiere ser elevado por monarca
de Gijon y de Asturias: y este infame,
desertor de su iglesia y de su patria,
os va á imponer su yugo, ensangrentando
en nuestros cuellos su cobarde espada.
La sangre ilustre de los héroes godos,
que aun conservan las venas de mi hermana;
los restos de una estirpe casi estinta,
objeto es ya de la ambicion tirana
del malvado opresor; y esta infelice,
despues de haberse visto atropellada
por los viles ministros de este impio,
se destina á ser víctima en las aras

de su indolente amor, en menosprecio
del legítimo esposo. Oscura mancha,
que no podrá borrarse en ningún tiempo!
¡Pero pluguiera á Dios que esta desgracia
formase únicamente nuestro susto!
Yo temo otras mas graves, que mi alma
llena de justo horror, previene y llora;
¿quién podrá de vosotros tolerarlas?
La descendencia de Ismael precita
vendrá á reinar en la nacion mas santa,
y á la torpeza vil de los califas
las ilustres doncellas destinadas,
poblarán la clausura de un serrallo!
Los jóvenes, honor de nuestra España,
escuálidos, hambrientos y llorosos,
fallecerán cautivos en su patria!
Gemirá el tierno niño en las mazmorras,
y en el comun desorden aun las canas
no podrán eximirnos del oprobio!
Oh, inefable dolor! La augusta casa
de Dios, donde resueñan nuestros votos,
será en mezquita impura transformada.
Al sacerdote santo de Dios vivo
el musulman reemplazará en las aras:
Y en fin, el Alcorán será bien presto
predicado en lugar de la ley santa!
Y solo este torrente de desdichas
¿podrá llenar ¡oh Dios! vuestras venganzas?
Tal es, bravos amigos, el destino
que el pérfido Munuza nos prepara,
y si un heroico esfuerzo no le aleja,
la tempestad horrible que amenaza
va ya á caer sobre nosotros mismos.
Pero qué, en tan funestas circunstancias,
y tan cerca del riesgo, sufriremos
que la ínclita patria, abandonada
á la supersticion y al desenfreno,
venga por nuestra culpa á ser la esclava

de un pueblo infiel? A dónde está la cuna
del valor asturiano? Qué, la fama
podrá dudarlo en los futuros siglos?
Acordáos del tiempo en que la espada
de nuestros padres supo en estos montes
asustar á las águilas romanas.
Codiciosa Cartago vuelve á Asturias,
rompe este suelo, mira en sus entrañas
el oro porque en vano combatías...
Si, nuestros compañeros, nuestra patria
se debe restituir á cualquier precio;
y esta noble provincia que en España
fue la pastera en tolerar el yugo,
la primera ha de ser que con las armas
de sus patrios fieros le sacuda:
el tiempo de una empresa tan bizarra
es el último instante del peligro;
ya nos vemos en él; está cerrada
la puerta á otros recursos. Uno solo
nos queda: el de lidiar por vuestra patria,
comprando con el resto de las vidas
la muerte ó la victoria.

SUERO.

¿Qué desgracias
bastarán á entibiar el ardor santo
que abriga nuestro pecho? ¡Oh, dulce patria!
¿quién podrá consentir en tu desdoro?
Señor, creed que nuestra fuerte espada
os seguirá hasta el borde del sepulcro;
y pues cada uno de los nuestros trata
de conservar su honor y sus hogares,
no habrá quien no derrame por la causa
comune toda la sangre de sus venas:
sin embargo, al presente es arriesgado
cualquier acción. Menéndez á su albedrío
dispone de las tropas: este plan,
poniente del peniente defendida . . .

de un gran fuerte, por otra rodeada del ancho mar, no tiene mas salida que una muy peligrosa, y será vana cualquiera tentativa si el auxilio de los vecinos pueblos no repara este estorbo fatal. Quizá seria nuestra empresa, señor, mas acertada, si tomando algun tiempo, se avisase á los nobles dispersos que se hallan en lo interior de la provincia.

PELAYO.

Amigo,

cuando el riesgo es urgente, la tardanza y lentitud destruyen las empresas. A la nuestra, movida por la causa del cielo y del honor, ningun peligro debe servir de estorbo. Nuestras armas aunque sean hoy en número inferiores, crecerán por momentos. Las quebradas rocas de esta provincia son asilo de muchos combatientes, que la saña del vencedor evitan en sus grutas, y al mas leve rumor de las espadas correrán á juntarse á nuestros tercios. ¿Cuántos tambien en lo interior de España gimen en un forzoso cautiverio, que vendrán á alistarse á esta comarca bajo nuestro estandarte tremolado? ¿Y qué tropas, en fin, qué heróicas armas opondrán á las nuestras los traidores? El ejército infiel se ocupa en Francia en derribar los tronos que los godos tienen allí erigidos, y las plazas de Asturias, de Leon y de Galicia se rinden hoy á una porcion escasa de soldados alarbes que los cercan. Animo, pues, amigos, nuestra patria

va á deber al valor de vuestro brazo
su libertad. ¡Qué gloria tan hidalga
para un patricio fiel!

SUERO.

Señor, tus voces
nuestra razon y nuestro pecho inflaman.
La inquietud que advertís es un indicio
del asenso comun, y nuestra espada
estará pronta á herir en el momento
que vos habéis. Pero esta accion bizarra
necesita un caudillo, y pues el cielo
conserva en vos la esclarecida raza
de nuestros reyes, sedlo desde ahora.
Y entretanto que Asturias, ayudada
de sus nobles sobre un luciente escudo
levanta en vos á su primer monarca,
digaos de aprobar nuestros deseos.

PELAYO.

Mi amistad los acepta.

SUERO.

Ya está echada.
la suerte. Hablad, señor.

PELAYO.

Vamos al punto
á disponer el modo, y pues la saña
del opresor encierra en el castillo
á muchos de los nuestros, cuya espada
lidiará á nuestro lado, á socorrerlos
volemós desde luego: tú repara

(A Suero.)

en tanto las ideas de Munuza,
y pues no le eres sospechoso, guarda
con él una constante indiferencia:
quién esta prevencion es necesaria;

y en cualquier accidente nos importa
conservar un amigo , cuyas trazas
descubran los ardides y los riesgos.
¡Y tú , oh Dios bueno , Dios propicio , ampara
en esta empresa á los que van altivos
á lidiar por su honor y el de su causa!

ESCENA II.

PELAYO SOLO. *(después de alguna pausa.)*

Nobles y augustos manes de los héroes
que oprimieron las furias africanas ;
sombra llorosa y triste de Rodrigo ,
angusta religion , promesas santas ,
ya ha llegado por fin aquel momento
en que deben los filos de esta espada
borrar y castigar vuestros ultrajes.
Con la sangre de Agar , que nuestras lanzas
van á sacar de los traidores pechos
se lavará tu afrenta , ¡oh dulce patria!
Y tú , noble inquietud de los mortales,
tú , dulce libertad , ven y embriaga
nuestro fiel corazon en tus dulzuras :
infunde un santo ardor en nuestras almas....
¡Pero quién á esta hora? ¡Oh Dios! Munuza.

ESCENA III.

MUNUZA , ACHMET , GUARDIAS con hachas á lo lejos.

ACHMET.

Ya está la ceremonia preparada
con el mayor secreto ; el sacerdote
mismo ignora el motivo , y de esta rara
resolucion ninguno se ha instruido.

Sin embargo , la creo algo arriesgada.
 He observado á Pelayo cuidadoso ,
 y lleno de zozobras ; si le ultrajas,
 se ofenden sus amigos, de una ofensa
 nace una sedicion , y esta quebranta
 los lazos de la paz. Tambien se ha dicho
 que él mismo con secreto convocaba
 los nobles de Gijon. En fin... yo dudo...

MUNUZA.

N
 y
 y
 h
 ta
 d
 si
 v

ACHMET.

Ella viene hácia aquí , señor.

MUNUZA.

Pues marcha ,
 y haz que todo esté pronto.

ESCENA IV.

MUNUZA , DOSINDA , INGUNDA , GUARDIAS con hachas ó lo lejos.

DOSINDA.

Perdonadme ,
 señor , si vengo en hora tan extraña
 á interrumpir vuestra quietud. Dignaos
 de decirme si acaso mi desgracia ,
 ó vuestra ira dejan de mis brazos
 á un hermano infeliz. Yo , desdichada ,

me podréis conducir, aunque arrastrada
 hasta el pie del altar ; pero allí mismo
 renovaré mi amor y mis palabras
 al infeliz Rogundo, y haré al cielo
 testigo y vengador de tan osada
 y sacrílega accion. Sí... yo os lo juro :
 y no espereís, cruel que vuestra llama,
 el tálamo nupcial, ni los altares
 le puedan arrancar á mi constancia
 la mas leve caricia. No : Munuza
 será eterno verdugo de mi alma.

MUNUZA.

¡Oh, Dios! todos me insultan, y no puedo
 vencer esta pasion! Muger ingrata!
 yo os haré conocer... Hola, soldados...

ESCENA V.

MUNUZA, DOSINDA, KERIN, ISGUNDA.

KERIN.

Señor...

MUNUZA.

Kerin, al punto con mi guardia
 lleva á Dosinda al templo. Yo te sigo.

DOSINDA.

Pero, cruel, no ois...

MUNUZA.

Kerin, llevadla:
 yo pretendo agotar, fiera enemiga,
 todo vuestro rigor.

DOSINDA.

¡Oh, cielo! ampara
 mi inocente virtud en este trance !

MUNUZA.

No sé como es capaz la débil alma
 de una muger de tanta resistencia:
 algún genio infernal en sus entrañas
 ha derramado el odio y el despego.
 Todo el mundo me ofende, todos tratan
 de abatir mi altivex... un brazo oculto
 mi amor y mis proyectos desbarata.
 Acaso el cielo injusto está de acuerdo
 con los que me persiguen? Qué martirio
 para un pecho inflamado ver frustrados
 tantas ideas dulces y halagueñas!
 ¿Pero qué dudo? Si el amor me llama
 á poseer la gracia de Dosinda,
 su mano en los altares me prepara
 una suave vida, que mi afecto
 y el tiempo hará legítima. Sagrada
 union, para otros dulce y venturosa,
 serás para Munuza solo infausta?
 No, no podrá romperte un pecho indócil,
 y cuando lo pretenda esa alma ingrata,
 qué me podrá importar, si la poseo,
 su odio pertinaz? Fortuna, acaba
 de coronar mis dichas. Yo desprecio
 un escrúpulo sutil, que á mis ansias
 se pretende oponer: ceda cobarde
 á los remordimientos el que afana
 por ascender al trono, que no escucho
 de la austera virtud la voz cansada.
 Mas, qué gritos se escuchan á estas horas!
 ¡Oh Dios, qué puede ser!

ESCENA VII.

MUNUZA, KERIX, SOLDADOS.

KERIX.

Señor.

MURTA.

¿Quién causa
este rumor, Kerin?

KERIN.

Somos perdidos
si no enviais socorro á vuestra guardia.
Gijon se ha sublevado...

MURTA.

¡Sublevado!
¿Y contra quién?

KERIN.

Señor, casi se hallan
todos sus moradores reunidos:
apenas de nosotros escoltada
salía para el templo la princesa,
cuando el mismo Pelajo puesto en armas
y algunos de los suyos, nos salieron
al encuentro. La vista de su hermana
le sorprendió al principio; pero viendo
que nuestra tropa al templo la llevaba,
se arroja hácia nosotros impetuoso,
se detiene, nos mira, y con la lanza
en ristre, y lleno de ira: «Moros, dices,
viles moros, no así con mano osada
profaneis el decoro de mi sangre...»
Se vuelve hácia los suyos, los encarga
recobrar á Desinda, y nos embiste;
siguen todos su ejemplo; nuestra guardia
le hace frente; Achmet acude al choque;
todos se mezclan, y la lid se traba,
y yo viendo, señor, que este accidente
puede tener resultas bien infaustas,
me adelanto á deciros...

MURTA.

Entretanto

que voy á socorrerlos con mi espada ,
 corre , amigo , apresúrate y ordena
 cuantas tropas hallares entregadas
 al sueño y al descanso , que te sigan ;
 infúndeles aliento , y haz que caiga
 su terrible furor sobre los viles.
 ¡ Amor , haz tú sangrienta mi venganza !

MUNDA se retira por el fondo del teatro, y KERIN entra al fondo del castillo por la puerta que sale á la escena, dejando en ella algunos SOLDADOS, el cual le dará aviso luego que SUERO y los demás aparecen en el teatro.

ESCENA VIII.

MUNDA, INGUNDA, SUERO Y ALGUNOS ESPAÑESES.

SUERO.

Señora , huid , buscad algun asilo ,
 perdonad si no puede nuestra espada
 daros otro socorro : nuestro gemo
 peligra , y en su vida soberana
 tiene la patria su mayor apoyo.
 Retiraos.

MUNDA.

¿ Oh Suero , qué ? Me encargas
 que me retire ? Quieres que Desinda
 sobreviva á la ruina de su patria ?

SUERO.

¿ Y os queréis quedar sola ? Estais espuesta
 á la furia...

ESCENA IX.

KERIN, LOS CERRILLAS, Y LOS DICHOS.

KERIN.

Ab , traidores.

SUERO.

Qué desgracia ,
¡ Señora , huid !

KERIN.

Dejad á la princesa ,
aleves.

SUERO.

Primero , vil canalla,
perderemos la vida en su defensa.

Suenan y los suyos entran por el fondo de la escena acuchillando moros.

ESCENA X.

DOSINDA , INGUNDA.

INGUNDA.

Venid , señora ; huyamos : mis pisadas
os guiarán á algun asilo oculto ;
no espongaís vuestra vida desdichada
al furor de unas tropas que nos buscan.
El hondo mar , las cóncavas montañas
resuenan con los gritos de los nuestros ;
lejos de este terreno do las armas
van sembrando la muerte y los horrores ,
la paz y algun consuelo nos aguardan :
• corramos á buscarlos.

DOSINDA.

Dónde , ¡ oh cielos !
¿ se esconderán dos vidas desdichadas
que todos abandonan ? Vuestra ira
descarga ya sobre la triste España

los últimos y mas violentos golpes.
Munera triunfa. ¡Oh Dios! y qué destino
será el tuyo, muger desventurada!
Tú vas á estar en el sangriento trono
de enemigos y angustias rodeada,
y de un impuro amor hecha el objeto:
allí cuando las muertes, las desgracias
de tu familia, el odio insaciable,
ofrecerá á tus ojos sepultadas
en humo, polvo y sangre, las ruinas,
las tristes ruinas de la augusta España:
el esposo, el hermano, tus apoyos,
víctimas de la furia sanguinaria
del opresor... sobre sus tristes cuellos
levantada la corva cimilarra.
Llebadme á su presencia, tierna Ingunda,
que nos junte el tirano en la desgracia.
Y vos, gran Dios, que desde el alto trono
miráis tranquilo la aflicción de España
y la desolación de vuestro pueblo:
vos, cuya voz enciende las batallas,
forma, ensalza, arruina los imperios,
podréis sufrir que sobre vuestra aras
venga á erigir sus templos la impostura?
Víctima del error y las violencias,
vaya á incensar al impostor de Arabia,
y adorar su sepulcro á otras regiones.
¡Oh, buen Dios! alejad de nuestras almas
el temor de un destino tan funesto!
Enviad sobre esta barbara canalla
un ángel destructor que la esterminie,
que redima, y que vengue vuestras aras,
que arranque la victoria á los infieles,
que los confunda, y triunfe la ley santa.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.



ESCENA PRIMERA.

Ortuno y algunos ciudadanos de Gijón salen por la parte de la marina, y se encaminan al castillo.

MUERO.

¡Qué horror! en santo Dios! De vuestra ira
los efectos se ven en todas partes!
La sangre corre, y sobre nuestros mares
la muerte ha desplegado su estandarte.
Pelayo, nuestro apoyo, está en peligro,
oprimidos los nuestros, todo el aire
pueblan ya de alaridos y lamentos,
cuyo eco pavoroso por los mares
va esparciendo el clamor de la venganza.
La victoria que estuvo vacilante
hasta ahora, se inclina á los infieles,
y ya el león de nuestros estandartes
se humilla ante las lunas africanas;
pero permite el cielo favorable
que aun nos quede un recurso: este castillo,
que es al presente pavorosa cárcel,
donde el valor de Asturias desfallece,
y donde arrastra una cadena infame
la nobleza española, se ha quedado

desierto de las guardias, que al combate
fueron en seguimiento de Munuza.

Corramos pues, á socorrer leales
á nuestros compañeros, y franqueando
una salida al mar por la otra parte
que corresponde al muelle... Mas ¿que veo?

*Morin y algunos soldados atravesarán el fondo de la escena
persiguiendo á los cristianos.*

Los nuestros se retiran, y en su alcance
corren encarnizados los infieles.

Amigos, al castillo, antes que acabe
de hacernos infelices la victoria.

*Suzo y los suyos entran en el castillo, y mientras se dicen los
últimos versos acabarán de pasar los moros, después de los
cuales se presentará PELAYO prisionero y ACHMET.*

ESCENA II.

PELAYO prisionero, ACHMET y soldados.

ACHMET.

Desagüos, señor, y perdonadme
si servi de instrumento á vuestra ruina:
yo venero á mi rey en su estandarte,
Munuza es quien le rige y le obedece,
sin embargo no miro vuestros males
con ánimo tranquilo: vuestro brio
siempre á pesar del riesgo incontrastable
os ha hecho acreedor á nuestra envidia,
y á nuestra compasion.

PELAYO.

El inconstante
capricho de la suerte eleva un dia
lo que al siguiente sin razon abate.
Un corason virtuoso nunca debe
ceder á estas mudanzas. Los cobardes

se humillan al destino; pero el héroe
sufre inmóvil su halago y sus combates.

ACHMET.

Hacia sí.

Ve aquí de la virtud el santo idioma,
¡Oh altivos españoles! oh almas grandes!
¿De qué le sirve el brio y la bravura
al árabe fogoso, si un desastre
llena de susto el fondo de su pecho?

PELAYO.

Mirando al fuerte y á la ciudad.

Fuerte muro, testigo venerable
del antiguo valor de los astures,
llora nuestra desgracia! Las edades
futuras de tus altos torreones,
verán solo un padron abominable,
que publique y estienda nuestro oprobio
á la posteridad? El mas brillante
blason de tu grandeza, Gijia ilustre,
se ha convertido en vergonzosa cárcel?
¡Oh, voluble fortuna! Oh, tristes tiempos!

ACHMET.

Señor, Munuza viene.

PELAYO.

¡Ah! cuántos males
nos van á resultar de esta victoria!

ESCENA III.

MUNUZA, DOSINDA, Y LOS DIABLOS.

DOSINDA.

Viendo á su hermana.

¡Pelayo! cruel momento!

y si no hubiese el cielo formidable
lidiado en favor tuyo, ya estaria
libre el mundo de un mónstruo tan infame.

MUNUZA.

se fió á la conducta de mi brazo.

¿Podiera yo sufrir que en los altares,
posponiendo mi honor y mis ruegos,
otros menos ilustres se aceptasen?
¿Podiera ver que tú, sin mi noticia
y á mis ojos, formabas otro enlace
disponiendo de aquella ilustre mano,

fué á vista del suplicio tan cobarde,
que manchando la gloria de su cuna,
mezcló á la de un traidor su ilustre sangre.
Tú me llamas ingrato; pero ahora
veo cual era el fin de unas bondades
que nunca he pretendido, y fueron hijas
de tu ambicion perversa é insaciable.
Ella sola ha regido tus acciones,
no el amor de la patria, cuyos males
son hoy de tu perfidia triste efecto.
Unido estrechamente á los cobardes
hijos é imitadores de Witiza,
y hecho parcial de la faccion infame
del falso don Julian, y el traidor Opa,
fuiste de los primeros que al turbato
ofrecieron sus cultos en España.
Tú con esos rebeldes convocaste
á los feroces pueblos que habitaban
la inculta Berbería, y su estandarte,
junto al de los facciosos, fué en tu mano
repentino terror de los leales.
La destruccion, la muerte y los estragos
que lamenta tu patria; tanta sangre
vertida cruelmente en este sitio,
tantas víctimas tristes, cuyos manes
piden sobre estos muros la venganza,
serán de tus delitos execrables
eternos y funestos testimonios.
Y no tienes rubor de recordarme
los servicios que España te ha debido;
tú, cuya autoridad es el infame
precio de la perfidia y las traiciones;
Tú, que aun estás sediento de la sangre
de tus conciudadanos! Y tú quieres
que Pelayo consienta en un enlace
que manche eternamente su memoria?
No.... no... lejos de sorte favorable,
rindiendo gracias al cielo, que propicio

en el último extremo de los males,
me reserva el arbitrio de abatirse
con la venganza de un atroz desaire.

MUNUZA.

Tú no tendrás, traidor, por mucho tiempo
tan bárbaro consuelo. Los altares
van ya á ser garantes de mi dicha,
y tú vas á morir. Tiembla, cobarde:
una muerte afrentosa será el fruto
de tus baldones.

PELAYO.

Solo al que es culpable
debe asustar la muerte. El varon justo
la espera sin mudanza en su semblante.
Tú deberás mas bien estremecerte
si contemplas la suerte miserable
que ha de llenar tus dias. Rodeado
de amigos lisonjeros; inconstante
en todos tus designios; hecho presa
de mil remordimientos implacables,
del cielo, y de tu patria aborrecido,
gozarás sin sosiego del infame
fruto de tus delitos y traiciones.
Sobre el trono usurpado, en tus umbrales,
y hasta en el fondo oscuro de tu pecho,
continuamente asistirá la imagen

MUNUZA.

Baste ya de delirios: profetiza,

Biblioteca popular.

T. IV. 767

hombre iluso, si quieres, mis desastres,
pero corre á sufrir lo que merece
tu ciega obstinacion.

DOSINDA.

¡Oh duro trance!
¡Oh conflicto terrible y doloroso!

MUNUZA.

¡Achmet?

ACHMET.

Señor :

MUNUZA.

Haced que al instante
conduzcan á Pelayo al mas oscuro
calabozo del fuerte : que se alce
al momento un suplicio en esta plaza.
Marcha despues al templo, y mientras arden
sobre el altar las nupciales teas,
que muera quien se atreve á despreciarme

DOSINDA.

Pero , bárbaro , dime...

[MUNUZA.

Que se cumpla mi orden al instante.

.]

cibe , ¡oh cielo ,
e sangre!
piar todas
En este trance
e tu cuna ,

[MUNUZA.

Achmet , llevadle ,

y haced que me reserven la cabeza :
ella será , traidor , en mis umbrales
horroroso espectáculo que asuste
á tus imitadores.

ESCENA IV.

MUNUZA , DOSINDA , INGUNDA.

MUNUZA.

A Dosinda.

Los altares
están prontos , venid ; la resistencia
os será muy inútil , pues ya nadie
os puede defender.

DOSINDA.

Oh monstruo fiero ,
hombre el mas vil de todos los mortales ,
asombro , horror y afrenta de este siglo !
¿Qué espíritu infernal contra la sangre
mas ilustre conmueve tus entrañas ?
¿Qué furia vierte en ese pecho infame
la rabia pertinaz con que persigues
á una estirpe inocente ? Te persuades
á que podrá forzarme tu fiereza
á recibir en un funesto enlace
esa mano cruel , mano asesina ,
que va á teñirse en la inocente sangre
del infeliz Pelayo ? No , no quiero
unirme con un monstruo. Los altares
serán solo testigos de mi odio.
Pero si acaso en este mismo instante ,
víctima del furor de tus ministros ,
la vida de mi hermano.... si su sangre
se va ya á derramar.... estoy mirando
el sacrilego acero sepultarse

en su cuello.... ¡Qué horror! Yo me estremezco!
 Ahora mismo un brazo formidable....
 ¡cruel! suspende el orden inhumano....
 ¡No escuchas los gemidos lamentables
 que se oyen en el centro de la tierra?
 ¡Oh Dios! Del hueco de las tumbas salen
 las sombras de los que has asesinado.
 Yo las oigo, las veo... Mira infame,
 en las trémulas manos los cuchillos
 que aun gotean inocente sangre.
 Revuelven frías los vacíos cráneos
 buscanto á su verdugo en todas partes.
 Sobre tí abren las oscuras bocas,
 y fijando en tus manos execrables
 la encarnizada y tenebrosa vista,
 corren despavoridas á buscarle.
 Ya todas te rodean, y en tu seno
 van á clavar rabiosas los puñales.
 Huye, bárbaro... ¡Oh Dios! de nuevo se oyen
 los tristes alaridos (¡duro trance!)
 No puedo sostenerme.... ¡Ingunda.

DOSINDA cae desmayada en los brazos de INGUNDA á este tiempo
 entra ACHMET apresurado por la puerta del castillo, y MU-
 NUZA asustado le sale al paso.

ESCENA V.

MUNUZA, DOSINDA, INGUNDA, ACHMET.

ACHMET.

Presto, señor...

MUNUZA.

¿Qué es esto, amigo?

ACHMET.

Ahora salen

todos los prisioneros del castillo.
 Mientras duraba el anterior combate
 todo el fuerte quedó desamparado,
 y aprovechando este fatal instante
 el traidor Suero y otros violentaron
 las prisiones... Al punto los cobardes
 corren, y se apoderan de las armas:
 furioso Rogundo á todas partes
 lleva el horror, la muerte y el estrago.
 Apenas á su vista favorable
 se presentó Pelayo entre cadenas,
 cuando lleno de ira y de corage
 se arrojó entre las picas: hierre, mata,
 atropella, y bañado en nuestra sangre,
 nos arranca la presa. El desdichado
 Kerin murió á sus manos, y el combate
 prosigue sostenido por la guardia,
 cuyos cabos valientes y leales
 aumentan el destrozo: pero todos
 los sediciosos lidian implacables
 sin temor de la muerte, y los oprimen.
 Yo os vengo á suplicar que en este trance
 cuideis de vuestra vida. De ella solo
 pende nuestra victoria. ¡Ah, si faltase,
 quién pudiera librarnos de la rabia
 de un pueblo enfurecido!

MUNUZA.

¡Oh suerte instable!
 Hado funesto! En qué profundo abismo
 precipitas mi gloria en un instantel
 ¡Qué conserve la vida me aconsejas,
 y arriesgo la venganza? No, cobardes,
 yo no os veré triunfar....

ACHMET.

Señor, ¿adónde
 corrais de esa manera?

MUNUZA.

¡Almas infames!
 ¿pues qué, podré sufrir que el vil Pelayo
 salve su odiosa vida, y sin vengarme
 volveré á estar espuesto á los baldones?
 No, la muerte será mas tolerable
 que su infame presencia.

*MUNUZA quiere ir al combate, ACHMET le detiene; entretanto
 crece el rumor, y se oye como á la puerta del castillo*

DOSINDA.

¡Justo cielo!
 Yo empiezo á respirar; pero el combate
 parece que de nuevo se ha encendido;
 crece el rumor, y cada vez mas grande
 se hace la confusion. ¡Ah! si los nuestros
 cansados... ¡Mas qué veo! ¡Oh Dios afable!
 protegédles.

*PELAYO, y alguno de sus amigos saldrán por la puerta del cas-
 tillo á la escena retirándose de los moros, y peleando al mis-
 mo tiempo.*

ESCENA VI.

PELAYO, ALGUNOS ESPAÑOLES, Y LOS DICHOS.

PELAYO.

La vida, amigos míos,
 no se debe apreciar en este instante;
 perdámosla en defensa de la patria.

MUNUZA.

Achmet, amigos, guardias, destrozadlo.

DOSINDA.

¡Bárbaros, dónde vais! ¡Ay, triste hermano!

PELAYO.

Sin la espada ya es fuerza...

ESCENA VII.

ROGUNDO , MUNUZA , PELAYO , DOSINDA , ACHMET , INGUNDA , GUARDIAS españolas. PELAYO pierde la espada , y procura cobrarla defendido de los suyos ; MUNUZA corre hacia él con el puñal en la mano. En este tiempo se habrá descubierto ROGUNDO en el fondo de la escena , y advirtiéndole el peligro en que está PELAYO , corre á herir á MUNUZA . ACHMET que advierte la acción de ROGUNDO , procura estorbarlo para defender al tirano , de modo que interpuesto entre MUNUZA y PELAYO , defiende sin arbitrio la vida de este , y no la de MUNUZA , que cae herido por ROGUNDO.

Los dos á un tiempo. „	{	MUNUZA corriendo á PELAYO.	} Muere in-
		ROGUNDO á MUNUZA.	

Lo mismo...	{	ACHMET queriendo estorbar á ROGUNDO.	} Qué haces,
		DOSINDA á MUNUZA.	

MUNUZA.

Sintiéndose herido.

¡ Ah , bárbaro ! Yo muero.

MUNUZA cae en los brazos de ACHMET : PELAYO se asegura de DOSINDA , y ROGUNDO con los demás cristianos salen persiguiendo á los moros.

ROGUNDO.

Compañeros , seguid á estos cobardes ,
que el cielo nos protege.

ESCENA VIII.

PELAYO , DOSINDA , MUNUZA , ACHMET , INGUNDA.

PELAYO.

A Munuza.

Reconoce,
hombre cruel, en este horrible trance,
el brazo poderoso que me venga,
y pone fin á todas tus maldades.

MUNUZA.

Tú has vencido, traidor: el cielo injusto
sobre mí ha descargado en este instante
los tormentos que yo te destinaba,
Yo pierdo un trono, pierdo un alto enlace,
y pierdo en fin mis grandes esperanzas;
pero este es el menor de mis pesares.
Tú vives, tú triunfas á mis ojos;
yo muero desairado, y sin vengarme,
y esta idea, dos veces afrentosa,
me aflige, y me atormenta en este trance
aun mas que las angustias que me cercan.
¿Porqué, oh muerte, has querido arrebatarme
la venganza mas fiera y mas gozosa?
Acércale, cruel, mira en mi sangre,

A Dosinda.

el fruto de mi amor y tus rigores.
Querido Achmet, yo muero sin premiarte:
corre á escitar la ira de los tuyos,
llévalos mi rencor. Tiembla cobarde,

A Pelayo.

y espera un fin igual al de Rodrigo.

Ya mis fuerzas... Separadme, amigo,

Después de una gran pausa.

de estos viles objetos que me cercan,
y llevadme á morir en otra parte.

ESCENA IX.

PELAYO, DOSINDA, INGUNDA.

PELAYO.

¡Ay, hermana, de qué terrible riesgo
nos ha librado el cielo favorable!

DOSINDA.

A Suero y á Rogundo les debemos
la vida y el honor. ¡Oh tierno amante!

ESCENA X.

ROGUNDO Y LOS MUCHOS.

DOSINDA.

¡Oh dulce y fiel esposo!
En fin puede mi afecto inalterable
gozar de vuestra vista sin zozobra.
Ya el tirano murió.

ROGUNDO,

Con esta espada
abrí su infame corazón; pero su muerte
fué justa recompensa de los males
causados á la patria y á nosotros.
En fin, ya empieza España á recobrar
de una injusta opresion. Vuestra vida,
señor, es el anuncio mas constante

de los triunfos que el cielo nos ofrece.

PELAYO.

Yo os la debo , señor , y en esta parte
á vos tambien se deberá la gloria :
vamos pues á buscarla , vamos antes
que puedan los contrarios rehacerse.
Huyamos de estos fúnebres parajes
á buscar un asilo en las montañas ;
en su fragosa cima , insuperables
serémos al orgullo berberisco ;
y si entretanto llega algun instante ,
de menos inquietud , agradecida
dará Dosinda á tan heroico amante
la apetecida mano.

ESCENA XI.

SUERO Y LOS DICHO.

PELAYO.

A Suero.

Tierno amigo
nuestro libertador ! corre á abrazarme.

SUERO.

Ya todo está en quietud. Los agarenos
que huyeron asombrados del combate
van ya lejos del puerto. Sus galeras
les dieron un asilo , y los cobardes
salvan , favorecidos de los remos,
el resto de sus vidas miserables ;
pero tambien se sabe que Munuza ,
para poder mejor asegurarse
en sus viles ideas , ha pedido
socorro á los soldados que se esparcen

por las costas de Asturias y Vizcaya :
ellos vendrán sin duda á este paraje
con el primer aviso ; y pues nosotros
pudimos redimir de tantos males
vuestra ilustre persona y nuestras vidas
vamos , aprovechando estos instantes ,
á buscar otro asilo mas seguro ,
en donde la virtud que aquí renace ,
se afirme con acciones valerosas.

DOSINDA.

¡ Oh feliz dia , oh dia memorable !

FIN DE LA TRAGEDIA.

NOTAS DEL AUTOR

Para aclarar algunos pasajes de esta tragedia.



Ista studia non improbo, moderata modo sint
CIC. DE ORAT. l. 2.

1.^a No me mueve á escribir las presentes notas la manía de hacer comentarios, de que estuvieron tan poseídos nuestros antiguos, ni el deseo de hacer creer que mi tragedia es digna de ellos. Estoy tan lejos de la ostentacion, como de la pedantería. Las escribo solamente para dar en ellas algunas noticias, que en el prólogo hubieran parecido importunas, y sido molestas; pero aquí podrán ser útiles á los lectores menos instruidos, sin incomodar á los eruditos y sabios.

2.^a Quien da al público una obra con el conocimiento de que se le pueden oponer algunos reparos, ¿porqué no podrá prevenir y adelantar algunas respuestas?

3.^a Seria nimiedad ridícula querer examinar con todo el rigor de la crítica algunos hechos que se indican en esta tragedia. Quien escribe como poeta no está sujeto á las leyes de historiador. Este, ligado á la observancia de la verdad, debe despreciar las ficciones y las fábulas; pero en el poeta, que tiene la facultad de inventar, nada se debe desechar por fabuloso, pues

cumple con dar á las mentiras las apariencias de la verdad. Así el nacimiento de Pelayo en Asturias, su crianza en Toledo, su viaje á Córdoba, la existencia y nombre de Dosinda, sus esponsales con Rogundo, los amores de Munuza, y los intentos de este sobre ocupar el trono de Asturias, con otras especies, ó inciertas ó mal averiguadas, entran en el plan de mi tragedia como si fuesen verdades incontrastables. El poeta las pudo inventar; ¿porqué no podria adoptarlas, si las halló inventadas por otros?

PELAYO.

4.^a Aunque pudiera intitular esta tragedia la *Muerte de Munuza*, he querido distinguirla con el ilustre nombre de *Pelayo*, tomando el fundamento de su título, no de la accion, sino de la persona mas famosa que interviene en ella. Por la misma razon me abstuve de imitar al señor Moratin, que dió á la suya el nombre de *Hormesinda*. Esta persona, cuya existencia no está aun bien probada, y cuyos amores pasan por fabulosos, no debe dar nombre á un drama, en que entra como persona episódica para los criticos, y como persona verdadera para los eruditos.

MUNUZA.

5.^a No están de acuerdo los historiadores sobre el nombre, la patria y la religion de este personaje. Unos le llaman Menuza, como el Cronicon de don Alonso, y el de Albelda. Otros Numancio, como Garibai y Saavedra. Algunos le llaman Manucea, como Abulcasis (ó el novelero Miguel de Luna), y otros en fin Munusa, como don Rodrigo y Ferreras. Cuál le hace moro, y por consiguiente mahometano, cuál godo, y por lo mismo católico. En estos términos nos pareció que podiamos aplicarle el carácter y cualidades que tiene en este drama, para hacerle mas sobresaliente en su accion. Como quiera que sea, no se debe confundir este Munuza con otro del mismo nombre, árabe de nacion, que fué gobernador de Celtiberia, se rebeló contra Abderramen, hizo alianza con el duque de Aquitania Eudon, casó con un hijo suyo, y últimamente, perseguido de sus enemigos y

compatriotas, se dió la muerte precipitadota de las alturas de los Pirineos, como refieren el Pacense y Ferreras.

DOSINDA.

6.^a Todos habrán oído que damos este nombre á la hermana de Pelayo, á quien otros han llamado Hormesinda, aunque acaso con menos fundamento. Este punto merece alguna investigación.

7.^a Debe advertirse que los historiadores que refieren estos amores de Menaza con una hermana de Pelayo, no han señalado á esta señora nombre alguno, ni el arzobispo don Rodrigo, á quien siguieron los demás, le señala. Posteriormente se le aplicó el nombre de Hormesinda, acaso porque habiendo de darle alguno, les pareció mas regular á algunos modernos aplicarle el mismo que tuvo la hija de Pelayo, que casó despues con don Alfonso el Católico, y á quien llamaron los antiguos Hermosenda, Hermosada ó Hermiselda.

8.^a En un privilegio ó escritura de donacion que existia el siglo pasado en el archivo de la insigna iglesia colegial de Santillana, y que copió en su *Crónica de los principes de Asturias y Cantabria* el P. Fr. Francisco de Sota, atribuyéndolo á nuestro don Pelayo, se halla memoria de dos hermanas de este principe, llamadas Ana y Dosinda, retiradas á vivir en el monasterio de Santa Juliana, á quien es hecha la citada donacion. Ya conozco que se puede dudar con bastante fundamento que aquel documento sea del tiempo de nuestro don Pelayo, y no quisiere pasar por fiador de esta noticia; pero el padre Sota se empeña tanto en persuadir que no pudo ser otro el autor de aquella donacion, que me pareció poder seguir su opinion para este efecto.

9.^a Desee de averiguar la autenticidad de aquel documento, acudí á ver el dictámen del reverendísimo Flores en su *España Sagrada*; pero su obra no desvaneció mis dudas. No ha en este reverendísimo, hablando de la *Iglesia de Santillana*, memoria alguna de la citada escritura; pero refiero ciertas expresiones que hacen relacion á ella. «Donde lo muy antiguo, dice, como el antiguo monasterio de Santa Juliana de grandes

exenciones, de no contribuir al obispo, ni admitir morino, ni sayon, etc. ni pagar pechos ni portazgos, y que ninguno de esta iglesia pueda ser compelido por juez seglar, ni usurpar sus bienes: cuyas cláusulas, que parecen copiadas casi á la letra de la escritura que refiere el padre Sota, me han dado lugar á conjeturar una de tres cosas, á saber: ó que el reverendísimo Flores halló en aquel archivo el citado documento, de donde copió las tales cláusulas, ó que las tomó de alguna copia del mismo documento, conservada en el mismo archivo: ó la letra de esta escritura (como dice el padre Sota) por su mucha antigüedad estaba ya despintada en algunas partes, á cuya causa no la pudimos leer enteramente. ¿Quién sabe si sucedió lo mismo al reverendísimo Flores? ¿No pudo ser que hallase aquel documento mas deteriorado despues de un siglo, y que no pudiendo determinar su época, se contentase con poner aquella cláusula desde lo muy antiguo?

10. Como quiera que sea, sin decidirme por la opinion del padre Sota, me pareció que podia aprovecharme de ella para señalar el nombre de Dosinda á la hermana de Pelayo. Y si alguno fuese tan escrupuloso que reputo por temeraria la libertad con que aplico á la hermana de nuestro héroe, un nombre del todo nuevo, reflexione que la existencia de esta dama no está mejor averiguada, y que en mi plan ha entrado como persona episódica para los que piensan con tanta nimiedad.

ROGUNDO.

11. Este personaje, y sus amores y esponsales con Dosinda, son de pura invencion. Nos hacia mucha falta en nuestro plan una persona que contriviese á Munuza en sus designios durante la ausencia de don Pelayo, y así inventamos la persona de Rogundo, que nos parece contribuye singularmente á este fin, aumentando al mismo tiempo el interés de la accion, sosteniéndole en los tres primeros actos, y haciéndole mas complicado. En efecto, ¿quién pudiera oponerse á los designios de Munuza, ausente don Pelayo? ¿Dosinda? ¿Una muger débil, sola y desamparada de todos? ¿Una princesa perseguida por un tirano, robada violentamente de su casa, y privada de todo recurso? La presen-

cin de Rugendo, sus justas instancias sobre la restitucion de Dossinda, y la promesa esponsalicia que las justificaba, eran los únicos estorbos capaces de reprimir al tirano. En lo demás creemos haber observado las reglas del arte en cuanto al carácter de esta persona, y cumplido exactamente con el precepto de Horacio.

*Sí quid incertum scenæ committis et audes
personam formare novam, servetur ad imum
quævis ab incepto processerit, et sibi constet.*

AGNET-ZADE.

42. A este personaje tambien episódico lo hemos dado un carácter de probidad, medio que acaso estrañarán los que están acostumbrados á ver que nuestros dramáticos pintan siempre con colores negros y abominables á todos los sectarios de otras religiones. Pero no hemos querido imitarlos, ni tampoco colocar al lado de Munuza uno de aquellos hombres pestíferos que prostituyen la virtud por conseguir la gracia de los poderosos. Es verdad que al lado de los tiranos se ven frecuentemente los aduladores; pero esta especie de monstruo, si es perjudicial en los palacios, lo es tambien sobre la escena, donde no debe ponerlos el poeta, sino cuando puede abatirlos y castigarlos. ¡Con cuánta satisfaccion leerá un corazón virtuoso en nuestra celebre tragedia *el Guzman* (1) los discursos de Abdalla, llenos de aquella pura y sublime filosofía, cuyos principios se aprecian en todos los países, porque están grabados en todos los corazones!

43. Los demás personajes episódicos no merecen nota particular.

La escena en Gijón.

44. Hemos fijado la escena en Gijón, porque todos los autores que cuentan los amores de Munuza con la hermana de Pe-

(1) Tres tragedias corren manuscritas con este mismo título. Hablo de la del señor D. E. M. que es la mejor de cuantas se han escrito hasta ahora en nuestro idioma, y digna del teatro de Atenas.

lago, suponen que Gijón fué el teatro de ellos. Es verdad que no le fué de la muerte de Munuza, pues este murió en Olalio perseguido de los mismos asturianos, después de la victoria de Covadonga. Pero para conservar las unidades ha sido preciso adelantar esta muerte, y ponerla en Gijón: licencia poética, que no carece de ejemplares, y que debe por consecuencia disimularse.

15. Se le da á Gijón el título de ciudad, y justamente, porque en aquellos tiempos no solo lo era, sino la capital de Asturias. Ambrosio de Morales asegura que don Pelayo y algunos de sus sucesores se titularon reyes de Gijón, y que el título de reyes de León, que se les dió después, se fundó en la equivocación de los nombres. Lo mismo afirma el maestro Alfonso Sanchez por estas palabras: *Inde Gijonis Reges dicti, et errandi occasio uixit litteræ Legionis pro Gijonis*. De rebus Hisp. lib. 3. cap. 2.

Véase á Ortiz de Valdés. Mem. impr. por el principado de Asturias contra las pretensiones de los condes de Noreña.

16. En el plan original de esta tragedia la escena estaba siempre en el átrio de Munuza; pero después advertido por persona inteligente de los reparos que pudieran oponerse, y deseando venir á la verosimilitud, pase la representación del segundo y tercer acto en un salón del mismo palacio, con lo que no se interrumpe la unidad del lugar, que solo escluye la mudanza de la escena á largas distancias y diversas poblaciones.

Nos sufrimos el peso de su yugo. Acto 1.º

17. Esta expresión debe entenderse solamente de los habitantes de Gijón y otros lugares de la costa que ocuparon los moros; pero no de toda la provincia de Asturias, pues es constante que la mayor parte de ella quedó libre del yugo sarraceno (Casta, Corona de Asturias. M. S. Troiles, Mariana y Ferrer.)

Que esta Princesa. Acto 1.º

18. Rigorosamente este título no corresponde á Desinda pero siendo preciso darle alguno que conviniese á su condición

en calidad de descendiente de reyes, le aplicamos el de príncipe, autorizado con el uso y siguiendo el ejemplo de los poetas franceses.

El duque de Cantabria. Acto 1.º

19. Damos á Pelayo este título, que con efecto tuvo, si creemos al padre Sota, Mariana y otros. Su padre Favila fué también duque de la region occidental de Cantabria, que comprendia en su parte de las Asturias, y en cuyos estados sucedió Pelayo, despues que Witiza privó de ellos y de la vida á su padre Caceza. *Corona de Asturias. Sota, Crónica de los príncipes de Asturias y Cantabria.*

Eudon y Pedro. Acto 1.º

20. De tres príncipes ó duques de Cantabria hace memoria la historia de estos tiempos.

1.º Eudon, Duque de Cantabria y de Aquitania, vencedor del sarraceno en Narbona, y padre de una princesa desgraciada que casó con Munuza, gobernador de Celtúberia, y de quien ya se habló mas arriba. Este fué hijo y sucesor de Andeca. 2.º Pedro, descendiente de Recaredo, y padre de don Alonso I de este nombre, y tercero rey de Asturias, y casó con una hija de Pelayo. 3.º Favila, padre del mismo Pelayo.

Para desvanecer la dificultad que resulta de esta multitud de señores de una misma provincia, dice el padre Sota que estaba entonces la Cantabria dividida en tres soberanias. Una comprendia la region occidental de aquella provincia, y parte de Asturias, y en esta dominaron Favila y Pelayo. Otra la parte oriental, y esta fué la que poseyó el duque Pedro. En la última, que se componia de los territorios intermedios, sucedió el célebre Eudon á su padre Andeca. Como quiera que esto fuese, y prescindiendo ahora de los fundamentos de esta opinion, nada extrañará que me haya aprovechado de ella en la parte que conduce á mi objeto (Véase al mismo Sota y á Mariana).

Desde la triple ara. Acto 1.º

21. De las aras Sextianas han hablado los antiguos como de un edificio digno de la magnificencia romana, y los modernos como de un venerable monumento de la antigüedad. No están de acuerdo los autores sobre el sitio en que se colocaron; pero la mas comun opinion, apoyada en la tradicion que aun se conserva entre aquellos naturales, se inclina á que estuvieron cerca de Gijón, en un sitio en que hoy se ve una pequeña poblacion, distinguida actualmente con el nombre de Jove: los antiguos y modernos dicen que eran tres. El padre Carballo las describe, y asegura que reconoció en su tiempo algunas reliquias de ellas. Lo mismo Morales. Dicese que se llamaban Sextianas por haberlas erigido Sexto Apuleyo, general romano, acabada la guerra de Asturias, erigiéronlas en nombre de César, y se consagraron á Júpiter. Hace memoria de ellas Pomponio Mela, lib. 3, cap. 1.º Plin. lib. 4, cap. 20, con todos los modernos.

El fuero de los Godos. Acto 1.º

22. Se indica por estas palabras las leyes de los godos, cuyo código conserva hoy el título de *Fuero Juzgo*. La colocacion de estas leyes fué anterior á la irrupcion de los árabes en España, pues se empezó en tiempo de Recovinto y se perfeccionó en el de Egica. En ellas se castiga con graves penas el raptor y la infraccion de los pactos esponsalicios. Los primeros reyes de Asturias restablecieron su observancia, que se extendió despues á todo el reino de Leon, y aun á algunos pueblos de Castilla; por esto no debe parecer extraño que las reclamasen Regundo y Donada, descendientes de los mismo monarcas que las promulgaron. (Véanse las leyes 2.ª 3.ª tit. 1.º, y la 2.ª del lib. 3.º de dicho Código).

*Nuestros cuellos
nunca sujetos á un extraño yugo. Acto 1.º*

23. Sin reparo se pueda admitir esta asercion, entendiéndose respecto de los asturianos. Los venció Augusto, pero encadenó

tan brevemente el yugo, que apenas tuvieron tiempo para echar menos su libertad. Dudaré si los vencieron los godos, Trellon, cap. 49, dice y trata de probar que no; pero la opinion contraria que asegura lo conquistó Sisebuto, tiene mas probabilidades, que no sé si mejores fundamentos. Como quiera que sea, estos pueblos conservaron siempre su gobierno, sus leyes, sus usos y costumbres. La autoridad de Pablo Emilio es decisiva en este punto. *Tota Hispania (dice) in ditionem saracenorum venit, praeter astures, et cantabros, qui mortalem ultimum romanorum ditionem viderunt, et novis mihi obitu defecerunt: et cum Visigothi Hispania jura domuit, nunquam imperatum fuere, suis semper legibus uti.* Barón. gesta Franc. lib. 2.

Vuestros fueros

ya son con sus autores en la tumba. ACTO 2.º

24. Los autores de las leyes que contiene el *Fuero Juzgo* fueron los reyes visigodos desde Eurico hasta Egica, y aun hay algunas á que se dá el nombre de sangnes, y son acaso las costumbres góticas que recopiló el mismo Eurico. A la formación de estas leyes concurrían (desde el tiempo de Recaredo) con el príncipe los grandes, y prelados de la nación, congregados en los concilios de Toledo desde el IV hasta el XVI. Al principio se escribieron en latin (lo que no ignoró el glossador Villadiego) como asegura con equivocacion los eruditos autores de las instituciones de Castilla; despues se tradujeron al castellano, y habiendo sido esto en tiempo de San Fernando, la equivocacion de Villadiego consistió en haber creido la traduccion castellan el original, sin advertir que en aquel tiempo no se conocía en España otra lengua que la latina (Véase el sumario de las leyes que pone Villadiego al frente del *Fuero Juzgo*, y la errata introduccion á las instituciones de Castilla).

Nacidos entre riscos. ACTO 2.º

25. Esta pintura del carácter, genio y costumbres de los antiguos asturianos es muy conforme á las noticias que tenemos

de ellas en Estrabon y en los autores latinos que escribieron la guerra de Cantabria. En tiempo de don Pelayo distarian muy poco el genio y costumbres de aquellos pueblos de los que habian tenido originalmente, pues no habiendo mudado de clima, de gobierno, ni de legislacion, las demás causas no pudieron haber influido en ellas sino ligeramente; por consecuencia no pudieron alterarlas. Despues así, el gobierno moderado, la nueva legislacion, el comercio con estrangeros, y la cultura de los últimos tiempos introducida en los países mas retirados, han dulcificado y pulido la rudeza de las primeras costumbres de los asturianos. Pero siempre los distinguieron el pendor, la buena fé, el amor á su libertad y á su patria, y la constancia en los peligros. Y á pesar del influjo de estas causas estranas, si se requieran con ojos filosóficos los rincones de aquella provincia, se hallarán aun en ellos muchos asturianos que son puntuales copias del retrato que hizo Estrabon de sus mayores.

*Es de ella indigno,
quien al buen nombre y fama le prefiere. ACTO 3.º*

26. Esta honrada delicadeza con que Rogundo previene las ideas del tirano, y la constancia con que rechaza despues sus propuestas, descubren todo el carácter de un noble descendiente de los godos, nacido en un clima templado, y educado bajo un gobierno monárquico, y una legislacion marcial. Si á presencia de su dama vacilase un solo instante entre la muerte y la renuncia de sus derechos á la mano de Rosinda, seria indigno de los títulos que le aplicamos en este drama.

Vieron llegar al duque de Cantabria. ACTO 3.º

27. Porque alguno pueda creer que Pelayo sale muy tarde á la escena, es preciso dar aquí las razones que hemos tenido para retardar tanto su salida. Suponemos al espectador con una suma inquietud, nacida del deseo de su arribo, y del temor de que no llegue á tiempo. El peligro de Rogundo y la suerte de Rosinda deben interesarle igualmente, y por lo mismo la incertidumbre en que está de la vuelta de Pelayo, confusamente anun-

ciada por Sauro, debe escitar una grande inquietud en los cora-
zones.

28. Preso Rogundo, y destinado al suplicio, queda Dorinda sin recurso, y el tirano sin estorbo. Si la resistencia de aquella es uno, lo es muy débil. Trata Munuza de removerle con ruegos, aunque en vano; le ofrece una corona, y la recusa; por último, le propone el perdón y la vida de su esposo en premio de su condescendencia. Pero despreciando el mismo Rogundo este partido va á completar Munuza sus crueles designios. ¿A dónde (dirá entretanto el espectador) se entretiene Pelayo? Este Pelayo que será el protector de la inocencia perseguida, de la virtud atropellada, del honor oprimido. . . ¿Qué otra situación hubiera sido oportuna para el arribo de Pelayo? A su arribo todo muda de aspecto, y el espectador, sin perder su primer interés, entra en nueva curiosidad, y empieza á interesarse en la persona de Pelayo, á observar su conducta, y á esperar con inquietud el progreso y término de toda la accion.

Que el hijo de Favila. Acto 3.º

29. El Cronicon de Abelda hace á don Pelayo hijo de don Bermudo; pero es una clara equivocacion, que no atribuimos al autor sino al copiante: todos los demas escritores, antiguos y modernos, le hacen hijo de aquel Favila, de quien ya hemos dado noticia en la nota del núm. 19.

Sobre un luciente escudo. Acto 4.º

30. Los godos, despues de haber elegido rey, hacian con él una solemne elevacion. Esta ceremonia se ejecutaba en el campo, donde poniendo al nuevo rey sobre un escudo, le levantaban en alto á vista de todo el ejército, entre el ruido de las aclamaciones públicas, y al son de los instrumentos militares. (*Cassiodoro*, lib. 10, cap. 34. *Valenzuela*, discurso sobre la introduccion de los godos en España, su eleccion, coronacion etc. manuscrito).

A adorar su sepulcro. Acto 4.º

31. El sepulcro de Mahoma se ve aun hoy dia en uno de los ángulos de la gran mezquita de Medina, á donde hacen frecuentes peregrinaciones los sectarios de aquel impostor.

Del hueco de la tumba. Acto 5.º

32. No faltará algun escrupuloso que culpe el extremo á que llega en este lugar el dolor de Dorinda, ó el entusiasmo del poeta, que le hace ver y oir las sombras de los inocentes muertos á manos de Munuza. Pero este pasage tiene á su favor tantos ejemplares en los poetas antiguos y modernos, que nadie podrá culparle sin temeridad. La Alceste de Eurípides, cercana á la muerte, dice á su marido, que está oyendo las voces de Caron, que llega á buscarle en su funesta barca. La Phedra de Racine ve desplomada la urna de Minos sobre su cabeza. La Clano de D. C. M. T. oye tambien desde Siracusa los latidos del Cerbero, y el ruido de los remos de la barca de Aqueronte. El Edipo de M. V. corre por la escena, huyendo de las furias que le persiguen. Estos y otros ejemplos, igualmente ilustres, son bastantes para probar que tiene tambien sus éxtasis el dolor.

Muere infame. Acto 5.º

33. Uno de los defectos que se achacan en el dia á nuestros dramáticos es esta concurrencia de ideas uníveas en dos distintas personas á un mismo tiempo. Confieso que sobre este punto han llevado la ridicolez hasta el extremo algunos autores cómicos. Pero la primera regla del poeta en esta materia, como en todas las de su resorte, es la imitacion de la naturaleza. Si alguno creyese que no es conforme á ella lo que hablan Munuza y Rogundo, Dorinda y Achmet en la situacion supuesta, consiente desde luego en que se me haga el mismo cargo que se ha hecho á otros malos poetas.

INDICE.

págs.

INDUSTRIA Y COMERCIO. —Dictámen da- do por el autor en la Junta de comercio y moneda, sobre embarque de paños estran- geros para nuestras colonias.	7
Voto particular del autor, sobre permitir la introduccion y el uso de muselinas, al cual unieron el suyo otros miembros de la Junta de comercio y moneda.	20
Informe de la Junta de comercio y moneda sobre fomento de la marina mercante. .	30
Informe dado por el autor á la Junta general de comercio y moneda, sobre el libre ejer- cicio de las artes.	64
Informe estendido en la Junta de comercio y moneda, para sustituir un nuevo méto- do para la hilanza de la seda.	115
Informe sobre un proyecto de fabricacion de gorros tunecinos.	128
Informe sobre la estraccion de aceites al es- trangero.	137
Discurso para el establecimiento de una com- pañía de seguros.	157
Informe sobre las ordenanzas de una com- pañía de seguros.	160

CIENCIAS NATURALES. —Oracion pronunciada en el Instituto asturiano sobre el estudio de las ciencias naturales.	167
POESIAS ESCOGIDAS. —Epistolos.	199
Sátiras.	257
Romances.	269
Poesía heróica.	294
Himnos.	322
Odas.	327
Idilios.	342
Fábulas.	378
Epigramas	380
Sonetos.	382
Poesias sueltas.	385
PELAYO , tragedia, un prólogo y notas del autor.	391



